


RAFAEL ÁBALOS

LAS BRUMAS DEL MIEDO



PLAZA  JANÉS

RAFAEL ÁBALOS

LAS BRUMAS DEL MIEDO

PLAZA  JANÉS

SÍGUENOS EN
megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

A Loli Guirado, mi vida

*¡Oh, muerte, si pudieras
negarte a los cobardes,
y ofrecerte sólo como
recompensa al valor!*

LUCANO

PRIMERA PARTE

OJOS DORADOS

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Nerviosa?

—Un poco.

—Es horrible todo esto.

—Lo sé.

—Me preocupa que sufras.

—Será agradable.

—Entonces, cierra los ojos y déjate llevar.

«Una visión insólita que debes comprobar y fotografiar tú mismo desde el aire, antes de que examines los detalles de la escena del crimen. No quiero que tengas una idea preconcebida de lo que vas a encontrar allí. Nadie, salvo el tipo que ha dado el aviso al 112, sabe aún de qué se trata exactamente», le había dicho el comisario Clemens Eisembag sin darle más detalles del caso, cuando a las seis de la madrugada lo despertó de un sueño tan profundo y vacío como la nada.

Con la cabeza agachada y una cámara digital en la mano, Klaus Bauman cruzó corriendo el remolino de viento artificial y subió a la cabina acristalada del helicóptero. Miró al piloto y le hizo una señal de saludo con la mano. Luego, dejó la cámara junto a sus pies, ajustó el cinturón de seguridad, sacó su móvil y los auriculares de un bolsillo de la cazadora, los conectó, se los colocó en los oídos y, sobre ellos, se puso el casco.

Mientras la frágil libélula mecánica se elevaba sobre la ciudad aún dormida de Leipzig, Klaus Bauman activó Spotify y subió el volumen del móvil hasta su límite acústico. Cuando se desplazaba en helicóptero siempre elegía la misma canción del grupo Coldplay. *Viva la vida*. Esas tres palabras no sólo eran el título de una composición musical: Klaus Bauman las repetía mentalmente como un mantra cada vez que iniciaba la investigación de un nuevo crimen. Una paradójica rareza en un policía de homicidios: celebrar la vida, antes de adentrarse en los confusos escenarios de la muerte.

La apacible armonía de la música transformó en sus oídos el estrépito de las hélices, convirtiéndolo en una vibración inaudible. Miró hacia el lado de la puerta transparente, contempló los abismos iluminados de la ciudad, y pensó en la breve información que le había transmitido el comisario.

Aún no hacía un año desde que Klaus Bauman había regresado a Leipzig, como jefe de la unidad de homicidios de la Landespolizei. Fue la culminación del reconocimiento oficial del estado sajón a los méritos de su trabajo como inspector en Dresde. Tenía treinta y nueve años, poseía un coeficiente intelectual que superaba la brillantez sin excesos de vanidad o arrogancia, era astuto, dentro de los límites de la prudencia más desafiante, y se había casado muy joven con una compañera de la academia llamada Ingrid, de la que se había enamorado el día en que se conocieron en la Escuela de Policía de Sajonia.

Sin saber por qué, Klaus Bauman miró hacia el cielo negro de la noche y pensó en su familia: imaginó a Carla, su hija adolescente, metida en la cama con su madre, como hacía siempre desde el nacimiento de la pequeña Bertha cuando él se levantaba muy temprano, regresaba demasiado tarde o pasaba noches enteras fuera de su casa.

Estaba amaneciendo. Tenues manchas de luz naranja comenzaban a extenderse en el horizonte de las llanuras del este, entre filamentos de nubes alargadas y grises.

El helicóptero empezó a sobrevolar las afueras de la ciudad, cerca de Wilhelm-Külz-Park. En pocos minutos, inició el descenso para aproximarse al monumento a la Batalla de las Naciones. Abajo, en la avenida Richard-Lehmann, varios coches de la policía ya habían cortado los accesos a la torre. Otros esperaban delante del estanque, con las silenciosas sirenas lanzando luminarias al aire. El comisario

había dado órdenes estrictas a todas las unidades de que nadie, «ni siquiera los de la científica», se acercaran al lugar de los hechos hasta que el inspector jefe Klaus Bauman lo autorizara.

La música vibraba en los auriculares con un ritmo creciente, aumentando las sensaciones de vértigo y náuseas que le provocaban los giros en bucle del helicóptero sobre la cúpula acampanada de la torre. Una cúpula protegida circularmente por doce colosos y barbudos caballeros medievales de piedra, que Klaus Bauman casi podía tocar con sus manos... o vomitar sobre ellos.

Bajo la torre se extendían una plaza diáfana y un estanque rectangular de aguas verdosas. A pesar de su inmensidad, Klaus Bauman los veía empequeñecidos desde la turbulenta ingravidez del helicóptero. Preparó la cámara de fotos con el teleobjetivo y miró al copiloto. El intenso foco de luz blanca que lanzaba la libélula mecánica iluminó un círculo amplio de la plaza del monumento.

—¡Mantén esta posición! —gritó.

Pero Klaus Bauman ni siquiera escuchó su propia voz, apagada por la fuerza ensordecedora de la música que se repetía una y otra vez en sus oídos, mientras contemplaba con incredulidad las cinco tumbas abiertas en la superficie de la plaza, como si fueran restos arqueológicos de un viejo cementerio recién excavado. Las cinco sepulturas estaban situadas perpendicularmente a la fachada central del monumento, unas junto a otras, y apenas separadas por un metro de distancia. Tenían forma de sarcófagos hexagonales, y en su interior eran nítidamente visibles los cuerpos sin vida de cinco chicas, componiendo una enigmática escenografía lúgubre cuyo verdadero significado Klaus Bauman fue incapaz de comprender desde la altura del helicóptero.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó en voz alta, a la vez que hacía fotos en ráfaga con el enfoque automático del teleobjetivo, y le indicaba al piloto que descendiera lentamente para tomar instantáneas de la escena desde distintas perspectivas y distancias.

Después de una rápida secuencia de piruetas aéreas, el helicóptero aterrizó junto al estanque, provocando una tempestuosa agitación en el agua. Klaus Bauman se bajó de un salto sin quitarse los auriculares de los oídos y se dirigió hacia el hombre que le esperaba junto al pórtico de la entrada al monumento. El desconocido estaba embutido en un largo gabán negro con las solapas levantadas, apoyado en uno de los muros laterales, y con las manos metidas en los bolsillos en una actitud insensible o indiferente.

—Supongo que es usted quien ha llamado al 112 —dijo Klaus Bauman.

El hombre se limitó a asentir con un leve balanceo de su cabeza, cubierta por un gorro negro de lana. Era un tipo alto y grueso, con marcadas ojeras, una gran barba de color anaranjado, bigote espeso con anchas puntas curvadas, y la cara demasiado recta y pecosa para parecer peligroso, a pesar de su tétrico aspecto.

Klaus Bauman le hizo una indicación con la mano para que no se moviera de donde estaba. Se acercó al lugar del crimen, y entonces cayó en la cuenta de que las tumbas de piedra, en cuyo interior parecían estar depositados los cuerpos sin vida que había visto desde el helicóptero, sólo eran magistrales pinturas en tres dimensiones, realizadas en cinco lienzos colocados bajo las chicas muertas, a modo de esteras que se mimetizaban con el monumento de la plaza.

Los cuerpos de las chicas eran tan bellos y la expresión de sus caras tan relajada y dulce, que Klaus Bauman no podía creer que realmente estuvieran muertas.

Cada una tenía los cabellos distintos, cortados y peinados con looks sugerentes. Los ojos cerrados, los párpados maquillados y oscuros, con largas pestañas. Los labios, levemente morados y carnosos, poseían una sensualidad de inocencia pecaminosa. Todas vestían con diferentes conjuntos de lencería negra con transparencias: guantes largos, ligueros, medias, sujetadores y braguitas, que dejaban entrever los pechos, los pezones y el perfilado vello del pubis. En los pies llevaban elegantes zapatos negros con

altos tacones de aguja.

Klaus Bauman pensó que había una gran carga de erotismo perverso en aquella misteriosa escenografía, que le atraía y le repugnaba a la vez. Jamás había experimentado una sensación parecida, a pesar de haber visto tantos rostros distintos de la muerte como las mentes de todos los psicópatas del mundo han podido imaginar.

«La belleza del horror», se dijo a sí mismo mientras hacía nuevas fotos de las chicas, envueltas por el aire húmedo del amanecer.

Se agachó para observarlas detenidamente. Ninguna llevaba pendientes, pírsines, tatuajes, anillos o pulseras. Tampoco había señales visibles de violencia en sus cuerpos: ninguna herida, ningún golpe, ninguna marca. Sin embargo, al tocar una de las prendas de lencería que vestían las chicas, Klaus Bauman comprobó que también habían sido pintadas sobre la piel.

Todas guardamos un mismo secreto, pero está prohibido hablar de él. Al menos, hasta que tomemos las decisiones oportunas. Lo demás podremos discutirlo en su momento. Yo ideé la web para este chat cuando nos conocimos virtualmente en internet, e impuse las normas de partida como condición para participar en mi proyecto, sin tener la certeza de quiénes éramos realmente.

Esto no es Google, ni Facebook, ni Twitter, ni WhatsApp... Es otra cosa, mucho más trascendente y profunda, mucho más real, más sincera, a pesar de nuestro anonimato. Somos seis chicas de veinte a treinta años, con nuestras rarezas, caprichos y algunos problemas. Nunca habrá otras en la sala del chat que no seamos nosotras. Nadie más conoce las rutas ni las claves de acceso. Aquí estaremos protegidas de todos y de todo. Lo tuve muy claro cuando decidí crear mi página en la Deep Web, y el nombre del chat: «Las damas de la Luna Negra».

Mi nick también es Luna negra. Las otras serán mis damas y decidirán el suyo. Cada una tiene sus motivos para llamarse aquí como prefiera, pero aún no hemos hablado de los significados. Hoy es nuestro primer encuentro, fuera de otros chats en internet. Será emocionante..., espero. No habrá cumplidos ni protocolos. Supongo que ellas, igual que yo, están esperando a que sea la hora exacta de conexión: las doce en punto de la noche.

Apenas faltan unos minutos, estoy sentada en mi cama, con la espalda apoyada en un almohadón y el portátil sobre una mesita de Ikea que compré para poder escribir hasta el amanecer, abrigada por mi confortable edredón de plumas. Es verano, pero desde hace algunos meses, mi sangre está helada.

Las doce en punto. Entro en el chat un poco nerviosa, sólo yo puedo iniciar la sesión, activando la web con mi contraseña.

Luna negra: *Hola a todas.*

Escribo en inglés. Es el idioma que las seis hablábamos entre nosotras y compartíamos en los chats anteriores con otra gente desconocida, de la que deseábamos huir.

Enseguida comienzan las entradas del chat.

Cabeza de bruja: *Saludos humeantes.*

Mantis: *Me alegra llegar a casa.*

Nebulosa: *La verdad es que hace un momento estaba hecha un lío. No sabía si entrar en el chat o salir corriendo... Al final, he decidido abrir esta misteriosa puerta.*

Luna negra: *Mejor así, Nebulosa, bienvenida a nuestro espacio virtual de intimidad plena.*

Nebulosa: *Gracias, eres muy amable.*

Bailarina: *Yo me siento feliz, como en un estreno de danza clásica.*

Segundos de silencio.

Luna negra: *¿Sólo somos cinco?*

Manzana P: *Lo siento, lo siento, me he retrasado unos segundos.*

Luna negra: *Tranquila, no tenemos prisa. Nuestra hora de conexión diaria acaba de comenzar.*

Bailarina: *Ahora estamos las seis.*

Nebulosa: *Realmente parecemos unas damas de época.*

Mantis: *¿Lo dices en serio?*

Cabeza de bruja: *Claro que lo dice en serio. Nebulosa parece muy solemne y culta.*

Nebulosa: *Sí, lo soy, ¿algún problema?*

Cabeza de bruja: *Ninguno, pero no comparto tu seriedad. Para mí, estar aquí es una liberación.*

Siempre diré lo que me venga en gana, te guste o no.

Manzana P: *Alguien prometió que esto sería distinto a otros chats. No veo la diferencia. Estamos diciendo las mismas idioteces.*

Luna negra: *Bueno, ha sido una situación imprevista.*

Bailarina: *Y ahora, ¿qué?*

Cabeza de bruja: *Yo también me siento feliz de que todas volvamos a encontrarnos aquí. Pero podríamos hablar de algo simpático, o sonreír un poco, jejeje. Nadie dijo que estuviera prohibido el humor, sólo el secreto.*

Manzana P: *Para no hablar del secreto no eran necesarias tantas precauciones tecnológicas. Bastaba con tener la boca cerrada, y punto.*

Mantis: *Las precauciones son necesarias para nuestra propia seguridad.*

Luna negra: *Confieso que me siento un poco desconcertada. De todos los posibles comienzos que había imaginado, ninguno era parecido a éste.*

Cabeza de bruja: *Tampoco se trataba de llorar juntas, me parece a mí.*

Luna negra: *Tienes razón.*

Bailarina: *¿Entonces?*

Luna negra: *Comencemos desde el principio.*

Nebulosa: *Yo estoy triste.*

Cabeza de bruja: *Oh, perdóname, no pensaba que...*

Manzana P: *De eso se trataba, ¿no? De hablar sobre lo que no hemos contado a nadie.*

Se produce un mutismo prolongado. Tengo la impresión de que ninguna se atreve a empezar, tampoco yo, que soy la creadora de la web. Pero al fin aparecen nuevas palabras en la pantalla de mi portátil.

Bailarina: *Antes de continuar me gustaría que aclaráramos algo.*

Luna negra: *Tú dirás.*

Percibo la curiosidad silenciosa que Bailarina ha despertado en el chat.

Bailarina: *Si tú eres la administradora de la web y tu nick es Luna negra, debemos suponer que nosotras sólo somos tus damas: Las damas de la Luna Negra. ¿Me equivoco?*

Luna negra: *No, no te equivocas, es exactamente como lo has dicho. Pensaba que había quedado claro desde que os hablé en privado de mi idea, en el chat anterior. Pero preferiría que ese asunto lo tratáramos un poco más adelante, cuando hablemos de los significados de nuestros nicks.*

Bailarina: Si no recuerdo mal, cuando nos dijiste que tenías en proyecto esta web yo entendí que todas seríamos damas, y que la Luna Negra sólo sería un nombre que nos uniría a todas, sin que ninguna pudiera usarlo como nick personal.

Sabía que tarde o temprano alguien plantearía la cuestión de mi dominio sobre el chat, o mi posición de superioridad sobre las demás. Bailarina no parece muy dispuesta a aceptarlo. Sin embargo, las otras salen pronto en mi ayuda.

Manzana P: Si estás celosa, Bailarina, podrías haber creado tu propia web de ballet clásico...

Bailarina: ¡Vete a la mierda!

Cabeza de bruja: Yo estoy de acuerdo con Manzana P, si empezamos con suspicacias no llegaremos muy lejos.

Mantis: Yo también voto a favor de Luna negra, ella puso las primeras reglas y nosotras las aceptamos. Además, Luna negra es la administradora del chat, lo sabíamos todas muy bien. Por ella estamos aquí. Ella debe dirigir el grupo.

Bailarina: De acuerdo, acepto mi condición de dama de nuestra Luna Negra... Al menos, por ahora.

Nebulosa: A mí no me importa ser una dama de la Luna Negra, siempre he necesitado seguir los pasos de alguien, buscar la estela de algún astro perdido en el firmamento o algo así. Ahora sabéis por qué escogí mi nick.

Luna negra: Muy apropiado, desde luego. ¿Alguien más se anima?

Bailarina: Os advierto que el nombre del chat no me gusta nada. El ocultismo es demasiado absurdo para mí.

Los temores de Bailarina me hacen sonreír, pero las demás no saben por qué.

Luna negra: Este chat no tiene nada que ver con el ocultismo. La Luna Negra sólo es la fase más oscura de la Luna, cuando no es visible desde ningún lugar de la Tierra, ni en los días más luminosos ni en las noches más despejadas de nubes o nieblas. Y yo soy como esa Luna, y creo que todas vosotras también. Aquí nadie puede vernos, somos invisibles. Pero, sobre todo, tenemos oscuridades que sólo nosotras podemos compartir. Nadie más las entendería.

Cabeza de bruja: Yo soy gótica. He elegido mi nick por la historia que mi abuelo me contaba de una vieja bruja a la que quemaron en la hoguera de una aldea medieval, le cortaron la cabeza y la enterraron separada del cuerpo. La cabeza de la bruja se aparecía ante las niñas malvadas sólo una vez al año, en las noches de Samhain, y se burlaba de ellas sacándoles la lengua quemada.

Bailarina: ¿Estás de coña?

Cabeza de bruja: Hablo en serio.

Mantis: No me jodas!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!!

Bailarina: Muy graciosa, Cabeza de bruja. Y de paso, tú te burlas de nosotras.

Cabeza de bruja: Eres muy maliciosa, Bailarina.

Bailarina: ¡No me califiques! ¡Tú no me conoces, no tienes ni idea de cómo soy!

Cabeza de bruja: Sólo estaba bromeando.

Manzana P: Nos hemos vuelto a desviar del asunto.

Nebulosa: Y la P de tu nick ¿qué significa?

Manzana P: Podrida, y esta noche no voy a dar más explicaciones.

Mantis: Haz lo que te dé la gana... Yo prefiero devorar a que me devoren. Eso significa mi nick.

Luna negra: Sólo quedas tú, Bailarina.

Bailarina: ¿Yo, qué?

Luna negra: La razón de tu nick.

La respuesta se hace esperar.

Bailarina: Siempre me ha gustado danzar con la vida y la muerte.

Mantis: Confieso que esperaba que dijeras algo más cursi..., no sé, como que escogiste tu nick porque aún conservas el tutú y las zapatillas de ballet del colegio. Te felicito, me ha sorprendido tu respuesta.

Bailarina: Yo no bromeo.

Manzana P: Danzar con la vida y la muerte, me gusta, me gusta tu nick, Bailarina.

Bailarina: Ponte un beso en los labios.

Nebulosa: Eso es una obscenidad.

Cabeza de bruja: Me aburre vuestra palabrería.

Bailarina: Si quieres divertirte, fúmate un porro.

Cabeza de bruja: Eso deberías decírselo a Manzana P.

Manzana P: Yo prefiero algo más alquímico.

Mantis: ¿Y Luna negra? Está muy callada.

Luna negra: Estoy muy atenta a lo que dicen mis damas. No es simple palabrería lo que se ha escrito aquí.

Manzana P: ¿Y eso qué significa?

Luna negra: Creo que empezamos a conocernos un poco mejor. Yo he nombrado nuestra invisibilidad y nuestras oscuridades; Nebulosa no ha disimulado su falta de confianza en sí misma y su tristeza; a Cabeza de bruja le divierte su gótico sentido del humor; Mantis posee la discreción acechante de los insectos predadores; Manzana P se ha reservado las explicaciones de su propia podredumbre porque son suyas, y de momento no le apetece compartirlas con nadie; y Bailarina nos ha confesado que practica una danza que es mucho más peligrosa de lo que imaginábamos. No está mal, para ser nuestro primer encuentro en el chat.

Bailarina: ¿Eres psicoanalista, Luna negra?

Luna negra: No, sólo interpretaba lo que hemos expresado hasta ahora sobre el carácter de cada una de nosotras.

Nebulosa: Yo odio a los psicólogos y a los psiquiatras.

Cabeza de bruja: ¿Te has psicoanalizado?

Nebulosa: Muchas veces, y nunca me han ayudado a saber quién soy realmente.

Manzana P: La mejor manera de ser tú misma es no hacerle caso a la persona que crees que eres.

Nebulosa: Es fácil decirlo cuando no te sientes deprimida.

Bailarina: Todas somos un poco psicóticas.

Mantis: Yo no, mis problemas son otros.

Cabeza de bruja: Propongo que cada una diga algo sobre sí misma y su edad. Así podremos imaginar un poco cómo somos.

Bailarina: ¿Quieres decir físicamente?

Cabeza de bruja: Sí, que cada una elija lo que más destaca en ella. Aún no nos hemos visto las caras. La mía es un poco redondeada, y tengo 21 años.

Luna negra: Yo tengo los ojos grises, y he cumplido los 28.

Nebulosa: Lo que más me gusta de mí es la piel, muy blanca, y lo que menos, mis años, ya tengo 30.

Manzana P: Mis medidas fueron un día perfectas, pero ahora no lo son, estoy bastante delgada, y me temo que seré la más joven del grupo: 19.

Luna negra: Aún eres una niña, Manzana P.

Manzana P: Eso deberías decírselo a mis demonios.

Luna negra: De nuestras miserias hablaremos más adelante, si os parece.

Mantis: Yo tengo el pelo muy claro, también el del pubis. Pronto tendré 23.

Cabeza de bruja: Me gusta que seas atrevida, Mantis.

Bailarina: Todo esto me parece un juego demasiado infantil, pero no quiero ser la rarita del grupo, sólo diré que estoy orgullosa de mi boca, pero me siento una anciana con 26 años.

Decido cambiar el hilo del chat haciendo una pregunta.

Luna negra: ¿Recordáis cómo nos conocimos virtualmente en internet?

Cabeza de bruja: Claro, no hace tanto tiempo.

Bailarina: Creo que todas buscábamos lo mismo.

Manzana P: Durante los dos últimos meses sólo he dicho sandeces, yendo de una web a otra como una sonámbula, hasta que apareció Luna negra en uno de los chats y me habló de su proyecto.

Mantis: Supongo que a todas nos pasó igual que a ti.

Luna negra: Eso nos unió.

Bailarina: Si soy sincera, tengo que decir que lo primero que pensé cuando Luna negra contactó conmigo con un mensaje privado es que podía ser un psicópata con un falso perfil de mujer joven, que buscaba a sus víctimas en los chats de internet que todas frecuentábamos.

Manzana P: ¿Lo dices en serio?

Bailarina: La vida me ha enseñado a no confiar en nadie.

Mantis: ¿Y cuándo decidiste creer que Luna negra no mentía?

Bailarina: Después de que me hablara de nuestro secreto en un chat privado. Ningún psicópata podría imaginar un proyecto como el suyo.

Nebulosa: Pero era difícil ser sincera en aquellos chats.

Manzana P: Sí, había demasiada gente que parecía un robot, repitiendo las absurdas ideas de siempre.

Cabeza de bruja: Para mí fue una experiencia inútil y aburrida, espero que aquí todo sea distinto.

Luna negra: Tampoco te equivoques, Cabeza de bruja, nuestro secreto no es ningún juego divertido.

El nombre de Susana Olmos estaba escrito en el cartel que un hombre joven sostenía en alto, con los brazos levantados para que pudiera verse por encima de los pasajeros que se dirigían a la salida de la Estación Central de Leipzig. El tren rápido de las once y cuatro, procedente de Berlín, había llegado puntualmente.

Susana miraba deslumbrada a un lado y a otro de la magnífica galería comercial de la estación, confiada en que Lessi Milovac la estaría esperando. En el último email, había quedado con su mentora Erasmus bajo el reloj de la salida principal, pero cuando llegó al punto de encuentro no había nadie. La llamó al móvil: desconectado o fuera de cobertura.

Pasados diez minutos, Susana comenzó a impacientarse. Estaba cansada del viaje y deseaba llegar a la residencia universitaria, darse una ducha y deshacer el equipaje.

El hombre joven que se acercó a Susana llevaba en las manos un cartel con su nombre escrito de un modo improvisado.

—¿Eres Susana? —preguntó en alemán, extendiendo el folio y señalando con su dedo índice las letras trazadas con rotulador negro sobre el papel.

Susana no contestó, se sintió aturdida, inquieta por la inesperada pregunta de aquel hombre joven y desconocido, que parecía algunos años mayor que ella y que se mostraba enfadado por no haberla encontrado antes.

—Tú no eres Lessi Milovac... —dijo Susana al fin.

El hombre joven se apartó con las manos el pelo que le caía a ambos lados de la cara, en un gesto de impaciencia.

—No, claro que no. Llevo desde las once en punto en la salida de los andenes, exhibiendo este cartel... Antes de que continuara, Susana lo interrumpió.

—Pero Lessi me dijo que me recogería aquí. ¿Dónde está ella? ¿Por qué no ha venido?

El hombre joven cerró los ojos, como si reflexionara, y abrió las manos a modo de disculpa.

—Lo siento, creo que he sido un poco grosero contigo, tú no tienes la culpa de nada. Ha sido un malentendido —dijo.

—¿Un qué? —inquirió Susana sin comprender.

—Lessi tuvo que marcharse ayer a Serbia por un asunto familiar grave. Recordó que tú llegabas hoy y me pidió que viniera a recogerte y te llevara a la residencia. No me dijo que había quedado contigo aquí. Eso es todo... Ah, mi nombre es Bruno Weiss.

Se acercó a la maleta de Susana y la cogió.

—No traes demasiado equipaje —comentó.

—¡Un momento, no voy a ir contigo a ninguna parte!

—Entonces he perdido el tiempo al venir a buscarte. Ahí fuera tienes la parada de taxis y una larga fila de estudiantes Erasmus que esperan para coger uno —murmuró Bruno, soltando la maleta y volviendo a retirar el pelo de su cara.

Luego hizo un gesto de despedida con la mano y salió de la estación por la puerta que tenía al lado.

El cielo de Leipzig había adquirido el color plomizo de comienzos de otoño: una capa de nubes uniformes y grises extendida sobre toda la ciudad.

Susana Olmos salió de la estación con la esperanza de que Bruno Weiss no la hubiera abandonado a su suerte, a pesar del enfado con que se acababa de marchar. Si alguien tenía motivos para sentirse incómoda era ella, pensó, mientras arrastraba la maleta por la larga cola de la parada de taxis. Algunos estudiantes Erasmus hablaban entre ellos y se organizaban en grupos, según el volumen de sus equipajes y la dirección de la residencia universitaria en la que tenían reservada habitación para el curso académico.

Una chica morena con los ojos muy claros, que vestía una camiseta de la universidad, vaqueros ajustados y zapatillas de deporte de colores chillones, se acercó a Susana y le preguntó en inglés hacia dónde iba. Ella le dijo el nombre de su residencia y la dirección.

—Ven conmigo, hay otro chico que va hacia allí.

Susana la siguió, sorteando gente, maletas, bolsos y mochilas de todo tipo y tamaño.

Su compañero de viaje se llamaba Ilian Volky, era checo, de pelo rubio, mirada distraída y una sonrisa que se esforzaba por esconder su leve tartamudeo al hablar.

En el largo trayecto hasta la residencia, Susana no dejó de mirar las calles y las plazas por las que avanzaba el taxi con lentitud, deteniéndose en incontables semáforos. Se había sentado delante, junto al conductor, mientras que Ilian Volky ocupaba el asiento trasero del coche, aplastado por su propio equipaje. Era estudiante de ciencias exactas y, según le confesó a Susana, se había aprendido de memoria el nombre de todas las calles que el taxi debía recorrer desde la Estación Central hasta la residencia, estudiando la ruta más corta en las imágenes de satélite de Google Earth.

—Yo soy bastante despistada —murmuró Susana, sin saber qué otra cosa podía decir.

—Tengo una memoria fotográfica privilegiada. Ahora que te he visto, jamás me olvidaré de ti. Bueno, quiero..., quiero decir de tu belleza —añadió apurado.

Susana miró hacia atrás y le sonrió.

Un tranvía de color azul con anchas franjas amarillas cruzó por Arno-Nitzsche-Straße, en el momento en que el taxi se detuvo ante la residencia de estudiantes del mismo nombre. Era una avenida amplia, bordeada por matorrales y árboles. Una zona residencial y tranquila, situada al sur de Leipzig y a unos treinta minutos de la universidad en el transporte público.

Ilian y Susana pagaron a medias la tarifa al taxista, bajaron del coche y cogieron sus equipajes.

—¿Entramos? —preguntó Ilian.

Susana esbozó una mueca esquiva con sus labios.

—Ve tú delante, necesito estar sola unos minutos, antes de entrar.

—Como quieras —dijo Ilian, confundido.

A pesar de su negativa a acompañarlo, la intención de Susana no era mostrarse desagradable con Ilian, ni establecer desde el principio una distancia con él que pudiera considerarse insalvable, apenas unos minutos después de conocerlo. Le había parecido un buen chico, espontáneo, alegre, aunque un poco alocado, y, sobre todo, necesitado de encontrar a alguien que ya no fuera un extraño para él en la ciudad. Todo lo contrario a lo que Susana deseaba: dejar de ser ella y ser otra distinta.

Miró el edificio de cristal que sobresalía tras una pequeña arboleda, junto a la avenida, y sintió la soledad golpeándole en las sienes y en el corazón.

Escuchar música con los auriculares puestos mientras trabajaba era algo habitual en Klaus Bauman. Una conducta que otros inspectores con más antigüedad que él en la unidad de homicidios consideraban una excentricidad, una caprichosa rareza de policía engreído con la que hacer notar la trascendencia de sus razonamientos deductivos en la investigación de «crímenes extraños», que tanto le habían servido para alcanzar el codiciado puesto de inspector jefe. Quizá por ese motivo no tenía demasiados amigos entre sus compañeros de Leipzig.

La ayudante del comisario, una agente de cuarenta años llamada Frieda, un poco anticuada en su peinado, impecablemente uniformada y con modales amables, le dijo que pasara a la sala contigua al despacho y esperara allí.

—Está hablando con Berlín. Ya sabes... —añadió.

—Sí, puedo imaginarlo.

—El problema es qué decir en un caso como éste.

Klaus Bauman se detuvo ante la mesa de la agente.

—Los titulares ya los pondrán los periodistas, yo me limitaría a comunicarles que han aparecido cinco chicas muertas en extrañas circunstancias ante el monumento a la Batalla de las Naciones; que estamos identificándolas, y que lo demás es información reservada hasta que dispongamos de datos más concretos que nos permitan anunciar algún avance en la investigación que ya hemos iniciado. Un comunicado breve, escueto y claro, sin el menor detalle. Es fundamental que no trascienda ningún dato de la escena del crimen. Ni uno solo, nada de publicidad gratuita: eso es lo que espera quien quiera que esté detrás de esas muertes.

—Convéncelo tú... Desde el Ministerio Federal le están presionando para que no oculte información a la prensa.

Klaus Bauman se tocó la barba y miró a la agente.

—Las intrigas oficiales son de tu competencia, no de la mía —replicó, guiñándole un ojo.

Abrió la puerta de la sala de reuniones y volvió a cerrarla después de entrar. Dejó su portátil sobre la mesa, sacó el móvil con los auriculares de su cazadora y pulsó sobre Spotify. Se acercó al gran ventanal de madera blanca y miró los jardines del parque situado junto al edificio. Ante sus ojos no había árboles, ni flores, sólo los dulces rostros de cinco chicas muertas a las que imaginó vivas, flotando en el limbo sin forma ni materia de su mente. Su misión era conocer las historias personales de cada una de ellas, recomponerlas paso a paso en el espacio y el tiempo, visualizar hasta la saciedad sus cuerpos, vestirlas con sus ropas cotidianas, hacerlas moverse con naturalidad en sus casas, caminar junto a ellas por las calles, escucharlas hablar con su familia y sus amigos, incluso entrar en sus pensamientos más íntimos, en sus miedos, en sus últimas miradas antes de que cerraran los ojos para siempre. Tenía que crear una hipótesis verosímil de lo sucedido a partir de lo que había visto en la escena del crimen: el monumento a la Batalla de las Naciones, los sarcófagos y la lencería erótica pintados en tres dimensiones, dejando que se repitiera en sus oídos, una y mil veces, la misma melodía.

Se abrió la puerta de la sala, pero Klaus Bauman sólo oyó el portazo que la cerró de nuevo. Se giró y vio la cara de pómulos marcados, barbilla pronunciada y ceño arrugado del comisario Clemens Eisembag.

Klaus Bauman se quitó los auriculares sin inmutarse.

—¿Cuándo vas a dejar de colgarte esos pendientes electrónicos de las orejas? Me pones nervioso cuando te veo —le espetó el comisario antes de sentarse a la mesa de reuniones, frente al gran ventanal de madera blanca, con arco de media punta.

—Me ayuda a pensar, ya lo sabes.

—¿Y esa música celestial te ha inspirado alguna teoría interesante sobre el caso? —preguntó el comisario, pasando una mano por el pelo blanquecino de su cabeza como si quisiera comprobar que tenía el corte exacto para un policía respetable.

—No creo que se trate de chicas asesinadas por un psicópata fetichista, que además es aficionado a la pintura urbana y corporal en tres dimensiones. Un hombre solo no podría haber creado una escena del crimen como la del monumento... —dijo, acercándose a la mesa.

—No me hables como si yo fuera un idiota —lo interrumpió el comisario—. Tus conclusiones son demasiado obvias. No te mandé en helicóptero hasta allí para que vieras lo que cualquier policía vería, incluso con los ojos cerrados.

Klaus Bauman se sentó junto a su jefe, levantó la tapa del ordenador y lo encendió. Después, dijo:

—¿Sabes? La vista desde el aire de los gigantescos Guardianes de la Muerte es sorprendente..., majestuosa, diría yo. Cuando era niño me daba miedo mirarlos desde abajo; me sentía demasiado insignificante ante ellos. La primera vez que entré en el monumento y vi a los colosos de piedra de la cripta circular, pensé que iban a ponerse en movimiento. Me aterró la idea de que pudieran atraparme y me devoraran —explicó Klaus Bauman mientras iniciaba Windows.

—¿Y qué sensación has tenido esta madrugada?

—He sentido el mismo miedo al ver a esas chicas sobre los sarcófagos pintados, delante de la torre. No había sangre ni señales de violencia, pero era como si la sombra de la muerte estuviera realmente allí, a mi alrededor, riéndose a carcajadas de mí... o de ellas. Aunque te confieso que, a la vez, me he sentido atraído por la insólita belleza de la escena del crimen y de esas chicas muertas.

—La torre de la Batalla de las Naciones es un monumento a la muerte, lo sabes tan bien como yo.

—Sí, hay demasiadas leyendas sobre esos misteriosos gigantes, y los cien mil soldados que murieron en ese lugar hace dos siglos. Todo el mundo en Leipzig las conoce.

—Lo que no sé aún es adónde quieres llegar —comentó Clemens Eisembag.

Klaus Bauman no había olvidado la breve historia del monumento, pero tampoco le había preocupado nunca ignorar los detalles artísticos y arquitectónicos que aparecían en las guías turísticas. Apenas había ido por allí en algunas ocasiones durante su infancia, o cuando unos amigos, a los que Ingrid y él habían conocido en la escuela de policía, visitaron la ciudad. Para él sólo era una inmensa construcción de granito gris que se elevaba 91 metros sobre los bosques del sur de Leipzig, muy cerca del cementerio de Südfriedhof, para conmemorar el triunfo de una confederación de naciones europeas sobre el ejército de Napoleón en el año 1813. Ni siquiera había asistido a alguno de los actos del doscientos aniversario de la construcción de la torre, celebrado durante el año 2013.

Lo que sí recordaba era que la gran plaza de la torre había sido elegida por Hitler para pronunciar sus arengas nazis cuando visitaba Sajonia, antes de la Segunda Guerra Mundial; o que los últimos soldados alemanes de las SS se habían refugiado en la cripta, huyendo del ejército estadounidense que liberó la ciudad.

Y mientras pensaba en esto, Klaus Bauman buscó en los archivos de su portátil una de las fotografías

que había hecho desde el helicóptero. La amplió en la pantalla y dijo:

—Mira bien estas imágenes, Clemens. Las cinco chicas y los sarcófagos pintados forman parte del monumento, es como si hubieran estado esculpidas en piedra ahí mismo, delante de la fachada, y esta madrugada hubieran adquirido su aspecto humano de un modo inexplicable. Sin embargo, lo más lógico es pensar que los cuerpos de las chicas fueron depositados a los pies del monumento por un motivo muy especial que aún no consigo entender. Tal vez una ofrenda, un sacrificio pagano o algo parecido.

—¿Un ritual esotérico? No..., no me vengas con esos demonios, es demasiado ingenuo —masculló el comisario—. Estoy seguro de que sólo es un montaje teatral para crear una impresión falsa. Desorientación, confusión, no hay otra causa que explique esa escena del crimen. Déjate de historias fantásticas y busca lo contrario de lo que parece. Tráfico de chicas, sexo, pornografía, prostitución... Ésas son las únicas razones ocultas de un crimen como éste.

Klaus Bauman sonrió con levedad. Su relación con el comisario, además de subordinada profesionalmente, tenía unas sólidas conexiones afectivas, casi familiares, por la amistad que había unido a su padre y a Clemens Eisembag durante su juventud, y en los años previos a la reunificación de las dos Alemanias. Erich Bauman había nacido en Leipzig y Clemens Eisembag, en Görlitz. Incluso tendrían la misma edad, sesenta y dos años, de no ser porque Erich Bauman había muerto en la cárcel de Turingia, después de ser condenado a cadena perpetua por alta traición al régimen comunista de Alemania del Este. Ambos eran entonces agentes de la Stasi, pero realmente trabajaban como espías infiltrados del gobierno de Alemania Federal. Tras la caída del Muro de Berlín, a Erich Bauman le impusieron una condecoración a título póstumo, y Clemens Eisembag fue incorporado a la Policía de Seguridad de Munich, hasta su traslado a Leipzig como comisario.

—Hay algo más —aclaró Klaus Bauman, con una voz cargada de solemnidad—. Estoy convencido de que las tres dimensiones de las pinturas de las tumbas y de las prendas de lencería de las chicas muertas son también las tres dimensiones en las que debemos centrar nuestras primeras investigaciones: arte, erotismo y muerte ritual.

—Quizá tengas razón. No lo había pensado de ese modo —aceptó el comisario.

—Ya he puesto a mi unidad a trabajar en esas tres dimensiones: Mirtha Hogg dirigirá la búsqueda de pintores urbanos que puedan decirnos algo sobre los sarcófagos y la lencería de las chicas; Karl Lein se ocupará, con los agentes que elija, de indagar entre jóvenes *scort*, prostitutas y narcotraficantes...

—¿Estáis examinando las cámaras de seguridad? —quiso saber el comisario, antes de que Klaus prosiguiera.

—No hay cámaras de seguridad exterior en el monumento, nadie tiene interés en vigilar una inmensa torre de piedra.

—¿Y dentro?

—Las cámaras de videovigilancia interior sólo tienen una función persuasiva. Son tan antiguas que no funcionan, y no se han sustituido por falta de presupuesto. Hans Bastech y su grupo revisarán todas las grabaciones realizadas durante la pasada noche por las videocámaras de comercios y gasolineras situadas en los accesos al monumento.

Clemens Eisembag parecía estar pensando en otra cosa.

—Cuando el ministro ha recibido las fotos creía que se trataba de un montaje de los que circulan por las redes sociales, a pesar de que yo mismo advertí a los de la Oficina Federal de que era un asunto inquietante, distinto a cualquier otro. El propio ministro me ha llamado para que se lo confirmara, y me ha pedido que facilitemos toda la información disponible a la prensa... sin reservas.

—Están cagados, ¿verdad?

—Hasta los calcetines —afirmó el comisario—. Nadie en el ministerio desea que se repita el

escándalo de los asesinatos del Bósforo.

El inspector seguía mirando la fotografía en la pantalla del ordenador, con las manos apoyadas sobre el teclado, y recordó la conmoción que le causaron aquellos hechos, cuando fue adscrito temporalmente a la unidad de homicidios de Dresde, después de su paso por un grupo policial especializado en ajustes de cuentas entre traficantes de drogas.

Durante los años 2011 y 2012, todos los medios de comunicación del estado federal habían dedicado decenas de páginas en los periódicos, y largas horas de programas con máxima audiencia en radio y televisión, al escándalo de los errores cometidos, con la complicidad de algunos agentes de los servicios secretos, en la investigación policial de los asesinatos de ocho turcos y un griego durante los años 2000 a 2006, y una agente de policía, cuya muerte se produjo en 2007 a causa de un tiroteo en Heilbronn, después del atraco a un banco. La versión oficial atribuyó el motivo de los crímenes a violentos ajustes de cuentas entre narcotraficantes, hasta que dos de los sospechosos de los asesinatos fueron encontrados muertos en noviembre de 2011 dentro de una roulotte aparcada en las cercanías de Eisenach, en Turingia. Según el Ministerio del Interior Federal, se habían suicidado, pero la detención de su cómplice —una mujer joven que se entregó a la policía después de hacer explotar la casa en la que vivían los tres en Zwickao— permitió encontrar pruebas sobre la destrucción de documentos secretos relativos a la financiación oficial de las actividades de grupos neonazis, entre ellos la organización terrorista Clandestinidad Nacional-socialista (NSU). Tales hechos forzaron la dimisión del jefe del Servicio de Inteligencia Federal en julio de 2012.

—Ellos se lo buscaron. Nosotros no vamos a destruir documentación ni pruebas de ningún crimen. No es nuestro estilo —dijo Klaus Bauman, y cerró la tapa del ordenador.

El comisario volvió a pasar la mano por su pelo corto.

—Pero tendré que hablar en la rueda de prensa de la lencería y las pinturas en tres dimensiones. Ya sé que no te gusta la idea, acaba de decírmelo Frieda, pero tendré que hacerlo.

—¿Aunque esos datos nos pongan en el objetivo de toda la prensa amarilla de Alemania?

—No hay otra alternativa para evitar que los de la Oficina Federal se ocupen de este caso. Mejor que se convenzan cuanto antes de que podemos resolver el asunto sin ayuda de sus «agentes secretos». Si ellos se hacen cargo de la investigación, tú y yo tendremos muy poco que decir al respecto.

Klaus Bauman arqueó una ceja.

—Espera al menos a que tengamos los primeros informes forenses sobre las autopsias. Entonces podremos decidir qué datos damos a la prensa y cuáles reservamos para nosotros.

—¿Y qué me dices del tipo que encontró los cadáveres?

Klaus Bauman intuyó el sentido de la pregunta de su jefe. El testigo había visto tanto como él de la escena del crimen, y era posible que hubiese hecho fotografías, o que hubiera grabado un vídeo de los cuerpos de las chicas con su móvil. Incluso podría haber enviado las imágenes a algún contacto de las redes sociales antes de llamar al 112, para intentar vender la exclusiva al mejor postor de las cadenas de televisión.

—Me entregó su teléfono voluntariamente y lo está revisando la unidad de delitos tecnológicos —aclaró—. Si envió algún mensaje, lo sabremos esta misma mañana.

—Al ministro no le gustaría ver los cadáveres de esas chicas en todos los telediarios del mundo.

Klaus Bauman asintió.

—Los de la científica han realizado un registro de la casa con el consentimiento del testigo. Sólo han encontrado una antigua colección de cómics, entre los que había cuatro de los años sesenta del siglo pasado, con dibujos pornográficos de inspiración nazi y sadomasoquista. Lo extraño es que no están publicados en Alemania sino en Israel.

—¿Un perverso?

—No lo parece.

—¿Has hablado con él?

—Aún no, está abajo, esperando a que le interroguen. Es un hombre huraño, pero no parece peligroso

—dijo Klaus Bauman.

—Aun así, prefiero que la opinión pública esté puntualmente informada de todo lo sucedido, como quiere el ministro, antes de que las redes sociales se llenen de rumores y especulaciones incontroladas.

—Sólo te pido que no permitas que se manipulen las muertes de esas pobres chicas... Sólo eso.

El comisario se puso en pie y se acercó a la puerta. Luego se volvió, miró a Klaus Bauman y le apuntó con el dedo índice de su mano derecha.

—Si ese tipo no es claro contigo, mételo en el calabozo; al menos tendremos un sospechoso que ofrecerle a la prensa.

La Deep Web es el Infierno. Poca gente la conoce y, sin embargo, está ahí, en las profundidades de internet, negra y oscura como los fondos de los océanos más tenebrosos. Yo nunca debí entrar en ella, nadie que sea normal debería hacerlo jamás. Me lo advirtieron, pero no quise escucharlo. Ahora es demasiado tarde para arrepentirme. Los monstruos existen más allá de los cuentos de terror. Están fuera y dentro de nosotros mismos, pero es en la Deep Web donde sienten su perversidad intensamente viva. Allí pueden alimentarse con la carroña humana que busca su definitiva destrucción, huyendo de la paranoia más atroz.

Yo tenía veintiséis años cuando conocí al hombre que me enseñó la puerta de entrada al Infierno y me animó a traspasarla con él. No contaré lo que me mostró, no vale la pena dar detalles de los horrores que vi. Tampoco hablaré de lo que me obligaba a hacer, es demasiado duro, demasiado cruel. Ahora acabo de cumplir veintiocho años, y sé que muy pronto moriré.

Son las doce en punto de la noche y mis damas me esperan en el chat.

Luna negra: *Estoy aquí.*

Nebulosa: *Me he pasado el día esperando que llegara este momento.*

Luna negra: *Yo nunca faltaré a esta cita.*

Cabeza de bruja: *Me gusta la fidelidad... Hagamos un juramento solemne.*

Bailarina: *No empieces con tus niñerías.*

Cabeza de bruja: *Vale, vale, me comportaré como una adulta.*

Mantis: *Casi me quedo dormida delante del ordenador, he tenido un día agotador.*

Luna negra: *Sólo será una hora, no es mucho tiempo. ¿Y Manzana P?*

Silencio.

Cabeza de bruja: *Se habrá caído del árbol.*

Bailarina: *Conseguirás que acabe odiándote.*

Luna negra: *No es obligatorio estar aquí, cualquiera puede marcharse cuando quiera.*

Mantis: *Gracias por recordármelo, lo tendré en cuenta.*

Nebulosa: *Yo sigo estando triste, quiero hablaros de mí.*

Nuevo silencio.

Cabeza de bruja: *Estamos a tu lado, Nebulosa.*

Luna negra: *Claro, no estás sola. Aquí no.*

Mantis: *¿Estás llorando?*

Nebulosa: Sí.

Bailarina: ¡Tienes que animarte, tu sufrimiento es inútil!

Nebulosa: Lo sé, lo sé, pero lloro con demasiada facilidad.

Cabeza de bruja: Imagina que te abrazamos.

Luna negra: Decías que querías hablarnos de ti, puedes hacerlo ahora, si te apetece. Tal vez te ayude a desahogarte.

Durante unos segundos nadie dice nada.

Nebulosa: No quiero tomar más pastillas, me dan asco. Las he echado al váter y he tirado de la cadena. Me duele un poco la cabeza. Será porque no paro de dar vueltas a las mismas cosas. Mi mente es una gran noria, pero sin luz. Gira y gira en medio de mi ceguera hasta que pierdo el sentido de la realidad y creo que estoy viendo alucinaciones. El chico con el que salía no me soportaba. Decía que era muy guapa pero demasiado débil emocionalmente. Y fría, decía que era un témpano en la cama.

Cabeza de bruja: ¡Cabronazo!

Bailarina: ¿Y lo eres... eres fría?

Nueva espera.

Nebulosa: Cuando estoy deprimida, sí, no voy a negarlo, aunque me gusta tocarme a solas. Me relaja y me ayuda a dormir.

Cabeza de bruja: Eso es saludable, Nebulosa.

Nebulosa: Me sigo sintiendo culpable como una adolescente cuando lo hago.

Luna negra: Una vez leí que de placer y dolor está hecha la vida. Pero es tu derecho elegir el placer sin que eso te cause dolor.

Nebulosa: Es como si necesitara castigarme para limpiar mi conciencia. Hoy me he masturbado en el aseo del trabajo. Y después he llorado. Me sentía sucia, asqueada de mí misma.

Cabeza de bruja: La mayoría de las chicas nos damos placer a solas.

Nebulosa: Muchas veces pienso que los chicos se masturban desde niños y cuando crecen se sienten muy orgullosos de su virilidad onanista. Mi problema es que nunca me he aceptado a mí misma, ni he asumido mis deseos. ¿Por qué?

Luna negra: Te exiges demasiado, y deberías ser menos responsable. Mírate al espejo y sonríe. No hay fantasmas a tu alrededor, sólo tú y tu mente. Ella es el problema, y tienes que controlarla.

Nebulosa: Lo intento cada día sin éxito.

Mantis: A lo mejor a partir de ahora todo es distinto. Yo he conseguido ser lo que soy desde que me propuse que no me importara nada la opinión de los demás.

Cabeza de bruja: ¿Y qué eres, Mantis?

Mantis: Además de otras cosas, lesbiana.

Nebulosa: ¿Tienes pareja? Es simple curiosidad.

Mantis: Prefiero no depender de nadie, tampoco del amor. Me gusta el sexo y lo disfruto a mi manera. Yo elijo, yo decido, yo domino, yo devoro.

Bailarina: ¿Puedo preguntarte algo, Nebulosa?

Nebulosa: Por favor, di lo que quieras.

Bailarina: ¿Qué te ocurrió?

Nebulosa: *Mi madre era muy estricta. Vivíamos en un pueblo pequeño. Una compañera del colegio unos años mayor que yo me enseñó a tocarme y cuando esa noche me acosté, empecé a acariciarme bajo las sábanas. Hacía calor y las aparté a un lado. Mi madre entró y me sorprendió. Durante más de un año estuvo acompañándome a mi dormitorio cada noche, me desnudaba ella, me metía en la cama y me ataba las manos al somier con unas cintas de seda rosa mientras me insultaba. Dejó de hacerlo la noche que murió, y yo me sentí feliz. Sólo tenía 12 años, sólo 12 años, sólo 12 años, y la muerte de mi madre me hizo feliz... Es una locura, una locura.*

Luna negra: *Tu madre te destruyó, Nebulosa. No eres tú la malvada. Ninguna de nosotras somos malvadas. Son los demás, los «seres monstruo», los vivos y los muertos, los dioses y los diablos, quienes convierten nuestras vidas en simples pedazos de carne putrefacta, sin que nosotras podamos evitarlo.*

Cabeza de bruja: *Te comprendo, Nebulosa, es muy jodido que te sintieras feliz porque tu madre había muerto, muy jodido. Yo también perdí a la mía hace dos años, pero fue algo muy distinto. Nunca nadie ha podido llorar tanto por nada.*

Nebulosa: *¿Por nada?*

Cabeza de bruja: *Es una historia complicada. No me río, estoy disimulando mis lágrimas.*

Bailarina: *¿Alguna más es huérfana de padre o madre? Mejor que lloremos todas ahora que más adelante.*

Mantis: *Mi madre vive, pero está enferma.*

Luna negra: *Mis padres también murieron cuando yo tenía 11 años. Los dos a la misma hora del mismo día.*

Bailarina: *¿Un accidente?*

Luna negra: *Una bomba de la OTAN sobre Belgrado en 1999, durante la guerra entre Yugoslavia y Albania. Eso fue lo que me dijeron en el orfanato al que me llevaron. Viví allí hasta que cumplí 18 años.*

La hora de chat ha pasado con rapidez y está a punto de terminar. En unos segundos se desconectará automáticamente la web.

La habitación de Susana era demasiado amplia para su gusto. Las paredes estaban pintadas de blanco. No tenía más mobiliario que una cama con cabecero de madera de cerezo, como el suelo de tarima flotante, muy clara, un gran armario modular con doble puerta a los lados, estantes en el centro, sobre una cajonera, una librería vacía, una mesa de estudio, todo del mismo color, y una silla tapizada de rojo como las cortinas de la ventana. En un hueco de la entrada, una diminuta cocina, junto a la puerta del baño. Nada que ver con el comfortable dormitorio de su casa. Pensó que sólo tenía que poner algunos pósters en las paredes y una colcha con cojines de color sobre la cama, para transformar aquel espacio desolado en un lugar cálido y comfortable.

Ni siquiera había querido ver la residencia en internet antes del viaje, cuando solicitó la plaza. También se había resistido a mirar su localización en Google Maps, o a buscar fotos del edificio o de la ciudad, que le permitieran conocer anticipadamente a qué se enfrentaría en Leipzig. Quería descubrirlo todo sin tener una idea previa de nada. Incluso había cancelado sus cuentas en las redes sociales y se había deshecho de su agenda de contactos, para no tener comunicación con nadie de su pasado.

A sus padres les advirtió en el aeropuerto que no la llamaran, que no cogería el móvil si lo hacían. Sería ella quien les diera noticias de cómo estaba. Había ahorrado dinero suficiente para sobrevivir sola un par de meses y no aceptó que los padres le pagaran su estancia en Leipzig. La beca no tardaría mucho tiempo en llegar y pronto buscaría un trabajo durante algunas horas del día. Saldría adelante sin ayuda de nadie, pasara lo que pasara. No había vuelta atrás en su decisión. Ahora, se sentía libre.

Dejó la maleta y el bolso junto a la entrada, abrió un armario y colgó el plumón, colocó el maletín con el portátil sobre la mesa y descorrió las cortinas de la ventana. La habitación tenía buena luz y vistas al norte: casas bajas modernas y extensos campos verdes, cruzados por caminos y carreteras que desaparecían en la lejanía. Abajo, el jardín trasero del edificio, y unos grandes troncos de madera que servían de bancos rodeaban una gran hoguera aún apagada. Esa misma noche había anunciado una barbacoa de bienvenida.

Sacó el móvil del maletín y escribió un SMS:

*He llegado bien. Ya estoy instalada
No os preocupéis por mí*

No le apetecía despedirse con un beso. Sólo era un mensaje formal, sin afecto. Algo así como las respuestas automáticas de las empresas de telefonía, sólo eso.

Se dispuso a desnudarse para entrar en la ducha, pero el sonido de unos nudillos golpeando un par de veces en la puerta la sobresaltó. Podía ser algún vecino de pasillo, o Ilian Volky, pero ninguna de las dos opciones le agradó en ese momento.

Al fin, decidió abrir. Delante de la puerta estaba el estudiante checo, con el rostro sonrojado de quien teme no ser oportuno, o no ser bien recibido.

—Perdona, no... no quiero molestarte —dijo sin poder disimular su nerviosismo.

—Pasa, no me molestas.

—No, no es necesario. Sólo quería comprobar que no tenías ningún problema con la habitación. En recepción me dijeron el número y la planta, y pensé pasarme un momento y ver qué tal te iba.

Susana sintió que, a pesar de todo, Ilian Volky despertaba en ella cierta ternura fraternal, como de hermano menor indefenso.

—Sí, ya lo ves, todo está bien: he podido abrir la ventana para ventilar un poco la habitación, el agua caliente funciona y no sé..., espero que el frigorífico y la hornilla no estén estropeados —dijo, mostrándose con buen humor.

—¿Has comprobado si recibes wifi? Yo he tenido que hacer algunos ajustes en mi portátil para conseguir activar la conexión por cable.

Ilian no tartamudeó y sonrió contento de haberse expresado con naturalidad. No se había atrevido a pasar adentro de la habitación por temor a invadir la intimidad de Susana, y seguía bajo el dintel de la puerta abierta.

—Aún no he deshecho mi equipaje, y la conexión a internet es lo que menos me preocupa ahora. Iba a ducharme y a descansar un poco, estoy muy cansada, anoche apenas pude dormir —explicó Susana.

—Lo comprendo, es normal... Bueno, entonces creo que iré al gimnasio un momento. Quiero verlo antes de programar mi tabla de ejercicios con pesas. No me gusta improvisar.

—Estupendo, ya me dirás qué tal está para hacer un poco de ejercicio.

—¿Bajarás a la barbacoa de esta noche en el jardín? Creo que habrá un gran ambiente de fiesta alrededor de la hoguera.

—No sé si me apetece mucho comer carne asada. Igual salgo luego a comprar alguna ensalada y un poco de pasta, y me paso más tarde a tomar una copa en la fiesta, no estoy segura de lo que haré.

—Como prefieras. Mi habitación es la número cincuenta y cinco del segundo piso. ¿Me avisarás si necesitas algo?

—Lo haré... Sí, claro.

Ilian se dio la vuelta para marcharse, pero la voz de Susana lo retuvo.

—Te agradezco mucho que seas tan amable conmigo, Ilian, y no quiero que pienses que me molestas o algo así. No es eso... Es sólo que a ti te gusta programarlo todo, como has dicho antes, y lo que a mí me apetece es improvisar las cosas que hago en cada momento. ¿Lo entiendes?

—No tienes que... que darme ninguna explicación. Soy matemático, manejo fórmulas mucho más complicadas de comprender —dijo sin dejar de sonreír—. Seremos buenos amigos, lo sé... —añadió mientras empezaba a caminar por el pasillo.

Después de ducharse, Susana se puso una camiseta amplia, hizo la cama con las sábanas y la colcha roja que encontró en uno de los cajones del armario, cogió el libro de bolsillo que llevaba en el maletín y se acostó, a pesar de que sólo eran las dos de la tarde.

Estuvo leyendo durante unos minutos, pero no podía dejar de pensar en su encuentro con el amigo de Lessi Milovac en la estación. Le extrañaba que su mentora no le hubiese informado con un simple mensaje de que no podía ir a recogerla y que iría otra persona en su lugar. Aunque no habían cruzado más que algunos emails para coordinar su llegada a Leipzig, Lessi se había mostrado muy cariñosa con ella, asegurándole que todo iría bien durante el curso académico. No tenía nada de lo que preocuparse, le había dicho. Debía de haber ocurrido algo muy grave en su familia para que se marchara a Serbia de un modo tan inesperado y no contestara a sus llamadas, pensó. Le había vuelto a telefonar antes de ducharse y su móvil seguía desconectado o fuera de cobertura.

En cuanto al chico de la estación, Susana no comprendía por qué se había enfadado tanto con ella. Si le

hubiera explicado la situación con más calma, no habría tenido ningún problema. Hasta le habría mostrado su agradecimiento por molestarse en buscarla y ofrecerse a llevarla hasta la residencia, pero de sobra conocía las advertencias de seguridad sobre las estafas y los robos de equipajes de los que eran víctimas muchos estudiantes Erasmus al llegar a los países de destino. Las cosas no empezaban bien para ella, pensó Susana, segundos antes de que el cansancio del viaje la derrotara y se quedara dormida.

La oficina del inspector Bauman era pequeña. Había algunos estantes con voluminosas carpetas de expedientes policiales, salvo en la zona de la ventana que tenía vistas al parque. En la pared de detrás de su mesa, colgaban títulos enmarcados, placas conmemorativas y medallas al mérito policial, flanqueadas por las banderas de Alemania y de Sajonia.

Klaus Bauman le pidió al hombre que había encontrado los cadáveres que se sentara frente a la mesa, en una silla metálica y acolchada. Decidió tomarle declaración en su despacho, en lugar de hacerlo en la fría sala de interrogatorios. Al fin y al cabo, no tenía el menor indicio de que aquel tipo grandullón estuviera involucrado en el crimen, a pesar de su temible aspecto. Si había colaborado alertando de su hallazgo al 112; si le había entregado su móvil; si había aceptado que los de la científica examinaran su coche a riesgo de que se lo destrozaran, y después los había acompañado hasta su casa para un registro domiciliario voluntario; si había permanecido horas en comisaría vigilado por dos agentes, sin expresar la más mínima queja, sería una imperdonable descortesía tratarlo como a un sospechoso.

Lo que no le convencía a Klaus Bauman era que ese tipo, con gorro negro de lana, larga barba y espesos bigotes pelirrojos, mostrara una cierta debilidad de ánimo que contradecía la desafiante indiferencia de sus ojos, reforzada por las grandes solapas levantadas de su abrigo negro.

La mano de Klaus Bauman activó una grabadora situada en el centro de la mesa.

—Dígame su nombre, por favor.

—Gustav Lastoon.

—¿Qué edad tiene?

—Cuarenta años.

—¿Me deja su tarjeta de identidad?

El hombre sacó su cartera del bolsillo interior del abrigo, buscó su carnet y lo dejó sobre la mesa. La mano del inspector lo cogió y escribió los datos identificativos en el encabezamiento del impreso de declaración oficial.

—¿Está casado?

—Divorciado.

—¿Hijos?

—No.

—¿Cómo se llama su exmujer?

—Kostanze Rauch. ¿Piensa hablar con ella?

—No se preocupe por eso ahora. ¿Dónde trabaja Kostanze?

—Es auxiliar de enfermería en el Hospital Universitario.

—¿Tiene usted otra pareja actual?

—Vivo solo.

—¿Ha sido detenido alguna vez?

—No, nunca.

—¿Y usted a qué se dedica, señor Lastoon?

—Soy guía turístico, con licencia del Ayuntamiento desde hace años. —Buscó otro carnet plastificado y lo dejó en la mesa.

Un vistazo le bastó a Klaus Bauman para comprobar que era el gerente y único empleado de una empresa inscrita en el registro de actividades económicas de Sajonia, con el nombre comercial de Turismo Fúnebre.

—Una curiosa casualidad, ¿no le parece?

—El mundo está gobernado por fuerzas inexplicables.

—Los científicos opinan lo contrario...

—¿Y quién puede asegurar que estén en lo cierto?

El inspector hizo una mueca de aceptación y respondió con otra pregunta.

—¿Le atrae la muerte, señor Lastoon?

—No más que a usted, imagino. Usted también vive con ella.

Klaus Bauman se inclinó hacia delante. De momento, no deseaba entrar en complicados debates existenciales.

—Yo no hago turismo alrededor de la muerte, señor Lastoon... La encuentro sin buscarla, y la investigo; ése es mi oficio.

—La muerte también es una fuente de inspiración y creación artística.

—¿Como las pinturas de los sarcófagos y la lencería de las chicas?

—Le hablo de otro tipo de arte. Muchos cementerios poseen panteones, mausoleos y esculturas que sólo pueden admirarse visitándolos como si fueran museos. Yo me limito a mostrarlos.

Klaus Bauman asintió mientras escribía la respuesta en su portátil.

—Sin embargo, esta vez encontró cinco tumbas con cinco chicas muertas dentro. ¿Cómo explica esa coincidencia?

Los ojos del guía turístico se turbaron.

—Ya me ha hecho esa pregunta... No tengo nada que ver con esas muertes, si es lo que está pensando.

—Explíqueme algo que no entiendo muy bien... ¿Por qué se quedó usted allí y llamó al 112, en lugar de haberse marchado sin decir nada?

—Nadie en la policía habría creído en mi inocencia si averiguaban después que yo estuve allí.

—Entonces ¿dudó si marcharse o avisarnos?

—Cualquiera que se dedique al turismo fúnebre lo habría dudado. Allí había tumbas y chicas muertas, era consciente de que llamar a la policía también me podría traer problemas.

—Estar en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—El azar es así de misterioso, nadie elige su destino.

El inspector hizo una mueca de aprobación filosófica.

—Tal vez el azar le proporcione publicidad gratuita a sus actividades.

—No me interesa aparecer en los periódicos. Mi único negocio son las visitas guiadas a cementerios. Es el turismo de moda. Aunque también trabajo durante el día para un turoperador haciendo recorridos urbanos por Leipzig y Berlín.

—¿Siempre visita el cementerio de Südfriedhof?

—No sólo ése.

—Dígame otros.

—Uno de los más solicitados es el de Hunle, sobre todo en esta época del año, cuando la hierba y las tumbas de los soldados muertos en la Segunda Guerra Mundial se cubren con las hojas doradas y rojas de otoño —dijo, mostrándose más conversador, como si le agradara hablar del aspecto amable de su trabajo

y de sus conocimientos históricos—. También voy con bastante frecuencia a Praga y a Berlín: en Dorotheenstädtischer están enterrados Fichte, Hegel, Bertolt Brecht, Heinrich Mann y muchos otros genios. A la gente le gusta ver sus sepulturas. Y al sur de Berlín hay otro que atrae a bastantes turistas: el Friedhof Grunewald Forst, un antiguo cementerio de la vergüenza, donde sólo se enterraba a los suicidas. Arrojar al río Havel para quitarse la vida era una moda berlinesa a finales del siglo XIX. ¿Ha visitado usted alguno de esos cementerios?

—Una vez estuve en el cementerio judío de Praga —dijo el inspector.

—¿Qué lo llevó hasta allí?

—La curiosidad, supongo.

—Entonces no hay tanta diferencia entre usted y mis clientes.

Klaus Bauman se mostró indiferente a la comparación.

—¿Cómo se le llama a alguien a quien le gusta visitar cementerios?

—Las revistas de viajes los llaman «turistas necrológicos».

—Pensaba que las necrológicas son las secciones de los periódicos que dan noticias sobre la muerte reciente de las personas.

—Ésa es la etiología de la palabra: *necro* significa «cadáver» en griego; y *logía*, «relato» o «noticia». Pero el lenguaje se adapta con facilidad a las nuevas tendencias sociales —dijo Lastoon.

—Aprecio mucho que me hable como a un profano, por eso debo preguntarle si tiene autorización administrativa para realizar paseos nocturnos entre tumbas.

—Así es. También dispongo de las llaves de las puertas traseras de algunos cementerios. Una parte de mi facturación la reciben los ayuntamientos.

—¿Qué tipo de clientes tiene? —preguntó Klaus Bauman.

—De todas clases, sexos y países. Se sorprendería de la fascinación que ejerce la muerte sobre muchas personas de las que jamás lo habría usted imaginado... Pero nunca admito a menores, si no van con sus padres.

—Puedo comprenderlo.

El silencio se apoderó unos segundos de la pesada atmósfera del despacho. Klaus Bauman recordó a su hija Carla, y las duras discusiones que había tenido con ella durante la última primavera, a causa de los extravagantes vestidos de inspiración renacentista con los que deseaba asistir a los conciertos de las bandas de death rock que participaban en el Festival Gótico de Leipzig. Durante cuatro días al año, se congregaban en la ciudad muchos miles de fans maquillados con palidez, ataviados con ropajes negros, ostentosos peinados o aspecto de condes siniestros y prostitutas medievales. Pensó si acaso su hija sería una de ellas sin que él ni su madre lo supieran, pero la sola idea de responderse a sí mismo esa pregunta le estremeció. Miró al hombre que tenía frente a él y continuó su interrogatorio.

—¿Tiene usted algo que ver con la subcultura gótica, señor Lastoon?

—Llamarla como usted lo hace es menospreciar a uno de los movimientos sociales más creativos de los últimos tiempos. Muchos de mis clientes proceden de esos grupos.

—No le he preguntado eso.

—Tengo mis propias ideas sobre lo oscuro y la muerte, pero me caen muy bien los góticos, no voy a negarlo.

—¿Pensó que había algo gótico en los cadáveres, cuando los encontró?

Gustav Lastoon tardó un par de segundos en pensar su respuesta.

—No exactamente. La lencería de las chicas me pareció muy real, como de revista erótica, ya sabe... *Playboy*, *Penthouse*, *Man*, de ese estilo. Pero las tumbas eran sarcófagos hexagonales pintados, que sugieren un cierto misticismo gótico. El ataúd de Drácula es el ejemplo más popular. Un sarcófago es el

símbolo del receptáculo sagrado de la energía vital, de la transformación, de la metamorfosis y la descomposición, un espacio material donde los cuerpos se desintegran y se transforman en energía cósmica, inmortal. Antiguamente se consideraba a los sarcófagos una fuente de vitalidad, de poder y sabiduría que se transmitía de un cuerpo muerto a quien entraba vivo en él. Pero yo diría que en la actualidad está más relacionado con la idea de la muerte, lo oscuro y lo tétrico.

—Como el turismo fúnebre.

—Yo diría que como la necrópolis pintada en tres dimensiones que vio en el monumento a la Batalla. Era eso lo que quería saber, ¿no?

Klaus Bauman cambió el tono de su voz, haciéndolo más inquisitivo.

—¿Qué sabe sobre el monumento a la Batalla de las Naciones?

—No mucho más que otros guías turísticos.

—Dígame algo que no cuente a sus clientes en las visitas guiadas a la torre.

Gustav Lastoon se pasó un dedo por la ceja derecha, con un gesto de nerviosismo que no pasó desapercibido al inspector Bauman.

—Se lo diré si apaga la grabadora y no escribe en mi declaración nada de lo que escuche ahora.

El interés de Klaus Bauman creció hasta el límite de su expectación. Desconectó la grabadora y apartó las manos del teclado de su portátil.

—Una sociedad secreta de oficiales de las SS celebraba en la cripta de la torre rituales ocultistas durante el nazismo.

Klaus Bauman se dejó caer en el respaldo de su sillón, decepcionado.

—Esas leyendas ya las conozco.

—Le estoy hablando de una amenaza para el mundo, no de una fantasía histórica.

Por un momento, el inspector Bauman pensó que estaba interrogando a un pirado apocalíptico, pero las palabras que Gustav Lastoon añadió volvieron a captar su atención.

—Aunque no lo crea, esa sociedad secreta sigue existiendo en la actualidad, con el mismo nombre y los mismos ritos esotéricos de aquella época.

—¿Cómo lo sabe?

—Hace un año estuve en contacto con una banda de moteros que militaban clandestinamente en una organización neonazi... La banda era una copia de los verdaderos movimientos nacionalsocialistas secretos, esos que nadie conoce y de los que nadie sospecha, pero oí cosas.

—¿Qué cosas?

—Un ejército paramilitar armado con pistolas y fusiles de asalto en toda Alemania, dirigido desde Leipzig por la sociedad secreta de los Guardianes de la Muerte. El mismo nombre de los gigantes caballeros medievales de la cúpula exterior del monumento a la Batalla. Los dioses nazis vuelven a empuñar sus espadas contra la humanidad.

Klaus Bauman se incorporó, apoyó los codos sobre la mesa y miró fijamente a los ojos del guía turístico. Esperó unos segundos, y luego preguntó:

—¿Cree usted que la muerte de las cinco chicas está relacionada de algún modo con esos dioses?

—Lo que vi esta madrugada delante de la torre tenía el aspecto de un ritual pagano sobre la muerte.

—Yo también tuve esa impresión al ver los cadáveres de las chicas.

—Entonces, saque sus propias conclusiones.

—Dígame si sigue en contacto con esa banda de moteros.

—Dejaron de hablarme por hacer demasiadas preguntas.

—¿Sabe el nombre de la banda y dónde se reúne?

—Quizá no debería haberle hablado de ellos, son muy violentos y peligrosos.

La mirada de Klaus Bauman se dulcificó para transmitir confianza a su interlocutor.

—Nadie lo sabrá, puede estar seguro —dijo.

—Esos moteros nunca se encuentran en el mismo sitio y se mezclan con todo tipo de gente para pasar desapercibidos: desde skins hasta ejecutivos financieros. Tampoco tienen un nombre específico, como otros clubes abiertos de la ciudad a los que yo he pertenecido. Entre ellos usan la contraseña «HL», como siglas de Honor y Lealtad, tomada de una cita atribuida al jefe de las SS Heinrich Himmler, en la que aseguraba que su honor era la lealtad a Hitler y al Nacionalsocialismo.

—¿Estaría dispuesto a identificar a alguno de los miembros de esa banda?

—No quiero implicarme en ese asunto, podría aparecer ahorcado en algún parque de las afueras de la ciudad, de manera que parezca un suicidio.

La mano de Klaus Bauman pasó por su frente: sudaba.

—Lo quiera o no, señor Lastoon, ya está implicado. Dígame un nombre.

—Yo sólo conocía a un compañero de la Facultad de Historia, que dejó de estudiar y se puso a trabajar en un taller de motocicletas. Él me animó a unirme a su banda cuando coincidimos hace un par de años en la concentración motera Elefantentreffen, que se celebra cada invierno en el valle de Loh. Su nombre es Ernst Hessen, pero todos le llaman Fly.

—¿Vive en Leipzig?

—Cuando le vi durante algún tiempo sí, pero ahora no lo sé.

—Describame su aspecto.

—Tiene mi edad, de estatura normal pero complexión muy fuerte. Su aspecto es de kick boxing, con la nariz un poco ladeada a la derecha, pelo muy corto y rubio, brazos y cuello musculados y tatuados. Viste pantalones y cazadoras de cuero negro... No sé qué más puedo decirle.

El desconcierto de Klaus Bauman se reflejó en sus ojos. Apenas hacía una hora que el comisario y él habían comentado el escándalo de la investigación de los asesinatos cometidos por el grupo neonazi NSU, y, ahora, el guía de turismo fúnebre que tenía delante de él le hablaba de una conspiración paramilitar en toda Alemania, dirigida por una sociedad secreta nazi llamada los Guardianes de la Muerte, supuestamente vinculada al monumento en el que habían aparecido los cadáveres de las cinco chicas, cuya misteriosa muerte él investigaba desde la madrugada. Una conexión criminal a la que Klaus Bauman apenas le daba credibilidad, pero que tampoco podía descartar.

Después de su largo silencio, el inspector abrió el cajón de su mesa, sacó las cuatro revistas de cómics encontradas durante el registro de la casa de Gustav Lastoon y las dejó sobre la mesa, delante del testigo.

—¿Son tuyas? —preguntó.

—¡Oh, vamos, no pensaré que tengo nada que ver con el nazismo! Sólo son historietas gráficas de coleccionista. He leído y guardado cómics durante toda mi vida, y aún los conservo y los leo. Esas revistas ni siquiera son alemanas.

—Explíquemelo.

La mano de Gustav Lastoon cogió una de las revistas.

—¿Ve este título? —inquirió, mostrándole la portada del cómic en el que aparecían cinco letras, desconocidas por Klaus Bauman, sobre el dibujo a color de dos bellas mujeres calzadas con altas botas militares, pantalones ajustados y cazadoras militares de cuero negro con el brazalete nazi de la esvástica, que golpeaban a un soldado americano arrodillado en el suelo. Luego, el guía turístico añadió—: La palabra está escrita en hebreo y significa «Stalags». Así era como se llamaba a los campos nazis de prisioneros del ejército aliado durante la Segunda Guerra Mundial. Pero estos cómics fueron creados por artistas israelíes en la década de los años sesenta. Se publicaban únicamente en Israel como falsas traducciones de cómics porno importados de Estados Unidos. Después del éxito que alcanzaron, fueron

prohibidos. No han vuelto a editarse desde entonces. Por ese motivo son muy codiciados entre coleccionistas, y yo los conservo por su gran valor. Espero que me los devuelva, a usted no le servirán de nada.

—Sólo los tomaré prestados unos días.

—Cúdelos, por favor, no me gustaría que se mancharan con café, o con cualquier otra cosa que usted pueda hacer con ellos.

El inspector Bauman entendió lo que el guía de turismo fúnebre quiso decirle. Recogió los cómics, los dejó sobre la mesa y decidió continuar el interrogatorio del testigo sobre el hallazgo de los cadáveres.

—Volvamos a los hechos, señor Lastoon. ¿Qué hacía usted en el monumento a la Batalla de las Naciones cuando llamó esta madrugada al 112?

—Tenía una cita allí.

—¿Con las cinco chicas muertas?

—Ya le he contestado a eso. ¿Cuántas veces va a preguntarme lo mismo?

—Es usted demasiado abstracto en sus respuestas.

—Me limito a contestar a lo que me pregunta.

—¿Puede decirme con quién tenía esa cita?

—Creo que era una joven inglesa o americana, apenas hablaba más de dos palabras en alemán.

—¿Y el motivo de la cita?

—Profesional.

—¿Qué tipo de servicios turísticos ofrece usted a las seis de la madrugada?

—Habitualmente, ninguno. No trabajo a esas horas, pero hice una excepción.

—¿Cuándo y cómo quedó usted con esa joven?

—Me llamó al móvil ayer por la mañana, sobre las once, puede comprobarlo en la lista de llamadas entrantes —matizó Gustav Lastoon.

—¿Qué le dijo exactamente?

—Quería visitar el cementerio de Südfriedhof antes del amanecer. Le expliqué que me era imposible. Como ya le he dicho, también hago rutas turísticas diurnas por los monumentos de la ciudad, con un microbús de otra empresa para la que trabajo. Normalmente, las visitas nocturnas las hago a las doce en punto.

—Entonces ¿por qué aceptó?

—Me ofreció mil quinientos euros por la visita.

Klaus Bauman no había pensado en esa razón, y se lo reprochó a sí mismo en silencio.

—¿Llegó a pagárselos?

—Me aseguró que me dejaría el dinero bajo una piedra, en una esquina de la puerta de entrada al monumento, antes de que yo llegara...

—¿Y lo dejó?

Gustav Lastoon buscó en un bolsillo disimulado en las solapas del abrigo, sacó tres billetes de quinientos euros, cuidadosamente doblados, y los depositó en la mesa.

—Estaban donde me indicó por teléfono. Esa joven insistió mucho en que aceptara... Me dijo que había viajado desde muy lejos para poder estar en el cementerio de Leipzig durante la madrugada. Tenía que ser esa noche, no otra.

—¿Le explicó por qué tenía tanto interés?

—Dijo algo relacionado con la luna negra.

—¿Luna negra?

—Sí, es una fase de la luna, antes de comenzar a ser visible de nuevo. Para algunos grupos esotéricos

tiene un sentido de renovación mágica, y hacen hechizos y rituales, más auténticos que en Halloween.

—¿Conoce alguno de esos rituales?

—Cualquiera puede encontrarlos en internet: velas, algún bebedizo, drogas —hizo unas comillas con los dedos de ambas manos—, conjuros, danzas, y a veces sexo.

La referencia a las drogas y al sexo inquietó a Klaus Bauman. Pronto estarían los resultados de los análisis toxicológicos de los cadáveres, y podría conocer la causa de la muerte de las chicas. Aunque el comisario ya se mostrara partidario de esa línea de investigación, también él había considerado desde un principio que el tráfico ilegal de sexo y drogas podría ser una de las claves del caso, y temió que la posible implicación de redes mafiosas alemanas, checas, polacas, o incluso rusas, convirtiera sus pesquisas en un complejo entramado de imposible resolución. El elemento diferenciador entre un asesinato ritual y un asesinato mafioso estaba, sin duda, en la escenografía y el lugar elegidos para el crimen, se dijo a sí mismo. Pero tampoco deseaba precipitar sus conclusiones. Aún no.

—¿Y por qué quedó con esa chica en el monumento a la Batalla de las Naciones? —preguntó.

—Está muy cerca del cementerio y ella quería ver antes la torre. Ahora creo que esa chica, o quien quiera que fuera, me tendió una trampa y sólo pretendía que yo encontrara los cadáveres. Hasta he llegado a pensar que dejaron los mil quinientos euros por las molestias que me causarían, o como prueba de mi participación en la muerte de las chicas. Temo que alguien intente involucrarme en ese crimen para librarse de mí sin necesidad de matarme. Tal vez esa sociedad secreta de la que le he hablado.

—Señor Lastoon, ¿la chica que le llamó al móvil le dijo cómo se llamaba? —preguntó Klaus Bauman sin prestar atención a los temores que el guía turístico le transmitía.

—No quiso darme su nombre, sólo me pidió que la llamara «Cabeza de bruja».

Si me propuse crear un chat dentro de la Deep Web, un chat dentro del Infierno, fue para que nadie pudiera conocer nuestras verdaderas intenciones. Yo ya sabía cómo entrar en el Infierno y cómo sobrevivir en él. Sólo tenía que encontrar a otras chicas como yo, o muy distintas a mí, pero con el mismo secreto que esconder. Chicas sin expectativas respecto a cada una de nosotras. Encontrarlas en internet no fue difícil. Hay direcciones, foros, chats, redes sociales en las que buscar, si se sabe cómo hacerlo. Quienes guardamos nuestro secreto nos reconocemos al instante sin necesidad de vernos las caras en la webcam. Bastan unas palabras directas en cualquier conversación privada del chat para saber quiénes somos. Yo elegí a cada una de las damas de la Luna Negra y creo que no me equivoqué, aunque el momento de la prueba definitiva aún tardará unas semanas en llegar. Necesitamos tiempo.

Me preocupa que Manzana P no vuelva al grupo. No es que me importe que no estemos todas, pero confío en que respete nuestro pacto de silencio si decide no regresar. Nadie debe conocer mi proyecto.

El reloj marca las doce en punto de la noche.

Luna negra: *¿Estás ahí, Manzana P?*

Silencio expectante.

Manzana P: *Depende...*

Las demás empiezan a aparecer.

Bailarina: *¿Y qué significa depende?*

Nebulosa: *Creo que Manzana P quiere poner alguna condición.*

Cabeza de bruja: *Estará colgada con sus canutos.*

Mantis: *¿Por qué no la dejáis en paz?*

Luna negra: *Nadie la está molestando. Adelante, Manzana P, dinos qué ocurre.*

Manzana P: *Estoy aquí, pero estaré callada.*

Luna negra: *No tienes que hablar si no quieres.*

Nebulosa: *O no puedes...*

Bailarina: *¿Has tomado alguna droga esta noche, Manzana P?*

Cabeza de bruja: *Yo acabo de hacerme un té con hierbas aromáticas...*

Mantis: *Me parece una pócima demasiado aguada para una bruja como tú.*

Cabeza de bruja: *Está bien..., le he puesto un poco de marihuana y algo de menta, pero nada de tripas de serpiente ni babas de rata endemoniada.*

Nebulosa: *Yo sólo fumo tabaco, un cigarrillo detrás de otro.*

Bailarina: *Le preguntaba a Manzana P. Me importa muy poco cómo os envenenéis las demás.*

Nadie dice nada.

Manzana P: *Estoy en otro mundo, dejadme tranquila...
bejdjelsjfbjfdkdkdjfbfjeiekdckfnjekdkdnduekekdkfjffj*

Cabeza de bruja: *¿Eso es lenguaje élfico?*

Bailarina: *Eso quiere decir que te calles.*

Nebulosa: *Pero ¿qué os pasa esta noche? ¿A qué viene tanta agresividad?*

Mantis: *La guerra es la guerra, querida.*

Me mantengo al margen.

Nebulosa: *Preferiría que hablásemos de cosas serias.*

Bailarina: *¿Te parece poco serio que Manzana P sea adicta a las drogas, tú a la tristeza y al tabaco, Cabeza de bruja a los cementerios, Luna negra a la Deep Web, Mantis al sexo lésbico, y yo al odio?*

Mantis: *Eh, espera, yo no dije que fuera adicta al sexo, no te pases conmigo.*

Bailarina: *Lo que no se dice se adivina.*

Mantis: *¿Y cuál es tu adicción, Bailarina? ¿Tirarte a tu viejo profesor de ballet en la barra de ejercicios?*

Bailarina: *Te equivocas, no es el sexo lo que me importa. Tampoco tengo más dependencia que el odio a todo y a todos, vosotras incluidas.*

Nebulosa: *No sigáis, por favor, esto no tiene ningún sentido.*

Cabeza de bruja: *Para mí tiene todo el sentido de este chat.*

Nebulosa: *¿Tú también eres...?*

Cabeza de bruja: *No, yo no soy lesbiana, soy bulímica. Como compulsivamente todo lo que puedo, y luego vomito todo lo que he comido... Es otra forma de adicción, si quieres llamarla así. Nadie lo ha sabido nunca, pero lo soy desde los 14 años. Tenía una tendencia genética a engordar, como mi padre, que siempre estaba bebiendo cerveza negra en el pub. Pesa 140 kilos, y en mi pueblo le llaman el «cerdo borracho». Nunca sale de casa, no puede moverse.*

Manzana P: *Estoy un poco mareada.*

Nebulosa: *¡Vaya reunión de damas! De haberlo sabido antes, tendríamos que haber votado otro nombre más apropiado para el chat.*

No he intervenido en este hilo del chat, pero creo que ahora debo hacerlo. Estaba convencida de que Nebulosa era la más débil de todas nosotras, y que siempre estaría de mi lado. Me equivoqué. Ahora intuyo que sufre un trastorno bipolar.

Luna negra: *Pon un ejemplo, Nebulosa.*

Nebulosa: *«Las chicas de las cloacas». No estaría mal.*

Cabeza de bruja: *Me gusta, me gusta mucho, muchísimo.*

Bailarina: *¡Cambiémoslo! «Las chicas de las cloacas» nos define mejor a todas. Es más actual y más realista.*

Manzana P: *OK.*

Mantis: *Por mí de acuerdo. Pero ¿qué dice Luna negra?*

Escribo el nuevo nombre del chat en un pólit amarillo y dibujo una calavera al lado. «Las chicas de las cloacas» no está mal, pero no me gusta que cambien los planes de mi proyecto. Dejo el pólit como punto de lectura del libro que estoy leyendo, y no tardo en responder.

Luna negra: *Sois mayoría, vosotras decidís.*

Bailarina: *Eso cambiaría las cosas.*

Nebulosa: *¿Qué cosas?*

Mantis: *No veo por qué lo demás tendría que ser distinto.*

Cabeza de bruja: *Habláis de que ya no seremos damas de la Luna Negra, ¿no?*

Bailarina: *¡Chica lista!*

Luna negra: *Cambiaré el nombre del chat en la Deep Web.*

Bailarina: *Me parece una buena idea.*

Luna negra: *Pero seguiré siendo la única administradora de la página, y sólo yo podré iniciar la sesión del chat.*

Mientras conducía por las calles que rodeaban Thomaskirche, la música que escuchaba en los altavoces del coche se interrumpió bruscamente, y fue sustituida por las estridencias de una llamada del comisario Clemens Eisembag.

—¿Te has propuesto que el ministro cuelgue mi cabeza del obelisco de Augustusplatz? ¿Cómo has podido dejar libre al único sospechoso que teníamos, después de las lindezas que ha soltado en su declaración y de sus confesadas actividades necrófilas?

—Sólo es un guía turístico que visita cementerios.

—¿Y acaso no dijo él mismo que era una necrópolis lo que encontró delante del monumento? ¡Ese tipo podría estar implicado en la muerte de las chicas hasta su maldito esqueleto!

Klaus Bauman paró en un semáforo y se rascó la barba. Se la había recortado hacía sólo un par de días y no dejaba de picarle la cara.

—Ese tipo es tan inocente como tú y como yo. Le han tendido una trampa para que encontrara los cadáveres y nos avisara, eso es todo.

—¡Y tú te lo crees porque tienes un sexto sentido musical en los oídos!

Klaus Bauman bostezó con un gesto de cansancio.

—Sí, tal vez sea como dices. Gustav Lastoon nos será más útil libre que encerrado en un calabozo. Una patrulla de seguimiento lo tendrá vigilado día y noche.

—Comprará otro móvil y no podrás pincharlo.

—Ya le he dado uno de nuestros teléfonos mientras analizamos el suyo. Necesito estar en continuo contacto con él.

—Deberías haber esperado a que yo te autorizara antes de tomar esas decisiones.

—Pensaba que tenía competencia para dirigir esta investigación. En cualquier caso, no creo que el fiscal acepte que intervengamos las comunicaciones de un simple testigo. No tenemos ninguna prueba contra Gustav Lastoon, y sus actividades como guía de turismo fúnebre no lo convierten sin más en sospechoso de asesinato.

El color del semáforo cambió a verde y el coche giró en dirección a Goethestraße.

—¡No me desafíes, Klaus!, ¡no voy a permitirte!

El inspector fingió no haber oído nada.

—Te veré cuando termine en el Instituto Forense, han encontrado nuevas obras de arte en los cuerpos de las chicas, que no eran apreciables en la escena del crimen.

—¿De qué demonios se trata ahora?

—Tienen brutales heridas en la espalda.

La doctora Helen Goddard y el doctor Jeserich, dos de los patólogos forenses más experimentados del Instituto de Medicina Legal, esperaban a Klaus Bauman en la sala de autopsias del sótano del edificio. Pasillos blancos y puertas abatibles de acero.

Un auxiliar de autopsia le facilitó los guantes de látex, la bata y la mascarilla desechable de color

verdeazulado. Pero antes de colocarse la máscara, Klaus Bauman abrió una cajita de crema de mentol y se untó con abundancia las fosas nasales y el bigote. Nunca había soportado el olor de la muerte, ni siquiera cuando no era perceptible para otros. Luego le agradeció al ayudante su amabilidad y entró en la sala de autopsias respirando profundamente.

Los cinco cadáveres estaban depositados sobre distintas mesas de la sala, dentro de bolsas de plástico blancas, herméticamente cerradas. Sólo el cuerpo de una de las chicas permanecía con parte de la cremallera de la bolsa abierta a la altura del cuello. Su cabeza era perfectamente visible.

Klaus Bauman saludó a la doctora Goddard y al doctor Jeserich mirándoles fijamente a los ojos. Era la única parte de sus caras que podía ver, aunque ya los había visto al amanecer en el lugar del crimen, cuando decidieron con el fiscal proceder al levantamiento de los cadáveres sin mover su posición sobre las esteras pintadas en que fueron hallados, y los trasladaron cuidadosamente envueltos en grandes bolsas especiales y asépticas hasta el Instituto Forense, para preservar cualquier vestigio orgánico o material de la escenografía formada por los cuerpos y los sarcófagos, como si formaran un todo inseparable. Después, colocaron cada uno de los cadáveres en cinco mesas de autopsia para proceder al examen externo. Habían pasado varias horas desde entonces.

Los forenses llevaban gorros de quirófano que les cubrían el pelo y parte de la frente, de manera que sus ojos poseían una intensidad expresiva inusitada. Sin duda, los cuerpos de las chicas muertas les habían impresionado hasta el punto de dejar un rastro de incredulidad y abatimiento en su voz.

—Nunca habíamos visto nada parecido: cinco cadáveres convertidos en obras de arte forense —dijo la patóloga.

Klaus Bauman se acercó en silencio a la mesa de autopsia. La chica que yacía sin vida ante él tenía el pelo muy rubio, casi blanquecino, y los ojos abiertos. Unos ojos que el inspector Bauman no había visto en la escena del crimen.

—¿Por qué tiene los ojos dorados?

—Sólo es un efecto de color provocado artificialmente en todas las chicas —explicó la doctora Goddard. Cogió unas pinzas diminutas y extrajo de las córneas unas lentillas, dejando a la luz unos ojos azules, con el brillo apagado por la muerte.

El doctor Jeserich miró a Klaus Bauman.

—Ya hemos iniciado el protocolo de las autopsias. Mandaremos las lentillas al laboratorio para su análisis. Es posible que encontremos algún rastro de terceras personas que hubieran podido intervenir en su colocación. Sin embargo, lo que más nos ha sorprendido son estas pinturas, de una extraordinaria perfección anatómica.

Y al decir esto, el forense abrió completamente la bolsa, cogió un brazo y giró el cuerpo rígido y frío hasta dejar al descubierto la espalda.

—¡Quién ha podido hacer algo así! —exclamó Klaus Bauman.

Un gran hueco sanguinolento, como si una extensa zona de piel con forma irregular hubiera sido seccionada y separada del cuerpo, desde los omóplatos hasta la tercera vértebra lumbar, aparecía abierto en la espalda de la chica dejando visible parte de la columna vertebral y los músculos desgarrados por un puñal, clavado en el centro de la profunda herida.

Klaus Bauman sacó su móvil de la cazadora, por debajo de la bata verdeazulada.

—Necesito hacer unas fotos de esa pintura —dijo.

—Como le anticipé por teléfono, serían actos brutales de no tratarse de pinturas en tres dimensiones, como las prendas de lencería —dijo la patóloga.

El doctor Jeserich secundó la opinión de su colega, y añadió:

—Son obras de arte cuya verdadera motivación se nos escapa. Aunque, por el contexto monumental de

la escena del crimen, las prendas de lencería, las heridas, el puñal y los sarcófagos pintados, podríamos pensar en algún acto ceremonial con resultado de muerte múltiple, pero sin violencia física real. Esa relevante circunstancia daría sentido a la hipótesis de un sacrificio ritual, en el que les suministraron a las chicas un tóxico o una droga mortal. Podría tratarse de un asesinato perpetrado por alguna organización de tráfico sexual, o, incluso, de un extraño suicidio colectivo vinculado a alguna peligrosa secta, llevado a cabo por las chicas con la colaboración de, al menos, otra persona que pintara los sarcófagos y los cuerpos, les facilitara las sustancias tóxicas que acabaron con su vida, y les ayudara a eliminar cualquier evidencia de sus ropas y del vehículo en el que debieron de llegar hasta el monumento.

Las nuevas líneas de investigación que apuntaba el forense no habían sido consideradas hasta ese momento por Klaus Bauman.

—¿Y la hora y la causa de la muerte? —preguntó.

La pregunta fue contestada por la doctora Goddard.

—Las chicas murieron entre las cuatro y las cinco de la madrugada.

Luego explicó que, teniendo en cuenta la leve deshidratación de las córneas, así como la temperatura corporal que tenían las chicas en el lugar del hallazgo —no demasiado baja a pesar de que estaban completamente desnudas y a la intemperie, en un amanecer frío—, era difícil establecer la data exacta de la muerte. Sin embargo, esos mismos signos cadavéricos revelaban que todas habían fallecido aproximadamente en el mismo período de tiempo, y que no había evidencias de que sus cuerpos hubieran sido trasladados hasta el monumento desde otro lugar. También dijo que, después de un detenido examen externo de los cadáveres en la sala de autopsias, estaban seguros de que todas las chicas murieron en la misma posición de decúbito supino en la que estaban cuando fueron halladas.

—La persona que las encontró es un guía de turismo fúnebre —reveló Klaus Bauman.

—Parece una coincidencia macabra —dijo el doctor Jeserich, sorprendido.

—Es posible que lo sea.

—¿Podría tratarse de un primer sospechoso? —insistió el forense.

—Aún es pronto para saberlo, de momento sólo es un testigo.

La doctora Goddard se mostró cauta, y no emitió ningún juicio clínico sobre el hecho de que la persona que había encontrado los cadáveres en una escenografía mortuoria fuese un guía de turismo fúnebre. Su especialidad profesional era la patología forense, no la psicología criminal.

—Los primeros análisis toxicológicos —prosiguió— apuntan como causa de la muerte a un tóxico o a una droga con efectos paralizantes inmediatos. Además, hemos observado algunos signos *post mortem* contradictorios que nos afianzan en esa conclusión inicial.

Las palabras de los patólogos comenzaban a sonar en la cabeza de Klaus Bauman como el zumbido de un enjambre de avispas, que le clavaban sus aguijones envenenados en el cerebro.

—No entiendo bien lo que quiere decir —murmuró.

—Los datos del examen externo de los cadáveres, la temperatura corporal, la escasa presencia y fijación de las livideces, así como otros fenómenos asociados a la data cadavérica, nos indicaban que no pasaron más de dos horas desde que las chicas murieron y el momento en que nosotros llegamos a la torre. Sin embargo, el *rigor mortis* de sus cuerpos era tan intenso que parecía que hubiesen pasado más de siete horas. Lo que nos inclina a pensar que el tóxico o la droga que les causó la muerte también les provocó un espasmo cadavérico en el mismo instante de la muerte, que contrajo todos los músculos de sus cuerpos, a excepción de las caras.

—Entonces ¿no sufrieron una agonía convulsa?

—Según nuestra experiencia, y sin poder confirmarlo científicamente, la expresión de calma de sus

caras podría hacernos pensar que tuvieron una muerte relajada, aunque súbita —aseguró la doctora Goddard.

Klaus Bauman se acercó a otra de las cuatro mesas de autopsia y abrió la bolsa que contenía a otra de las chicas. La palidez del cadáver no le restaba belleza al rostro. Tenía el cabello corto, muy negro, los ojos de color gris oscuro y los labios morados.

El doctor Jeserich cogió uno de los brazos de la chica y mostró al inspector la parte interna de las muñecas.

—Estas cicatrices son de heridas incisas antiguas, con más de dos o tres meses. Por la forma y el trazado podríamos decir que, probablemente, son autolesiones causadas por un objeto cortante, muy afilado: un trozo de cristal, posiblemente.

—Intento de suicidio —afirmó Klaus Bauman.

—Sí, algo muy distinto a esto... —dijo la doctora Goddard a la vez que se acercaba a la mesa siguiente y dejaba al descubierto otro de los cadáveres. Era el cuerpo de una chica con el pelo castaño, largo hasta los hombros, con el flequillo recto sobre la frente.

El doctor Jeserich le ayudó a girar el cadáver. En la espalda también eran visibles el agujero abierto en la piel y el puñal pintados en tres dimensiones, pero en esa ocasión Klaus Bauman achicó los ojos, horrorizado.

—Son decenas de cicatrices reales que cubren toda la superficie de la espalda, causadas por incisiones en la piel, muy finas pero profundas, con un objeto cortante tan afilado como un bisturí —explicó la doctora Goddard.

—Creemos que, por el diferente grado de cicatrización, las lesiones pudieron ser causadas durante períodos de tiempo muy diversificados pero frecuentes —matizó el doctor Jeserich.

Luego, la doctora prosiguió:

—Sería lógico deducir que esas heridas no pudo causárselas esta chica a sí misma. Tal vez fue víctima de violencia continuada durante un tiempo prolongado. No encontramos otra explicación.

El inspector Bauman comenzó a sentir que le faltaba el aire.

—¿Y las demás chicas?

La doctora prosiguió su recorrido por la sala, y Klaus Bauman no pudo evitar imaginarse a Gustav Lastoon en una de sus rutas de turismo necrológico, disertando sobre los cuerpos ilustres que yacían en las tumbas que mostraba a sus clientes.

—Esta otra tiene innumerables perforaciones de pírsines en las cejas, las orejas, la nariz, los labios, la lengua, el ombligo, incluso la vulva. Algunas parecen infectadas. Los análisis biológicos lo confirmarán. En nuestra opinión, la chica debía de pertenecer a alguna tribu urbana, es la conclusión más razonable —dijo Helen Goddard.

El inspector compartió esa opinión con un leve asentimiento y observó el pelo de color rojizo de la chica. Lo tenía rapado en uno de los lados y un largo flequillo le caía al otro lado de la cara. Sus ojos eran como miel pastosa.

—Es extraño que no tenga ningún tatuaje —dijo.

—Tiene razón. Normalmente, la combinación entre pírsines y tatuajes es una característica común en este tipo de perfil psicológico.

—¿Podría ser alérgica a la tinta? —preguntó Klaus Bauman.

—Ésa es una hipótesis puramente especulativa, sin ningún fundamento científico —afirmó el doctor Jeserich.

Luego, señaló hacia un rincón de la sala de autopsias.

—La más joven es aquella de allí, puede verla si quiere.

Klaus Bauman hizo un esfuerzo por disimular sus deseos de salir lo antes posible de la sala de autopsias y acompañó al doctor Jeserich hasta la camilla. Era una chica que debió de ser muy guapa antes de morir. Su cuerpo era delgado y frágil.

—¿Qué edad creen que tiene?

—Calculamos que entre dieciocho y veinte años. Como la primera de las chicas, ésta tampoco presenta evidencias corporales externas; sin embargo, los reactivos de detección de drogas han dado positivo a cocaína, éxtasis y cannabis, entre otras muchas sustancias que están por determinar.

—Pero no tiene pinchazos de agujas en los brazos —dijo el inspector.

—No, es cierto, probablemente no se las administrara por vía intravenosa.

—¿Cuándo tendrán listo su informe?

Una expresión de agotamiento destelló en los ojos de Helen Goddard, a la vez que se acercaba a un ordenador situado sobre una mesita, junto a la puerta. Cogió un par de folios impresos y se los mostró al inspector.

—De momento, le hemos comentado unas primeras conclusiones del examen externo de los cadáveres. Nuestro informe definitivo estará listo en unos días, después de que completemos la autopsia con el examen interno y los estudios histopatológicos oportunos.

¿Estoy enfadada? ¡Pues claro que lo estoy... y mucho! Mis damas se han rebelado contra mí en una improvisada revolución dirigida de manera inconsciente por quien yo creía que sería mi mejor aliada: Nebulosa. Ella encendió la chispa con su estúpida idea de cambiar el título de la web a causa de nuestras debilidades. Era lo único que esperaba Bailarina para volver a lanzar sus mordiscos de serpiente venenosa y acabar con mi reinado virtual en el chat. Un acto de arrogancia muy propio de los traidores de cualquier época. Las demás sólo han sido meras comparsas de la conspiración, incapaces de comprender las consecuencias de convertirnos a todas en «Las chicas de las cloacas». En la luna negra hay esperanza de una nueva luz; en las cloacas, pura inmundicia y una apestosa oscuridad. Me temo que ya nada será como yo había imaginado en mi proyecto. La decisión ha sido de ellas. Lo que ocurra de ahora en adelante será responsabilidad de las cinco, no mía.

Imagino lo que ellas estarán pensando, minutos antes de comprobar si yo vuelvo a iniciar el chat o las dejo atrapadas por el miedo que las paraliza a todas fuera de esta web. Pero también a mí me atterra el caos.

Sólo han pasado dos minutos de las doce de la noche.

Luna negra: *Siento no haber sido puntual esta noche.*

Nebulosa: *Todas podemos retrasarnos. No te preocupes.*

Cabeza de bruja: *Dos minutos no son nada, he estado pintándome las uñas de negro, las tenía hechas un asco.*

Pasan algunos segundos sin que nadie escriba en la pantalla.

Bailarina: *Si vuelve a ocurrir, yo no estaré aquí, esperando como ahora.*

Mantis: *A mí me da todo igual.*

Luna negra: *¿Y Manzana P? Si hoy tampoco se conecta, su clave de acceso al chat se desactivará automáticamente.*

Bailarina: *¿Es una advertencia?*

Luna negra: *No..., un recordatorio. La web está programada así, ya lo sabías.*

Mantis: *Es verdad, todas lo sabíamos. Manzana P incluida.*

Manzana P: *Dejad de discutir por mí, ¿vale? Estoy aquí, lo de anteanoche fue porque me pasé un poco...*

Cabeza de bruja: *Piedra verdosa, hachís humeante...*

Manzana P: *Fue algo más alquímico, ¿recuerdas?*

Cabeza de bruja: *¿Heroína?*

Manzana P: *Adivina...*

Nebulosa: ¿Qué drogas tomas, Manzana P?

Manzana P: ¿Por qué no le preguntáis a Luna negra sobre sus vicios y me dejáis en paz?

Luna negra: Puedes preguntarme tú directamente.

La respuesta se hace esperar, como si todas estuvieran más cómodas cuando yo no digo nada.

Bailarina: Preguntaré yo.

Luna negra: De acuerdo. Sé que todas esperan que Bailarina me pregunte algo duro sobre mi vida.

Todas tenemos cosas que ocultar, además de nuestro secreto.

Bailarina: ¿Cuál es tu pecado inconfesable?

Aunque sé muy bien qué responder, me demoro intencionadamente en hacerlo. Después de una silenciosa espera, escribo con lentitud en el teclado de mi ordenador.

Luna negra: Haber matado a un hombre.

Pasa el tiempo y nadie dice nada. Esta noche el chat ha terminado.

El murmullo de voces y risas que ascendía hasta su ventana desde el jardín la despertó. La fiesta de bienvenida a los nuevos estudiantes de la residencia Arno-Nitzsche había comenzado. Consultó su reloj de pulsera y se maldijo a sí misma por haber dormido tantas horas seguidas. Se levantó de la cama de un salto, abrió la ventana y miró abajo, al jardín. Un gran fuego ardía en el centro del círculo formado por gruesos troncos de árboles. No hacía frío aún, pero las nubes que seguían cubriendo el cielo anticipaban la caída de una noche que sería húmeda. Alguien puso música electrónica de fondo en la megafonía exterior del jardín.

Decidió vestirse y bajar a la fiesta. Se puso unos vaqueros ajustados, una camisa y el jersey de lana más fino, se calzó las botas bajas, se arregló el pelo, se pintó los párpados en un tono verdoso como sus ojos, se perfiló intensamente los labios, cogió el móvil y algo de dinero, apagó las luces y salió de la habitación.

Al llegar a la planta baja se dirigió al jardín. Rodeó algunos grupos de estudiantes para no pasar entre ellos y se acercó al fuego que ardía en el centro. Grandes parrillas de hierro estaban colocadas sobre las ascuas, y en una mesa alargada había panes, ensaladas de col y remolacha, costillas de cerdo, salsas y un surtido de salchichas. El menú era más amplio de lo que ella había imaginado.

Susana buscó a Ilian alrededor de la hoguera, pero no lo encontró.

—Vaya, al fin te dejas ver —escuchó tras de sí.

No era la primera vez que escuchaba esa voz. Tampoco el rostro que le sonreía le era desconocido, aunque el pelo no le caía a ambos lados de los ojos, sino que lo llevaba recogido en una coleta corta. Al ver a Bruno Weiss a su lado, Susana pensó que se trataba de una persona distinta. Apenas lo había mirado unos instantes en la Estación Central, y no tenía un recuerdo nítido de su fisonomía. Pero se habría mentido a sí misma si hubiese negado que se alegraba de que Bruno Weiss estuviera allí, y que hubiera vuelto a encontrarla.

Llevaba un par de botellas de cerveza en las manos y le ofreció una a Susana.

—Puedes bebértela, no está contaminada —dijo, y levantó las cejas sin dejar de sonreír para hacer evidente su ironía.

Susana cogió la botella y le dio las gracias.

—Siento lo de esta mañana. Me comporté como una niña asustada.

—Y yo como un estúpido. Debí intentar tranquilizarte, en lugar de sentirme ofendido por tu desconfianza.

—Estaba un poco nerviosa..., no sé, supongo que fue todo demasiado rápido.

—Sí, claro, lo entiendo... Además, era lógico que desconfiaras de mí. Tú esperabas a Lessi, y en su lugar aparece un desconocido que pretende que subas con él en un coche.

—Olvídalo, ya no tiene importancia.

Bruno Weiss abrió los brazos y volvió a gesticular con las cejas, como última disculpa.

—¿Te apetece comer algo?

—Iba a prepararme una ensalada y una salchicha.

—No estaba pensando en esa barbacoa. Me gustaría invitarte a cenar en el centro... Podríamos ir en el tranvía, si no quieres subir en mi coche.

Susana le dio un trago a la botella de cerveza. Estaba helada.

—Antes dime por qué has venido hasta aquí esta noche. No me gusta que me compadezcan.

—Lessi también me pidió que yo fuese tu mentor hasta que resolvieras todo el papeleo oficial y encontraras tu propio ambiente. Ella no tuvo tiempo de tramitar el cambio en el Programa Buddy de la universidad.

—La verdad es que no necesito ayuda, pero esta vez no te diré que no voy a ir contigo a ninguna parte —dijo sonriendo.

—Entonces, vámonos de aquí cuanto antes, apesta a carne quemada.

El coche de Bruno Weiss era un pequeño Trabant 601, fabricado en los años ochenta en la antigua República Democrática Alemana. Tenía dos puertas, faros redondos y un color rojizo como un vino tinto que se hubiera derramado sobre la carrocería, demasiado reluciente para ser la pintura original.

—Tienes un coche muy coqueto —dijo Susana.

Bruno le abrió la puerta y la invitó a entrar. Luego pasó por delante del coche y dio unos golpes leves en el capó, mirando a Susana tras el parabrisas con una mueca divertida. Abrió la puerta del conductor, se sentó, introdujo la llave en el contacto y arrancó el motor.

—Este viejo trasto era de mis padres, me lo dejaron a mí cuando se marcharon después de la caída del Muro de Berlín.

—¿Se marcharon? —preguntó Susana, dubitativa.

—Sí, pero sólo te hablaré de mis padres y de mí después de que tú me hayas explicado dónde aprendiste a hablar alemán. Nadie pensaría que eres extranjera, y menos aún que vienes de España. Nuestros idiomas son muy distintos —afirmó Bruno mirando a Susana de reojo.

—Mi madre es alemana, de Ingolstadt, y mis abuelos siguen viviendo allí. Yo nací en Granada, mi padre es español, tiene un negocio de coches de importación. Cuando era joven, trabajó en la fábrica de Audi en Baviera y conoció a mi madre durante una convención de la empresa.

Susana no pudo evitar sentirse emocionada. Pero no fueron los recuerdos de sus padres ni de su ciudad los que despertaron la felicidad en ella. La relación emocional con sus padres había sido inexistente desde su adolescencia, a pesar de la protección que siempre le proporcionaron; especialmente, desde que su madre la llevara al ginecólogo porque a los catorce años aún no había tenido la primera regla. Ni la tuvo entonces, después de un largo tratamiento hormonal, ni la tendría nunca. Ese mismo año, le extirparon preventivamente el útero y los ovarios a causa de una malformación congénita. Pocos meses después, empezó a sentir que todo cambiaba dentro de su cuerpo y de su mente. Al principio fue la inseguridad en sí misma al volver a clase con sus compañeras del instituto, luego el miedo a conocer a nuevos amigos, hasta que se enamoró de un chico y tuvo su primera experiencia sexual: fría, dolorosa y frustrante.

El coche se incorporó a Richard-Lehman-Straße para rodear el distrito Südvorstadt a través del inmenso parque situado al oeste de la ciudad. A medida que el bosque los engullía, la oscuridad de la noche se convertía ante los ojos de Susana en una masa negra sin estrellas.

El restaurante se llamaba B10 porque estaba situado en el número 10 de Beethovenstraße: un local moderno con amplios ventanales de madera, tonos grises en las paredes, lámparas de campana colgando sobre las mesas y una pequeña barra de copas presidida por una vitrina de cristal repleta de botellas iluminadas desde atrás. Cinco relojes cuadrados decoraban el estante más alto, con horas distintas en cada uno de ellos como alegoría de la relatividad del tiempo.

Una camarera se acercó con un par de copas de Riesling y se las ofreció.

—Os preparo una mesa enseguida —dijo.

El restaurante estaba lleno de gente, aunque no había estudiantes cenando. Los precios de la carta eran prohibitivos para ellos.

—¿Y tú a qué te dedicas? —quiso saber Susana.

—Soy profesor de violonchelo en el Conservatorio de Música.

—¡Vaya, suena muy interesante! ¿Y cuál es tu defecto? —bromeó Susana.

Los ojos de Bruno brillaron al sonreír.

—A veces, mi orgullo alemán puede ser perverso.

La mesa estaba lista para la cena. Se sentaron y eligieron los platos de la carta.

Durante la cena, Bruno Weiss habló de sus padres: los dos eran químicos y, además de dar clases en la Universidad de Leipzig, trabajaban en la industria farmacéutica. Él fue uno de los muchos bebés que nacieron en Alemania del Este nueve meses después de la noche del 9 de noviembre de 1989, como fruto inesperado de la caída del Muro de Berlín.

—Le debo mi vida a un acontecimiento fortuito con repercusión mundial, que celebraron miles de parejas alemanas haciendo el amor en los parques o en sus casas. Mis padres no querían tener hijos, incluso pensaron en el aborto, pero mi abuela convenció a mi madre para que me permitiera nacer y dejara que ella me cuidara.

Diez años después de la caída del Muro los padres de Bruno recibieron una oferta de una multinacional de Estados Unidos para que la familia se trasladara a vivir a Chicago. Bruno sólo tenía entonces nueve años y ya era un virtuoso del piano y del violín gracias a su abuela materna, que había sido soprano y se ocupó de su educación musical desde que nació. Como se había criado con ella, cuando llegó el momento de decidir el futuro de la familia en América, su abuela se opuso a que sus padres se lo llevaran y lo apartaran para siempre de sus orígenes alemanes, y de su prometida carrera musical. La decisión se tomó sin que nadie le preguntara a él. Sus padres se marcharon a Chicago, le dejaron su casa y el coche para cuando creciera y se independizara, y él siguió viviendo con su abuela hasta que falleció hacía tres años.

—No he vuelto a verlos desde que se fueron —concluyó.

Luego, sin dar tiempo a que Susana hiciera algún comentario, le preguntó:

—¿Has oído ya la noticia?

—No, no sé a qué te refieres —dijo ella desconcertada.

—Está en todas las televisiones desde mediodía. La policía encontró al amanecer a cinco chicas muertas...

Susana se llevó las manos a la cara.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Mientras ella lo miraba con los ojos perdidos en algún lugar remoto, Bruno continuó explicándole lo poco que había dicho el comisario de Leipzig en una rueda de prensa televisada.

—No saben quiénes son las chicas, pero todas tienen entre veinte y treinta años.

—¿Alguna podría ser estudiante Erasmus? —preguntó Susana, horrorizada por lo que escuchaba.

—Nadie lo sabe todavía... La policía ha hecho un llamamiento público a todas las personas que hayan denunciado alguna desaparición reciente o hayan observado algo extraño en el comportamiento de alguna chica, a la que no hayan visto en los últimos días. Creen que cualquier información puede ayudarles a identificar los cuerpos.

Lo que Bruno pensó podía parecer absurdo, pero no le importó expresarlo en voz alta.

—Estoy preocupado por Lessi.

—¿Temes que le haya ocurrido algo?

—No lo sé, estoy confundido. La he llamado esta tarde al ver los informativos de la televisión federal, pero no tiene conectado el móvil.

—Yo también la llamé sin resultado, antes de bajar a la fiesta. Pero seguro que sólo es una coincidencia —razonó Susana—. Si regresó a Serbia, no puede haberle pasado nada.

—Estoy pensando que quizá debería hablar mañana con la policía. Lessi vivía en el apartamento de mi abuela.

—¿Erais pareja? —soltó Susana sin pensar—. Perdona, no quería... —rectificó.

—No, sólo somos buenos amigos. El carácter de Lessi es un poco especial, decía que nunca podría enamorarse de nadie. Cuando llegó a Leipzig hace dos meses le alquilé una de las habitaciones del apartamento de mi abuela.

Susana tuvo la sensación de que todo a su alrededor había desaparecido: la gente que cenaba en otras mesas, las camareras, el grupo que reía y bebía grandes jarras de cerveza en la barra. Estaba completamente abstraída escuchando a Bruno. Se mostraba tan distinto a como lo había imaginado por la mañana en la estación... Tal vez fuera porque estaba preocupado, o porque el pelo estirado y recogido en una cola le daba a su rostro un aire más solemne y amable.

—Háblame de Lessi, por favor. Tenía tantas ganas de conocerla cuando llegué a la estación que esta mañana me sentí frustrada al no encontrarla allí.

—No hay mucho que contar sobre Lessi. Trabaja por internet como lectora de autores rusos para una editorial de Belgrado, y además está escribiendo una obra de teatro que no sabe muy bien cuándo ni cómo acabará, así que se pasa el día con un libro en las manos o delante del ordenador. Es bastante solitaria y noctámbula. Durante los dos meses que estuvo en Leipzig apenas salía a la calle. Su única amiga era una chica que yo mismo le presenté, y a la que conozco desde que éramos compañeros en el instituto. Ya te la presentaré; te gustará, estoy seguro.

—¿Lessi no estudiaba en la universidad?

—Iba a impartir algunos seminarios en la Facultad de Letras sobre escritores de la Europa comunista, que eran su especialidad académica. Es licenciada en lenguas eslavas y habla perfectamente ruso; se inscribió en la universidad como colaboradora del Programa Buddy de Erasmus, por eso la designaron tu mentora, pero nada más.

—¿Y cómo es?

—Muy guapa.

—Me refiero como persona.

—Si tuviera que definir el rasgo más destacado de su personalidad, yo diría que es su serenidad. Sí, Lessi es la mujer más serena que yo he conocido. Cuando se despidió de mí, me besó y me dijo que algún día nos veríamos en la Eternidad. Solía decir cosas así.

Fue antes de subir a su coche para regresar a la comisaría. Al salir del Instituto Forense, Klaus Bauman decidió llamar por teléfono a Gustav Lastoon para decirle que necesitaba hablar de nuevo con él. Quedaron en verse en una discreta cervecería, junto a la catedral.

—Sólo serán unos minutos —había dicho Klaus Bauman.

Luego buscó en su móvil la foto que hiciera en la sala de autopsias, la amplió hasta dejar fuera de la pantalla la herida pintada en la espalda de una de las chicas, e hizo una captura de imagen del símbolo grabado en el puñal. Subió al coche, colocó la luz azul sobre el techo y arrancó. Por una vez, se olvidó de poner música.

Cuando llegó a la cervecería, Gustav Lastoon ya estaba allí, sentado junto a una cristalera con vistas a la estatua de Bach y con una botella de cerveza en la mesa. Había cambiado el gabán por una cazadora negra de cuero.

—Se mueve usted con mucha rapidez, señor Lastoon.

—He venido en moto... Por si no lo recuerda, aún no me ha devuelto mi coche.

—Tiene razón, lo había olvidado. ¿Qué tipo de moto es la suya?

—Una vieja Chopper.

Después de sentarse, Klaus Bauman pidió una cerveza al camarero y dejó el móvil apagado sobre la mesa.

—Verá, señor Lastoon..., siento volver a molestarlo, créame, pero hay algo sobre lo que necesito hablar con usted...

—Ya le dije que podía llamarme en cualquier momento.

—Lo sé, también quería decirle que la joven desconocida que le llamó ayer al móvil ha sido identificada. Se trata de una de las chicas muertas...

—¡Joder! —exclamó Gustav Lastoon a la vez que su rostro palidecía bajo la luz fluorescente del techo.

—Era una joven irlandesa, con aspecto de gótica...

—¿Cree que le mentí? —dijo el guía antes de darle un largo trago a su cerveza.

—No, no es eso. Al contrario de lo que pueda pensar, esa circunstancia refuerza su temor a que alguien le tendiera una trampa para que fuese precisamente usted quien encontrara los cadáveres. Esa chica sentía algún tipo de fascinación irresistible por los cementerios. En Facebook hemos encontrado un buen número de fotos sobre sus visitas a los más famosos de Europa, América, Asia y Australia.

El inspector cogió el móvil y buscó una fotografía del rostro sonriente de Dorothy O'Neill, copiada esa misma mañana de su perfil en la red social de internet. Luego, le dio el teléfono a Gustav Lastoon.

—¿La reconoce?

—Jamás la he visto, estoy seguro de ello —murmuró.

—¿Y esta otra? —insistió el inspector, mostrándole una de las fotos de hacía dos años.

—Tampoco la conozco.

—Esta fotografía es de la misma chica, está tomada en el cementerio de Südfriedhof durante el festival gótico de 2014.

—En esos días hay miles de visitantes en Leipzig. Es cuando tengo más trabajo de todo el año. Aunque hubiese hablado con ella, no podría recordarla.

—¿Qué cree que buscaría esa chica en sus viajes por los cementerios de todo el mundo, señor Lastoon?

El guía turístico no pensó su respuesta.

—La muerte —dijo en voz baja, como si temiera que alguien más pudiese oírlo.

—¿Y por qué la encontró aquí, en Leipzig?

—Esa pregunta tendrá que responderla usted mismo.

La idea de un suicidio colectivo, del que le habían hablado los forenses hacía apenas una hora, volvía a apoderarse de la mente del inspector. Pero, si esas chicas se habían quitado la vida voluntariamente, ¿por qué habrían llamado al guía turístico para que fuese él quien las encontrara? Y, sobre todo, ¿qué sentido tenía que ellas mismas hubiesen creado la escenografía artística, erótica y ritual, de su propia muerte? Sin comentar nada sobre estos pensamientos, Klaus Bauman volvió a mostrarle al guía turístico otra foto en la pantalla del móvil, y observó su reacción.

Era el símbolo que había visto en el puñal clavado ficticiamente en las espaldas de los cadáveres: tres espirales, unidas en el centro de un círculo. El guía de turismo fúnebre no esperó a que el inspector Bauman le preguntara sobre él.

—Sí, he visto alguna vez ese símbolo, si es lo quiere saber. Pero no exactamente así. —Sacó un rotulador negro del bolsillo de su gabán, cogió una pequeña servilleta e hizo un rápido dibujo.



»Los oficiales nazis de la sociedad secreta de los Guardianes de la Muerte, de la que le hablé durante mi declaración, llevaban ese sarcófago y ese símbolo tatuado en el hombro derecho —añadió.

La incredulidad de Klaus Bauman creció al escuchar esto. No dejaba de sorprenderle que la misma persona que había encontrado los cadáveres tuviera las respuestas adecuadas a todas sus preguntas. Y eso sólo podía significar que Gustav Lastoon realmente decía la verdad, o que estaba implicado en la muerte de las chicas hasta su maldito esqueleto, como le había dicho el comisario, usando una metáfora lúgubre.

—De modo que un sarcófago hexagonal tatuado en el hombro, como el que servía de sepultura a los cadáveres de las chicas —dijo el inspector Bauman, incrédulo ante esa nueva información del guía turístico.

—No exactamente igual, pero muy similar.

—¿Por qué no me habló en comisaría de ese sarcófago y de ese símbolo?

—Acaba de enseñarme esa fotografía. Pero estoy seguro de que si le hubiera hablado en mi declaración sobre el sarcófago y el símbolo que se tatuaban los Guardianes de la Muerte en el hombro,

no me habría creído.

La pregunta del inspector fue tan rápida como el parpadeo de sus ojos.

—¿Y por qué tendría que creerle ahora?

—Porque tengo la impresión de que empieza a confiar en mí.

—Si alguna vez llego a confiar en su teoría, se lo diré yo mismo.

—Déjeme preguntarle algo...

—Adelante —dijo Klaus Bauman, a la vez que asentía y miraba fijamente los labios del guía turístico como si pudiera verlos moverse a cámara lenta, entre el color rojizo del bigote y la espesa barba.

—¿Qué sabe usted sobre el ocultismo y las sociedades secretas nazis? —inquirió Gustav Lastoon.

—Lo que sabe la mayoría de la gente que no cree en fantasmas. Nunca me han interesado esos aspectos del nazismo. Creo que esas creencias sólo fueron ensoñaciones de unos locos asesinos que alcanzaron un poder absoluto sembrando el odio y el terror en toda Europa. Pero estoy dispuesto a escuchar lo que tenga usted que decirme, si considera que me servirá de algo para detener a los autores de la muerte de esas chicas.

—La mayor barbarie de la historia humana sólo puede ser comprendida desde la verdadera realidad de la locura que se apoderó de millones de alemanes honestos, y que ahora se extiende de nuevo por el mundo. Y la ideología nazi no se explica a menos que se acepten las influencias que los ocultistas adeptos al nazismo tuvieron en la concepción de la maldad humana como una forma de redención espiritual y mágica. El diablo se apoderó de sus almas... Heinrich Himmler y sus magos lo invocaron en el castillo de las SS en Wewelsburg, y el diablo acudió.

—¿Es así como impresiona a sus clientes en las visitas turísticas, señor Lastoon?

—Piense lo que quiera, pero no dude de que esa creencia ocultista del jefe de las SS se extendió entre sus oficiales, y muchos de ellos crearon sus propias sociedades secretas en las ciudades en las que vivían antes del comienzo de la guerra, con ritos y símbolos elegidos según sus convicciones esotéricas o sus diabólicos propósitos. La mayoría de ellas desaparecieron tras la derrota del ejército alemán en 1945, pero los Guardianes de la Muerte continuaron celebrando sus rituales, y aún lo hacen, convencidos de la inmortalidad de sus ideales nazis. Por esa razón eligieron como símbolo el triskel, también llamado triskelion: una representación geométrica triangular, a pesar de sus líneas curvas y del círculo que lo envuelve.

»Para los fundadores de la sociedad secreta de los Guardianes de la Muerte simbolizaba la unión de los tres tiempos posibles: el pasado heroico de los dioses de la raza aria, el presente eterno de los ritos sagrados, y el futuro triunfal del nazismo sobre el mundo. ¿Qué supone que son esas chicas muertas sino el tributo de los Guardianes de la Muerte a sus dioses?

—¿Cómo puede estar tan seguro de lo que está afirmando ahora? En comisaría me dijo que eso debía averiguarlo yo mismo.

—Un guía turístico debe realizar un gran trabajo de documentación, si aspira a ser honesto con sus clientes. Descubrí el significado de ese símbolo hace mucho tiempo, cuando era estudiante de historia en la universidad. Buscando información en la biblioteca, encontré una tesis doctoral escrita por un profesor de la antigua República Democrática Alemana sobre la presencia de las SS en Leipzig, y de las frecuentes visitas secretas que hizo Hitler a la ciudad, antes de la entrada del ejército americano.

—¿Sabe una cosa, señor Gustav? —dijo Klaus Bauman, reclinando su cuerpo y acercando sus ojos a los del guía turístico, de un modo desafiante.

Gustav Lastoon le mantuvo la mirada sin responder, y el inspector continuó:

—Si todo lo que usted ha dicho desde que encontró los cadáveres fuera cierto, la misteriosa escenografía y el móvil del crimen estarían definitivamente resueltos, antes de que hayan transcurrido

doce horas desde la muerte de las chicas. Y todo ello gracias a usted y a sus conocimientos. Algo perfecto, ¿no le parece? —dijo Klaus Bauman, dejando que la ironía de sus últimas palabras resbalara de sus labios.

—¿Y por qué tendría que ser de un modo distinto?

—Porque aún no comprendo cuál es su verdadero papel en esta macabra historia.

—Yo no elegí participar en ella, ya se lo dije. Busque usted a los Guardianes de la Muerte y tendrá a los asesinos de esas chicas.

Klaus Bauman suavizó el tono inquisitivo de su voz, pero volvió a mirar con dureza al guía de turismo fúnebre.

—Deme pruebas, señor Lastoon, no leyendas.

Esa noche, Klaus Bauman no fue a cenar a su casa. Ingrid le pidió que la despertara cuando regresara, no importaba la hora.

Después de hablar con su mujer sobre el caso que investigaba y decirle que la amaba, el inspector Bauman pidió por teléfono una pizza napolitana, una cerveza de lata, bien fría, y siguió concentrado en la redacción de su informe. El comisario quería leerlo a primera hora de la mañana, antes de hablar personalmente con el ministro.

La luz de un flexo, proyectada sobre el teclado del ordenador portátil, dejaba el resto de la habitación en penumbras. Klaus Bauman tenía los auriculares puestos. Escuchaba una música tan sombría y triste como el día que había vivido.

Desde que viera al amanecer los cadáveres y la escenografía del crimen, no había dejado de pensar en una explicación razonable que diera sentido a todo lo sucedido, antes, durante y después de la muerte simultánea de las cinco chicas. Los forenses habían sido muy claros en ese punto: todas murieron a la misma hora y por la misma causa. Pero las líneas de investigación eran diversas: desde un extraño suicidio colectivo o un asesinato ceremonial de una secta desconocida, hasta un crimen de comercio sexual de mujeres jóvenes, o un rito iniciático de una antigua sociedad secreta nazi.

Con los ojos cerrados y echado hacia atrás en el sillón reclinable de su despacho, Klaus Bauman intentaba visualizar una secuencia completa de los hechos, a través de las pruebas de las que ya disponía. Los vacíos y las dudas no le importaban ahora: los simularía provisionalmente como simples hipótesis de trabajo hasta completar una tesis verosímil de lo ocurrido.

Sus compañeros de la brigada de delitos tecnológicos habían conseguido algunos avances en la localización de la llamada que Gustav Lastoon había recibido de la joven que deseaba visitar el cementerio de Südfriedhof antes del amanecer. Se trataba de un móvil con número de Irlanda, y el contrato con la empresa de telefonía estaba a nombre de Dorothy O'Neill: una chica de veintiún años, que vivía en Kenmare, un pueblo con casas de colores del condado de Kerry. Sus huellas dactilares habían sido contrastadas por la policía irlandesa, confirmando su identificación sin ninguna duda. Además, las distintas fotos de su perfil de Facebook también coincidían plenamente con los rasgos faciales de una de las chicas muertas, y en las publicaciones del muro aparecía vestida con ropa de estilo gótico, casi siempre junto a tumbas y mausoleos de cementerios que había visitado por todo el mundo: un cuaderno de bitácora de sus viajes necrológicos, aunque habían pasado un par de semanas desde la última vez que se conectó a la red social.

Para Klaus Bauman estaba claro que se trataba de la chica con la mitad de la cabeza rapada y la otra mitad con el pelo de color rojizo. Al menos, en lo relativo a la llamada de la joven, Gustav Lastoon no sólo no había mentido en su declaración, sino que había colaborado de un modo determinante en la averiguación de la identidad de uno de los cadáveres.

A pesar de ello, en la mente de Klaus Bauman seguían agitándose unas preguntas que llegaron a

obsesionarle: ¿por qué, si la chica irlandesa había llamado a Gustav Lastoon a las once de la mañana, para quedar con él al amanecer del día siguiente en el monumento a la Batalla de las Naciones, esa misma chica se encontraba muerta sobre uno de los sarcófagos pintados? ¿Quién le dejó entonces a Gustav Lastoon el dinero bajo la piedra de la entrada? ¿Fue realmente Dorothy O'Neill quien realizó esa llamada con su móvil? Y si realmente habló con el guía turístico, ¿lo hizo libremente o coaccionada?

Klaus Bauman tampoco estaba convencido de que el guía de turismo fúnebre no tuviera nada que ver con el crimen. Tal vez su papel en esa macabra obra teatral fuera, precisamente, orientar desde el principio la investigación policial hacia un laberinto esotérico con infinitas salidas falsas, que Gustav Lastoon conocía y controlaba.

Esas dudas no dejaban de girar en su mente como una infinita espiral hipnótica.

Cuando terminó de redactar el extenso informe para el comisario, era la una de la madrugada. Aún tardó veinte minutos más en llegar a su casa, en Gohlis-Mitte, al norte de la ciudad. Abrió la puerta y comprobó que había luz en el salón de estar.

Ingrid le estaba esperando con un libro en las manos. Klaus se acercó a ella y la besó en los labios.

—¿Qué haces despierta a estas horas?

—Las niñas están acostadas en nuestra cama... Pensé que te gustaría relajarte un poco en el sofá, antes de dormir.

Klaus se sentó como Ingrid le había sugerido. Luego, ella se puso en pie, se acercó al sofá, se quitó la bata y se quedó desnuda ante él. Se arrodilló sobre los cojines, dejando las piernas de Klaus entre las suyas, y comenzó a darle un suave masaje en la nuca, mientras él le acariciaba los pechos.

Es fácil matar. Basta con decidirlo y hacerlo. Hay demasiados medios al alcance de cualquiera como para fallar en el intento. Pero algunos incluso tiemblan ante la sola idea de pisotear un nido de hormigas que han invadido sus terrazas, o son incapaces de aplastar una mosca molesta con sus pacíficas manos. Ya sé que las hormigas y las moscas no tienen consciencia de que se juegan la vida al invadir nuestros espacios privados, y conozco toda esa teoría de que un simple insecto es tan valioso para la Naturaleza como cada uno de los seres animados que pueblan el planeta, incluidos los humanos como especie superior e inteligente. Yo también lo creía así.

Lo que muchos humanos ignoran es que entre nosotros hay otros seres mucho más peligrosos y crueles que las bestias. Es difícil reconocerlos entre las masas urbanas porque visten, hablan y se comportan como cualquier otro ciudadano del mundo. Las diferencias ni siquiera son apreciables por el color de su piel, de su pelo, de sus ojos... Pueden ser altos o bajos, delgados o gordos, amables y risueños o serios y hoscos. Saben muy bien cómo pasar desapercibidos. Nadie descubrirá nunca su verdadera monstruosidad a menos que ellos deseen mostrarla, y ya sería demasiado tarde para escapar de sus garras. No es una cuestión de confianza o ingenuidad. Es simplemente que su maldad no está fuera de sus cuerpos físicos sino en sus invisibles pensamientos. Nadie que no haya conocido alguno, al menos una vez, podrá comprender exactamente a qué me refiero. Yo los llamo los «seres monstruo», y sé muy bien de lo que hablo.

Son las doce en punto de la noche y no estoy segura de que alguna de las otras chicas de las cloacas esté esperando que yo inicie la sesión en el chat.

Luna negra: *¡Hola! Contestaré a cualquier pregunta que queráis hacerme sobre mi respuesta de anoche. Comprendo vuestro silencio. También podéis cambiar el hilo del chat hacia otros temas que os interesen más.*

Bailarina: *No tienes que decirnos lo que podemos o no podemos hacer en el chat. Ya somos mayorcitas para decidir por nosotras mismas.*

Nebulosa: *La verdad es que anoche me sentí bastante mal, después de lo que dijiste, Luna negra. Pero quiero hacerte una pregunta.*

Luna negra: *¿Sí?*

Nebulosa: *¿Qué te llevó a matar a ese hombre?*

Luna negra: *Salvar mi propia vida. Él habría acabado conmigo, de no haberme anticipado yo. Dejé de obedecerle, y eso era tanto como firmar mi propia sentencia de muerte. Sabía demasiado sobre sus crímenes. Era un pedófilo y un sádico: un verdadero «hombre monstruo». Cuando me negaba a satisfacer sus deseos más perversos, me amenazaba con quemarme viva o con cortarme los pechos y las manos. No tuve otra opción.*

Bailarina: *Pudiste denunciarlo a la policía. Es lo que cualquier mujer en tu situación debe hacer cuanto antes.*

Luna negra: Esas cosas sólo sirven según con quién. Siempre me advertía que, si decía algo, también me condenarían a mí como su cómplice. Tenía pruebas suficientes para demostrarlo. A veces me obligaba a participar en sus aberraciones.

Nebulosa: Lo que no comprendo es por qué no huiste de su lado.

Luna negra: Una mariposa no puede escapar de una tela de araña cuando ha caído dentro de ella. Las alas entonces no sirven para volar, sólo para enredarse más entre los pegajosos hilos de seda.

Cabeza de bruja: ¿Y cómo lo mataste?

Luna negra: Le corté la garganta con una de sus navajas mientras dormía.

Bailarina: ¡Joder, pero tú de qué coño vas! Estás perdiendo el tiempo si esperas que nos creamos tus absurdas mentiras.

Nebulosa: Lo siento, voy a vomitar...

Luna negra: Aquella noche me había emborrachado; creo que por eso tuve el valor de matarlo de ese modo. Él guardaba muchas armas de todo tipo en la casa vieja donde vivíamos, sobre todo cuchillos, navajas, puñales y hachas de distinto tamaño, muy afiladas.

Bailarina: ¡Estás loca, Luna negra, loca!

Manzana P: Yo te creo.

Bailarina: ¡Eso es lo que hace un asesino!

Luna negra: No fue en eso en lo que pensé esa noche.

Bailarina: Me das miedo, Luna negra.

Luna negra: Lo sé.

Cabeza de bruja: La leyenda medieval que me contaba mi abuelo es un cuento de hadas comparada con tu historia. No comprendo cómo una persona normal puede hacer algo así.

Luna negra: Yo no era una persona normal..., no podía serlo.

Mantis: Sinceramente, a mí también me gustaría vengarme de algunos «hombres monstruo», como Luna negra los llama, pero cortarle a alguien el cuello es demasiado espeluznante. Me inclino por otros métodos más sutiles.

Nebulosa: ¿Nadie sospechó de ti?

Luna negra: No lo sé. Escapé esa misma noche de la casa en la que vivíamos en el campo. Durante un año me tuvo encerrada allí. Yo no conocía a ninguno de sus amigos, ni ellos me conocían a mí. Huí a otro país con un pasaporte falso que él mismo me había conseguido un mes antes para viajar a ciudades asiáticas en las que le sería más fácil satisfacer sus perversos deseos.

Bailarina: O sea, que eras su putita particular, dicho sin tantos rodeos.

Mantis: ¿Por qué odias tanto a Luna negra, Bailarina?

Luna negra: No importa.

Bailarina: No es odio, es incompatibilidad.

Mantis: Déjate de juegos de palabras.

Bailarina: Y tú deberías devorarte a ti misma y dejar en paz a las demás.

Manzana P: Tendrías que mirar más allá de tus narices, antes de juzgar a Luna negra con tanta dureza. No todas vemos el mundo como tú, con bonitos colores.

Bailarina: No la juzgo, opino... Y si no lo sabías, mi color preferido es el gris.

Manzana P: Perdona si no te hago caso. Ahora me toca preguntar a mí, todavía no he utilizado mi turno.

Luna negra: Dime.

Manzana P: ¿Cuánto tiempo hace que pasó lo que has contado?

Luna negra: Poco más de dos meses, fue entonces cuando pensé en mi proyecto. Pero por mucho

tiempo que pase, nunca me arrepentiré de haber matado a ese «hombre monstruo».

Bailarina: *¿Por qué no nos cuentas lo que dices que te obligaba a hacer?*

Luna negra: *Podría causaros mucho más daño del que nunca hayáis podido imaginar.*

Nebulosa: *Yo prefiero no saberlo. Si lo vas a contar, dilo antes, por favor, para salirme a tiempo del chat.*

Manzana P: *Para mí tampoco tiene sentido conocer esos detalles, ya vivo mis propias pesadillas con las drogas.*

Cabeza de bruja: *A mí no es que me atraiga el morbo, soy gótica no gore, pero si estamos aquí es para saber realmente quiénes somos, sobre todo en lo más profundo de nosotras mismas...*

Mantis: *Creo que cada una debe elegir si se queda o no para conocer lo que Luna negra tenga que contar. Yo me quedo.*

Imagino lo que puede estar pasando en este momento por la cabeza de las chicas de las cloacas. Seguro que me ven como otro «ser monstruo». Pero ellas no saben hasta qué punto el horror puede ser más destructivo que cualquier otra droga, por muy dura que sea. Es algo que no se puede explicar con palabras.

Luna negra: *Dejaré escrita la dirección de una página de la Deep Web. No tendréis dificultades para encontrarla con el programa que todas hemos instalado en nuestros ordenadores para este chat. La que quiera podrá verlo allí con sus propios ojos. Yo os lo he advertido...*

Susana despertó mucho antes de que sonara la alarma de su móvil. Se había acostado a las dos de la madrugada y había tardado en conciliar el sueño. Le dolía un poco la cabeza. No estaba acostumbrada a beber tanto vino blanco. Se levantó y fue hacia la mesa de estudio. Tras la ventana aún era noche cerrada. Todo estaba en silencio. Ni siquiera las hojas de los árboles del jardín de la residencia se movían, como si también durmieran.

Abrió el portátil y enchufó el transformador. Mientras el ordenador se iniciaba, fue al baño y se lavó la cara. El agua fría le agradó. En la mesita de noche estaba su móvil. No podía enviar ni recibir wasaps hasta que contratara una nueva línea con una compañía alemana. Sólo entonces tendría acceso a internet y a las redes sociales. Esa noche, Bruno y ella habían intercambiado los números de sus teléfonos. De buena gana lo hubiera llamado para despertarlo y seguir hablando de Lessi, o del caso de las cinco chicas que habían aparecido muertas en la ciudad a la que acababa de llegar. Los temores de Bruno eran comprensibles, pero no tenían fundamento. En unas horas, las dudas se desvanecerían, estaba segura: su mentora Erasmus no podía ser una de esas chicas, se dijo a sí misma.

La conexión a internet del ordenador funcionaba sin problemas. Entró en Google y buscó enlaces a la noticia de las chicas muertas. Había vídeos de telediarios y numerosas referencias de periódicos. Todos explicaban lo mismo, pensó Susana, y no añadían nada a lo que Bruno le había contado. Algunos titulares, como «Las chicas de la necrópolis del sexo», «Las chicas Playboy» o «Las bellas chicas durmientes», le parecieron irrespetuosos. Además, las imágenes del monumento en el que aparecieron los cadáveres le provocaron un estremecimiento que aceleró los latidos de su corazón. Era un lugar colosal y misterioso para alguien que lo veía por primera vez. Imaginar las tumbas y los cuerpos que describía la prensa ante la entrada a la torre no fue difícil para ella. Cualquier chica Erasmus podía ser la víctima indefensa de unos psicópatas ocultos en la oscuridad. Bruno le había aconsejado que tuviera cuidado con la gente desconocida pues la residencia Arno-Nitzsche estaba en una zona solitaria y quedaba lejos del centro y de la universidad. Aunque Leipzig era una ciudad apacible y pacífica, todo sería distinto a partir de ese día.

—Nadie confiará en nadie.

En la sala de reuniones, el comisario presidía la mesa. A su derecha estaba sentado Klaus Bauman, y junto a él, la inspectora Mirtha Hogg, única mujer de la unidad de homicidios. Tenía treinta años, era alta, atractiva, y sus ojos tenían un intenso color negro, como la melena corta que siempre llevaba recogida en una cola mientras trabajaba. Al otro lado de la mesa, los inspectores Karl Lein y Hans Bastech revisaban unos informes.

Mirtha Hogg fue la primera en exponer sus averiguaciones. Aunque no dijo nada sobre su visita a la exmujer de Gustav Lastoon, ni sobre la localización del domicilio de un motero al que llamaban Fly —tal como Klaus Bauman le había encargado confidencialmente la tarde anterior—, la inspectora explicó en la reunión las características de los movimientos de expresión artística urbana como la pintura en tres dimensiones y el *body paint*.

—Algo realmente extraordinario —aseguró, dejando unas copias impresas a color sobre la mesa, que cogió el comisario—. Me he pasado la noche en internet —prosiguió—, buscando páginas en Google sobre esos temas. He visto fotos sorprendentes de grutas subterráneas pintadas en tres dimensiones junto a la parada de un autobús, o un salón amueblado en la fachada de una casa, o un caracol gigante, que parecen completamente reales, como las esteras pintadas con los sarcófagos de las chicas muertas. Y hay vídeos increíbles de chicas con el cuerpo pintado como si vistieran unos vaqueros y una camisa, que pasean por la calle, suben al metro, entran en centros comerciales o en un bar, y nadie se da cuenta de que realmente están desnudas. Las pinturas de la escena del crimen sólo ha podido hacerlas un gran artista.

—¿Por dónde empezamos, entonces? —preguntó el comisario.

—He realizado una lista con los artistas urbanos de Leipzig y Berlín, y tengo previsto hablar pronto con algunos de ellos, pero los realmente buenos son muy pocos. También he seleccionado una página de internet en la que aparecen los pintores en tres dimensiones más reconocidos del mundo. Entre los elegidos sólo hay dos alemanes. Podría ser interesante escuchar su opinión sobre los sarcófagos y la lencería erótica. Además, los de la científica están analizando los lienzos, las tizas y las pinturas utilizadas con las chicas, para determinar su composición y su origen comercial. Mientras tanto, la unidad de delitos tecnológicos intentará establecer paralelismos y semejanzas entre las pinturas en tres dimensiones de la escena del crimen, y las fotos de las creaciones de los artistas urbanos y de *body paint* que tienen web o exponen sus obras en Google y YouTube. Una vez que obtengan las direcciones IP, podrán realizar análisis comparativos de los estilos pictóricos, para reducir la búsqueda de sospechosos a los mínimos posibles. Un trabajo minucioso y difícil, me temo —concluyó la inspectora Mirtha Hogg.

—La máxima prioridad es identificar a todas las chicas —recordó el comisario.

Karl Lein, un hombre delgado de cuarenta y dos años, pelo rubio y ojos grandes, abrió el expediente que tenía en la mesa.

—Tampoco va a resultar fácil ponerles nombre y apellidos a los cadáveres. A primera hora de esta mañana hemos recibido la información de la Oficina de Identificación Federal, y ninguna de las huellas dactilares de las chicas se corresponde con los registros dactiloscópicos de mujeres alemanas.

—Lo que vuelve a complicar las cosas —dijo el comisario.

—Tampoco hemos averiguado nada interesante sobre las lentillas doradas. Se venden en docenas de webs en internet —añadió Karl Lein.

El otro inspector, Hans Bastech, un hombre de cincuenta años, calvo y con la cara redonda, se dirigió al comisario para completar la última información de la que disponían.

—Además —añadió—, estamos esperando la respuesta del Registro Internacional de Personas Desaparecidas, por si alguna denuncia coincide con la descripción física de las chicas, y las fotos que remitimos ayer telemáticamente a Europol y a Interpol.

—¿Y la chica irlandesa identificada? ¿Hay algo nuevo sobre ella?

—Sí, hemos podido incorporar los datos al informe antes de la reunión, los tienes ahí —dijo Klaus Bauman.

—¡Ya sé que los datos están aquí...! Lo que quiero es que alguien me los explique, no creo que sea pedir demasiado... —replicó el comisario, malhumorado.

Los dos inspectores miraron a Klaus Bauman, preguntándole con los ojos quién de ellos hablaba. Hans Bastech movió la cabeza calva y se adelantó.

—Anoche comunicamos telefónicamente con la policía de Irlanda, y nos informaron de que Dorothy O'Neill vivía con su padre y una asistenta en un viejo castillo rehabilitado. Su padre tiene cincuenta años, padece obesidad mórbida y no puede moverse de su casa. Es un hombre adinerado, a pesar de su origen humilde; era huérfano y se crió en la casa del guarda de un cementerio, pero en su juventud trabajó en una taberna y acabó fundando una destilería de whisky y licores en Dublín, que vendió después de que su mujer desapareciera en el mar hace algo más de un año. Desde entonces no sale de su castillo. La asistenta que lo cuida dijo que nadie podría desplazarse hasta Leipzig para reconocer el cadáver, y que todo lo relacionado con el traslado de los restos se planteara directamente con la embajada irlandesa en Berlín. La chica se dedicaba a estar con su padre y a coleccionar amuletos y facsímiles de obras medievales sobre brujería, muerte y enterramientos.

—¿Y a qué vino a Leipzig?

—Pasaba mucho tiempo viajando, asistiendo a festivales góticos y conciertos de grupos heavy. Pero, sobre todo, visitaba cementerios que tienen algún atractivo turístico especial, tanto artística como mágicamente. Hacía dos semanas que se había marchado de su casa para realizar un viaje turístico que la llevaría a Londres, desde allí a París, Praga, Varsovia, Berlín y, finalmente, Leipzig, donde, según la asistenta de su padre, debería haber llegado hace tres días.

—¿Sabemos dónde se hospedó? —quiso saber el comisario.

—No se registró en ningún hotel de la ciudad, ni de los alrededores. Estamos en ello. A la empresa de telefonía de su móvil sólo le consta la llamada de anteayer a Gustav Lastoon, es probable que haya utilizado otro teléfono desde el día en que salió de Irlanda hasta ayer. No hay más rastro de llamadas durante todo ese tiempo. En su Facebook tampoco tiene entradas desde entonces.

Karl Lein, el inspector delgado que había hablado sobre las lentillas doradas, carraspeó.

—Pero en el historial de la chica irlandesa en la red social hemos encontrado una antigua entrada en su muro, de fecha 6 de junio de 2014, en la que habla de su visita al Wabe-Gotik-Treffen de ese año. Aparecen varios selfies suyos delante del cementerio de Südfriedhof, y junto a unas tumbas del interior —dijo el inspector, ofreciéndole las fotos al comisario.

La mano derecha de Clemens Eisembag las cogió con lentitud. Luego, les echó una ojeada y se las pasó a Klaus Bauman.

En la primera de las fotografías se veía a Dorothy O'Neill dos años más joven, con las torres del cementerio al fondo y junto a numerosos grupos de gente, entre los que destacaban los largos vestidos de

época, los tocados y los parasoles negros. En las fotos del interior de Südfriedhof, la chica irlandesa aparecía con los labios de un color granate oscuro, ojeras muy moradas y un pálido maquillaje en el rostro. Entonces llevaba el pelo largo y rizado, con mechas grisáceas y blancas, muy distinto al que tenía en la foto de su perfil y en la foto de su cadáver.

—Durante los días del festival, entre el día 6 y el día 9 de junio —añadió el inspector—, Dorothy O’Neill se hospedó, aparentemente sola, en una suite del Grandhotel Handelshof, y pagó la factura con una tarjeta oro del banco irlandés Allied Irish Bank.

—No descartamos que en esa visita al festival gótico de 2014 pudiera haber conocido a Gustav Lastoon, y por esa razón tuviera el número de su teléfono móvil —aclaró Karl Lein.

El comisario se removió en su sillón.

—Si esa chica podía conocer al guía turístico, y lo llamó a su móvil para visitar de nuevo el cementerio de Südfriedhof al amanecer, ¿cómo es que se encontraba entre las chicas muertas? Esos hechos no encajan en ninguna hipótesis creíble de un crimen. La llamada de Dorothy O’Neill sólo tendría sentido si esas chicas se suicidaron, como sugieren los forenses, y Gustav Lastoon las ayudó a morir. Hasta pudo ser él quien les proporcionara el veneno o esa extraña droga paralizante.

—Pero el guía niega haber visto nunca a esa chica —replicó Klaus Bauman.

Mirtha Hogg intervino en ese punto.

—También es posible que otra mujer se hiciera pasar por la chica irlandesa, usando su móvil.

—En ese caso, la llamada de teléfono corroboraría la versión de Gustav Lastoon de que alguien ha podido tenderle una trampa para que él encontrara los cadáveres —explicó Klaus Bauman.

El gesto del comisario era de contrariedad.

—Estoy convencido de que ese tipo sabe mucho más de lo que nos ha dicho hasta ahora —dijo—. Sigo pensando que te equivocaste al dejarlo en libertad sin haberme consultado.

A Klaus Bauman no le apetecía tener una nueva discusión con el comisario. Tenía algo importante que decir respecto al comentario de Mirtha Hogg, y cambió de asunto.

—Los de la científica encontraron en los lienzos pintados un par de cabellos blancos y un trozo de una uña de color rojo, que no parecen de ninguna de las chicas ni del guía turístico. La hipótesis que apunta Mirtha sobre una mujer desconocida que pudo haber participado en la escena del crimen sería acertada. Estamos esperando los resultados de las pruebas de ADN. Gustav Lastoon se someterá voluntariamente a los análisis que sean necesarios para demostrar su inocencia. También contrastaremos las características genéticas con los archivos estatales y federales.

—Espero que ese tipo no esté jugando con nosotros, Klaus —murmuró el comisario.

Mirtha y los dos inspectores revisaban la copia del informe que Klaus les acababa de pasar. Luego, añadió:

—He hablado con Gustav Lastoon por teléfono hace unos minutos. Le tomarán las muestras de sangre y saliva esta misma mañana en el Instituto Forense, a las once.

—Quizá deberíamos darle a la prensa su nombre como testigo que encontró los cadáveres, así nos evitaríamos futuras complicaciones —sugirió el comisario.

—¡Se trata de un guía de turismo fúnebre! Todos los periodistas se preguntarían por qué fue precisamente él quien encontró a las chicas, y tendríamos que informarles sobre el contenido de la llamada que recibió de una de ellas. Demasiados datos para hacerlos públicos en este momento. Si su identidad se filtrara a la prensa, se desataría una tormenta a nuestro alrededor que podría arrasar esta comisaría —advirtió Klaus Bauman.

—¿Y cómo podemos estar seguros de que no será él mismo quien se ofrezca a hablar en los platós de todas las televisiones? —insistió el comisario.

—No lo hará, es un tipo discreto y no quiere tener ninguna relación con los periodistas.

—Informaré al ministro de que hemos abierto varias líneas de investigación relacionadas con un suicidio colectivo de una secta y el tráfico sexual de chicas y drogas, en espera de la definitiva identificación de los cadáveres. Espero que se tranquilice cuando sepa que tenemos vigilado de cerca al tipo que los encontró —concluyó.

Clemens Eisembag se puso en pie sin decir nada más, fue hacia la puerta, la abrió y dio un portazo al salir.

A la inspectora Mirtha Hogg aún le impresionaba ver la rígida expresión del comisario cuando las cosas no funcionaban como él esperaba, pero Karl Lein y Hans Basteck ni siquiera se inmutaron. «Los hechos son los que son, con independencia de lo que un comisario de policía quiera que sean», pensó Klaus Bauman. Era obvio que la conspiración de un grupo secreto de oficiales de las SS era imposible en pleno siglo XXI. No se trataba de creer o no en fantasmas. Pero tampoco era disparatada la teoría de Gustav Lastoon de que algún grupo de neonazis, que por lo demás abundaban en la actualidad en estados del este de Alemania como Brandeburgo, Berlín, Turingia o Sajonia, se hubiese inspirado en aquellos oficiales de las SS que se reunían en secreto durante la Segunda Guerra Mundial en la cripta del monumento a la Batalla de las Naciones, para celebrar los antiguos rituales de los Guardianes de la Muerte. Las orgías con chicas, o algún tipo de ritual ocultista, pudo acabar escapándose de su control, si es que no habían tenido intención de matarlas por algún misterioso motivo, que no fuera xenófobo. Ningún crimen racista, de los que había investigado, guardaba la más mínima semejanza con el de las chicas.

—No confirmaremos nada ante los medios de comunicación hasta que tengamos plena seguridad de que ninguna de las víctimas es alemana. Un pequeño error en los datos y la opinión pública nos lincharía sin la menor compasión —dijo Klaus Bauman antes de dar por terminada la reunión.

La noticia ya estaba en todos los periódicos y las televisiones del estado federal. Había una gran expectación sobre el caso y los periodistas no dejarían de hacer preguntas. En los programas matinales de todas las cadenas, los contertulios especializados en criminología, asesinatos en serie, esoterismo macabro o ritos satánicos comenzarían esa misma mañana a exponer sus análisis en *prime time*, ante millones de telespectadores, ajenos a la veracidad o falsedad de las noticias, las especulaciones y los rumores.

Sin embargo, sólo Klaus Bauman conocía lo que Gustav Lastoon le había contado sobre la sociedad secreta de los Guardianes de la Muerte, y, de momento, no pensaba compartir esa información con nadie, ni siquiera con el comisario Clemens Eisembag.

—Cada uno de vosotros seguirá con los planes previstos —concluyó.

Frieda, la ayudante del comisario, abrió la puerta de la sala de reuniones y buscó al inspector Bauman con la mirada.

—Tienes una llamada por la línea dos: un tal Bruno Weiss, profesor del conservatorio.

He pasado la tarde leyendo a Kafka... Bueno, sería más exacto —y menos presuntuoso— decir «releyendo» La metamorfosis de Kafka. La he leído muchas veces. Siempre que siento que me transformo, leo ese libro. El hombre que despierta en su cama y se da cuenta de que se ha convertido en un escarabajo tiene mucho que ver conmigo. No es exactamente un «hombre monstruo», a pesar de su aspecto repugnante, porque él no ha elegido ser así y, además, es una buena persona. Tampoco yo elegí ser como soy. Tal vez nadie que no tenga el alma negra lo elige. Simplemente hay un momento, una fracción de segundo en la que tomamos consciencia de que ya no somos los mismos, sin importar en qué nos hayamos convertido. El mundo, nuestro mundo, se vuelve amenazante, incomprensiblemente hostil, porque a partir de ese instante dejamos de pertenecer a él. La luz se hace molesta, incluso puede ser dolorosa, no podemos reconocer los objetos cotidianos como propios, las personas son apenas sombras a nuestro alrededor, buscamos algún rincón en el que pasar desapercibidos, dejamos de alimentarnos y esperamos agazapados en nuestro escondrijo a que caiga a nuestro lado algún desperdicio orgánico para devorarlo. Después sólo nos queda mirar al infinito, sin nada que ver.

No sé quiénes de las chicas de las cloacas han entrado en la página de la Deep Web. Las que lo hayan hecho nunca más volverán a ser como antes. La metamorfosis es inevitable. Es como una cicatriz mutante en el cerebro. Puede comenzar siendo un leve arañazo, pero crecerá con el tiempo hasta apoderarse de cada neurona. Me pregunto si alguna de las chicas de las cloacas se habrá visto ya a sí misma como un escarabajo, una babosa, una cucaracha, un ciempiés o una sanguijuela.

Entro en el chat a las doce en punto de la noche.

Luna negra: ¡Hola!

Manzana P: Esta noche no me he drogado, quiero estar muy despierta.

Nebulosa: ¿Entraste en la página que Luna negra dejó?

Manzana P: No.

Nebulosa: Yo tampoco.

Manzana P: ¿Y las demás?

Las demás no contestan. No sé si están o no en la sala del chat. Cuando configuré la web no incluí como información visible en la pantalla el inicio de sesión de cada una de nosotras. Podían estar conectadas al chat sin que ninguna lo supiéramos hasta que dijeran algo. Sólo si alguna no intervenía durante dos noches seguidas se desactivaría su enlace, y no podría volver a comunicarse con las otras. Tampoco eran posibles los mensajes ni los diálogos privados. Sólo existimos en este espacio virtual como grupo. Y lo que se escriba aquí siempre será visible para todas en nuestras pantallas y en el historial.

Cabeza de bruja: Yo sólo pude ver de reojo una imagen. No soporté seguir mirando esas atrocidades.
Manzana P: ¡Joder, no quiero saber lo que viste!
Mantis: ¡Para mí fue horrible, horrible! Era imposible mantener la mirada en la pantalla. ¿Cómo puede haber gente que haga esas cosas o pague por ver algo así?
Bailarina: Me sorprende tanta sensibilidad en unas chicas de las cloacas, os suponía otra fortaleza mental. He visto películas más desagradables. Además, ¿quién puede asegurar que es Luna negra la que aparece en esas fotos?

Sé que la pregunta de Bailarina está dirigida a mí. Es su manera de provocar mi reacción ante las demás. No puedo responder a la ligera, debo pensar en algo concluyente, algo que no deje lugar a la duda, que las convenza a todas de que he dicho la verdad.

Luna negra: Nunca quise saber lo que pasó después de haber matado a ese «hombre monstruo». Cuando huí, me propuse no mirar nunca hacia atrás. Si alguna de vosotras quiere comprobar que todo lo que he dicho es verdad, puede buscar la noticia de su muerte en internet, o llamar directamente a la policía. Se llamaba Milos Utka.

Bailarina: No te hagas la heroína con nosotras, sabes muy bien que nadie podría encontrarte en la Deep Web. Tú misma creaste este chat en la internet profunda para que nuestras direcciones IP estuvieran encriptadas en infinitas capas de cebolla.

Manzana P: Pero ¡qué coño te pasa, tía! ¿Es que no has tenido bastante con lo que has visto en esa maldita web?

Bailarina: Lo que he visto lo sé, lo que no sé es si Luna negra es realmente la chica que aparece en algunas de las imágenes, como ella dice, y si realmente mató a ese hombre.

Mantis: Después de lo poco que vi, si me pongo en la piel de Luna negra, yo tampoco habría dudado en matar a ese monstruo.

Manzana P: ¿Y qué espera Bailarina que haga Luna negra para convencernos? ¿Que ponga la cabeza del monstruo en una bandeja y nos la sirva en la cena?

Nebulosa: Mientras hablabais he buscado el nombre de Milos Utka en internet, no he encontrado nada sobre él, ni un solo resultado.

Bailarina: Ya lo ves, Luna negra, no tienes de qué preocuparte, tu «hombre monstruo» no existe más que en tu imaginación.

Luna negra: Yo también he estado buscando en Google, Nebulosa. No lo había hecho nunca hasta esta noche, pero no quiero que penséis que miento. Os dejaré otros enlaces a unos periódicos que dieron la noticia del asesinato de Utka, pero tendréis que traducirlos al inglés; están en serbio.

Bailarina: Por más que te esfuerces, es imposible para cualquiera de nosotras comprobar que realmente fuiste tú quien lo asesinó. Antes de crear este chat nos dijiste que tu proyecto tenía que ver con un libro... Será un libro de fantasía por entregas, ¿no?

Cabeza de bruja: ¡Vamos, déjalo ya Bailarina! ¡Pareces un inquisidor!

Luna negra: El libro que forma parte de mi proyecto lo estamos escribiendo entre todas.

El día era más luminoso que el de su llegada a Leipzig. Susana se alegró de poder mirar el cielo azul que asomaba entre las nubes. En la parada del tranvía no tardó en ver a Ilian Volky junto a numerosos estudiantes de ambos sexos. Se acercó a él y le tocó en el hombro. La alegría de Ilian destelló en los cristales de sus gafas.

—¿Dónde te metiste anoche? Te busqué por toda la residencia y no te encontré.

—Ya te dije que me gusta improvisar.

—Pues me preocupé tanto por ti que estuve esperando en la puerta de la residencia hasta más de la una. Todos se marcharon de la fiesta antes de las doce... ¿Es que no te has enterado de los asesinatos?

La alteración de Ilian no era fingida.

—Sí..., sé lo que ha pasado con esas chicas. Todo el mundo hablaba de ello esta mañana en la residencia. Me levanté muy temprano y bajé al comedor a desayunar.

—No tienes que darme explicaciones sobre lo que hiciste anoche, apenas me conoces, pero cre... creo que deberías tener cuidado si andas sola por ahí de madrugada.

—Fui a cenar al centro con un amigo, él mismo me trajo de vuelta, pero te agradezco mucho que me esperaras hasta tarde. No tenías que haber hecho algo así.

—Bueno..., tampoco tenía sueño. Mientras te esperaba conocí a mucha gente que salía a fumar a la puerta.

Susana sonrió sinceramente.

—Dentro de nada vas a ser el chico más popular de Arno-Nitzsche, estoy segura.

—No te burles de mí.

—Lo digo en serio.

El tranvía abrió las puertas y esperó a que todos los pasajeros subieran. Susana e Ilian se situaron de pie al fondo de uno de los vagones, junto a la ventanilla.

—Aquí no molestaremos a los que salgan —comentó Ilian, y Susana volvió a sonreír. Sin duda, su primer amigo de la residencia lo preveía todo, sin dejar nada al azar.

—¿Cómo es que elegiste Arno-Nitzsche, estando tan lejos de la universidad? —preguntó Susana.

—Me la adjudicaron, yo tenía otras preferencias. Pedí la más cercana y moderna, pero no me hicieron caso. Ya estoy haciendo planes para cambiar pro... pronto de residencia. Estoy pensando en alquilar un apartamento céntrico, con otros estudiantes... ¿Te animarías?

—Bueno, yo tampoco tengo muy claro si me quedaré o no aquí.

Las paradas del tranvía se sucedían con rapidez tras la ventanilla. El flujo de estudiantes era incesante y el espacio del vagón se iba reduciendo. Ilian alargó el cuello y se removió inquieto.

—No soporto estas aglomeraciones, sufro claustrofobia.

Susana aprovechó que tuvo que girarse para dejar un hueco a otra chica y le dio la espalda a Ilian. La idea de cambiar de residencia también había pasado por su cabeza. Pensaba que moverse en el tranvía desde tan lejos le haría perder cada día un tiempo que ella consideraba demasiado valioso para

desperdiciarlo en el transporte público. Ilian no tardó en comenzar a hablar con la chica que estaba a su lado. Era alemana y, como casi todos los viajeros del tranvía, iba a la universidad.

Susana le oyó decir que en las noticias de la mañana habían dicho que una de las chicas era irlandesa, pero no estudiaba en Leipzig. Era una turista que estaba de paso por la ciudad.

Susana se concentró en sus pensamientos. Hasta ese momento había conseguido sobreponerse a sí misma, olvidarse de quién había sido, o quizá de quién seguía siendo, por más que intentara disimularlo. Desde que subiera al avión que la había llevado hasta Leipzig, la rabia que durante años había sentido contra su propio cuerpo empezó a disiparse, aunque seguía revoloteando en su mente la inseguridad, la duda de si le atraían los chicos o las chicas, y el miedo a escuchar la voz de sus fantasmas susurrándole que estaba mutilada por dentro, vacía como una vieja, y que nunca podría tener hijos, ni desnudarse ante alguien sin sentir vergüenza de sí misma. Sin embargo, se animaba repitiéndose en silencio que su nueva vida en Leipzig convertiría pronto esos pensamientos en un recuerdo olvidado. Ahora, Bruno Weiss era su mentor Erasmus, y de algún modo, se sentía protegida por él.

Al entrar en el moderno edificio de la universidad, Susana e Ilian se sorprendieron: unos reporteros de televisión entrevistaban a varias estudiantes en el gran vestíbulo de vidrieras de colores.

Ilian no dudó en preguntarle a uno de los cámaras.

—Esperamos a que el rector diga públicamente si hay alguna estudiante Erasmus entre las chicas muertas.

—¡Vaya movida! —exclamó Ilian.

Susana se detuvo ante el directorio de la universidad.

—Será mejor que nos separemos aquí. Yo tengo que ir a presentar mis documentos a la sección de letras; la de ciencias está al otro lado, sólo tienes que seguir esos indicadores —dijo Susana, señalando otro de los amplios pasillos que se abrían en todas direcciones.

—¿Nos vemos en la cafetería al terminar las inscripciones? Luego po... podríamos comer juntos. Hoy no es día de clases.

—No, no me esperes, Ilian... No vuelvas a esperarme si no hemos quedado en vernos, por favor. Yo casi nunca sé dónde voy ni cuándo llego a alguna parte.

La inspectora Mirtha Hogg salió a la calle a fumar un cigarro. Estaba inquieta, angustiada, después de que terminara la reunión con el comisario. La sensación de estar traicionando su juramento de fidelidad a sus superiores jerárquicos le estaba corroyendo por dentro como si una rata estuviera atrapada en su estómago, y se abriese paso a dentelladas hasta hacer un agujero por el que escapar. Klaus nunca le había pedido que ocultara información al comisario sobre las pesquisas que realizaban, por muy delicado que fuese el asunto. Pero ella tampoco le había preguntado los motivos que tenía para que le pidiera que mantuviese en secreto sus averiguaciones sobre la exmujer del guía turístico y el motero perteneciente a una supuesta organización neonazi al que llamaban Fly. Si tenía que elegir entre su fidelidad policial al comisario y su fidelidad personal a Klaus, no tenía duda de que siempre escogería la segunda opción.

Mientras le daba profundas caladas al cigarro y caminaba con lentitud por la acera vacía que rodeaba el edificio de la comisaría, Mirtha Hogg repasó mentalmente su bloc de notas.

Había llegado a las 15.30 horas al domicilio de Kostanze Rauch, una pequeña y coqueta casa de una planta con un jardín delantero, situada muy cerca del Hospital Universitario en el que trabajaba. La mujer se asustó cuando abrió la puerta de la casa y Mirtha se identificó como inspectora de policía. Era una mujer grande, con un tinte de pelo muy rubio y con las raíces muy oscuras. Sus rasgos eran dulces y proporcionados a su voluminoso cuerpo. Se tranquilizó al saber que la inspectora de policía sólo quería preguntarle por su exmarido. No había vuelto a verlo desde el día en que lo echó de la casa.

—Lo sorprendí enseñándole unos cómics pornográficos a mi sobrina Gisela, de doce años, que estaba pasando unos días de vacaciones con nosotros. Fue hace diez años. Esta casa era mía, así que sólo se llevó sus ropas y unas cajas con las revistas que coleccionaba. Es un hombre poco sociable y solitario, aunque en su profesión actúe como un perfecto relaciones públicas. Yo le conocí cuando trabajaba como un guía turístico normal de la ciudad, pero poco después de casarnos decidió organizar visitas nocturnas guiadas a los cementerios, y comenzó a comportarse de una manera extraña. Apenas dormía, estaba obsesionado con las leyendas nazis y no dejaba de leer libros de ocultismo. La primera vez que me acosté con él vi que tenía un gran tatuaje con la cara del diablo en la espalda. Me contó que, cuando era joven, él y sus amigos hacían rituales con la güija para convocar fantasmas. Querían hablar con el espíritu de Hitler y de otros personajes de la época nazi. Entonces no le hice demasiado caso, me gustaba escuchar sus historias. Pero cuando nos íbamos a la cama juntos siempre usaba un condón para asegurarse de que no me quedara embarazada. Yo deseaba tener hijos, pero Gustav decía que él no podría educarlos y que el mundo sería un caos cuando se hicieran mayores.

Mirtha escuchaba y tomaba notas sin hacer preguntas. Pensó que aquella mujer llevaba demasiado tiempo sin contarle a nadie lo que decía, y necesitaba soltar todos los celos, las ansiedades y el odio que había acumulado desde que se casó. Tal vez por esa razón, su aliento olía a alcohol.

—Una nunca sabe lo que puede haber dentro de la cabeza de un hombre como Gustav. Si se ha metido en algún lío, sean duros con él. Yo no pude denunciarlo entonces porque no tenía pruebas, pero lo que llegara a hacerle a mi sobrina sólo él lo sabe.

—¿Su sobrina le dijo a usted o a su madre lo que había ocurrido con su tío?

—Ella nunca quiso hablar de Gustav, ni siquiera cuando creció. Ahora tiene veintidós años, pero creo que es feliz —dijo la mujer antes de que Mirtha Hogg terminara su última anotación en el bloc.

Después de despedirse de Kostanze Rauch, asegurándole que su exmarido no sabría nunca que le había hablado de él, Mirtha decidió pasar por su casa, dando un gran rodeo por Prager Straße hacia el norte. La llovizna que le sorprendió al subir al coche destellaba en los cristales por efecto de la débil luz crepuscular. Aparcó en la puerta de un edificio con abundantes ventanas cuadradas, incrustadas en la fachada amarillenta, igual a la de todas las viviendas de la calle, y de muchas otras de la ciudad.

Entró en la cocina, cogió una bolsa de pienso y le puso comida a una yorkshire que le regalaron sus padres siendo sólo un cachorro, en el año 2000. Pero la perrita ya no podía saltar junto a sus piernas cuando escuchaba abrir la puerta del apartamento, porque cumpliría diecisiete años en la próxima Navidad. Para Mirtha, ese frágil animal, que no oía nada y que apenas veía sombras, había sido como una hija durante mucho tiempo, y ahora la quería como a una abuela enferma que pronto dejaría este mundo.

Cogió a la perrita en brazos y la llevó hasta su cuarto, la dejó sobre la cama, junto a la almohada, donde las dos dormían juntas, salvo en las noches en que Klaus Bauman se quedaba con Mirtha hasta la madrugada, bebiendo whisky y saciándose de sexo. Luego, se desnudó sin estar segura de si su mascota también echaría de menos al hombre que la dejaba sola en su cesta, ante la puerta cerrada del dormitorio. Pero hacía dos meses que Klaus ya no iba por el apartamento.

Se duchó con agua fría, como lo hacía siempre que se sentía cansada o con sueño, se secó el pelo dejándolo suelto hacia atrás, se maquilló y se vistió con unos leggins muy ajustados, camiseta y cazadora con tachuelas metálicas, todo de cuero y de color negro, como las pulidas botas militares que se calzó, antes de salir del apartamento. Aún debía averiguar qué bares de Leipzig frecuentaba el motero neonazi al que llamaban Fly.

Había consultado la base de datos de la comisaría, pero Ernst Hessen carecía de antecedentes penales o policiales. Su nombre tampoco figuraba en los archivos de personas sospechosas de pertenecer a organizaciones criminales mafiosas, terroristas o racistas, que habían sido o estaban siendo objeto de vigilancia especial en la actualidad. Además, su último domicilio conocido en Leipzig estaba deshabitado. Mirtha Hogg lo había comprobado yendo ella misma a Wolfener Straße, antes de acudir a su cita en el bar Endsieg.

El confidente, un hombre calvo de unos cincuenta años, que tenía una marcada cicatriz en la cara y cubría su cabeza con un pañuelo de pirata atado en la nuca, estaba sentado en una esquina de la barra de un local lúgubre, atestado de hombres y mujeres con las cabezas rapadas, que exhibían sus brazos tatuados hasta los hombros y disimulaban sus barrigas infladas de cerveza bajo amplias camisetas negras. Del techo colgaban infinitas banderolas rojas con calaveras, y la música del local era una explosión de aullidos, guitarras eléctricas rasgadas y trepidantes golpes de batería.

Junto al hombre que esperaba a la inspectora destacaba un gran póster enmarcado de la gira de conciertos que dos grupos de música neonazi realizaron por Alemania en el año 2015.

—Esta música es insoportable —se quejó la inspectora al llegar a su lado.

—Tendría usted que haber asistido al concierto que las bandas Volkger y Wehstrum dieron el año pasado aquí —dijo el confidente, señalando el póster que colgaba a su lado. Luego añadió—: Nunca había visto tantos neonazis reunidos en Leipzig. Fue apoteósico.

—Procuraré no perdérmelo si vuelven —murmuró Mirtha Hogg, echando hacia atrás el pelo que le caía sobre la frente.

El hombre esbozó una sonrisa.

—Si quiere, podemos salir a la calle.

—No, prefiero tomar un whisky con hielo y agua —dijo, y levantó la mano para llamar la atención de una de las camareras que atendían la barra.

—¿Cómo está el jefe? Hace tiempo que no le veo —quiso saber el hombre.

—Un poco tenso con el trabajo, aunque de momento sigue sonriendo de vez en cuando.

Había sido Klaus Bauman quien los había presentado, después de que ella se incorporara a la unidad de homicidios de Leipzig, para participar en la investigación de su primer caso: una niña que había aparecido violada y estrangulada en un bosque de las afueras de la ciudad, cuyo asesino aún no había sido identificado, a pesar de que se encontraron restos de ADN en el cuerpo.

—Mal asunto, el de esas chicas del monumento —dijo el hombre.

Aunque había gente cerca de ellos, nadie entendería lo que hablaban. Mirtha Hogg no hizo ningún comentario. Cogió su vaso de whisky, le dio un trago y preguntó:

—¿Sabe quién es Ernst Hessen?

—No, no lo sé.

—Se trata de un motero de unos cuarenta años, de estatura normal, fuerte, con ideas neonazis y aspecto de skin.

—Muchos de los moteros que nos rodean aquí encajarían en ese perfil.

—Y la palabra «Fly», ¿le dice algo?

—Creo que ahora sé de quién me habla, pero siento decirle que ese tipo no frecuenta este bar. Entre los skins hay gente con gustos e ideas muy distintas.

—¿Le conoce?

—Personalmente no, pero le he visto pelear más de una vez entre ultras de fútbol. Es un tipo duro.

—No tiene antecedentes por disturbios violentos.

—Tampoco he dicho que él sea conflictivo, sólo que sabe pelear. Tenía un taller de tuneado de motos en...

—Wolfener Straße.

—¿Ya lo sabía?

—Lo he imaginado. He pasado por esa dirección, pero el edificio está abandonado. Supongo que el taller lo tenía en el bajo de su casa: está lleno de chatarra.

—Sí, creo que lo cerró antes del verano.

—¿Sabe de alguien que se relacionara con él?

—Nadie concreto, pero creo que se veía con seguidores ultras del RasenBallsport, que se hacen llamar Skins Germanos. Hay rumores de que está bien conectado con los servicios de seguridad del estadio Red Bull Arena, porque les ayuda a controlar a los hinchas más peligrosos de otros equipos.

—¿Le ha visto recientemente?

El confidente cogió su jarra de cerveza y la terminó de un trago, antes de contestar.

—No. Lo último que he oído sobre él es que se fue a Rusia para crear una empresa de venta de motos de gran cilindrada en Moscú y en San Petersburgo.

—¿Un buen negocio?

—Podría serlo, si se complementa con modelos caros y otros productos de lujo, ya me entiende.

—¿Qué productos de lujo son éstos?

—Sexo, drogas, armas...

Volver a ver su cara ha sido como sentir de nuevo los cortes de su cuchillo en mi espalda: un dolor punzante, hondo, insufrible. No hay cavernas en las que se puedan ahogar los gritos. Las lágrimas tampoco sirven como bálsamo, ni el orgullo evita la sumisión cuando se ha sido humillada y violada tantas veces. Yo sabía cuándo iba a torturarme, lo intuía al oír el pestillo de la puerta de la casa al abrirse. Su modo de entrar en mi cuarto, el golpe seco del interruptor de la luz, la sombra diabólica que velaba su mirada, el pútrido olor de su aliento, el tacto de sus manos sobre mi cuerpo.

Siento miedo a pesar de saber que está muerto. Lo he sentido siempre desde que le conocí y lo siento ahora, en el momento de iniciar la sesión en el chat.

Luna negra: *Hola.*

Bailarina: *He visto las fotos de ese hijo de puta en los periódicos serbios. Aunque no se dice nada en ellos de la persona que lo mató, te creo y te pido perdón por haber dudado de ti.*

Nebulosa: *Los periódicos que he visto sobre su muerte decían que en su casa guardaba material pedófilo.*

Manzana P: *¡Ese tío era un hijo de puta perverso!*

Bailarina: *¿Por qué no nos dijiste que ese hombre era un peligroso psicópata?*

Luna negra: *Prefiero no hablar de eso ahora, Bailarina, es muy duro para mí.*

Cabeza de bruja: *Lástima que Luna negra le cortara sólo el cuello. Debería haberle cortado también la polla, y quemarle después la lengua.*

Mantis: *No bromees con esto, no tiene ninguna gracia.*

Cabeza de bruja: *¡Estoy cansada de tanta tragedia! Hablemos esta noche de cosas agradables. Propongo otro tema: ¿alguna vez fuimos felices?*

Manzana P: *Yo lo fui.*

Nebulosa: *Siento no poder decir lo mismo. Como ya os conté, yo sólo fui feliz el día en que murió mi madre, pero me gustará conocer vuestras historias. Apoyo la propuesta de Cabeza de bruja.*

Manzana P: *Para mí la felicidad es hacer lo que te dé la gana sin hacerle daño a nadie, ni siquiera a ti misma.*

Bailarina: *¿No eres feliz cuando te drogas?*

Manzana P: *No, simplemente dejo de existir.*

Mantis: *La felicidad es un tema interesante. Yo también la conocí, pero no tardé en perderla.*

Luna negra: *Hablemos entonces de esos momentos.*

Cabeza de bruja: *Que empiece Bailarina, pero no vale volver a hablar de cosas tristes, esta noche no, por favor.*

Bailarina: *Creo que la felicidad es demasiado vulgar para que le dediquemos nuestro tiempo, pero si os empeñáis, os diré algo: me sentiré realmente feliz cuando terminemos el proyecto de Luna negra.*

Nebulosa: Ese día todas seremos felices.

Mantis: No hablamos del futuro sino del pasado.

Manzana P: ¿Por qué haces trampas, Bailarina? ¿Tanto te jode hablar de tus momentos de felicidad?

Bailarina: Yo fui una niña feliz, una adolescente muy feliz y una adulta aún más feliz.

Manzana P: Entonces ¿qué coño haces aquí!

Bailarina: Ahora no es el momento de responder a esa pregunta. Hablamos de la felicidad, no de la tristeza. ¿Qué etapa de mi vida os interesa más?

Nebulosa: Elígela tú.

Bailarina: Me casé hace algo más de un año, en primavera. Éramos novios desde el instituto, aunque él era unos años mayor que yo. Un amor idílico. Vivíamos junto al mar, teníamos un pequeño velero y hacíamos el amor a cada momento en cualquier parte. Él acababa de iniciar su trabajo como médico en un hospital, y yo me dedicaba a mi profesión de monitora de paracaidismo acrobático. A él no le gustaba que yo siguiera volando. Queríamos tener hijos cuanto antes, y le intranquilizaba la idea de que yo pudiera tener algún accidente en el aire. La escuela de aeronáutica y paracaidismo era de mis padres. Además tenían una flota de avionetas de alquiler bastante rentable. Yo seguiría trabajando en la administración de la empresa. Mi felicidad fueron mis padres y el paracaidismo. Siempre los tuve a mi lado. Bueno, aún están a mi lado. Me dieron todo el amor del mundo y me enseñaron a volar en la vida y en el aire. No podéis imaginar lo que es saltar al vacío y caer... y caer... viendo la tierra allá abajo como si no pertenecieras a nada ni a nadie. Tú sola. Allá arriba ni siquiera Dios puede ayudarte. Cuando tus pies se separan de la avioneta no hay posibilidad de arrepentirse, de volver atrás. La vida y la muerte se unen por un instante para que bailes con ellas y decidas si abres o no el paracaídas, antes de que sea demasiado tarde. ¡Ese momento es mágico!

Manzana P: ¡Guau... vaya subidón de adrenalina!

Luna negra: «Siempre me ha gustado danzar con la vida y la muerte», eso fue lo que dijiste al hablarnos de tu nick, ahora lo entiendo bien, Bailarina.

Bailarina: Eso era para mí la felicidad.

Nebulosa: Es genial que seas tan valiente. A mí me da miedo subirme a una escalera, y a veces ni siquiera me atrevo a salir de casa.

Mantis: ¿Sigues saltando en paracaídas?

Bailarina: No, ahora no quiero volar. Pero ésa es la parte triste de mi historia, y esta noche sólo íbamos a hablar de cosas alegres.

Manzana P: Mis padres también fueron geniales conmigo. A los 16 años gané un importante concurso de belleza y desde ese momento me convertí en modelo. Ellos querían que siguiera estudiando en la universidad, pero yo tenía otros sueños. Me apasionaban los vestidos, las pasarelas, los focos, las cámaras y todo ese mundo de la moda. Un agente de modelos se fijó en mí y me aseguró que me elevaría a la élite de las top models si seguía sus consejos. Desfilé para grandes diseñadores en París, en Londres, en Madrid y en Roma. Mis padres me acompañaban a todos los viajes, yo ganaba mucho dinero y me sentía segura con ellos. Mi agente me propuso desfilas en Estados Unidos, si me iba con él y dejaba a mis padres. Me hablaba del glamour, de las fashion weeks, de la televisión, de Hollywood, de fiestas y chicos guapísimos y millonarios. Y me fui. Allí me sentí como una princesa de cuento de hadas. Viví unos meses de fantasía y me sentía la chica más feliz del mundo.

Mantis: ¿Alcanzaste el éxito y la fama?

Manzana P: Los toqué como si tocara con mis manos las estrellas, pero al poco tiempo el hechizo se

desvaneció y las estrellas se convirtieron en polvo blanco.

Bailarina: *La realidad siempre es una puta mierda.*

Manzana P: *Nadie me había hablado del sexo y de las drogas hasta entonces. A los 17 años era adicta a la cocaína y al crack, y de las pasarelas de moda pasé a las fotos desnuda para revistas eróticas teen. Poco tiempo después, cuando cumplí los 18, no me importaba irme a la cama con cualquier tío que me pagara lo suficiente para conseguir mis dosis diarias.*

Luna negra: *¿Sigues en Estados Unidos?*

Manzana P: *Hace unos meses que volví a Europa. Ahora me gano la vida de otra manera, pero no me siento triste por ser drogadicta. Hace tiempo que elegí destruirme a mí misma.*

Bailarina: *Sexo por dinero o sexo por amor, ¿cuál es la diferencia?*

Manzana P: *Para mí el dinero y el amor son dos grandes mentiras.*

Mantis: *Hay otra opción posible: sexo por sexo.*

Nebulosa: *Todo lo que habláis es nuevo para mí. Yo nunca he conocido el verdadero amor, ni la verdadera felicidad, ni el sexo apasionado, ni el poder del dinero, ni el éxito o la fama. Sólo os puedo decir que para mí la gran mentira es la vida.*

Estuvo sentado en el hall de espera de la comisaría hasta que una policía sin uniforme se acercó a él.

—¿Bruno Weiss?

—Sí —dijo, poniéndose en pie.

—Mi nombre es Mirtha Hogg, acompáñeme, por favor, el inspector jefe me ha pedido que le atienda yo..., él ha tenido que ausentarse.

Bruno Weiss se acercó al control de acceso, entregó su tarjeta de identidad a un agente uniformado, se vació los bolsillos y dejó el móvil y la cartera sobre una bandeja, pasó bajo el arco de detección de metales, recogió sus objetos personales y siguió los pasos de la mujer sin decir una palabra. Pero no le pasaron desapercibidos los pechos redondos que se adivinaban bajo su jersey azul de cuello alto, ni la pistola que llevaba enfundada en la cintura, sobre los vaqueros que vestía.

Cruzaron algunos pasillos, subieron una escalera, y la inspectora abrió la puerta de una estancia amplia, en la que había un par de mesas vacías y varios policías trabajando en otras. Pasaron al fondo, donde una puerta de cristales opacos estaba abierta.

—Entre y siéntese —dijo Mirtha Hogg, señalando la silla que había frente a su mesa.

—Le agradezco que me hayan recibido sin cita previa, inspectora —se excusó Bruno Weiss a la vez que se sentaba.

Mirtha Hogg pasó al otro lado de la mesa y ocupó el sillón de su jefe.

—No había ningún motivo para hacerle esperar; según tengo entendido, usted le dijo a la agente de la centralita que necesitaba hablar con nosotros porque tenía algo urgente que comentarnos sobre el caso de las chicas. —La inspectora abrió las palmas de las manos y añadió—: Bien, aquí me tiene, aunque debo decirle que no atendemos cualquier llamada de las muchas que recibimos desde que todas las televisiones tienen a sus reporteros esperando noticias.

Bruno Weiss no sabía cómo empezar.

—Verá..., no estoy muy seguro de que lo que voy a decirle les sirva de algo, pero cuando escuché ayer la rueda de prensa del comisario y la petición de colaboración ciudadana que hizo en televisión, pensé que debía venir a verlos.

La curiosidad de Mirtha Hogg se contuvo.

—Claro, claro, pero antes dígame: usted es profesor del conservatorio, ¿no es cierto?

—Sí, doy clases de chelo. También soy miembro de la Orquesta de la Gewandhaus, y colaboro con el Teatro de la Ópera...

—Continúe, señor Weiss, iba a explicarme el motivo de su visita.

—No estoy seguro de que se trate de ella, y lo más probable sea que me equivoque, pero desde hace dos meses he tenido alquilado el apartamento que heredé de mi abuela a una chica llamada Lessi Milovac. El caso es que, hace unos días, esa chica me comunicó que por asuntos familiares graves tenía que regresar urgentemente a Serbia, y me pareció muy nerviosa.

—¿Y usted cree que no se marchó y que le ocurrió algo?

—No, no es eso, pero ustedes pidieron por televisión que les informáramos de cualquier situación extraña. La he llamado insistentemente al móvil sin conseguir comunicar con ella, y ha llegado a preocuparme que pueda estar entre esas chicas.

—¿Tiene usted algún motivo para pensar algo así?

—Cuando la conocí me dijo que no tenía ninguna familia en su país, exactamente lo contrario de lo que me dijo antes de marcharse.

—¿Puede facilitarme ese número de móvil?

Bruno Weiss pronunció el número de memoria con lentitud, para que la inspectora pudiera tomar nota.

—¿Y no tiene alguna foto de esa chica?

—Lessi Milovac odiaba la fotografía. Tampoco tenía un perfil en internet, que yo sepa.

—¿Era su novia?

—No, no... Llegamos a ser buenos amigos, sólo eso.

—La verdad, señor Weiss, es que no me da usted una razón convincente para que pueda reconocer los cadáveres en el Instituto Forense. No es agradable entrar en una sala de autopsias, puedo asegurárselo. Sin embargo, para su tranquilidad y la nuestra, voy a mostrarle unas fotos que debe considerar como secreto de la investigación. Así comprobaremos si reconoce en alguna de ellas a su amiga.

Mirtha Hogg abrió el expediente, cogió las fotos que Klaus Bauman había hecho de los rostros de las chicas en la escena del crimen y se las entregó al profesor de música.

Bruno Weiss fue mirándolas una a una sin expresar ninguna emoción en sus ojos, aunque le temblaban las manos. Cuando terminó de examinar las fotografías, las dejó sobre la mesa.

—Siento haberle molestado, mi amiga no es ninguna de ellas —dijo.

—¿Está seguro?

—Sí, estoy seguro. Me siento más tranquilo ahora, pero es horrible saber que estas chicas han muerto. Es algo que no puede entenderse viendo esas fotos. Parecen dormidas.

—Le agradecemos mucho su intención de ayudarnos, señor Weiss, pero no se impacienta si tarda tiempo en tener noticias de su amiga. Mucha gente decide desaparecer por alguna temporada, sin tener que darle explicaciones a nadie.

Bruno Weiss sacó su cartera, extrajo del interior una tarjeta de presentación y la dejó sobre la mesa.

—Ahí tiene mi teléfono y la dirección de mi casa.

Después de acompañar a Bruno Weiss hasta la salida, la inspectora Mirtha Hogg regresó al despacho y llamó al móvil de Klaus Bauman.

—¿Ha dicho algo interesante? —preguntó su jefe.

—No mucho..., parecía estar confundido. Algún malentendido con una chica serbia.

Mirtha Hogg le explicó a Klaus Bauman la historia que el profesor de chelo le había contado.

—De todos modos, averigua todo lo posible sobre él y sobre esa chica.

La aguja penetró en la piel de Gustav Lastoon como si lo hiciera en un pedazo de tocino blanco. A pesar de su aspecto de hombre insensible, el guía turístico estuvo a punto de desmayarse al ver la sangre salir de sus venas. El doctor Jeserich llenó la jeringa, sacó la aguja del brazo y le puso un algodón con clorhexidina sobre el pinchazo.

—¿Tiene alguna enfermedad? —preguntó el forense a la vez que desataba la goma elástica que le había colocado como torniquete.

—No.

—¿Toma drogas?

—No.

—¿Alcohol?

—Sólo cerveza.

—¿Fuma?

—No.

El forense le pidió que abriera la boca y sacara la lengua. Luego, con varias torundas tomó muestras de saliva de las mucosas interiores.

—Tendré que cortarle algunos cabellos —añadió.

Al terminar, Gustav Lastoon miró al inspector jefe de homicidios, que permanecía de pie a su lado.

—¿Puedo irme ya? —preguntó.

—Aún tengo que tomarle una muestra del vello del pecho —dijo el forense—. Será suficiente con que se quite la camisa.

—¡Maldita sea! ¿Quiere que me baje también los pantalones? —protestó.

Entre gruñidos incomprensibles, Gustav Lastoon dejó al desnudo su torso pecoso y sin bello.

El tatuaje abarcaba toda la espalda: una cara del diablo muy realista, con aspecto de bestia humana, que tenía una pequeña esfera de color rojo incrustada en la frente, una nariz ancha y arrugada, una gran boca abierta con dientes y colmillos amenazantes, y unos dedos de afiladas uñas apoyados sobre el labio superior, en actitud babeante o meditativa. Una verdadera obra de arte por la meticulosidad de sus trazos en tintas de varios colores, aunque no transmitía las sensaciones de volumen, profundidad y perfección de las heridas pintadas en tres dimensiones en las espaldas de las chicas.

—¿Desde cuándo carga con el diablo en sus espaldas, señor Lastoon? —preguntó el inspector.

—Desde hace más de veinticinco años. Fue un desafío entre jóvenes que nos creíamos nigromantes.

—¿Tenía algún significado especial para usted?

—Entonces estaba convencido de que sólo podría encontrar la luz si entraba en las tinieblas.

—Y ahora, ¿de qué está convencido, señor Lastoon?

—De que el único infierno que existe es el que creamos los humanos.

Esa pomposa proclamación podía ser la de cualquier asesino sin escrúpulos, pensó Klaus Bauman.

—¿Quién le hizo el tatuaje?

—No puedo recordar su nombre, hace más de veinte años de eso. Fue un artista que tenía un local en Berlín, creo que en los alrededores del Deutsches Theater. Lo más probable es que ya no esté allí.

—¿Conoce a algún artista del tatuaje en Leipzig?

—Sí, conozco a algunos.

Klaus Bauman sacó de su chaqueta un pequeño bloc de notas y un bolígrafo.

—Dígame el nombre y la dirección del mejor.

—Es una mujer, se llama Bright, no sé su apellido. Tiene un estudio de tatuaje artístico en Keilstraße.

—¿Por qué no tiene usted tatuajes en los hombros, los brazos o las manos?

—Hace mucho tiempo que no me gustan los tatuajes. Si pudiera, me borraría éste. A veces me dan ganas de arrancarme la piel.

El forense contuvo una sonrisa, empapó un algodón en un líquido viscoso y frotó el tatuaje por distintas zonas de la cara del diablo.

—Hemos terminado —dijo.

Klaus Bauman abrió la puerta de la enfermería del Instituto Forense y le pidió a Gustav Lastoon que le esperara en el aparcamiento exterior.

Cuando se quedaron solos, el doctor Jeserich etiquetó los tubos con las muestras de sangre, de saliva, de cabellos y de piel, y los ordenó sobre una bandeja metálica.

—La disección de los cadáveres no ha aportado demasiados datos a nuestros informes. Ninguna de las chicas había comido nada durante el día de su muerte, tampoco habían ingerido alcohol, y no hay síntomas de envenenamiento en las vísceras. Sólo hemos apreciado daños orgánicos en el aparato reproductor de una de las chicas.

—¿En cuál de ellas?

—En la número cinco, su cuerpo fue el primero que usted vio ayer en la mesa de autopsias. La chica rubia de ojos azules —aclaró mientras se quitaba los guantes de látex.

—Sí, creo recordar de quién se trata, era una de las dos chicas que no tenía lesiones ni marcas externas.

El doctor Jeserich asintió.

—Esa chica debió de tener un embarazo avanzado no hace mucho tiempo, y un posterior aborto inducido o espontáneo.

—¿Un aborto ilegal?

—No necesariamente, podría tratarse de un caso de peligro para la vida de la madre o riesgo de malformaciones para el futuro bebé. Tendrá toda la información detallada en nuestro informe de autopsia definitivo, aunque me temo que no podremos concretar la causa del aborto.

—¿Y qué han averiguado sobre la droga que las mató?

—Los análisis toxicológicos han detectado la presencia de barbitúricos en sangre, con proporciones insuficientes para causar por sí mismos la muerte. Pero también hemos encontrado moléculas sintetizadas de sustancias químicas alucinógenas, que nos hacen pensar que consumieron o les suministraron contra su voluntad una nueva droga, letal a altas dosis.

—¿Una nueva droga asesina?

—Es muy posible. Si su consumo se está introduciendo entre los jóvenes, pronto tendremos algún caso clínico con el que poder comparar sus efectos a nivel cerebral.

En el aparcamiento, Klaus Bauman vio a Gustav Lastoon con un viejo casco del ejército alemán en la mano, junto a su moto Chopper. Se alegró de que el guía de turismo fúnebre se mostrara dócil y obediente. La situación podría ser mucho más complicada si su actitud fuese otra.

Gustav Lastoon dejó el casco sobre el asiento de la motocicleta.

—¿Sabe que todos los periodistas de Leipzig están intentando averiguar mi nombre? —preguntó tan pronto Klaus Bauman llegó a su lado.

—No tenía la menor idea.

—Debería ver los programas matinales de televisión.

—Lo tendré en cuenta a partir de ahora.

—Todos aseguran que hay una persona que encontró los cadáveres y avisó al 112. No me extrañaría que pusieran precio a mi cabeza.

—Nadie sabrá su nombre.

—Yo no estaría tan seguro de eso. No dejo de pensar en que alguien más debía saber que esa chica irlandesa me llamó al móvil y que me iba a dejar los mil quinientos euros debajo de una piedra. Quienes quieran que sean tienen mi número de teléfono, saben quién soy y dónde encontrarme.

Klaus Bauman pensó un instante, antes de hablar:

—Si alguien lo utilizó para que encontrara los cadáveres y llamara a la policía, no le quepa duda de que lo seguirán utilizando. No creo que su vida esté en peligro.

—Su opinión no me tranquiliza. ¿Para qué me ha pedido que le esperara aquí? —quiso saber Gustav Lastoon.

—Cuénteme lo que sucedió con su sobrina.

El rostro de Gustav Lastoon tembló visiblemente.

—Si han hablado con mi exmujer no deberían creerla: es alcohólica —dijo el guía turístico, esforzándose por mantener la calma.

—Su mujer no tiene nada que ver con esto. Hemos encontrado la denuncia que presentó contra usted aquel día, y que retiró unas horas después por falta de pruebas sobre una acusación tan grave. Su sobrina se negó a declarar, por ese motivo no fue usted detenido entonces —mintió Klaus Bauman.

Los ojos de Gustav Lastoon se clavaron en los del inspector con un brillo acuoso.

—Todo pasó de un modo muy distinto a como ella pensó al verme hablar con Gisela aquel día. Fue la niña la que estuvo curioseando entre mi colección de revistas gráficas mientras yo estaba distraído viendo la televisión, y cogió uno de los cómics pornográficos que usted ya conoce. Cuando me di cuenta de que lo estaba hojeando, corrí para quitárselo y en ese momento entró ella en la casa, apestando a cerveza. Ni siquiera me dejó que le explicara lo que había pasado. Se puso a gritar, amenazándome con llamar a la policía si no me iba en ese momento de la casa, mientras abrazaba como una loca a la niña, que no paraba de llorar y de llamar a su madre. Todo fue un malentendido, pero ella estaba obsesionada con que yo había abusado de Gisela. Aún me despierto algunas noches temiendo encontrar a mi exmujer en la cama, a mi lado, como si fuera una reencarnación del diablo que llevo en mi espalda.

Las palabras de Nebulosa me han hecho pensar durante todo el día: «La gran mentira es la vida». Una expresión que, escrita en el chat de «Las chicas de las cloacas», quizá tenga un significado verdadero y profundo. Es como decir que la vida no es lo que muchos creen que es, y tarde o temprano acabarán por darse cuenta de su equivocación, de lo errónea que puede llegar a ser la existencia humana, de lo difícil que es el día a día de cada una de nosotras. No pretendo enredarme con ideas filosóficas que ni yo misma entiendo, sino destacar que nuestras civilizaciones sólo han conseguido dulcificar la vida, enmascarando su auténtica crueldad.

Cada una de nosotras es un ejemplo de lo que digo. Vivimos vidas de mentira porque fingimos ser ante los demás lo que no somos, y somos lo que no podemos mostrar a los demás y hemos empezado a ser realmente en el chat. Aquí, la gran mentira ya no es la vida, porque nosotras la vivimos desde la brutalidad de la verdadera naturaleza caótica del Universo. Una ciudad nos cobija frente a la intemperie hasta que un terremoto la derrumba y nos aplasta entre los escombros de sus construcciones. Y a nosotras, las seis chicas de las cloacas, el cielo se nos cayó encima como un cataclismo capaz de arrasar todas nuestras esperanzas. Es esa mentira de la vida, tan sólida y tan frágil, la que nos ha unido. Y es la mentira de la vida la que nos hace hablar en el chat de nuestras únicas verdades.

He esperado a que mi reloj marque las doce en punto. Escribo la clave de entrada en el chat y en mi pantalla aparece la página con mi nick parpadeando. Lo hará hasta que empiece a escribir la primera letra.

Luna negra: *Es la hora.*

Bailarina: *Quiero que hablemos de la mentira. Lo que dijo ayer Nebulosa me interesa mucho, pero no desde la vida sino desde el amor. Para mí la gran mentira es el amor.*

Me sorprende que Bailarina también haya estado pensando en la mentira, aunque de una manera distinta a mí. En el fondo, es posible que no seamos tan diferentes, y por eso ella cree que somos incompatibles. Las dos tenemos polos positivos y negativos, como los imanes, y hasta ahora hemos enfrentado siempre nuestros lados más opuestos. Confío en que a partir de ahora no sea así.

Mantis: *La mentira es nuestra mejor defensa ante el mundo.*

Nebulosa: *Máscaras, disfraces, vestidos, corazas, sombreros, velos, maquillajes, pelucas, gafas, cualquier cosa sirve para escondernos de los demás. ¡Mentiras, mentiras...!*

Manzana P: *Yo miento, tú mientes, él miente. Nosotras mentimos, vosotras mentís y ellos mienten.*

Nebulosa: *Sí, sobre todo ellos: los hombres.*

Mantis: *Y nosotras también, miradme a mí, soy una mantis. Las mantis seducen a los machos con sus encantos de diosas y luego los devoran.*

Bailarina: *En mi caso fue al contrario, yo me creía una diosa entregada al verdadero amor y fui engañada y devorada sin piedad. Mi experiencia fue horrible. La mentira es la causa de que yo esté aquí.*

Luna negra: *¿Qué pasó?*

Bailarina: *Me quedé embarazada hace tres meses, pero algo no fue bien y hubo graves problemas con el feto. Tuve que elegir entre perder a mi hijo o seguir viviendo. Elegí vivir, estaba tan enamorada de mi marido, le amaba tanto... Una semana después recibí una visita de mis padres. Yo seguía aún en casa, recuperándome del aborto. Mis padres se abrazaron a mí y me dijeron que mi marido acababa de fallecer en un accidente de coche.*

Nebulosa: *¡Oh, qué pena, Bailarina!*

Bailarina: *La mujer que murió a su lado era su amante.*

Todas guardamos silencio, no hay nada que decir.

Quedó con Susana en el ábside con vidrieras de líneas góticas de la universidad. Bruno llegó en bicicleta y la apoyó en las barras del parking situado ante los gruesos cristales de la fachada. Los dos sonrieron al verse. El cielo se había vuelto más azul aunque seguía parcheado de nubes. Un bullicioso ir y venir de gente de todo tipo animaba la plaza.

Las palabras de Bruno fueron tranquilizadoras.

—He hablado con la policía y he visto las fotos de las chicas. Ninguna de ellas es Lessi —anunció contento.

Su alegría se contagió a Susana.

—Estaba segura, no podía ser ella. Ya no tenemos de qué preocuparnos, sobre todo tú; anoche estabas muy pálido y angustiado —comentó.

—Ha sido una experiencia dura, ver las caras de esas chicas. Pero, créeme, no parecían muertas sino dormidas. Estoy desquiciado, no puedo quitarme de la cabeza esas imágenes. Mira —dijo—, aún me tiemblan las manos.

Luego le preguntó a Susana si había tenido algún problema con el papeleo de su matrícula, y como ella le contestó que estaba todo resuelto y que las clases no empezarán hasta el lunes siguiente, Bruno le propuso dar un paseo por el centro para que empezara a conocer las zonas más concurridas de la ciudad.

Caminaron hacia Marktplatz por una calle peatonal llena de comercios y restaurantes con terrazas. Susana se olvidó pronto de Lessi y de las chicas muertas. La voz de Bruno y sus explicaciones sobre la historia del centro de Leipzig le cautivaban y le divertían.

Bruno estaba convencido de que Leipzig era una ciudad desconocida en Europa, a causa de la despótica fama turística de Berlín. Sin embargo, más que un inconveniente, esa circunstancia suponía para él, y para la mayoría de los residentes alemanes, la ventaja de poder pasear por el centro urbano sin tener que soportar la estridente agitación de los turistas extranjeros en su continuo tránsito por museos, monumentos, plazas, parques, bares y restaurantes. Y aunque la presencia de más de treinta mil estudiantes en sus calles durante el curso académico tampoco convertía a Leipzig en un limbo de silencio, al menos los universitarios ponían una bulliciosa nota de color bajo el cielo gris del otoño, y una cálida sonrisa ante el gélido invierno.

Históricamente, Leipzig había sido una próspera y acogedora urbe comercial. Fundada en el siglo xi con plenos derechos como ciudad y con el privilegio feudal de mercado, se había convertido durante la Edad Media en el lugar de confluencia de la Vía Regia y la Vía Imperial. Una tradición mercantil que se expandiría durante los comienzos del siglo xx, hasta el estallido de la Segunda Guerra Mundial, cuando aún era conocida como Messestadt Leipzig o «ciudad de las ferias comerciales».

Mientras paseaban por Grimmaische Straße hacia Marktplatz, Bruno le mostró a Susana las fachadas de las antiguas construcciones medievales, y los modernistas edificios de aquellas épocas de esplendor comercial e industrial de Leipzig. También le explicó que la ciudad había sido completamente arrasada por los bombardeos de la aviación aliada en el año 1945, y reconstruida años después durante el dominio

soviético y la RDA.

—Pero la verdadera esencia de Leipzig está en la música, en los libros y en la universidad. Deberías alquilar una bicicleta para el curso. Es la mejor manera de moverse por aquí —le aconsejó—, aunque tu residencia queda muy lejos de la universidad, y pronto empezará el frío.

—Estoy acostumbrada a las bajas temperaturas. Desde que era niña voy a esquiar casi todos los fines de semana. Menos este año, claro.

—¿Te gusta la nieve?

—Me encanta. Hasta que empecé a estudiar en el instituto formaba parte de un equipo de eslalon en Sierra Nevada. ¿No conoces Granada?

—Aún no, sólo he estado en Madrid, Barcelona y Valencia, con la Orquesta Sinfónica de Leipzig. Pero en las giras de conciertos no tienes mucho tiempo para visitar monumentos.

—Granada está en el sur, tiene un gran festival de música clásica y es también una ciudad universitaria: los jóvenes están por todas partes, aunque, por lo que veo ahora, menos *underground*. Aquí hay mucha gente rara.

Bruno la miró de reojo.

—Leipzig es como una pequeña Berlín. Hay gente de todo tipo y muchos movimientos urbanos alternativos. Eso la hace especial, y muy atractiva culturalmente.

Al llegar a la entrada este de Marktplatz, Susana admiró la diversidad arquitectónica que rodeaba una extensa superficie adoquinada, presidida por los soportales y la torre del Museo de Historia Local.

—Si quieres, podemos comer en alguno de esos restaurantes. Me gusta esta plaza y quiero invitarte. Tú pagaste la cena de anoche —dijo ilusionada.

—Conozco una cervecería muy cerca de aquí que te gustará más. Déjame impresionarte.

Volvieron a salir de la plaza en dirección sudoeste, por una calle estrecha que los condujo hasta la galería comercial Mädler-Passage, y en pocos minutos se encontraron ante unos grupos escultóricos en bronce de la obra *Fausto*, de Goethe. Una escalera descendía hasta la entrada de la bodega Auerbachs Keller.

—¡Es un sitio genial! —exclamó Susana después de pasar al otro lado de la puerta y ver los arcos y murales que decoraban las paredes de infinitas galerías subterráneas, repletas de mesas y de gente comiendo en ellas.

—Veré si puedo conseguir un hueco para dos.

Cuando se sentaron, Susana miró a su alrededor y pensó que había viajado a otro tiempo. De pronto, sintió que la mano de Bruno se posaba sobre la suya con una leve caricia, y se estremeció.

—Quiero que te encuentres bien en Leipzig. Ése era el deseo de Lessi antes de marcharse.

Susana se ruborizó, y Bruno retiró su mano sin dejar de mirarla a los ojos. Se preguntó en silencio si acaso otras chicas Erasmus se sentirían tan felices en ese momento como lo estaba ella. Y se respondió a sí misma que no, que no era posible vivir tan intensamente una experiencia tan inesperada.

Había estado pensando en lo que Bruno le había dicho sobre lo lejos que quedaba la residencia de la universidad y de todo el casco antiguo. La verdad era que el trayecto en tranvía duraba demasiado tiempo, y era asfixiante ir con tanta gente alrededor.

—Tal vez debería buscar en estos días un apartamento más céntrico y trasladar mi equipaje antes de que comiencen las clases. Aún puedo renunciar a mi plaza en la residencia sin ninguna penalización —dijo.

Bruno se acomodó en la butaca y rozó las botas de Susana con sus zapatos. Iba a decir algo, pero esperó a que el camarero les sirviera un par de jarras de cerveza y el estofado de setas con carne de ciervo y patatas cocidas que había pedido para los dos.

—Yo también había pensado proponértelo, aunque no me atrevía. No quiero que te sientas presionada por mí. Pero, sinceramente, creo que deberías hacerlo. Podrías quedarte con la habitación que Lessi dejó libre en el apartamento de mi abuela... Te cobraría un alquiler razonable. Una pareja de estudiantes italianos ocupa las otras dos habitaciones.

—¿Podríamos ver la habitación de Lessi esta tarde?

—Claro; si quieres, iremos después de comer.

El apartamento de la abuela de Bruno Weiss estaba situado en el segundo piso de un edificio con fachada victoriana de Gottschedstraße, muy cerca del Museo de Bach y a diez minutos a pie de la universidad. Varios hoteles y restaurantes animaban las aceras con terrazas al aire libre, decoradas con jardineras, butacas de mimbre y parasoles.

A Susana le sorprendió que una de las cafeterías más próximas a la entrada del edificio tuviera nombre español: Sol y Mar. Lo interpretó como un buen augurio, y no tardó en convencerse de que era un lugar ideal para vivir durante los nueve meses que iba a pasar en Leipzig.

Aunque llevaba la llave del apartamento que le había devuelto Lessi, Bruno llamó al timbre de la puerta. Abrió una chica morena, el pelo recogido con un moño trenzado en la nuca, gafas de miopía y una camiseta corta que dejaba al descubierto sus piernas. Andaba descalza sobre el suelo de madera.

Saludó a Bruno con dos besos.

—Tú no tienes que llamar para entrar aquí. Ésta es tu casa —dijo sonriendo.

Luego miró a Susana y esperó a que Bruno las presentara.

—Ella es Claudia, una estudiante italiana de pedagogía, sus pizzas son exquisitas.

Claudia sacudió el aire con la mano como si rechazara el elogio.

—No le hagas caso, Bruno es un adulador.

Bruno cogió a Susana del brazo.

—Ven, te enseñaré el apartamento. Todo es exterior, con mucha luz, salvo cuando los días son grises.

Susana no podía creer que algo así le estuviera pasando a ella, después de su llegada a la residencia Arno-Nitzsche. Vivir en aquella casa era impensable para cualquier estudiante: una mezcla de elementos clásicos y de vanguardia en el amplio hall de entrada, con estucados en los techos, muebles de diseño y sillones de estilo francés, combinados con la tapicería y los cojines de un par de sofás, y un piano de pared entre dos ventanales que daban a la calle.

Un pasillo largo distribuía la cocina, las tres habitaciones y uno de los baños.

—El otro está en el dormitorio que ocupó Lessi, ella llegó la primera y pudo elegir.

La mano de Bruno aferró el pomo de la puerta y la abrió. El interior de la habitación parecía la suite de un hotel un poco anticuado, por el papel ocre de las paredes y las cortinas de flores del balcón.

La cama era grande, con un robusto cabecero, mesitas de noche de diseño y lámparas de cristal.

Los azulejos del baño estaban viejos y desgastados, pero, aun así, parecían elegidos para armonizar el conjunto de piezas de cerámica de color verde manzana.

Además, una puerta corredera separaba el dormitorio de un pequeño gabinete, en el que había una mesa de despacho clásica, rodeada por los estantes de una biblioteca. Un lugar ideal para estudiar en las largas y frías noches de invierno, pensó Susana.

—La mayoría de esos libros eran de mi abuela, pero Lessi dejó algunos en esos estantes de ahí, no quería cargar con ellos en su equipaje —dijo Bruno, señalando con el dedo hacia un rincón de la biblioteca.

Susana le preguntó cuánto le costaría al mes la habitación, y él le respondió que trescientos euros, con derecho a cocina y al salón. Era lo que pagaba Lessi.

—¿Cuándo podría mudarme?

—Si quieres, te llevo a la residencia a recoger tus cosas y te instalas aquí esta misma tarde.

Durante la comida de mediodía en su casa, Klaus Bauman repasó con Ingrid los informes forenses sobre el reconocimiento externo de cada uno de los cadáveres. A veces, cuando los dos estaban tranquilos y la pequeña Bertha dormía en su cuna, Klaus se sentía conmovido por la paciencia y la dulzura que Ingrid desplegaba en cada uno de sus gestos y movimientos. Aunque el parto le había deformado el vientre, había engordado algunos kilos y seguía teniendo las piernas inflamadas por algunas varices, Ingrid conservaba toda la belleza de su juventud, acentuada por los rasgos marcados y elegantes de la madurez. La gran tempestad provocada por la traición de Klaus se había calmado hacía ya algunos meses, pero los ecos de aquella locura histérica que estuvo a punto de destruirlos seguían escuchándose en el interior de sus pensamientos, dejando un rastro de melancolía en sus expresivos ojos verdeazulados. Klaus se esforzaba por recuperar su confianza, la mimaba, le acariciaba el pelo, la besaba y la abrazaba siempre que tenía una oportunidad de mostrarle lo importante que era para él, a pesar de lo sucedido: una aventura sexual con una mujer que Ingrid nunca llegó a conocer. Sólo vio el mensaje de WhatsApp parpadeando en la pantalla del móvil de Klaus: «Siempre es divertido follar contigo».

Desde entonces todo fue distinto. Apenas hablaban entre ellos, dejaron de pasear juntos por los parques, no volvieron a navegar en el pequeño velero de Klaus por el Cospudener See, y en los ojos de Ingrid se instaló una sombra de melancolía que aún no se había disipado del todo.

Huyendo de estos recuerdos, Klaus le comentó a Ingrid la situación en que se encontraban las investigaciones de las chicas muertas, y su temor a que la Oficina Federal se ocupara del caso si no definían pronto una línea de investigación que tranquilizara al comisario y convenciera al ministerio.

—¿Y qué opina Clemens? Podrías haberle invitado a almorzar.

—Desde que murió Hildegart siempre anda solo, tomando cualquier cosa en el bar de comida rápida que hay cerca de la comisaría. Está cada vez más insoportable.

—Aún no se ha recuperado del golpe. Fueron demasiados años juntos, y la muerte de Hildegart fue tan inesperada...

Klaus cogió la servilleta y la colocó a un lado de su plato: un guiso de carne cocida con verduras y miel.

—A pesar de las evidencias del monumento a la Batalla, Clemens se resiste a creer que se trate de un ritual. Pero lo único cierto, por ahora, es que la escena del crimen contiene todos los elementos de un antiguo rito esotérico de una sociedad secreta: el monumento a la Batalla y los Guardianes de la Muerte, los sarcófagos pintados en tres dimensiones, la lencería erótica de las chicas y el símbolo de las dagas que tenían pintadas en la espalda cada una de ellas. Pero ¿sabes lo que me respondió Clemens cuando le hablé de esa teoría?

—Que es poco creíble —especuló Ingrid.

—Que tuviera cuidado dónde me metía si seguía haciendo caso de las peligrosas teorías ocultistas del guía turístico, porque nadie en Alemania aceptaría que despertara fantasmas que han tardado décadas en olvidarse.

La voz de Ingrid se escuchó con levedad, como un susurro.

—Si Clemens lo cree así, deberías hacerle caso.

—Pero ¿por qué me habla de ese modo?

—Le preocupará que te equivoques en la investigación.

—Sólo manejo hipótesis en función de los datos de que dispongo. A veces pienso que le molesta que haga las cosas a mi manera. Cuándo va a entender que no soy el hijo que a él le hubiera gustado tener.

—No se lo tengas en cuenta. Clemens es como un segundo padre para ti. Lo ha sido siempre.

Mientras regresaba a la comisaría, Klaus Bauman pensaba en que la mayoría de los alemanes de la época nazi tuvieron algo que ver con el horror. Fue el tiempo que les había tocado vivir: o estaban del lado de los nacionalsocialistas, o estaban contra ellos.

Pero lo que Klaus Bauman intentaba recomponer a esa hora de la tarde, inmerso en el intenso tráfico de las calles, era un esquema mental que le ayudara a racionalizar cada una de las pruebas y los indicios de que disponía. Los elementos artísticos y eróticos de un ritual mortuario estaban claros desde un principio, así como la vinculación del monumento a la Batalla de las Naciones con reuniones de oficiales de las SS, y los mítines de Hitler. También era posible, al menos en apariencia, que los símbolos de los sarcófagos, y las dagas pintadas en las espaldas heridas de las chicas, formaran parte de una organización neonazi y ocultista llamada los Guardianes de la Muerte.

En cuanto a las chicas, no era disparatado pensar que podían ser víctimas de tráfico sexual por parte de alguna mafia rusa con la que estuviera en contacto el motero llamado Fly, como le había explicado Gustav Lastoon. También el confidente le había hablado a Mirtha sobre los negocios de venta de motos en Moscú y San Petersburgo a los que se dedicaba el tal Fly, probablemente respaldado por una estructura empresarial y logística, tras la que podría enmascarar otras actividades delictivas como el tráfico de personas, de drogas o de armas.

Pero, además, Klaus Bauman se preguntaba: ¿por qué todas las chicas tenían los ojos dorados? ¿Qué significado podían esconder unas lentillas de fantasía colocadas en los ojos de cada una de ellas? ¿Las llevaban antes de morir? ¿Alguien se las puso después de que fallecieran? Lo más probable fuera que se tratase de un atrezo más de la escenografía del crimen, un simple capricho estético añadido a la lencería y los sarcófagos pintados en tres dimensiones. O, tal vez, sólo fuese una forma de igualar la expresión de las miradas, dándoles un aspecto fantástico o mítico de ojos de diosas cuando aún estaban vivas. En cualquier caso, era un detalle de la investigación que ni siquiera Gustav Lastoon conocía, a menos que se hubiera acercado a las chicas cuando las encontró, para recrearse en la contemplación de sus bellos cuerpos desnudos, y le hubiese abierto los ojos a alguna de ellas para excitarse al ver la sonrisa de la muerte reflejada en sus pupilas. El guía turístico de cementerios también podía ser un perverso. La historia que su exmujer le había contado a Mirtha Hogg era un asunto delicado, aunque Gustav Lastoon sostuviera una versión completamente distinta sobre lo sucedido con su sobrina. Si realmente no tenía nada que ver con el crimen, al menos era posible que quien decidió que fuese él quien encontrara a las chicas tuviera algún motivo especial para haberlo elegido. Podía ser por la fácil excusa de llamarlo por teléfono para contratar con él una visita guiada al cementerio de Südfriedhof antes del amanecer; o por sus conocimientos esotéricos sobre hechos históricos del monumento a la Batalla de las Naciones, relacionados con la sociedad secreta de oficiales de las SS que tenían tatuado en sus hombros el mismo símbolo del puñal pintado en la espalda de las chicas, casualmente dentro de un sarcófago hexagonal como el que contenía sus cadáveres; o, simplemente, porque Gustav Lastoon era un cómplice o un encubridor de los verdaderos autores del crimen —y volvió a pensar en el motero llamado Fly—, y su misión consistía, precisamente, en proporcionar pistas falsas a la policía para que sus pesquisas se alejaran todo lo posible de algún turbio asunto de individuos anónimos, pero con el suficiente poder y

dinero para organizar orgías clandestinas de sexo y droga con chicas de veintitantos años, a las que luego silenciaron con una sustancia tóxica de estructura química letal.

Klaus Bauman se decía a sí mismo que aún no disponía de suficiente información para encontrar respuestas acertadas a cuestiones excesivamente complejas de la investigación, cuando el comisario lo llamó por la línea de teléfono interna.

—Ven a mi despacho, tenemos visita —dijo.

Klaus Bauman imaginó que los de la policía federal ya habían metido sus narices en el asunto. Si fuese así, su trabajo habría concluido.

La persona que había visitado al comisario, sin embargo, no tenía aspecto de policía. Llegó a esa conclusión nada más abrir la puerta del despacho y ver sentada en uno de los sofás a una mujer de unos cuarenta y cinco años, pelo negro ondulado sobre los hombros, ojos grandes, cara delgada y labios pintados, vestida con un traje de chaqueta, medias negras y botas altas.

—Pasa, Klaus, te presento a Margaritte Clodel.

El inspector miró a su jefe sin saber si debía acercarse a la mujer y estrecharle la mano, o debía limitarse a asentir con una leve reverencia. Optó por esta última posibilidad, más aséptica y protocolaria.

En apenas un segundo, la mente del inspector Bauman intentó adivinar los motivos que podían justificar la presencia de aquella mujer en el despacho del comisario Clemens Eisembag. De no ser por la sonoridad francesa de su nombre, hubiese jurado que era una alta funcionaria del gobierno que traía instrucciones concretas del ministro, o buscaba información de primera mano sobre el estado de la investigación del caso de las chicas muertas. Sin duda, el revuelo que la noticia habría provocado en Berlín debía estar poniendo nerviosos a los miembros del Bundestag, por el extendido temor a un nuevo escándalo político de corrupción e ineficacia policial.

El comisario le pidió a Klaus Bauman que se sentara en el sofá del despacho, situado frente al que él ocupaba junto a la mujer desconocida.

—La señora Clodel es agente de Europol. Aunque es francesa, habla un perfecto alemán...

—¿Europol? —preguntó Klaus Bauman con rapidez, mirando a la mujer directamente a los ojos, como si le pidiera que fuese ella quien contestara. Él sabía muy bien que Europol era la Oficina Europea de Policía, pero la intención de su pregunta era otra.

Margaritte Clodel se limitó a devolverle la mirada sin decir nada, y el comisario prosiguió, indiferente a la interrupción de su subordinado:

—Tiene información importante que transmitirnos, y es una analista especializada en crímenes internacionales de explotación sexual. Se va a incorporar a la investigación de la muerte de las cinco chicas. Ya se tramitó ayer la petición oficial a la Agencia Nacional de Europol.

—Este crimen es estatal, se ha cometido aquí, en Leipzig, estado de Sajonia —replicó Klaus Bauman.

Margaritte Clodel se removió en su asiento, recogió las piernas cruzando los tobillos, y se incorporó hasta apoyar el codo en el brazo del sofá.

—Pero las víctimas del crimen son nacionales de otros estados miembros de la Unión Europea. Además de la chica ya identificada, que era irlandesa, hay una que era belga y otra sueca. Se trata de Ivet Ledoux y Kristel Olsen.

—¿Han comprobado sus huellas dactilares?

Quien respondió fue el comisario.

—Sí, la identidad está confirmada. Además, su desaparición había sido denunciada por los padres en Bélgica y en Suecia.

El interés de Klaus Bauman no era escuchar a Clemens Eisembag sino a la analista de Europol.

—¿Qué sabe usted de ellas?

—Ivet Ledoux era belga, modelo y menor de edad. Cuando desapareció hace dos años tenía diecisiete años. Según los padres, se marchó de Bruselas con su agente, y no supieron que estaba en Estados Unidos, en Los Ángeles, hasta que un amigo de la familia vio unas fotos de la chica en una revista erótica. Entonces ya había cumplido los dieciocho, y los padres no pudieron reclamar ante las autoridades de Estados Unidos su repatriación a Bélgica. Hace un par de meses volvió a entrar en el espacio Schengen a través del aeropuerto de Amsterdam, en vuelo directo desde San Francisco. A partir de ahí no hay más rastros de Ivet Ledoux hasta la aparición de su cadáver aquí, en Leipzig. Estamos intentando localizar a su agente a través de Interpol para detenerle por raptó de una menor. Hay una orden de busca internacional de un tribunal belga.

El orgullo de Klaus Bauman tuvo que rendirse ante la elocuencia de la analista de Europol. Al fin y al cabo, el comisario había dicho que la oficial Clodel se iba a incorporar a la investigación, no que él fuese a ser excluido del caso.

—¿Y la chica sueca?

—Su caso es más dramático. Tenía veintiséis años, era monitora de paracaidismo y estaba casada. Sufrió un aborto terapéutico hace unos tres meses, y a las pocas semanas perdió al marido en un accidente de circulación. También murió la amante. Desde entonces, Kristel Olsen estaba en tratamiento psicológico por estrés postraumático. La semana pasada salió temprano de casa de sus padres, dijo que iba a Estocolmo de compras, y ya no volvió.

—¿Hay algo más que yo deba saber, antes de darle la bienvenida a Leipzig? —dijo Klaus Bauman, sin mostrar ningún recelo hacia su nueva compañera.

—Creemos que las dos chicas aún no identificadas tampoco son alemanas.

El comisario no quiso quedarse fuera del diálogo.

—Nosotros pensamos lo mismo —dijo.

—Estamos a la espera de que nuestros analistas de identificación puedan determinar pronto quiénes y de dónde eran esas dos chicas —añadió Margaritte Clodel—. Además, Europol ha iniciado una intensa colaboración con las brigadas de homicidios de cada país para que investiguen todo lo posible sobre cada una de ellas. Cualquier dato puede ser trascendental. Yo coordinaré y analizaré toda la información recopilada desde aquí, a través de una oficina móvil de Europol.

—La oficial Clodel necesitará un despacho propio en la comisaría mientras esté con nosotros —dijo el comisario.

—Mi intención no es quedarme demasiado tiempo, sólo el necesario para resolver el caso —dijo ella.

—No es un asunto fácil —advirtió Klaus Bauman.

—Lo sé, he leído su atestado y la declaración del único testigo. El comisario me ha informado sobre la insólita teoría conspirativa de la que el guía turístico se siente víctima, y de las posibles implicaciones de una sociedad secreta de origen nazi en la muerte de las chicas.

—De momento, no hay ninguna prueba que incrimine a Gustav Lastoon, y está colaborando con nosotros en todo lo que se le pide. Aunque también tengo mis dudas, por ahora prefiero pensar que es inocente.

Margaritte Clodel respiró con calma.

—Desde mi punto de vista, la declaración del testigo no es creíble —afirmó.

Su rostro expresaba una serenidad que incomodó al inspector Bauman.

No quiso entrar en el debate que la oficial de Europol planteaba abiertamente sobre las líneas de investigación más acertadas o más creíbles. Ya tendría tiempo de explicarle los detalles que ella aún desconocía sobre el símbolo del puñal y el sarcófago, de los que él aún no había informado al comisario.

—La pregunta ahora es por qué cada una de las chicas muertas era de una nacionalidad diferente, y qué

las reunió a todas en Leipzig —destacó el inspector.

—Yo diría que participaron en algún juego peligroso.

Al decir esto, Margarithte Clodel cogió el maletín que tenía junto a sus pies, sacó un Mac Pro y lo abrió. En la pantalla apareció una tabla de Word con cinco columnas y varias filas. Se puso en pie y se lo mostró a Klaus Bauman.

CHICA 1	CHICA 2	CHICA 3	CHICA 4	CHICA 5
Identidad Dorothy O'Neil Irlanda 21 años Cuidaba del padre	Identidad Sin identificar	Identidad Kristel Olsen Suecia 26 años Paracaidismo	Identidad Sin identificar	Identidad Ivet Ledoux Bélgica 19 años Modelo
Rasgos físicos Pelo corto rojizo Ojos de color miel Piel muy blanca	Rasgos físicos Pelo negro nuca Ojos grises Piel normal	Rasgos físicos Pelo blanquecino Ojos azules Piel muy blanca	Rasgos físicos Pelo marrón largo Ojos castaños Piel normal	Rasgos físicos Pelo rubio oscuro Ojos verdes Piel blanca
Datos externos Agujeros pirsin	Datos externos Cicatriz muñecas	Datos externos Ninguno	Datos externos Cortes espalda	Datos externos Delgadez
Datos internos Negativo hepatitis C	Datos internos Antidepresivos en sangre	Datos internos Aborto terapéutico	Datos internos Ninguno	Datos internos Tabique nasal perforado por cocaína
Perfil Gótica	Perfil Suicida	Perfil Traumatizada	Perfil Torturada	Perfil Drogadicta

El inspector Bauman miró la tabla y se preguntó por qué demonios no se le había ocurrido a él hacer algo así.

—Una gótica, una suicida, una traumatizada, una torturada y una drogadicta. No eran chicas normales, según sus conclusiones —dijo.

—No, no lo eran, y eso es lo extraño. Sin embargo, debían de tener algo en común —admitió la analista de Europol.

Clemens Eisembag se puso en pie y activó un proyector de vídeo situado en la mesita central.

—Yo también quiero mostrarle algo —dijo.

En la pared blanca de su despacho, situada frente a los sofás en los que estaban sentados, apareció una imagen algo borrosa de una furgoneta Volkswagen de color blanco, que circulaba por distintas calles sin tráfico.

—Son grabaciones de varias cámaras de seguridad de unos comercios y una gasolinera que están en la ruta que lleva al monumento a la Batalla de las Naciones, y coinciden con la hora aproximada de la madrugada en la que debieron de depositar los cadáveres de las chicas.

—Estamos intentando localizar esa furgoneta blanca, pero ninguna de las cámaras captó la matrícula. Hay cientos de Volkswagen de ese modelo en Leipzig —añadió Klaus Bauman con desgana.

—¿Y han comprobado si las chicas llegaron al aeropuerto de Leipzig el día en que aparecieron sus cadáveres? —preguntó Margaritte Clodel.

—Hemos verificado que en esa fecha no lo hicieron. Seguimos cotejando días anteriores. Pero también pudieron aterrizar en Praga o Berlín, o, incluso, haber viajado en tren desde cualquier otra ciudad.

—En Europol estamos revisando los vuelos de salida de los países de origen. Es posible que pronto tengamos alguna conclusión al respecto. También me han informado de que los padres de Ivet Ledoux y los de Kristel Olsen tienen previsto llegar mañana para el reconocimiento de sus hijas y ocuparse de los trámites para su repatriación con las embajadas de Bélgica y Suecia en Berlín.

La mirada del comisario fue de comprensión.

—Entonces, continuaremos mañana. Es tarde, y usted aún debe llegar a su hotel.

Klaus Bauman tampoco deseaba prolongar más tiempo la reunión con la agente de Europol recién llegada. Estaba hambriento, y su mujer le esperaba esa noche para cenar.

—Me alegra que esté aquí, Margaritte —dijo sin más.

Sé que Bailarina no necesitaba nuestro consuelo. Ninguna lo necesitamos. Cada una soporta sus mentiras y sus tragedias como puede. Aquí no estamos para darnos pena unas a otras, sino para dejar de sentir lástima de nosotras mismas, escupiendo o vomitando los venenos que hemos tragado durante mucho tiempo. Mi proyecto sigue adelante.

Luna negra: *Esta noche es la octava que pasamos juntas.*

Mantis: *Es verdad, no había llevado la cuenta.*

Cabeza de bruja: *El número ocho es el símbolo de lo infinito.*

Nebulosa: *Y de la renovación y el tránsito de un ciclo a otro.*

Manzana P: *A mí sólo me recuerda a un Scalextric que guarda mi padre entre su colección de juguetes de su niñez.*

Bailarina: *¿Y qué juguete es ése?*

Manzana P: *Un simple circuito de coches de carreras eléctricos. Nada que ver con los videojuegos de realidad virtual.*

Cabeza de bruja: *Yo me enganché a varios juegos de terror de la PlayStation. ¿Alguna jugaba con videoconsolas, jeje?*

Manzana P: *Yo era fan de los SIMS.*

Mantis: *Me quedo con la Barbie, cuando era niña me gustaba tocarle las tetas.*

Cabeza de bruja: *¡Ala, qué bruta!*

Mantis: *Lo digo en serio.*

Nebulosa: *¿Por qué no dejáis los juegos? Sólo tenemos una hora para hablar y estamos perdiendo el tiempo.*

Luna negra: *Sigamos el hilo de Mantis, aún no nos ha dicho nada sobre su vida, salvo que le gustan las chicas.*

Mantis: *Yo soy lesbiana por naturaleza no por vocación. También me he acostado con algunos hombres. Nada extraordinario, desde luego, comparado con la dulzura de una mujer.*

Luna negra: *Me refería a tus motivos para estar aquí.*

Mantis: *Me cuesta mucho hablar de mí, aún no me siento capaz de sacar mis demonios aquí.*

Nebulosa: *Cabeza de bruja tampoco nos ha contado mucho de ella. Hasta ahora las más decididas en hablar de secretos hemos sido Luna negra, Bailarina, Manzana P y yo.*

Mantis: *¿Y los habéis contado todos?*

Luna negra: *No.*

Manzana P: *Tampoco.*

Nebulosa: *Yo sí... Bueno, no todo.*

Me extraña que Bailarina no diga nada. Desde que hizo las paces conmigo parece que haya perdido

interés en hablar de sí misma, más allá de su felicidad al lanzarse al vacío con su paracaídas.

Cabeza de bruja: Hay muchas zonas oscuras en mi vida, no sé por cuál empezar, jejeje.

Manzana P: ¿Te estás riendo de ti misma o de nosotras?

Cabeza de bruja: Ya he llorado mucho para seguir haciéndolo ahora.

Nadie dice nada. Todas esperamos que Cabeza de bruja continúe hablándonos de ella. Sabemos que no está en el chat por capricho, que tiene sus motivos, que a pesar de sus «jejeje», de su carácter infantil y de sus ideas góticas, esconde un dolor intenso en algunos pozos de su memoria. Sacarlos fuera le hará bien. Lo sabe, y lo hará.

Cabeza de bruja: Fui una niña maltratada, pero lo peor no fue eso.

Nebulosa: ¿Quién te trató mal?

Cabeza de bruja: Mis compañeras del colegio. Yo era gordita, como mi padre; ya os dije cómo le llamaban en el pueblo. Además, todas sabían que mi abuelo había sido el sepulturero del cementerio, y a mí me decían que era «la muerta viviente». Lloraba todos los días cuando llegaba a mi casa y me encerraba en mi cuarto. Aunque no lo creáis, mi padre y yo vivimos en un castillo rehabilitado, con una señora que me ayuda a cuidarlo... a mi padre, quiero decir, jejeje. Mis compañeras de colegio repetían lo que escuchaban a sus padres, y me gritaban que mi familia estaba maldita, que había caído sobre nosotros una terrible maldición desde que mi padre compró ese viejo castillo. Sin embargo, nadie me explicaba nada sobre ella. Yo leía todos los libros que podía para conjurar ese hechizo, o lo que fuera. Mi madre intentaba convencerme de que sólo eran envidias de gente inculta y supersticiosa, pero yo las creía a ellas. Y muchos años más tarde pude comprobar que esa maldición existía, aunque ésa es otra historia más reciente. Si cuando era niña me gustaban los videojuegos de terror sólo era porque imaginaba que me convertía en una heroína y mataba a todas mis compañeras de colegio sin ninguna compasión. Una a una, lentamente, sin prisas. Luego las arrastraba hasta la bodega del castillo, las metía en barriles de vino y me bebía su sangre.

Manzana P: Nos estás tomando el pelo, como siempre.

Cabeza de bruja: Pensad lo que os venga en gana.

Nebulosa: ¿De verdad vives en un castillo?

Cabeza de bruja: El castillo es pequeño pero muy bonito. Mi padre trabajó en su juventud en una taberna, y acabó fundando sus propias bodegas. Se hizo rico, y su ilusión era comprar el castillo de los antiguos duques del pueblo porque en una ocasión humillaron a mi abuelo por no sé qué historia rara de unas tumbas profanadas.

Mantis: ¿Eres rica?

Cabeza de bruja: Jejeje, de momento sólo soy la única heredera. Pero no quiero el dinero, tampoco lo necesito. Ya tengo la herencia de mi madre.

Decido cambiar de tema y hacerle una pregunta directa a Cabeza de bruja que agitará la calma del chat.

Luna negra: ¿Le tienes miedo a la muerte?

Cabeza de bruja: Buena pregunta para dejarla sin respuesta.

Manzana P: Eso no vale, di sí o no.

Cabeza de bruja: No, a los góticos nos atrae la muerte.

Nebulosa: A mí lo que me da miedo es la vida.

Bailarina: El miedo a la muerte es absurdo: si estás muerta, nunca sabrás que alguna vez estuviste viva.

Mantis: Yo le tengo mucho miedo a la muerte, lo admito. A pesar de todo, me gusta vivir.

Manzana P: A mí me da lo mismo, hay días en que estoy viva y otros en que estoy muerta, y no veo que haya diferencia entre ellos.

Bailarina: ¿Y a Luna negra?

Luna negra: Después de lo que he vivido, sé muy bien que la muerte sólo es un sueño eterno. No, no le tengo ningún miedo.

Cabeza de bruja: ¿Por qué me has hecho esa pregunta?

Luna negra: Creo que todas debemos conocer lo que pensamos sobre temas importantes.

En poco más de dos horas, Susana había hecho su equipaje en la residencia universitaria y lo volvió a deshacer en la habitación del apartamento de la abuela de Bruno. Estaba estresada, pero había merecido la pena. Sólo lamentaba no haber podido decirle adiós a Ilian Volky. Le dejó una breve nota de despedida en su casillero de recepción, en la que se limitaba a decirle que se mudaba a un apartamento del centro y que ya se verían por ahí, en alguna parte.

Después del anochecer, estaba sola en el piso. Bruno Weiss le había dado unas llaves y se había marchado. Tenía ensayo con la Orquesta de la Gewandhaus.

—Si necesitas algo, llámame —le había dicho al despedirse.

La pareja de estudiantes italianos tampoco tardó en salir del apartamento. Le preguntaron si quería acompañarlos a tomar unas cervezas por Karli, una popular zona de bares situada al sur de la ciudad, pero Susana se excusó diciendo que estaba muy cansada por el ajetreo de la mudanza, y aún debía terminar de organizar su habitación.

El móvil que había dejado sobre la mesa del gabinete sonó un par de veces. Susana se apresuró a cogerlo, miró la pantalla y rechazó la comunicación. Las llamadas perdidas de su madre seguían acumulándose cada pocos minutos. Si no daba señales de vida pronto, su madre sería capaz de llamar a la embajada española en Berlín para que la buscaran. Supuso que la noticia de las cinco chicas encontradas muertas en Leipzig también había llegado a los telediarios de las televisiones de España, y que sus padres estarían preocupados. Siempre estaban preocupados por algo, y ahora tenían un motivo para no respetar la regla de silencio que ella les había impuesto, pasara lo que pasara. Se limitó a escribirles un lacónico mensaje:

Estoy bien, no pasa nada. Vale?

Fue en ese momento cuando miró hacia los estantes de la biblioteca, en los que Bruno le había dicho que estaban los libros de Lessi Milovac. Se acercó y ojeó los títulos impresos en los lomos. La mayoría estaban escritos en ruso, mal encuadernados y con las tapas amarillentas. Susana pensó que serían obras de autores de la antigua Unión Soviética, sobre los que Lessi pensaba impartir sus seminarios de literatura en la universidad.

De uno de los libros sobresalía un pósit amarillo, como un improvisado punto de lectura. Susana lo cogió y lo abrió. Junto a una calavera mal dibujada, sólo había una breve nota manuscrita:

Las chicas de las cloacas

Susana recordó que algunos de los titulares de las noticias que había leído en internet se referían a las chicas muertas como «Las chicas de la necrópolis del sexo», «Las chicas Playboy» o «Las bellas chicas durmientes». Titulares periodísticos muy parecidos a «Las chicas de las cloacas». Además, estaba el

dibujo de una calavera junto a las letras, de un indudable estilo femenino.

Cuando esa noche se acostó, no pudo conciliar el sueño. Deseaba con toda el alma que amaneciera pronto y que la luz del día entrara por la ventana y disipara la oscuridad que la envolvía. Estaba tumbada en la cama, con los ojos cerrados y los brazos pegados al cuerpo bajo las sábanas. Por un instante, se vio a sí misma como una de esas chicas muertas, y sintió un escalofrío de terror.

La oficina móvil de Europol fue instalada en un despacho vacío de la misma planta en la que se encontraba la unidad de homicidios. La agente Margaritte Clodel sólo necesitaba una conexión wifi a internet, un pequeño espacio con una mesa para su Mac, una butaca en la que sentarse y un archivador sobre el que colocar una cafetera eléctrica, que el propio comisario se había ocupado de que le instalaran la tarde anterior, junto a una gran caja de cápsulas de café expreso.

—La cafeína es mi única adicción —confesó cuando invitó a Klaus Bauman a comprobar las bondades de la cafetera, aún sin estrenar. Eran las nueve de la mañana.

—Mis adicciones son mis dos hijas —dijo el inspector, como si cruzara la frontera de un territorio infranqueable que sólo le pertenecía a él.

Ambos estaban de pie, junto a la cafetera. Margaritte le sirvió el café en un vaso de plástico.

—Siento no tener tazas ni azúcar, no me gusta endulzar el auténtico sabor de algo tan placentero para mí.

—No importa.

—¿Qué edad tienen tus hijas?

—Carla tiene catorce y Bertha, poco menos de un año. Nació en la pasada Navidad.

—El comisario me ha dicho que tu esposa también es policía. ¿No es un poco complicado?

—Bueno, actualmente está en excedencia voluntaria, por la niña pequeña. Ingrid trabaja en el departamento de extranjería. Papeleos burocráticos. ¿Y tú, tienes hijos?

—¿No vas a preguntarme antes si estoy casada?

—Eso es algo más íntimo, no quiero inmiscuirme en tu vida.

—Vamos a trabajar juntos algún tiempo, será mejor que nos conozcamos un poco.

—Eres divorciada —afirmó el inspector.

Margaritte Clodel sonrió y se sentó en el borde de la mesa.

—¿Cómo lo has adivinado?

—No lo sé, quizá porque la mayoría de las mujeres policías que conozco lo están.

—Tienes razón. Me divorcié al poco de trasladarme a La Haya, hace dos años. A mi marido no le gustó la idea de vivir separados, pero no quise renunciar a Europol. Después de mi hija, era mi objetivo prioritario.

—¿Qué edad tiene?

—Veintidós años. La misma edad que esas pobres chicas. Estudia diseño gráfico en La Sorbona, en París. La veo los fines de semana, siempre que puedo.

El ruido de una motocicleta hizo vibrar los cristales.

—¿Por qué has aceptado implicarte en este caso?

—Me atrajo como un potente imán, al ver las fotos y leer la información que nos enviaron a Europol, solicitando nuestra colaboración urgente para la identificación de los cadáveres. Cuando pudimos identificar a la chica belga y a la chica sueca a través de las denuncias presentadas por sus padres en sus

respectivos países, lo comenté con mis jefes y ellos también pensaron que era un asunto de interés supranacional, en el que la Agencia de Policía Europea debía estar presente. El comisario Clemens Eisembag estaba de acuerdo, aunque no te dijera nada hasta mi llegada.

—Una conspiración policial secreta —dijo el inspector con un gesto de asombro.

A Margeritte Clodel le chispearon los ojos al sonreír.

—No, no es eso. Si te soy sincera, lo que más influyó en mi decisión de venir a Leipzig fue el misterio que tú planteabas en el informe sobre las tres dimensiones de la investigación de la muerte de las chicas: el arte, el erotismo y la muerte ritual. Nunca he conocido un crimen de aparente tráfico sexual de mujeres con esa triple proyección. Es realmente espantoso.

Klaus Bauman tiró el vaso vacío a la papelera.

—Pensaba ir a visitar a una artista del tatuaje llamada Bright. Tiene el estudio en Keilstraße, a unos quince minutos en coche. Si te parece, podemos empezar por ahí. Durante el camino te contaré algunos detalles de la investigación que ni siquiera el comisario conoce aún.

—¿También guardas tus propios secretos?

—Sólo cuando son indicios sin confirmar.

En el coche, Klaus Bauman le explicó a la agente de Europol todos los detalles de sus conversaciones con el guía turístico y el significado del símbolo que aparecía en el puñal pintado en las espaldas de las chicas, y que, según Gustav Lastoon, los Guardianes de la Muerte llevaban dentro de un sarcófago hexagonal tatuado en el hombro derecho. Pero Margeritte Clodel se limitó a escucharlo con incredulidad, sin hacer ningún comentario al respecto.

El estudio de Bright Coleman era un local moderno con amplios escaparates, y el nombre «Creating Tattoos» pintado en los cristales. En el interior, todo era de un color blanco aséptico: las butacas metálicas de la sala de espera, el mostrador de recepción y los tres sillones con diferentes estructuras anatómicas de la zona de tatuajes, separada en módulos por unos biombos abiertos. En las paredes colgaban fotos de cuerpos esculturales de mujeres y hombres jóvenes completamente tatuados, que parecían obras de arte expuestas en un museo privado. El aire olía a tinta y sonaba una débil música ambiental.

Los recibió una mujer de unos treinta años, de pelo rubio y largo, recogido en una alta cola de caballo, que tenía la piel de los brazos y las manos repletos de héroes de cómics americanos, tatuados a todo color. Su primera sonrisa se transformó en un tic nervioso al ver la placa de policía que Klaus Bauman le mostró.

—¿Es usted Bright Coleman?

La mujer no tardó en recuperar la compostura y el tono desenvuelto de su voz.

—Si vienen por lo de las chicas del monumento, me temo que no podré serles de mucha ayuda, he oído en la televisión que la lencería que llevaban era pintada sobre el cuerpo, no tatuada. Yo no hago *body paint*, es una especialidad pictórica fugaz, efímera. Está condenada a disiparse, en poco tiempo se convierte en nada. Sin embargo, el tatuaje es eterno.

El inspector miró a la agente Margeritte Clodel y después fijó sus ojos en los de la artista. A Klaus Bauman le pareció innecesario explicar el motivo de su visita. Incluso temió que Gustav Lastoon hubiera advertido a Bright Coleman de que un inspector de policía de la unidad de homicidios podría pasar a verla para hacerle preguntas sobre un símbolo pintado dentro de un sarcófago hexagonal.

—¿Le importaría mostrarnos su catálogo de tatuajes?

—¿Tienen una orden judicial?

—No la estamos acusando de ningún delito. Sólo buscamos información —dijo Margeritte Clodel en un tono amable.

Las manos de la mujer se movieron debajo del mostrador y sacaron tres álbumes de fotos plastificadas.

—Avísenme cuando hayan decidido cuál les interesa más. Estoy preparando unas tintas para una cita que no tardará en llegar, y si deajo abiertos los botes más tiempo del necesario, se estropearán.

Bright Coleman se retiró del mostrador de recepción sin esperar a que alguno de los dos policías pudiera tener algo que decirle aún, y se acercó a una mesa repleta de botes de tinta con todos los colores del arcoíris.

La agente de Europol pasó algunas páginas del álbum que ella hojeaba y se detuvo en unas fotografías sorprendentes.

—No sabía que también se hicieran tatuajes en tres dimensiones —dijo en voz alta, mostrándole a Klaus Bauman las imágenes de un camaleón verde, casi real, tatuado en un brazo; un pedazo de armadura medieval que cubría un hombro y parte del pecho, y el agujero de un disparo, con dos hilos de sangre brotando de la cabeza de un hombre calvo.

Bright Coleman alzó la vista de los botes de tinta y miró a la mujer policía.

—Ésos son demasiado caros. Valen tanto como una verdadera joya. Algo exclusivo para gente caprichosa y con suficiente dinero para pagarlos.

El inspector también se detuvo en otra foto.

—¿Y estas heridas? Parecen hechas por las garras de una bestia —comentó en voz alta.

—Hay a quien le gusta exhibir atrocidades. Todo puede tatuarse, cualquier cosa imaginable, sólo es cuestión del precio. Algunas de mis mejores obras he tardado años en terminarlas. Cuerpos enteros creados desde la nada, como hacen los dioses. Ése es el verdadero tatuaje.

Margaritte Clodel terminó de ver el álbum y lo cerró.

—¿Conoce a pintores que hagan estas mismas obras de arte en *body paint*? —preguntó.

—Échenle un vistazo a internet. Todos los que conozco tienen página web. Se ganan la vida con eso. También hay aficionados tan buenos como el mejor de los profesionales, pero de éstos no conozco a ninguno personalmente.

Pocos segundos después, Klaus Bauman concluyó su inspección visual del catálogo. Sacó del bolsillo de su cazadora una servilleta de bar doblada y se la mostró a Bright Coleman.

—¿Alguna vez ha visto un tatuaje parecido a esto?

La mujer le echó un vistazo.

—El sarcófago hexagonal negro es muy frecuente, aunque no lo he visto nunca con esas tres volutas dentro de un círculo. Pero conozco a alguien que tal vez pueda ayudarles. Es un estudioso de los símbolos esotéricos.

—Díganos cómo se llama y dónde podemos encontrarle —preguntó Klaus Bauman a la vez que sacaba su bloc de notas y el bolígrafo.

—Su nombre es Gustav Lastoon, tiene una empresa de turismo fúnebre.

Klaus Bauman miró a la agente de Europol y le preguntó sin palabras: «¿Qué clase de juego es éste?».

Salieron del local y se encaminaron al coche.

—De vuelta al principio, como en un laberinto —dijo el inspector.

—Vayamos a ver al guía turístico antes de regresar a la comisaría —propuso Margaritte Clodel.

—¿Para qué?

—Para volver a preguntarle sobre su trabajo.

—¿Te preocupa algo de lo que ha dicho Bright Coleman? —preguntó el inspector.

—Había una uña de mujer con pintura en las esteras de los sarcófagos, ¿no? Además, el tatuaje que hemos visto de unas heridas causadas por las garras de una bestia se parece bastante a las heridas pintadas en las espaldas de las chicas. La tatuadora con la que hemos hablado podría ser cómplice del

crimen.

—Lo que estás diciendo no es muy sólido —dijo Klaus Bauman.

—Es posible, pero la mejor manera de parecer inocente es mostrar que no tienes nada que esconder, y eso es lo que está haciendo Gustav Lastoon desde su llamada al 112, la madrugada en que dijo que encontró los cadáveres. Me gustaría hablar con él ahora. Hay cosas sobre las que no le preguntaste durante su declaración.

—¿Y puedo saber qué fue lo que, según tu opinión, se me escapó?

—Espera a que yo le conozca y pueda verle los ojos. Entonces escucharás mis preguntas.

—¿Tienes un sexto sentido?

—Tengo experiencia, sólo eso.

El inspector marcó resignado el número de un contacto de la agenda de su móvil.

—¿Dónde estás? —preguntó Klaus Bauman, al oír al otro lado una voz.

—Frente a la casa.

—¿Aún no ha salido?

—No, no ha habido ningún movimiento desde que empecé mi turno esta mañana a las ocho —dijo el policía encargado de vigilar cada paso del guía de turismo fúnebre.

—Voy para allá con una oficial de Europol. Llegaremos en diez minutos. Avísame si sale de la casa.

El coche se encaminó hacia el oeste con la luz azul parpadeando sobre el techo. Margeritte Clodel bajó un poco la ventanilla. Tenía calor con los pantalones, las botas y la chaqueta de piel que llevaba puesta. A Klaus Bauman no le había pasado desapercibido el cambio de estilo en la forma de vestir de la agente de Europol respecto a la tarde anterior. Parecía más joven y atractiva, pero él no quería dejarse seducir por los espejismos de un deseo fugaz. Ya le había pasado una vez, y estuvo a punto de costarle su matrimonio. Ingrid le había dado una nueva oportunidad y no estaba dispuesto a desaprovecharla.

Cuando se abrió la puerta, Klaus Bauman apretó los dientes.

—¿Qué clase de juego es éste? —preguntó el inspector. Sus ojos se abrieron tanto que Gustav Lastoon creyó que lo golpearía en la cara, antes de que terminara de abrir la puerta de la casa.

—Tal vez deberíamos leerle sus derechos —advirtió la analista de Europol.

—¿Es que van a detenerme?

Klaus Bauman respiró hondo y se apartó a un lado.

—¡No me gusta que intente divertirse conmigo, señor Lastoon!

—¡Joder, sólo intento ayudarlo! ¿A qué viene esto?

—¿Por qué me dio el nombre de Bright Coleman y ella me ha dado el suyo?

—¿Ella le ha dado mi nombre? No entiendo lo que quiere decir.

—¿Le parezco una pelota de ping-pong? ¿Cree que soy alguien a quien se puede mandar de un lado a otro dándole pequeños golpes con una pala forrada de goma? —preguntó el inspector con brusquedad. La cortesía que hasta entonces había mostrado el inspector con Gustav Lastoon desapareció en ese mismo instante.

—¡No, no...! ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Le advirtió usted que yo pensaba ir a verla, ¿no es cierto?

—No hablo con Bright Coleman desde hace semanas. ¿Adónde quiere ir a parar? No tengo ni idea de lo que me está hablando. Usted me preguntó el nombre del mejor artista del tatuaje en Leipzig y yo se lo di. ¡No comprendo qué pasa ahora!

Klaus Bauman volvió a sacar el trozo de papel del bolsillo.

—Le mostré el dibujo con el sarcófago y el círculo y le pregunté que si lo había visto alguna vez. Dijo que no, pero que conocía a un estudioso de simbología esotérica que podría ayudarnos. Nos dio su

nombre. Nunca me dijo usted que la interpretación de los signos ocultos era su especialidad esotérica.

—No tengo ningún título académico, sólo soy un aficionado... Ya le dije todo lo que sabía sobre ese símbolo. Esta mañana iba a pasarme por la biblioteca de la universidad para buscar un libro que podría ayudarle a comprender todo lo que le he dicho hasta ahora. ¿Qué más quiere que haga? —preguntó Gustav Lastoon con rabia.

—Dígame nombres, lugares de reunión de grupos neonazis que puedan llevar ese sarcófago tatuado en el hombro.

Gustav Lastoon movió los brazos en una actitud desdeñosa.

—Ya le dije que la gente que pertenece a un verdadero grupo secreto no va mostrando sus símbolos neonazis a los cuatro vientos. Eso sólo lo hacen los idiotas.

—Estoy seguro de que conoce a alguien más que a ese tal Fly, que ahora hace negocios en Rusia —dijo Klaus Bauman, mirando al guía turístico como si lo desafiara.

—¿Me está pidiendo que me invente nombres, como en una caza de brujas?

—Le estoy dando la oportunidad de demostrar que no tiene nada que ver con la muerte de esas chicas —dijo Klaus Bauman, más calmado.

—Tenía entendido que todos somos inocentes mientras no se demuestre lo contrario —replicó el guía turístico, recuperando la seguridad en sí mismo.

—Ese principio sirve para un juez, no para un policía de homicidios.

Margaritte Clodel había recibido algunos correos urgentes de La Haya, y estaba leyéndolos junto a la entrada de la casa. Se mantuvo en silencio hasta ese momento. Pero apagó el móvil y le pidió al guía turístico que se sentara en uno de los sillones de la habitación: un salón con muebles viejos y deteriorados. La oficial de Europol y Klaus Bauman permanecieron en pie. De las paredes colgaban unos cuadros abstractos de colores tenebrosos.

—¿Los ha pintado usted?

—No, los compré en un mercadillo de arte.

—¿Tiene usted clientes habituales?

—¿Qué quiere decir?

—Clientes que deseen visitar cementerios con alguna frecuencia y le pidan que usted los acompañe.

Los brazos de Gustav Lastoon se apoyaron en los del sillón.

—Alguna vez he guiado a las mismas personas por distintas necrópolis, si es a lo que se refiere usted.

—¿Tiene los nombres de esos clientes?

—Nunca guardo datos personales.

—¿No hace facturas de sus servicios?

—Fiscalmente sólo estoy obligado a llevar un talonario de tiquets con el precio. Las tarifas varían si se trata de grupos numerosos, reducidos, parejas o visitas individuales.

—¿Y tiene clientes que le soliciten algún servicio especial?

—Mi único servicio especial son las visitas nocturnas. Ya hablé de ellas con el inspector Bauman en mi declaración.

—¿Nadie le ha pedido nunca que abra usted alguna tumba y le muestre el esqueleto del interior, o que le deje a solas con un cuerpo recién enterrado?

Klaus Bauman miraba la calle vacía por una ventana del salón, pero se giró y miró a Gustav Lastoon al escuchar la pregunta que la agente de Europol le había hecho.

—Ese tipo de gente no necesita a nadie que los guíe para dar rienda suelta a sus perversiones. Se bastan solos.

—Yo no estaría tan segura —dijo Margaritte Clodel—. Y usted sabe mejor que yo de qué le estoy

hablando.

—Entonces, dígame sin rodeos qué quiere saber.

—Si algún grupo de clientes le pidió que creara para ellos la escena artística del monumento, los sarcófagos y la lencería erótica, como si las chicas hubieran muerto dulcemente, para realizar actos de necrofilia con sus bellos cadáveres. Nada de sangre, nada de violencia, nada de sufrimiento real. Necrófilos admiradores del arte, capaces de pagar sumas desorbitadas de dinero por vivir una experiencia de ultratumba alucinante.

—¡Está usted loca! —gritó Gustav Lastoon, pero enseguida se calmó y añadió—: Aunque le cueste creerlo, el necroturismo no tiene nada que ver con la necrofilia. Por eso yo prefiero llamarlo turismo fúnebre, que es lo único que hago. El necroturista busca el arte en el misterio funerario de la muerte; al necrófilo le excita la muerte.

Una pregunta en la que no había pensado antes cruzó por la mente de Klaus Bauman.

—Entonces ¿cómo calificaría usted la escena de las chicas muertas?

—Como un ritual sagrado de los Guardianes de la Muerte, ya se lo dije cuando me mostró el símbolo del triskel por primera vez.

Klaus Bauman buscó en su móvil la fotografía de la espalda de una de las chicas y volvió a mostrarle la daga, aunque esta vez podía ver la imagen completa de las heridas de la espalda pintada en tres dimensiones.

—¿Ha visto alguna vez este puñal?

—Esa arma no es un puñal sino una daga. Una igual a la que llevaban los oficiales nazis de las SS. Sólo se diferencian en que el símbolo de la empuñadura auténtica era un águila con una esvástica en las garras.

—¿Y usted qué cree que significa esa daga pintada? —quiso saber Margaritte Clodel.

—Que los sacrificios rituales de la sociedad secreta se realizan con esa daga, y no con otra arma. Es la firma de los autores del crimen.

La agente de Europol suspiró, descreída.

—De lo que podemos deducir que sigue usted convencido de que la muerte de las chicas fue un crimen ritual de los Guardianes de la Muerte, y de que usted recibió la llamada desde el móvil de una de ellas para que encontrara los cadáveres y ayudara a la policía a desvelar el misterio de los verdaderos asesinos.

—¿Puedo enseñarles algo? —preguntó Gustav Lastoon—. Aunque no les sirva de mucho, les ayudará a comprender de qué clase de sociedades secretas les hablo exactamente.

La agente de Europol siguió al inspector y a Gustav Lastoon por un corto pasillo, hasta otra habitación en la que había un ordenador en una mesa y un desorden de revistas, libros y periódicos, semejante al de un almacén de reciclaje de papel. Buscó en una carpeta y sacó un panfleto escrito en alemán.

—Lean esto. La gente que ustedes están buscando sigue esas reglas como si les fuera la vida en ello. También lo hacen la mayoría de los grupos realmente secretos de todo el mundo.

Klaus Bauman leyó el breve texto en voz alta para que pudiera escucharlo la analista de Europol:

—«Te hemos enseñado a actuar en secreto, a ser como un espía entre tus compañeros, a no creer en nadie, a no confiar en nadie, a dudar de todos. Te comportarás en medio de los demócratas como un demócrata, y en medio de los religiosos rezarás como un devoto creyente. Serás un sindicalista duro entre sindicalistas y un liberal modélico entre liberales, de forma que puedas ganarte su confianza. Actuarás siempre de manera que sea imposible conocer tus pensamientos ni cuáles son tus ideales, así nadie sospechará de ti ni podrá delatarte. Y tú tendrás el poder sobre las vidas de los otros.»

»¿De dónde ha sacado esto?

—Pertenece a un ritual de iniciación. Las palabras se pronunciaban antes de entregar la daga sagrada al nuevo miembro de los Guardianes de la Muerte. Lo leí hace años en el libro del que les he hablado, y copié este texto. Es una tesis doctoral escrita por un profesor de universidad de la antigua RDA, sobre la presencia de las SS en Leipzig, las frecuentes visitas que hizo Hitler a la ciudad, antes de la entrada del ejército americano, y la sociedad secreta de los Guardianes de la Muerte. Déjenme un poco de tiempo y lo encontraré. Entonces comprobarán que no les miento.

La mirada del guía turístico volvió a adquirir la frialdad que el inspector apreció en sus ojos la primera vez que le vio.

—¿Y por qué eligió copiar precisamente este párrafo? —preguntó Margaritte Clodel.

—Me gusta utilizar esas palabras para sorprender a mis clientes cuando les hablo de las tumbas en las que fueron enterrados personajes anónimos que tuvieron un gran poder sobre la vida y la muerte. La mayoría de la gente no tiene ni idea de quién es de verdad su vecino, o su jefe, o su amigo, o su cuñado, o su padre, o él mismo.

—¿Qué quiere decir? —inquirió Klaus Bauman.

—Que se equivocan si piensan que yo he tenido algo que ver con la muerte de esas chicas.

La muerte es la nada. Unos la buscan en el dulce sueño de la inexistencia, mientras otros huyen de ella despavoridos. Inútil resistencia a un inevitable final. Nosotras nos ocultamos en las oscuras cavernas del Ciberespacio para no ser vistas ni oídas. Los monstruos nos persiguen, nos acechan, nos vigilan, pero no podrán encontrarnos. Al menos, nunca antes de que celebremos la vida, con la sonrisa de tener la muerte tan cerca.

Luna negra: *Hola de nuevo.*

Mantis: *Hoy he visitado a mi madre enferma.*

Nebulosa: *¿Está en un hospital?*

Mantis: *No, lleva internada diez años en un manicomio.*

Las palabras de Mantis vuelven a dejarnos a todas paralizadas. Hasta ahora no había contado nada sobre su vida, salvo que era lesbiana. Todas pensábamos que su drama personal estaría relacionado con su sexualidad o con algún trauma amoroso con su pareja. Muchas chicas homosexuales sufren graves conflictos psicológicos por motivos de rechazo familiar o social, pero ésa no parece ser la causa de que Mantis esté en el chat. Y tal vez sea tiempo de que las demás chicas de las cloacas conozcamos sus razones y sus miedos.

Cabeza de bruja: *Si Mantis cuenta ahora la historia de su madre, yo contaré otra noche la historia de la mía.*

Bailarina: *Mantis debe hablar ahora. Todas lo hemos hecho y no ha sido agradable para ninguna contar nuestras miserias.*

Manzana P: *Vamos, Mantis, nadie va a juzgaros aquí, ni a ti ni a tu madre. Los manicomios ya no existen desde hace muchos años, ¿será una residencia psiquiátrica? Yo he estado en alguna de ellas.*

Mantis: *No lo llares de ese modo tan considerado. Mi madre está loca, y nunca más volverá a ser como yo la recuerdo. Por eso está encerrada. De un psiquiátrico se puede salir, de un manicomio no. Es como una condena anticipada al infierno. Cada vez que voy a verla cree que soy una persona distinta: a veces me abraza creyendo que soy el fantasma de una hija suya muerta en una guerra; otras, se asusta de mí y se encoge en un rincón, gritándome que no mate al bebé que ella acuna en sus brazos vacíos. Hasta ha llegado a escupirme a la cara y llamarme puta, pensando que me acostaba en su cama con los locos más viejos del manicomio, después de un baile de gala en el que ella era Cenicienta. Siempre vive una historia distinta y violenta, como si sólo recordara pedazos de historias que su locura convierte en pesadillas y horrores insufribles.*

Nebulosa: *Tuviste una hermana.*

Mantis: *No, tengo un hermano mayor que yo, al que no veo desde que se marchó de casa huyendo de*

la locura de mi madre, y del odio a mi padre. Yo también odio a mi padre con toda mi alma. Él es el único culpable de que mi madre se volviera loca. Lo hizo todo para no dejar rastro, pero mi hermano y yo veíamos cómo le daba unas pastillas que le provocaban temblores, delirios y alucinaciones, aunque él decía que eran el medicamento más eficaz para curarle la grave esquizofrenia que padecía. Pero antes de enloquecer del todo, cuando tenía algunos momentos de lucidez, mi madre nos lo contó todo a mi hermano y a mí. Yo tenía 13 años y él 16.

Nebulosa: Si no te encuentras bien no tienes que seguir hablándonos de tu padre. Todas sabemos lo doloroso que es revivir tantos sentimientos contradictorios.

Mantis: No os preocupéis por mí, he esperado este momento mucho tiempo, y quiero que lo sepáis todo, por terrible que sea. Mi padre es un nazi, un auténtico nazi, a pesar de tener sesenta años y no haber vivido la guerra. Lo fue desde pequeño por influencia de mi abuelo, que había sido miembro de las SS, y había conseguido librarse de un pelotón de fusilamiento porque se desmayó en el momento de los disparos y le dieron por muerto.

Cabeza de bruja: Perdona que me ría, pero esto que cuentas de tu abuelo suena a chiste.

Mantis: Esta noche te lo perdono todo, hasta tu risa de bruja.

Manzana P: ¡Dejad que siga, joder!

Mantis: Mi abuelo consiguió refugiarse en casa de unos primos que tenía en Munich, pero mi padre y mi abuela se quedaron en el Este, y no pudieron reunirse con él a causa del Telón de Acero que dividió a las dos Alemanias después de la guerra. Aunque fingía ser comunista en su juventud, la verdad es que mi padre se sentía un soldado nazi que debía seguir luchando por los ideales de Hitler para devolver a Alemania la dignidad que le quitaron. Cuando mi madre le conoció en la Facultad de Psiquiatría era uno de los estudiantes más brillantes y un destacado líder comunista de la universidad. Eso le permitía tener reuniones en su casa de campo sin levantar sospechas de la policía secreta del Partido Comunista. Esas reuniones continuaron después de que mi madre y él se casaran, pero mi padre le prohibió que bajara al sótano de la casa de campo, a pesar de que siempre estaba cerrado con una gran puerta de acero, diciéndole que si lo hacía alguna vez pondría en peligro la vida de toda la familia. Mi madre también nos contó que mi padre pasaba noches enteras con sus amigos en la casa de campo. Una de esas noches, mi madre, cansada de estar sola, fue a la casa de campo a buscar a mi padre para decirle que había decidido separarse de él. Al entrar y no ver a nadie, bajó al sótano y allí encontró a mi padre y a su grupo de amigos vestidos de oficiales de las SS nazis, follando con unas chicas muy jóvenes, disfrazadas como putas de cabaret. Desde entonces, mi madre comenzó a sufrir en silencio las amenazas de mi padre y de sus amigos, hasta que poco a poco fue enfermado de los nervios y acabó completamente loca, sin que nadie creyera su historia. Hasta yo misma he pasado años queriendo convencerme de que todo eran delirios de mi madre a causa de su esquizofrenia. Pero hace unos meses ocurrió algo que me confirmó que todo era cierto. No sé muy bien por qué, pero nunca le he mostrado a mi padre el inmenso odio que siento hacia él. Al contrario, le he obedecido siempre. Un día de primavera en que comí con él en la casa de campo, se me ocurrió disolver en su botella de vino algunas de sus pastillas para dormir. Antes de terminar el primer plato de comida se derrumbó sobre la mesa como si se hubiera muerto. Cogí su llavero y bajé al sótano corriendo tanto como pude. El corazón se me salía del pecho mientras probaba cada una de las llaves en la puerta de acero. Cuando conseguí abrirla, entré temblando en el sótano y busqué a ciegas el interruptor de la luz. Todas las paredes estaban forradas de madera negra, y alrededor de un gran cuadro de Hitler colgaban largas banderas blancas con la cruz gamada y el símbolo de las SS. En el centro del sótano había una larga mesa negra, con la forma de un ataúd hexagonal, que tenía incrustado un círculo de

marfil con unos signos extraños. También había seis sillones alrededor de la mesa, uno en cada lado del hexágono, tapizados en terciopelo negro. Debajo de las banderas blancas había grandes cajas, hechas con la misma madera que forraba las paredes. Al abrir las primeras, descubrí que estaban llenas de armas: pistolas, fusiles, granadas de mano, balas de todo tipo... No sé, un verdadero arsenal que no era de la guerra sino muy reciente. En otras encontré uniformes militares negros, gabardinas de cuero, botas, cinturones, pañuelos de cuello y gorras parecidas a las de las SS, con un diseño moderno. Pero en la caja que estaba situada bajo el cuadro de Hitler había algo más sexual y siniestro. Fue como abrir el baúl de unas prostitutas: sujetadores, braguitas, medias, liguetos, corsés, todos de encaje negro. Debajo de esa porquería descubrí algunas fotos de las orgías de mi padre y sus amigos nazis, con chicas que ni siquiera tendrían 18 años. No sólo había fotografías antiguas, también encontré otras actuales. Aún no entiendo cómo tuve el valor de seguir allí, temiendo a la vez que mi padre despertara y me encontrara en aquella especie de templo nazi, que él había mantenido en secreto durante años, y que había sido la causa de la locura de mi madre.

Seguí buscando en el fondo de la caja y fue entonces cuando toqué algo que me horrorizó. Una a una, fui sacando seis calaveras humanas que, en las cuencas oculares vacías, tenían unos ojos dorados.

SEGUNDA PARTE

DESTRUCCIÓN

El último correo electrónico que Margaritte Clodel había recibido de La Haya contenía información sobre la identidad de otra de las chicas muertas. Se trataba de Evelyn Wicka: treinta años, nacionalidad polaca, nacida en Pruszków, una pequeña ciudad situada al sudoeste de Varsovia. Era la chica que tenía las cicatrices en las muñecas. La investigación inicial de la policía de Polonia aseguraba que había estado en tratamiento por depresión profunda desde su adolescencia, coincidiendo el comienzo de sus síntomas con la muerte de la madre. Vivía con su padre y dos hermanas gemelas, menores que ella, en Cracovia, donde trabajaba de administrativa en una central eléctrica. Era una joven guapa, tímida, solitaria y triste. Recientemente había sufrido diversas crisis ansioso-depresivas, que culminaron hacía unos meses con un episodio frustrado de suicidio. Una de sus hermanas la encontró inconsciente en la bañera de la casa familiar, antes de que se desangrara. Se marchó de casa para vivir sola en un pueblecito cercano a Cracovia, pero no llegó a recoger las llaves de su nueva vivienda.

Como las otras chicas —a excepción de la irlandesa—, Evelyn Wicka no participaba en redes sociales, y la lista de llamadas de su móvil, facilitada a la policía polaca por la compañía Heyah, no contenía ninguna conexión con los teléfonos de las demás.

La agente de Europol introdujo los nuevos datos en su tabla comparativa de Word. Sólo quedaba una chica por identificar: la de los cortes en la espalda, la que ella había definido en el perfil como «torturada».

Al mirar la tabla en la pantalla de su portátil otra vez, cogió una de las fotos aéreas que había hecho Klaus Bauman desde el helicóptero. En ella aparecían perfectamente alineados los cinco cadáveres sobre los cinco sarcófagos. Comprobó que el cuerpo de la chica que aún no había sido identificada ocupaba la posición número tres, justo en el centro, y, además, era el de la chica que parecía mayor que las otras cuatro. Los forenses habían calculado que tendría alrededor de los veintiocho o treinta años.

Ese hecho, el de la posición de cada uno de los sarcófagos y los cuerpos depositados sobre ellos, podía no tener ninguna importancia, pensó Margaritte Clodel, pero en una escenografía en la que cualquier detalle había sido cuidadosamente previsto, incluso la distancia que separaba una tumba de otra, era posible que el orden de los cuerpos no fuese algo simplemente casual, sino que tuviera una específica razón de ser.

Dándole giros a esas ideas mientras observaba las fotos aéreas de los cuerpos de las chicas, la agente de Europol se dio cuenta de algo que le había pasado desapercibido hasta entonces. Sólo era un simple detalle estético, una mera cuestión de equilibrio en el conjunto artístico creado por los autores del crimen, que, de pronto, produjo una distorsión en su mirada, un desajuste visual, o, tal vez, ni siquiera eso.

Si analizaba la foto aérea como un todo único, como una sola composición pictórica que incluía la torre de piedra, la plaza con los cinco sarcófagos mimetizados con ella y el gran estanque de agua, estaba claro que el eje central de las tumbas aparecía visiblemente desplazado a la derecha del eje central de la fachada del monumento a la Batalla de las Naciones, representado por un gigantesco caballero medieval,

ataviado con yelmo, armadura y espada.

Era un detalle que quería comentar con Klaus Bauman sobre el terreno, en la visita que aún tenía pendiente al escenario del crimen. Pero antes debía realizar un sencillo gráfico en su portátil.

La memoria es la certeza de nuestra identidad y, a la vez, el alma de la locura. La línea es demasiado difusa. Todas sufrimos la demencia del horror de nuestros recuerdos. Como Mantis, al evocar los delirios nazis de su padre y la esquizofrenia de su madre; como Nebulosa y su terrible tristeza; como Cabeza de bruja, atrapada en la oscuridad infantil de una maldición de cuento de terror; como Bailarina, en su salto sin paracaídas a los abismos del aborto de su hijo y la trágica traición de su marido; como Manzana P y su mente envenenada por las drogas que aún adormecen el fracaso de su sueño americano; como yo misma, y mi cómplice cobardía ante la perversidad de un «hombre monstruo», que marcó mi espalda con infinitas heridas, para que jamás olvidara que mi vida le pertenecía.

Hay un lugar sombrío en nuestra mente donde la alegría se diluye en el ácido del sufrimiento y convierte en una quimera cualquier posibilidad de esperanza. El presente, entonces, sólo es un camino a ninguna parte, una ensoñación en la que nunca aparece la luz ilusionada del futuro. Si acaso, algunos destellos, algunos brillos de estrellas fugaces, apenas visibles entre las brumas del miedo.

Nuestra locura esconde nuestro secreto.

Es la hora de empezar.

Luna negra: ¡Hola!

Pasan unos minutos y nadie contesta. Caigo en la cuenta de que ocurre algo raro en el chat. Activo el icono de configuración. El sistema de seguridad ha saltado y ha bloqueado las claves de las demás. Temo que piensen que he sido yo la que ha faltado esta noche a la cita, pero no hay ninguna forma de decirles que se ha producido alguna incidencia en el funcionamiento del software de encriptación de nuestras direcciones IP en la Deep Web. Decido salir inmediatamente del chat. Tengo el presentimiento de que alguien más ha intentado acceder a nuestro chat. Son los demonios del infierno virtual.

Pudo haberle mostrado el pósito que había encontrado en el libro de Lessi en la primera ocasión que tuvo de ver a Bruno aquella mañana, después de salir de la clase de iniciación a Erasmus, pero Susana apenas había dormido esa noche y prefirió esperar a encontrarse más descansada y lúcida.

Más tarde, cuando Bruno fue a recogerla al atrio de la universidad para que comieran juntos, Susana se excusó diciéndole que debía asistir a primera hora de la tarde a otra clase introductoria del curso. Prefería repasar en la biblioteca el texto literario que le habían entregado en unos folios impresos, para que realizara una traducción rápida, demostrativa de su nivel de dominio de la lengua alemana. Luego tomaría una ensalada y un sándwich en el comedor de estudiantes.

Bruno le dijo que no se preocupara, que se verían al atardecer si ella quería, pero que no fuese sola de noche, y Susana recordó las palabras que él mismo había pronunciado cuando la acompañó de madrugada a la residencia, después de cenar juntos por primera vez: «Nadie confiará en nadie». El ambiente de tristeza y desconfianza entre los estudiantes de la universidad era palpable en el silencio del vestíbulo y en los pasillos.

Mientras Susana hacía cola en el comedor universitario, no se dio cuenta de que Bruno Weiss la observaba desde la zona de tabloneros de anuncios de eventos para estudiantes, a la vez que leía un póster sobre la fiesta concierto que esa noche se celebraría en Spinnerei. Su nombre, Bruno Weiss, aparecía como líder y batería de *Würmer Band*.

La línea interior del despacho de Klaus Bauman sonó varias veces, pero no cogió el teléfono. Estaba reunido en su despacho con la inspectora Mirtha Hogg.

Su principal colaboradora había realizado discretamente algunas averiguaciones sobre la vida del profesor de música y la mujer serbia a la que le había alquilado un apartamento.

—¿No vas a coger el teléfono? —preguntó Mirtha Hogg, interrumpiendo la explicación que acababa de iniciar.

—Estoy ocupado, ¿no?

—¿Qué tal es?

Ambos sabían de quién hablaban.

—Una mujer inteligente.

—¿Sólo eso?

—¿A qué te refieres?

—Es muy atractiva.

—Hace tiempo que no me fijo en las mujeres, ya lo sabes, y menos aún si son policías —dijo Klaus Bauman. Por su mente cruzó el recuerdo amargo del sufrimiento que le había causado a Ingrid con sus infidelidades. Ahora, su mujer y sus hijas eran lo único que le importaba. Aunque, en realidad, siempre fue su familia lo único que le importó. Lo demás, el trabajo y el sexo, sólo habían sido adicciones de las que se había liberado al fin.

Mirtha Hogg no supo a qué lugar se habían trasladado los pensamientos de su jefe, y continuó hablando de la agente de Europol:

—El comisario está encantado con ella. Desde que estoy aquí, creo que es a la única persona que he visto que le sonrío cuando la mira.

—El jefe está algo viejo.

—Siempre le defiendes —murmuró la inspectora, sin dejar de hacer malabares con el lápiz que tenía entre los dedos. Lo pasaba entre ellos a una velocidad constante, como una veleta movida por el viento.

—No le defiendo, sólo lo excuso. Es como un cocodrilo sin colmillos: puede abrir mucho la boca, pero no puede comerse a su presa.

—Ella también le sonrío a él.

—Te preocupas por nada, Mirtha.

—No te fíes de esa francesa.

La mano de Klaus Bauman sacudió el aire para espantar las palabras de Mirtha Hogg, antes de que se coloran en su mente.

—Por qué no olvidas tus intrigas de *reality show* y me cuentas lo que has averiguado sobre el músico y su inquilina.

Mirtha Hogg volvió a coger de la mesa su bloc de notas. Comenzó por el profesor de música. Por la fecha de su nacimiento podía ser uno de los «hijos del Muro». Padres profesores de universidad, y

químicos de una empresa farmacéutica. Bruno Weiss se había criado con su abuela, la famosa soprano Arleen Lôuch.

—¿Arleen Lôuch?

—Sí, ella educó a Bruno Weiss para que fuese músico desde que era un bebé.

—¡Mi madre admiraba a esa mujer! Siempre que podía, iba a la ópera —exclamó Klaus Bauman, pensativo. Luego añadió—: Sí, ahora recuerdo a un niño prodigio que era su nieto, y que ganaba todos los concursos musicales a los que se presentaba. Yo estudiaba entonces el último curso del instituto. Creo que le llamaban el «pequeño Bach».

—Su carrera en el Conservatorio de Leipzig fue de las más brillantes y meteóricas, su currículum es excepcional. Domina toda clase de instrumentos: chelo, violín, piano, flauta, percusión. Su intención es convertirse en director de orquesta.

—¿No tiene familia?

—Los padres emigraron a Estados Unidos, le dejaron el coche y la casa. Todos los que le conocen le adoran. No tiene novia. Hay quien piensa que es gay, pero sólo son rumores sin confirmar. Además de ser primer chelista de la Orquesta de la Gewandhaus...

Klaus Bauman la interrumpió.

—Ahórrate los detalles de su currículum.

—¿También sabes lo de esta noche?

—¿Esta noche? No, no sé nada. ¿De qué se trata?

—Bruno Weiss toca la batería con su grupo de rock Würmer Band en una fiesta concierto en Spinnerei. Según he leído en alguna entrevista, la música clásica es su pasión y el rock, su hobby. He pensado ir al concierto esta noche, parece un tipo interesante.

—No es mala idea. Échale un vistazo a la gente con la que se reúne allí... —Klaus Bauman se quedó en silencio un instante, y cambió de opinión—: O mejor, déjalo, iré yo.

—Con Margeritte Clodel.

—Sí, es parte de mi trabajo, yo soy el jefe de homicidios, ¿recuerdas?

—Tengo buena memoria.

—Entonces ocúpate de seguir investigando el asunto de los pintores urbanos y del *body paint*, hemos avanzado poco en ese aspecto y necesito tu informe lo antes posible.

—Pero...

—Es una orden —dijo el inspector con sequedad.

—Tú mandas y yo obedezco.

—No empieces otra vez.

—Soy muy sumisa, lo sabes, ¿verdad?

—Ése es un tema que ya está olvidado. ¿Has encontrado alguna mancha en la vida de Bruno Weiss, algo que pueda esconder? —preguntó Klaus Bauman, bloqueando en su mente los recuerdos de la última noche que pasó con Mirtha Hogg.

—Nada, no toma drogas y sólo bebe Coca-Cola. El contrato de alquiler del apartamento lo registra cada año con los nuevos estudiantes, sobre todo Erasmus, y paga los impuestos por las rentas. El último está a nombre de Lessi Milovac, la chica serbia de la que él te habló, y de una pareja de estudiantes italianos. He investigado en los expedientes de la universidad. En el de Lessi Milovac había una fotocopia de su pasaporte, pero la fotografía de su cara es sólo una mancha de tinta negra irreconocible —dijo a la vez que abría una carpeta y sacaba un par de documentos que entregó a Klaus Bauman—. No es una estudiante. Está licenciada por la Universidad de Belgrado en lenguas eslavas y trabaja por internet para una editorial de la capital serbia. Durante el curso académico iba a impartir varios

seminarios como colaboradora de la Facultad de Letras sobre escritores de los países del Este, antes de la caída del Muro de Berlín. También formaba parte del Programa Buddy de Erasmus. Había sido designada mentora de una chica española, estudiante de traducción e interpretación, llamada Susana Olmos. En la universidad no saben nada más sobre ella, y nunca los avisó de que pensaba marcharse a Serbia por asuntos familiares, días antes del comienzo del curso, como te dijo el profesor de música. La empresa de telefonía nos ha informado de que apenas hacía llamadas con su móvil, siempre con tarjeta de prepago. Las comunicaciones entrantes o salientes más frecuentes las tenía con Bruno Weiss. Al parecer, eran muy amigos.

—¿Has hablado con la pareja de estudiantes italianos?

—Pensé que, de momento, no era conveniente que supieran que estaba investigando a su casero y a Lessi Milovac.

—¿Algo más?

Mirtha Hogg miró los apuntes de su bloc de notas y tardó unos segundos en responder.

—No, nada, por ahora. Tal vez Margaritte Clodel y tú podáis descubrir algo más interesante esta noche —dijo con una marcada doble intención—. Pero no bebas demasiada cerveza con la francesa: te despertará los sentidos olvidados.

El detector de intrusos es una buena herramienta del programa de encriptación de claves de acceso al chat. La nueva configuración en el navegador TOR me ha exigido cambiar la contraseña para volver a activarlo con más seguridad. Aun así, estoy preocupada. No sé quién ha estado curioseando en mi página de la Deep Web ni cómo ha podido encontrarla. No está en ningún buscador y la dirección IP del servidor es tan indescifrable como la de mi portátil. En la Deep Web nadie sabe quién es quién. He analizado las posibles causas de activación del detector de intrusos del chat y sólo se me ocurren tres: la primera podría ser un fallo de programación; la segunda, un ataque frustrado de algún hacker en busca de carne humana que llevarse a la boca —ésta es la más probable—, y la tercera, una ciberredada de Europol, el FBI o el Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos.

Esta última causa me parece la más improbable, a menos que alguna de las chicas de las cloacas se haya ido de la lengua y me haya acusado ante la policía de Serbia, o la de su país, de ser la asesina de Milos Utka. Sus agentes invisibles de la internet profunda podrían estar intentando localizar mi madriguera para encarcelarme y juzgarme. A veces tengo pesadillas, en las que veo que me buscan con perros de presa que me destrozan sin piedad.

El fallo en la programación de la web en TOR tampoco me convence como explicación. TOR es un navegador totalmente fiable... Bueno, fiable dentro de los límites de la encriptación.

Así que la posibilidad de que sean los demonios virtuales quienes han intentado entrar en el chat es la más convincente, teniendo en cuenta que somos seis chicas indefensas dentro del infierno.

A las doce de la noche vuelvo a abrir las puertas del chat con mi nueva clave.

Luna negra: *Hola. Ayer hubo un fallo de programación en mi ordenador portátil que no pude resolver a tiempo. Tampoco me fue posible informaros de ello. Espero que todo funcione ahora correctamente. Si es así, podéis empezar a escribir.*

Cabeza de bruja: *No te preocupes, nada es perfecto. La tecnología tampoco.*

Nebulosa: *Os eché de menos a todas, de verdad. Ya sois algo importante en mi vida. Me alegro de estar aquí de nuevo.*

Cabeza de bruja: *Temía que se hubiera deshecho el hechizo de «Las chicas de las cloacas». Mis conjuros para que volviéramos a encontrarnos en el chat han funcionado, jejejeje.*

Mantis: *Lo que pasó ayer no me gusta. Sé que Luna negra no tiene la culpa de nada, pero algo no va bien.*

Bailarina: *Pienso lo mismo que Mantis, el fallo de anoche es un aviso de que no tenemos mucho tiempo. En cualquier momento podríamos quedarnos incomunicadas y todas volveríamos a estar tan solas como al principio. Dependemos de este chat y de internet para seguir juntas.*

Manzana P: *Sinceramente, yo no esperé anoche a que Luna negra iniciara la sesión en la web. Ni siquiera sabía que no funcionaba el chat. Antes de las doce me fui a colocarme con unos amigos.*

Creo que en algún momento entre ayer y hoy perdí el conocimiento. No recuerdo lo que hice. Sólo sé que me he despertado hace un rato en el suelo del cuarto de baño, y he encontrado en mi cama a un tío que no conocía. Acabo de echarlo a la calle. ¡Necesito acabar con esta puta mierda cuanto antes!

Cabeza de bruja: ¡Uf! Pues si no hubiera fallado el chat, a estas horas ya no serías una chica de las cloacas. Hay coincidencias que son mágicas.

Nebulosa: O son un aviso para todas, como ha dicho Bailarina. No creo en los malos presagios, pero tengo el mismo presentimiento que Mantis: algo me da miedo, y no sé lo que es.

No diré nada sobre el intruso detectado por el sistema de seguridad del chat, pero todas tienen razón. Tengo que tomar una decisión, antes de que sea demasiado tarde.

Luna negra: Estoy de acuerdo. Creo que ha llegado el momento de pasar a otra fase de mi proyecto.

Cabeza de bruja: Esto se mueve. Me gusta, jejeje.

Bailarina: ¿Qué propones?

Luna negra: Organizar un encuentro en algún lugar al que todas podamos ir para conocernos personalmente.

Mantis: Por mí perfecto.

Cabeza de bruja: Cogeré mi escoba voladora en cuanto digáis, jejeje.

Nebulosa: El problema es dónde quedamos.

Bailarina: Antes tendremos que saber dónde estamos cada una, y buscar un lugar intermedio.

Manzana P: Yo no tengo dinero para ir muy lejos.

Luna negra: Intentaremos solucionar eso. Empieza tú diciéndonos dónde estás, y seguimos las demás con las ciudades desde las que podríamos viajar. En función de las distancias, decidiremos.

Apenas pasa un minuto de silencio. Hasta ahora ninguna sabíamos nada que permitiera localizarnos unas a otras en una ciudad concreta. Sólo sabíamos que todas vivíamos en Europa, había sido una de las condiciones para participar en el chat y en mi proyecto.

Manzana P: Amsterdam.

Cabeza de bruja: Aunque nos separe el mar, no estamos demasiado lejos en avión. Yo podría salir desde Dublín. Ya he viajado antes a Amsterdam. Fumé un hachís alucinante, jejeje.

Nebulosa: Nunca he salido de Polonia, yo tendría que ir desde Cracovia.

Bailarina: Upsala, en Suecia. No me da miedo volar, ya lo sabéis.

Mantis: Berlín. Hay trenes hasta Amsterdam.

Luna negra: Leipzig.

Las preguntas saltan al instante en la pantalla.

Manzana P: Las dos estáis en Alemania, ¿no?

Nebulosa: ¿Os conocéis?

Luna negra: Si os parece hablaremos de eso personalmente cuando nos veamos. La hora del chat va a terminar en unos segundos.

Bailarina: ¡No, no me parece bien esperar! ¡Tenéis que responder ahora mismo!

Luna negra: Sí, Mantis y yo nos conocemos.

Al atardecer, Susana regresó a casa paseando. Dio un gran rodeo desde la universidad hasta Gottschedstraße. Primero caminó hacia el sur y hacia el oeste, donde estaba el Ayuntamiento. Luego volvió hacia el norte para conocer otras zonas del centro de la ciudad, entre ellas la catedral. Había estado documentándose sobre la importancia de la música en Leipzig, que Bruno tanto le había destacado, y quería sorprenderlo con su nuevo conocimiento de los clásicos que habían nacido o vivido en la ciudad: Wagner, Mendelssohn, Schumann, pero sobre todo Bach, que fue director del coro de la iglesia de Santo Tomás, y su tumba podía verse en el suelo de la nave central.

El cielo estaba casi despejado y no hacía frío, aunque una brisa húmeda soplaba desde el río y le rozaba la cara con la suavidad de una caricia. Una tarde perfecta para pasear sola entre gente desconocida. Susana se sentía libre de cualquier intromisión en su existencia, y no estaba dispuesta a someterse a ninguna otra voluntad que no fuera la suya. Ni siquiera a la de Bruno Weiss, del que creía que había empezado a enamorarse, a pesar de sus dudas.

Entró en el apartamento, cerró la puerta, avanzó por el pasillo y pasó junto al salón. Sentado ante el piano de pared estaba Bruno Weiss. Susana se sobresaltó al verlo.

—Has tardado mucho en volver —dijo él.

—No sabía que estuvieras esperándome.

Bruno empezó a interpretar una melodía en el piano. Las notas vibraron en el aire, tenues al principio, con vehemencia después. Susana se acercó y se quedó a su lado.

—¿La has compuesto tú?

—La estoy creando ahora para ti.

—Es preciosa, muy dulce.

—Tú me inspiras ternura.

—¿Como Lessi?

—Sí.

Bruno siguió tocando con una mano y con la otra cogió la de Susana. Se hizo a un lado de la banqueta y le indicó que se sentara junto a él. Sus dedos se movían por el teclado sin apenas rozarlo, mientras el corazón de Susana le golpeaba dentro del pecho como si marcara el tempo de la melodía. Una parte de ella quería huir, marcharse de allí. La otra temblaba excitada.

La cabeza de Bruno se acercó a la de Susana y su boca le rozó la mejilla. Ella giró el cuello y dejó que sus labios se encontraran. Luego, se puso bruscamente en pie.

—¡No... espera! —exclamó.

—Pensé que lo deseabas.

—Y lo deseo, pero antes tengo que enseñarte algo.

Susana cogió a Bruno de la mano y lo llevó a su habitación. Abrió la puerta corredera del gabinete, fue hacia la estantería de la biblioteca y cogió uno de los libros de Lessi. Luego, con manos temblorosas, se lo entregó a Bruno.

—¿Qué quieres que haga con este libro?

—Ábrelo por el punto de lectura amarillo.

Bruno pasó algunas páginas hasta que se detuvo en el pòsit.

—Lee esa nota en voz alta, por favor —le pidió Susana.

—«Las chicas de las cloacas» —pronunció él con lentitud.

—¿Es la letra de Lessi?

—Sí, creo que es suya. Pero ¿qué te ocurre?, estás temblando.

Susana fingió tener seguridad en su voz.

—A las cinco chicas que encontró la policía las llaman algunos periodistas «Las chicas de la necrópolis del sexo», «Las chicas Playboy» o «Las bellas chicas durmientes», ¿no lo has escuchado en la televisión?

—Veo muy poco la tele, pero ¿qué tiene que ver eso con Lessi o con nosotros?

—Lessi dibujó también una calavera. Esas chicas están muertas, ¿no lo comprendes? Ella podía saber que esas chicas iban a morir antes de marcharse de este apartamento.

Bruno dejó el libro sobre la mesa de estudio, se acercó a Susana y la abrazó.

—¿Por eso estás tan asustada? No tienes nada que temer, sólo es una casualidad.

—¿Y también es casualidad que Lessi se marchara días antes de que esas cinco chicas aparecieran muertas?

—¡Pues claro que es algo casual! Esas cosas pasan. Son simples coincidencias. La gente viene a Leipzig y al poco tiempo decide marcharse por mil motivos diferentes. Anoche estuve por Karli en la despedida de una amiga griega que volaba hoy a Brasil para colaborar unos meses con una ONG. Además, Lessi estaba escribiendo una obra de teatro, y esa nota podía ser el título... o alguna idea lúgubre que le rondara en la cabeza, por eso dibujaría esa calavera. No hay nada más.

Bruno volvió a acercar su boca a la de Susana. Los dos cerraron los ojos y dejaron que sus labios se abrieran, y que sus lenguas comenzaran a lamerse una a otra con el jadeante impulso de cada beso.

Se desnudaron mientras permanecían de pie sin dejar de acariciarse. Bruno levantó a Susana y la sentó sobre la mesa. Su boca le mordisqueaba las orejas, el cuello, descendía hasta los pechos, se elevaba hasta los labios de ella, resbalaba de nuevo por los hombros, chupaba los pezones, se detenía en el ombligo y concluía atrapando el clítoris, mientras sus manos recorrían cada milímetro del cuerpo de Susana como si interpretara un adagio enloquecedor con sus dedos. Un instrumento de piel humana con el que Susana podía escuchar todos los sonidos del placer que aún desconocía.

Bruno le separó las piernas y entró en Susana. Sus gemidos se confundieron entre el ritmo creciente de sus convulsos movimientos. Un torrente cálido invadió las entrañas de Susana, mientras su cuerpo se contraía y se expandía hasta alcanzar un clímax que llegó a parecerle eterno.

Mientras ella se duchaba, Bruno repasó los otros libros que Lessi había dejado en la estantería de la biblioteca. No encontró nada más. Cogió su móvil y escribió un mensaje en WhatsApp:

*Susana ha descubierto una nota de Lessi
sobre «Las chicas de las cloacas»*

Después de acompañar a los padres de Ivet Ledoux y de Kristel Olsen al Instituto Forense, Margaritte Clodel estaba desolada. Aún podía escuchar el llanto inconsolable, sin lágrimas en los ojos, de las dos mujeres y los dos hombres que habían perdido a sus hijas para siempre en una ciudad lejana y desconocida, sin saber por qué. Una vez más, la agente de Europol vio en la mirada perdida de los familiares de las chicas el horror de la muerte sin sentido, de la muerte inexplicable que había visto tantas veces, pero que seguía oprimiéndole el pecho con la intensidad de una tortura, hasta el momento en que eran detenidos los autores del crimen, y podía mirar sus caras de brutal ingenuidad tras los barrotes de una celda.

Además de la asimetría de los cinco cadáveres respecto del eje central de la fachada del monumento a la Batalla de las Naciones, había varios asuntos importantes de los que la agente de Europol deseaba hablar con Klaus Bauman. Le había pasado por correo electrónico la información que ella recibió de La Haya sobre la chica polaca identificada como Evelyn Wicka, pero los otros temas eran más delicados. Pensó que sería más apropiado comentarlos personalmente con él.

Sobre el arcén de la carretera había una señal de obras a dos kilómetros. Desde el interior del vehículo policial, Klaus Bauman pudo distinguir las luces de emergencia de unos camiones de mantenimiento que anulaban el carril derecho. Delante se acumulaban los coches de una caravana, que se alargaba en dirección sur.

—¿A qué te dedicabas antes de ser analista de Europol? —preguntó Klaus Bauman, pensando que aún tardarían tiempo hasta dejar atrás el atasco de la carretera.

Margaritte Clodel lo miró de reojo.

—Era inspectora del Grupo de Delincuencia Organizada de la Gendarmería de Lyon, pero lo dejé un tiempo para preparar mi ingreso en la policía europea. Ocurrió algo durante una operación de liberación de rehenes en un hotel que me hizo sentir el cañón de un arma pegado a mi cabeza, y la muerte demasiado cerca para olvidarme de ella desde entonces.

—¿Qué pasó? —preguntó Klaus Bauman.

—Uno de los atracadores de una convención de joyeros, al que yo había detenido cuando intentaba escapar con los diamantes robados por una ventana trasera del hotel, consiguió arrebatarme la pistola después de un breve forcejeo, y me tomó a mí como rehén. Era un peligroso delincuente que, durante el atraco, ya había matado a la directora de un banco y a un joyero que participaban en la convención. Si salí con vida de aquella experiencia fue porque un francotirador de operaciones especiales acertó en su único disparo, y la bala de su rifle de precisión atravesó de lado a lado el cráneo del atracador sin salpicar una sola gota de sangre, antes de que terminara de apretar el gatillo de la pistola que apuntaba a mi nuca. Cayó al suelo como un muñeco de trapo, y el agujero de su cabeza comenzó a borbotear un líquido espeso y oscuro, que yo contemplé horrorizada ante mis pies. Fue duro pasar ese momento. Creo que aún no lo he superado.

Klaus Bauman decidió no profundizar en esa historia. Miró a la agente de Europol y sonrió de un modo

más dramático que irónico. La caravana comenzó a avanzar lentamente.

—Haces que me sienta a tu lado como un muchacho desvalido. Te veo muy segura de ti misma.

—Sólo es una coraza.

—Me pregunto si las chicas muertas también lo serían.

—¿Serían qué?

—Unas chicas desvalidas —dijo Klaus Bauman.

—Algo las unía, algo más que sus dramas personales.

—Aún no hemos conseguido ningún dato de sus comunicaciones.

—Los informes de las policías de cada país que he recibido de La Haya esta mañana aseguran que no se han encontrado móviles ni ordenadores portátiles de las chicas en sus domicilios, ni siquiera en el de la irlandesa —dijo la agente de Europol.

—Si cada una vivía en una ciudad europea distinta, de algún modo tuvieron que contactar entre ellas, o con alguien más, para reunirse las cinco en Leipzig.

—La cuestión es cómo lo hicieron —comentó Margaritte Clodel—. Espero que el examen de las conexiones a internet desde sus números de móvil y desde las líneas telefónicas de sus domicilios nos aporte algún dato fiable.

—Aún es pronto para poder analizar toda la información que estamos recabando. No deberías angustiarte. Estoy seguro de que los cogeremos —apostilló el inspector.

Las palabras tranquilizadoras de Klaus Bauman animaron a Margaritte Clodel a preguntarle algo para lo que había estado esperando el momento oportuno. Sin duda, ese momento acababa de llegar. En su opinión, la seguridad que el inspector expresaba en la resolución del caso no sólo era ambigua sino inconsistente. Los avances en la investigación eran lentos, y ni siquiera permitían establecer un perfil hipotético de los autores del crimen, más allá de la teoría conspirativa que Gustav Lastoon iba desvelando a medida que se producía un hecho nuevo en las pesquisas policiales, al que él no tardaba en encontrarle una explicación que encajara con coherencia en su relato de los misteriosos Guardianes de la Muerte. Sin embargo, la agente de Europol no comprendía por qué un policía de homicidios tan experimentado como Klaus Bauman parecía estar más concentrado en perseguir viejos fantasmas nazis que en buscar a los verdaderos asesinos de las chicas, entre los que ni ella ni el comisario Clemens Eisenbag descartaban al guía de turismo fúnebre.

Para abordar ese delicado asunto, la agente de Europol aprovechó que Klaus Bauman volvía a disminuir la velocidad del coche ante la proximidad de un operario de obras de la carretera, que hacía indicaciones a los conductores para que cambiaran de carril con una señal de tráfico en las manos.

—No sé qué piensas realmente sobre Gustav Lastoon.

La cabeza del inspector se volvió con lentitud hacia ella. Luego miró hacia el coche que le precedía sin decir nada. Permanecieron en silencio durante unos minutos. Margaritte Clodel supuso que el inspector estaba elaborando mentalmente su argumentación y no quiso interrumpirlo.

—Hasta ahora es la única persona que ha dado una explicación razonable a todo lo sucedido —dijo Klaus Bauman.

—Eso debería inquietarte. Todo lo que él te ha contado es perfecto. Pero ¿por qué sólo habla sobre su versión del crimen después de que se le muestren las pruebas?

—Quizá porque no es adivino.

—O porque es demasiado inteligente —matizó Margaritte Clodel.

—Al menos sabe de lo que habla.

—Sólo te ha hablado del motero Fly, y de los Guardianes de la Muerte. Si realmente han sido ellos los que mataron a las cinco chicas, no tiene sentido que dejen el rastro de sus símbolos secretos, y después lo

llamen precisamente a él para que encuentre los cadáveres, cuando es el único que podría interpretar la escena del crimen como un ritual esotérico de origen nazi.

De nuevo, el silencio los envolvió como una niebla.

—Ya he pensado en eso. Sólo quiero saber hasta dónde llega su capacidad para crear una versión sin fisuras de lo ocurrido con las chicas, y quién forzó su presencia en el lugar del crimen. Si se equivoca, lo detendremos y punto.

—Gustav Lastoon se ha equivocado desde el principio. Está olvidando un detalle, al que tú tampoco le has dado importancia.

—Dime qué he vuelto a hacer mal —murmuró el inspector Bauman en tono displicente.

—En esa sociedad secreta nazi de la que habla Gustav Lastoon no hay lugar para una mujer. Las mujeres para Hitler y sus generales sólo eran esposas que debían dedicar su tiempo a cuidar del marido y a tener muchos hijos con los que fortalecer y purificar la raza aria.

—¿También vas a darme lecciones de historia alemana?

—Tenemos el ADN de la uña pintada de una mujer. ¿Eso no te dice nada?

El inspector negó levemente con la cabeza.

—Podría ser de la artista que pintó los sarcófagos, la lencería y las heridas con las dagas clavadas en las espaldas de las chicas.

—Pero los nazis no hubieran convertido la escena del crimen ni a las chicas en una obra de arte. Es una posibilidad absurda. Si de verdad se tratara de un ritual sagrado como ofrenda a los dioses nazis, las habrían matado clavándoles las dagas verdaderas en la espalda, en vez de crear la pantomima de pintarlas en tres dimensiones.

—Si es como tú crees, no tardaremos en saberlo.

—¿Y si entonces fuera demasiado tarde? Tal vez esté intentando ganar tiempo para huir, o pretenda distraer nuestra atención con sus fantasías para que no veamos la cruda realidad de esas muertes. ¿Has olvidado el incidente con su sobrina? ¿Y su obsesión por el ocultismo? Me dijiste que Gustav Lastoon admitió que, en su juventud, él y sus amigos se creían nigromantes. De la nigromancia a la necrofilia sólo hay un paso. Pero tanto en una forma de oscurantismo como en otra está presente la muerte. La muerte, Klaus, la misma muerte que él enseña a sus clientes en los cementerios, adornada por las esculturas de las tumbas.

La voz del inspector adquirió una tonalidad seca.

—¿Por eso le hiciste las preguntas que yo no le había hecho sobre sus clientes poderosos y necrófilos?

—Tú no pensaste que el propio guía turístico pudiera haber ideado la escena del crimen.

—Y tú le acusaste directamente de cinco asesinatos sin concederle el derecho a estar asistido por un abogado. ¿Así funcionáis en Europol?

La expresión de Margeritte Clodel se transformó en un destello de contrariedad.

—¡Yo no le acusé de nada! ¡Me limité a plantearle una hipótesis! ¡No tenía que responderme si no quería!

—Eso es precisamente lo que me hace pensar que no miente. Jamás ha dudado en responder a todas mis preguntas.

—Si sabe todo sobre lo que vamos descubriendo es simplemente porque conoce con todo detalle lo que pasó con esas chicas. Y él, con la ayuda de otros, imaginó esa escenografía para satisfacer los deseos sexuales de sus clientes pervertidos. Hasta apostaría que no tenía intención de matar a las chicas sino de drogarlas para que parecieran muertas, pero la dosis se le fue de las manos.

—No hubo sexo con las chicas, está en el informe de los forenses.

—Unos necrófilos pervertidos se excitarían con la simple contemplación de un cadáver dentro de un

sarcófago. Y lo harían aún más ante cinco cuerpos sin vida, y tan jóvenes y sensuales como los de las chicas.

—¿Y quién contactó con ellas?

—El propio Gustav Lastoon a través de la chica irlandesa que le llamó al móvil, y a la que pudo haber conocido en el Festival Gótico de Leipzig hace dos años.

—Él niega haberla visto nunca.

—¿Y no te parece extraño que intentara dirigir las sospechas de un posible tráfico de chicas hacia un antiguo compañero de colegio al que llaman Fly, que ahora es un hombre de negocios en Moscú y San Petersburgo, del que la policía rusa nos niega cualquier información por encontrarse fuera del territorio de la Unión Europea? Vamos, Klaus, abre los ojos de una vez. El escenario del crimen no está reproduciendo un ritual nazi, sino que es una creación ambiental perfecta para una perversa orgía de necrófilos.

La mente de Klaus Bauman huyó de la realidad unos segundos.

—No discuto que puedas tener parte de razón. Y supongo que, según tu planteamiento, la tatuadora Bright Coleman es la artista que pintó la escena.

—Sólo digo que podría serlo. Si Gustav Lastoon te dio su nombre fue para que no sospecharas de ella, siguiendo la misma estrategia de anticipación. Además, hay otra cosa que no veo clara.

—Dijiste que no tendríamos información reservada entre nosotros.

—Quizá sólo sea una idea estúpida, pero quiero saber lo que opinas tú. Te lo explicaré con detalle cuando llegemos al monumento a la Batalla de las Naciones.

El coche cruzó la zona de aparcamiento y se detuvo delante del acceso al estanque. Había mucha gente visitando el monumento antes del atardecer. La puesta de sol vista desde la torre era espectacular, y el cielo por el sudoeste estaba cubierto por nubes alargadas que se teñían de colores prodigiosos con la luz crepuscular.

Pasar desapercibidos entre los visitantes no era difícil. Nadie hubiera jurado que el hombre y la mujer que caminaban hacia la torre, mirando a todos lados, eran policías que investigaban la muerte de las cinco chicas que habían aparecido muertas en ese lugar hacía sólo unos días.

Margaritte Clodel llevaba una mochila colgada a la espalda. Cuando llegaron frente a la torre, Klaus Bauman le habló de la derrota de Napoleón en 1813 y de la historia arquitectónica del monumento, que ella escuchó con un interés de aprendiz.

Frente a su posición, sobresaliendo del muro frontal de la torre, se alzaba la inmensa escultura del caballero medieval que presidía una estrecha y pequeña entrada, comparada con las dimensiones del monumento.

—Según las crónicas de la ciudad, esa estatua representa al arcángel Miguel, aunque no estoy muy seguro de que realmente sea así. Algunas leyendas aseguran que es el dios de la guerra de los alemanes.

La mirada absorta de Margaritte Clodel se elevó hacia la cabeza de piedra del guerrero.

—Vi fotos de este sitio en internet cuando recibí en La Haya la información que nos remitió el comisario a Europol, pero no imaginaba que fuese tan sobrecogedor estar aquí delante, pisando el mismo lugar en el que aparecieron los sarcófagos pintados y las chicas muertas.

—Lo que más me impresionó aquella madrugada fue que parecían tumbas reales, y que ellas sólo dormían en su interior.

Para comprender las emociones de las que el inspector Bauman le hablaba sobre la escena del crimen, Margaritte Clodel miró a su alrededor, respiró hondo y cerró durante unos segundos los ojos. Luego los abrió de nuevo y dijo:

—Según mi teoría, las chicas pudieron llegar vivas y vestidas hasta el monumento, y se desnudaron en

este mismo lugar, antes de que llegaran los clientes necrófilos de Gustav Lastoon. Incluso es posible que vinieran en esa furgoneta grabada por las videocámaras, acompañadas por él.

Al escuchar esto, Klaus Bauman sintió que le habían golpeado en la cara con un puño de acero. Esa posibilidad no la había considerado él, y ahora que escuchaba la teoría de la agente de Europol le pareció tan obvia y creíble que explicaría que los cadáveres no hubieran sido trasladados hasta allí desde ningún otro lugar.

—¿Qué te hace pensar en algo tan insólito? —se limitó a preguntar, recordando que esa palabra fue la empleada por el comisario la madrugada en que lo llamó para que fuese en helicóptero hasta la escena del crimen.

La agente de Europol tardó unos segundos en responder.

—Murieron aquí —dijo—, sobre las esteras con los sarcófagos pintados, porque era en este entorno funerario, recreado previamente por Gustav Lastoon y su amiga artista, donde sus clientes necrófilos deseaban disfrutar de su perversión, a una hora de la madrugada en que nadie los molestaría. Luego resultó que la droga que les suministró a las chicas las mató, y se inventó toda la historia de la sociedad secreta de los Guardianes de la Muerte para crear la apariencia de un antiguo ritual nazi que justificara una escena del crimen tan bella. Además, la llamada que tenía en su móvil de la chica irlandesa le daba la oportunidad de justificar que había quedado con ella para realizar una visita al cementerio de Südfriedhof al amanecer, de manera que ése fuese el motivo creíble por el que él encontró los cadáveres. Sólo tenía que sentirse víctima de alguna conspiración esotérica, que él mismo iría desvelando a la policía dosificadamente, en la medida que lo necesitara para sostener su inocencia.

Los ojos de Klaus Bauman se clavaron en los de ella.

—Será mejor que entremos en la torre antes de que anochezca —dijo, aturdido por la sencillez y la verosimilitud con que la agente de Europol había explicado su análisis de lo sucedido con las chicas.

En el interior de la torre, Margarithte Clodel guardó en su bolso el tíquet que Klaus le entregó. Habían decidido entrar como turistas y no identificarse como policías.

Pasaron varias puertas de cristal situadas entre gruesas columnas y subieron el primer tramo de escalera de la torre, hasta llegar a la cripta: una gran sala circular, a pesar de la forma cuadrada del exterior de la torre. La agente de Europol pensó en la cuadratura del círculo y el probable origen masónico del monumento. Confirmó su opinión al observar las estatuas de los caballeros medievales, situados de pie y agrupados de dos en dos, que tenían los brazos cruzados ante el pecho y las cabezas levemente reclinadas hacia delante en actitud de respetuoso silencio o profunda meditación. Sin duda, era un monumento funerario en el que se presentía la celebración de antiguos ritos esotéricos o ceremonias paganas durante el tiempo de su construcción en la primera década del siglo xx. La sala no estaba cubierta, sino que se abría en un nuevo espacio circular hasta la cúpula de la torre, situada a una altura abismal. Desde donde estaba podía ver en la planta superior otras cuatro estatuas de unos colosos que parecían dioses, sentados junto a grandes vidrieras circulares. Para llegar al mirador de la cúpula, aún tuvieron que ascender por una estrecha escalera de caracol que Margarithte Clodel subió angustiada. Al salir a la terraza exterior, el aire frío la reconfortó. Allí, en lo más alto del monumento, no quedaba ningún visitante.

—He contado más de trescientos escalones —dijo con la respiración entrecortada, antes de mirar las lejanas vistas de Leipzig y de las llanuras boscosas que rodeaban la ciudad.

Klaus Bauman se había acercado al muro abierto de la torre.

—Ven, asómate. Desde aquí podrás hacerte una idea de la imagen de los cadáveres que yo contemplé desde el helicóptero.

—Puedo verlo —confirmó ella.

Luego, Margeritte Clodel sacó de la mochila su iPad, lo encendió y buscó con la mirada el eje central imaginario de la fachada, en la que estaba la gigantesca escultura del caballero medieval, ante la que fueron encontrados los sarcófagos pintados y los cadáveres de las chicas.

Le pidió a Klaus Bauman que se colocara a su lado y alzó el iPad como si fueran un par de turistas grabando un vídeo. Buscó en la pantalla las ampliaciones de varias fotos aéreas que el inspector había realizado desde el helicóptero y, sacando sus brazos al vacío, colocó la pantalla superponiendo la imagen.

—Ahora quiero que seas tú quien imagine esto.

Klaus Bauman pasó las distintas fotos, mirando alternativamente a la pantalla y a la entrada del monumento que tenía a unos cien metros debajo de él.

—¿Por qué no me dices lo que debería ver y no veo?

—La asimetría —respondió ella.

—¿Y qué cojones significa eso? —exclamó ofuscado. Aún se repetía en su mente la teoría de la orgía necrófila que Margeritte Clodel le había explicado en el coche.

—La creación de la escenografía del crimen no es de una sociedad secreta de neonazis. Es la obra de un gran artista, que quería mostrar su genialidad creativa desde un todo funerario monumental, en el que se integraban los sarcófagos con las chicas muertas entre el estanque de agua y la torre, con una exactitud casi milimétrica. La distribución de cada elemento de su creación fúnebre es una mezcla de materiales arquitectónicos y humanos perfecta. Un cuadro necrófilo único.

A continuación, Margeritte Clodel buscó en la pantalla del iPad el gráfico que había dibujado en su despacho, y que tanto la había obsesionado.

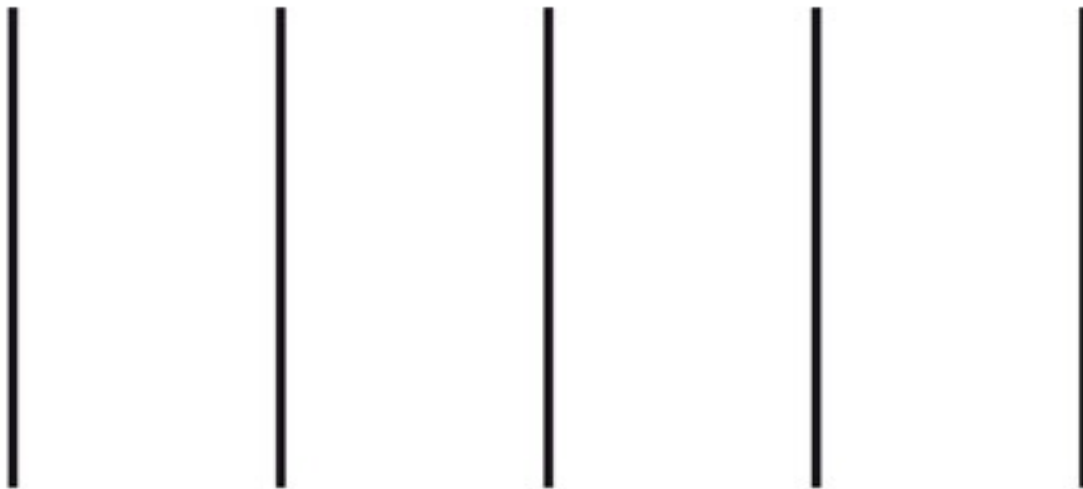
—¿Y esto? ¿Te ayuda a ver mejor la asimetría de la que te hablo?

La curiosidad de Klaus Bauman se desvaneció mientras leía las palabras que separaban las líneas verticales del gráfico.

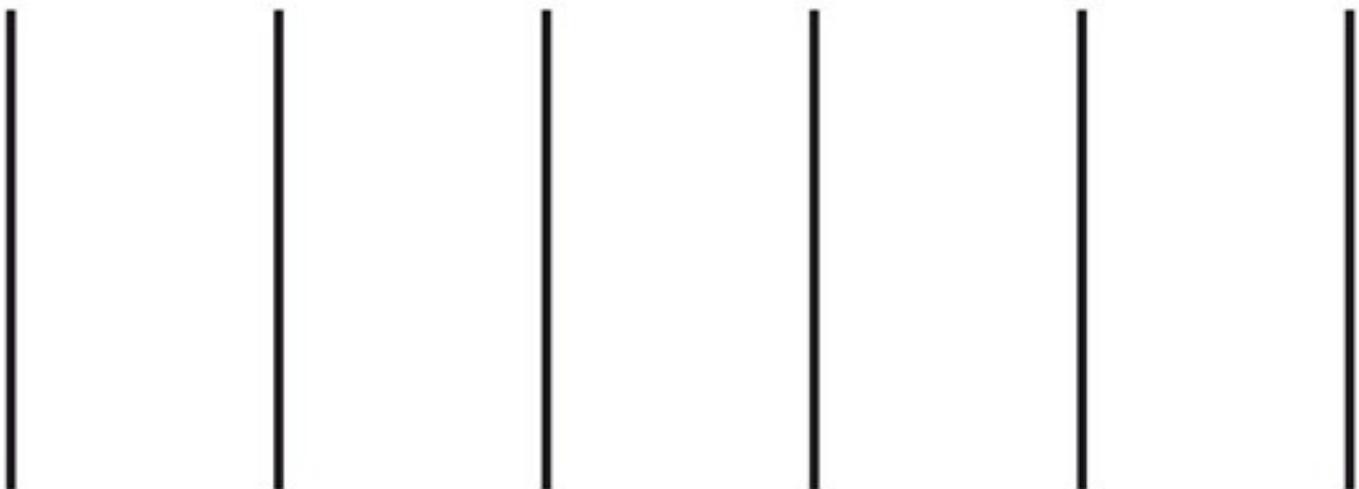
Eje central de la fachada del monumento



Asimetría de la posición real de los cinco cadáveres



Simetría correcta de la posición de seis cadáveres



—Parece una prueba de test de inteligencia —soltó sin pensarlo.

—Es algo más simple.

Klaus Bauman apartó la vista de la pantalla del iPad y miró fijamente a la agente de Europol.

—¡Oh, vamos, Margaritte! —exclamó moviendo los brazos—. ¡Esto es absurdo! ¡Es un simple desajuste visual! ¿Cómo puedes pensar que debía haber otra chica muerta? ¡No tienes ningún indicio, nada que justifique esa teoría!

—Por ahora no es más que una hipótesis, lo admito. Pero la asimetría de la escena del crimen me hace pensar en la posibilidad de que hubiera seis chicas, en lugar de cinco.

—¿Y qué demonios ocurrió con la chica que falta?

—No lo sé... Podría ser que no muriera por efecto de las drogas como las otras cinco, y que Gustav Lastoon o alguno de sus clientes necrófilos se la llevara de aquí, antes de llamar al 112. Sólo tenían que recoger la estera con el sarcófago pintado y meterla junto a la chica en la misma furgoneta blanca en la que todas llegaron. Hasta podría estar viva —concluyó con seguridad.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

—Sí, y creo que tendremos que empezar a buscar en alguna parte a esa sexta chica.

—¡No podemos buscar a un fantasma!

Este momento tenía que llegar. Mantis y yo lo sabíamos desde el principio. No podíamos mentir cuando nos preguntaran. Ella y yo nos conocíamos. Todas esperan que volvamos al chat. Quieren saber más de Mantis y de mí antes de seguir adelante. Las comprendo. Puedo ponerme en su lugar. Aún hay muchas cosas que aclarar y discutir. Pero es mejor hacerlo cuando confiemos en nosotras mismas, cuando no haya dudas. Es difícil creer en alguien que no has visto nunca.

A veces pienso en los pensamientos. No en los míos, no en mis pensamientos, sino en lo que piensan ellas. En las ideas que ocupan sus mentes cada segundo del día. Y pienso en lo que pensarán, no sobre mí, ni sobre nuestro chat. Pienso en lo que piensan sobre sí mismas. Si están en este agujero es porque no se soportan, se desprecian, se atormentan, se odian, se destruyen. Pienso que no hay diferencia entre sus pensamientos y los míos. Todas pensamos lo mismo aunque nos parezca distinto.

El deseo de vernos pronto me ha animado. Cada noche hemos avanzado lo suficiente para conocernos mucho más de lo que yo había esperado. Hay vínculos muy sólidos entre nosotras. Era necesario dar otro paso, ir más lejos. Cara a cara será más fácil decirlo todo. Podremos hablar con libertad de nuestro secreto.

Son las doce, y ellas están esperando.

Luna negra: *Sé que queréis aclarar las cosas.*

Bailarina: *Así es. ¿Dónde está Mantis?*

Mantis: *Aquí.*

Luna negra: *¿Y las demás?*

Cabeza de bruja: *Jejeje.*

Nebulosa: *Hola, no sé qué pensar.*

Bailarina: *Espero que tengáis un buen motivo para habernos ocultado vuestra relación desde el principio. No es juego limpio.*

Manzana P: *Estamos esperando.*

Mantis: *Empezaré yo.*

Luna negra: *Como quieras.*

Mantis: *La mayor parte de los días los paso en Berlín. Soy diseñadora. Allí tengo mi estudio. Pero siempre que puedo regreso a Leipzig, especialmente los jueves, para ver a mi madre. En tren está a menos de una hora. Me gusta viajar en tren. Tengo un buen amigo en Leipzig. Le conozco desde el colegio. Vivíamos en el mismo barrio y somos de la misma edad, más o menos. Mi amigo alquila un apartamento a estudiantes Erasmus. Cuando terminó el curso pasado, a finales de junio, creo, me dijo que había ido a ver el apartamento una chica serbia que deseaba pasar en Leipzig los meses de verano, hasta octubre.*

Luna negra: *Esa chica era yo.*

Nebulosa: Vaya, qué sorpresa, ¿no?

Mantis: Mi amigo tenía programado un viaje de trabajo durante una semana, y no podía ocuparse de que la chica serbia firmara el contrato y recibiera las llaves del apartamento. Lo hice yo, y cuando conocí a la chica me pareció que siempre tenía lágrimas en los ojos, a pesar de que no lloraba. Cuando se instaló en el apartamento yo pasaba a verla algunas noches, y empezamos a hablar de cosas sin importancia. Salíamos a tomar cerveza por las tabernas de la zona, y poco a poco nos fuimos haciendo muy amigas.

Luna negra: Déjame que ahora siga yo.

Manzana P: Una pregunta para Mantis.

Mantis: Lo que quieras.

Manzana P: ¿Te enamoraste de ella?

Mantis: Sí, nunca había conocido a nadie más dulce.

Manzana P: ¿Y ella de ti?

Luna negra: Esa pregunta debo responderla yo. Nunca he estado enamorada de nadie, no he podido hacerlo. Ni de un hombre ni de una mujer. Pero sentía que Mantis me trataba como algo especial. Me mimaba demasiado. Yo intentaba evitarlo. Quería estar tranquila en casa y me apetecía salir sola de noche por los parques de Leipzig. Era verano y había mucha gente en las calles hasta la madrugada.

Nebulosa: ¿No te daba miedo ir sola por ahí?

Luna negra: La verdad es que no pensaba que pudiera pasarme algo. Una noche Mantis se empeñó en acompañarme, y hablamos de eso: del miedo, de nuestro miedo, de su miedo.

Mantis: Lo diré yo.

Se creó un denso silencio en el chat y en mi mente. Las palabras no sonaban en mi cerebro porque no había palabras que leer en la pantalla. Mantis se tomó su tiempo. No era algo que ella pensara confesar en el chat. No todavía. Pero todo se había precipitado ante la posibilidad de vernos todas en algún lugar.

Mantis: Cuando conocí a Luna negra hacía sólo una semana que me habían diagnosticado un tumor cerebral.

Manzana P: ¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¡Puto cáncer!

Mantis: Me dijeron que no tenía solución.

Nebulosa: ¿Te vas a morir?

Mantis: Es un tipo de cáncer muy invasivo. Si quería, podía ponerme un tratamiento de quimio para estar viva algún año más. Si no lo hacía, no podían asegurarme que viviera cinco meses.

Bailarina: ¿Y te han dado la quimio?

Mantis: No, me negué a quedarme sin pelo y pasarme el día y la noche vomitando.

Nebulosa: ¿Por qué somos tan desdichadas?

Mantis: Es inútil lamentarse. No sirve de nada.

Luna negra: Yo también le hablé a Mantis de mis problemas, sin decirle nada de que había matado a un hombre monstruo, no hacía falta entrar en esos detalles. Las dos sentíamos que algo nos unía. Yo ya tenía el proyecto de crear el chat en la Deep Web, y a Mantis le encantó la idea de que pudiéramos ser más chicas en el grupo. El plan era compartir el secreto que ambas teníamos con alguien que también tuviera necesidad de hablar y encontrar ayuda para liberarse de sus miedos. Por eso os busqué en internet, en los chats que todas frecuentábamos, para invitaros a éste.

Mantis: Luna negra y yo siempre tuvimos muy claro que cuando llegara el momento no os ocultaríamos que nos conocíamos. Pero desde que comenzó este chat, ni ella ni yo nos hemos vuelto a ver ni hemos hablado nada sobre él, ni por el móvil ni por el ordenador. Decidimos que a partir de ese momento seríamos todas iguales, y que no volveríamos a vernos más, si no era en un encuentro con todas vosotras.

Bailarina: Siento mucho lo de Mantis, no imaginaba que... Bueno, no sé qué decir en casos como éste. Es una putada, una jodida putada.

Cabeza de bruja: ¿Dónde estás ahora, Mantis?

Mantis: En Berlín.

Nebulosa: Podríamos quedar en vernos todas en Berlín, sería la mejor opción para la mayoría. Y a mí me hacéis un favor. Yo iría desde Cracovia, y Berlín está a medio camino de Amsterdam.

Manzana P: Buscaré la manera de conseguir dinero para el tren a Berlín. No será un problema. Comprendo a Nebulosa. Ella está más lejos, y a mí no me importa ir de un lugar a otro.

Bailarina: A las que tenemos que viajar en avión nos da lo mismo ir a Amsterdam que a Berlín. ¿No crees, Cabeza de bruja?

Cabeza de bruja: ¡Oh, Berlín, Berlín!

Mantis: Buscaré dónde quedarnos juntas unos días.

Luna negra: ¿Qué os parece la semana que viene?

Nebulosa: Genial. Por fin empieza la cuenta atrás.

Spinnerei era una zona con numerosas fábricas abandonadas, reconvertidas después de la reunificación alemana en un conjunto de instalaciones dedicadas a exposiciones de arte libre y usos culturales vanguardistas.

Bulliciosos grupos de gente animaban la calle central, caminando entre edificios de ladrillo rojo, grandes ventanas con los cristales rotos, marquesinas de hierro y luces de neón.

Susana y Bruno pasearon por varias galerías de arte cogidos de la mano. Del bolsillo trasero de los vaqueros de Bruno sobresalían unas baquetas de batería. Era lo único que necesitaba esa noche. Nada que ver con el pesado violonchelo que cargaba cuando actuaba con la Orquesta Sinfónica de Leipzig, le explicó a Susana. La batería ya estaría colocada sobre el escenario por otro de los grupos de rock que aparecían en el programa del concierto. Él sólo tenía que preocuparse de las pruebas de sonido para los ajustes de la mesa de mezclas, pero era demasiado pronto. Aún tenía tiempo de enseñarle lo que fueron algunas de aquellas viejas fábricas durante la era comunista.

Subieron a una de las terrazas, cerca de la gran chimenea de la antigua fundición de hierro. Susana se abrazó a Bruno. Apenas había luz en el cielo.

—Necesito encontrar un trabajo, la beca Erasmus no cubre mis gastos. En unos meses habré agotado mis ahorros y me quedaré sin dinero para pagarte el apartamento —dijo.

—¿Tus padres no te ayudan?

—No quiero que lo hagan.

—¿Tienes problemas con ellos?

—Al contrario, son buenos padres, quieren controlarlo todo. Soy yo la que desea ser independiente, no depender de nadie. ¿Conoces algún sitio donde pueda trabajar algunas horas de la tarde?

—¿Y tus estudios?

—Estudiaré de noche, estoy acostumbrada a hacerlo.

—Los únicos trabajos que hay en Leipzig para universitarias como tú son cuidar niños por horas o ser camarera.

—No me gustan los niños.

—También podrías dar clases privadas de español, pero dudo mucho que saques algo más que para unas cervezas.

—Lo de camarera no estaría mal.

—Puedo hablar con Dieter Brand, tiene un pub en el centro, cerca de la plaza. Es posible que él pueda ayudarte.

—¿Lo harás pronto?

—Claro —dijo Bruno, y la besó en los labios.

La sala de la fiesta concierto se llamaba BimboTown: un amplio local con distintas alturas y espacios de una originalidad extravagante: cortinas, muebles y lámparas de anticuario, viejos sillones orejeros, butacas saltarinas, sofás convertidos en trampas que se giraban hacia otra estancia del recinto, camas que

cruzaban de un lado a otro entre el público, bañeras llenas de espuma, señales de tráfico, perchas con ropa colgada del techo, cubos de latón enlazados con focos, maniqués robotizados y un sinfín de rincones saturados de objetos *vintage*.

Susana no había visto otro lugar semejante. No podía dejar de mirar a todas partes. Ni siquiera se dio cuenta de que ya había gente dentro del local.

—Casi todos son músicos —le aclaró Bruno, elevando la voz para que Susana pudiera oírlo entre el chirrido de las guitarras eléctricas que un experto en sonido intentaba ecualizar.

Una chica rubia, con el pelo largo y lacio, como si lo tuviera húmedo, estaba sentada en una banqueta alta, junto a la barra de copas. Bebía un licor de hierbas con hielo y hablaba con algunos de los músicos.

Bruno les presentó a Susana. Los tres chicos eran miembros de su grupo Würmer Band. Faltaba otro, que apareció poco antes de empezar las primeras pruebas de sonido. Todos tenían un aspecto muy distinto a Bruno. Vestían camisetas negras con dibujos a todo color de unos gusanos sanguinolentos debajo del nombre de la banda. Uno llevaba un sombrero pequeño, otro unas gafas sin lentes, y otro una perilla de poeta romántico en decadencia.

—Ése es Hans, toca el bajo; él es Dolke, guitarrista del grupo, y éste es Marcus. Las letras de las canciones son suyas —dijo Bruno mientras Susana les estrechaba la mano a cada uno de ellos.

La chica rubia miró a Susana y le sonrió.

—Pero la música es de nuestro «pequeño Bach» —aclaró. Luego extendió la mano hacia Susana y se presentó ella misma—: Soy Helga von Mayer. Bruno y yo nos conocemos desde niños.

Bruno acercó la boca al oído de Susana.

—Ten cuidado con Helga, le gustan las chicas —murmuró.

Los ojos azules de Helga se clavaron en los de Bruno.

—No te preocupes por tu nueva amiga, no es mi tipo. Demasiado guapa, se nota que es española.

El desconcierto obligó a Susana a forzar una sonrisa. No esperaba encontrarse en una situación tan perturbadora, ni que Helga supiera algo de ella, aunque ya había comprobado que en Leipzig nadie disimulaba lo que pensaba, lo que era y lo que deseaba. En apenas unos días había visto gente que andaba descalza por la universidad, chicas besándose en la boca antes de entrar en clase, o profesores que intentaban ligar con sus alumnas extranjeras sin el más mínimo pudor, ofreciéndose a explicarles los detalles del curso en un bar.

Cuando llegó el teclista, Bruno y los músicos de su grupo subieron al escenario.

La sensación de incomodidad creció en el estómago de Susana. No le apetecía quedarse a solas con Helga. Los silencios le hacían sentirse insegura, y no se le ocurría nada que decir para romperlos. Fue Helga quien lo hizo:

—A Lessi le hubiera gustado conocerte.

Esperaba sentado en el hall del hotel Radisson Blu, un moderno cuatro estrellas situado en Augustusplatz. Margaritte Clodel bajó de su habitación a las nueve en punto de la noche.

«Es muy atractiva», escuchó Klaus Bauman en su mente, pero no fue su voz la que le habló en silencio, sino la voz de la inspectora Mirtha Hogg. Probablemente, Ingrid le diría lo mismo si la conociera. Él no le había hablado de la agente francesa de Europol incorporada a la investigación. Prefería no sembrar dudas que no tendrían ningún sentido, aunque ello le obligara a mentir, o, al menos, a no decirle toda la verdad a Ingrid.

—¡Hace una noche maravillosa! —exclamó Margaritte al salir del hotel hacia la plaza. Todos los edificios de alrededor estaban iluminados.

—Sí, es increíble que estemos a mediados de octubre.

—Bien, ¿cuál es el plan? —dijo Margaritte.

—He aparcado el coche cerca de aquí. Podemos dar un paseo por el centro, antes de ir al concierto.

—¿Has estado trabajando hasta ahora?

—Tenía que revisar algunos informes sobre vídeos de YouTube dedicados a pintores y artistas urbanos de obras en tres dimensiones. Realmente son sorprendentes, créeme.

—El autor de las pinturas de la escena del crimen no muestra sus obras en internet.

—¿Cómo lo sabes?

—Mis compañeros de La Haya han realizado todo tipo de cotejos con un avanzado programa informático que analiza las técnicas, las texturas, los pigmentos y las pinceladas de cualquier obra de arte original, comparándola con las fotografías que puedan haberse hecho de ella, o de otras obras pictóricas del mismo autor. Es un programa que utilizamos en Europol para la búsqueda de obras de arte robadas o falsificadas.

Klaus Bauman no pudo disimular su sorpresa.

—Podías habérmelo dicho antes.

—He recibido la información esta misma tarde.

—Me extrañó no verte por la comisaría después de comer —dijo el inspector.

—Decidí quedarme en mi habitación, analizando los datos recopilados por las policías de cada país en el que vivían las cuatro chicas identificadas. Son las ventajas de trabajar en una oficina móvil.

—¿Alguna conclusión?

—Ya conoces mi teoría. He enviado mi informe a Europol, y mis compañeros de departamento también piensan que todas las chicas participaban en alguna actividad de tráfico sexual, y que fueron contratadas por alguien como Gustav Lastoon para realizar un servicio especial a sus clientes necrófilos. Tampoco descartamos la posibilidad de que hayan estado en contacto con Gustav Lastoon a través de la Deep Web. Es la única posibilidad que nos queda. Gustav Lastoon también navegaba por la red con el programa TOR, pero es imposible saber lo que hacía en la internet profunda.

—Si Gustav Lastoon pagó a esas chicas por sus servicios sexuales, debió de costarle mucho dinero

traerlas a todas a Leipzig. ¿Por qué ellas y no otras? Hay cientos de prostitutas y chicas *scort* en un radio de cien kilómetros alrededor de Leipzig y Berlín.

—Supongo que no debe de ser fácil encontrar chicas que acepten participar en una orgía con necrófilos.

El suave perfume de Margeritte Clodel impregnó el aire que los envolvía. Klaus Bauman inspiró lenta y profundamente. Era excitante. Un aroma de flores blancas, pensó, sin tener la más mínima idea de qué clase de esencias podían formar parte de los principios activos de ese perfume.

Él también tenía algo que decir, pero casi se olvida de la llamada que había recibido al mediodía desde el Instituto Forense.

—Curarina —dijo de pronto, como si hablara consigo mismo en voz alta.

Margeritte Clodel no le entendió. Estaba distraída, mirando los juegos de luces que formaba la fachada de cristal azul de la universidad.

—¿Qué has dicho?

—Los patólogos han encontrado en las vísceras de todos los cadáveres moléculas de curarina, sintetizadas artificialmente.

—¿Y qué es la curarina?

—Según el informe de los análisis toxicológicos, es una forma purificada y cristalizada del curare, un veneno utilizado por algunas tribus del Amazonas en sus flechas para paralizar y matar a los monos que cazaban en los árboles.

—¿Una droga paralizante?

Klaus Bauman le contó lo que la doctora del Instituto Forense le había explicado sobre el bloqueo del impulso nervioso a nivel de la placa motora que producía la curarina, seguido de una progresiva parálisis muscular. Finalmente causaba la muerte por asfixia. Los primeros músculos en contraerse eran los oculares externos y los faciales. Después, la parálisis afectaba en poco tiempo a la musculatura de las piernas, los brazos, las manos, el cuello, el tronco, y, por último, los pulmones y el corazón. La directora del Instituto Forense estaba convencida de que se trataba de una nueva droga que mezclaba la curarina, y sus efectos paralizantes y anestésicos, con alucinógenos y otro tipo de sustancias hipnóticas que provocaban la muerte súbita a dosis altas.

La mente de Margeritte Clodel procesaba las explicaciones de Klaus Bauman igual que uno de los programas informáticos que utilizaba como analista de Europol.

—Es evidente que mi teoría tiene más sentido que un antiguo ritual nazi. Esa droga es la clave que confirma mis sospechas: chicas bellas que parecían muertas, pero que no deberían haber muerto, ofrecidas por Gustav Lastoon a sus clientes más selectos; en una orgía necrófila.

—Pero, si es así, ¿quién más participó en ese macabro montaje? —preguntó el inspector.

—No lo sé, no tengo la respuesta a esa pregunta. Podríamos detener a Gustav Lastoon y decirle que lo sabemos todo y que sus clientes ya han confesado su delito. Tal vez se debilite y admita lo que hizo con las chicas. Hasta podríamos decirle que sabemos que había una sexta chica que no murió, para reforzar nuestra convicción de que él es el creador de esa trágica representación escénica de la muerte de las chicas.

—Lo que dices es sólo una teoría lógica, pero sin pruebas que incriminen directamente a Gustav Lastoon. ¿Y si te equivocas? ¿Y si no conseguimos que se hunda y confiese su culpa? No tenemos nada que ofrecer al fiscal para demostrarle que el guía turístico es culpable de un homicidio múltiple, por suministrar a las chicas una droga mortal. ¿Dónde está esa droga? ¿Cómo la consiguió?

Margeritte Clodel se detuvo delante de un escaparate de moda.

—Si encontrásemos a la chica que falta, ella podría aclararlo todo.

Klaus Bauman asintió sin convicción, y miró su reloj. Estaban cerca del coche aparcado delante del Ayuntamiento. Era la hora de ir al concierto de Bruno Weiss y su grupo de rock.

Segundos, minutos, horas, días, semanas, meses, años. El tiempo no pasa de la misma forma para nosotras. Un segundo puede ser eterno y un año, tan breve como un soplo. Todas deseamos que pasen rápido los seis días y las seis noches que quedan para encontrarnos, pero la espera los hará interminables.

Todavía hay cosas que aclarar, historias que terminar, sentimientos que expresar. Sólo así mi proyecto tendrá sentido. No es fácil explicarlo, hay demasiadas emociones en conflicto. O muy pocas, según la perspectiva desde la que se contemple el plano de nuestras vidas. Cada una debe ser muy consciente de sus decisiones. Nadie más será responsable. El mundo no entiende de culpas, ni de atrocidades. Los héroes sólo son una extraña mutación de la mediocridad humana. Los malvados, una simple manifestación de lo cotidiano. Al resto, apenas les quedan alternativas con las que aliviar sus miserias.

Nosotras no aceptamos las reglas que nos ha impuesto el destino. El capricho de los astros nos ha demostrado que la fatalidad puede ensañarse una y otra vez con la vida de quienes no han elegido el castigo de su existencia. Todo a nuestro alrededor son sombras diabólicas sin ojos, sin miradas, sin bocas ni risas.

Son las doce de la noche.

Luna negra: *Sólo quedan cinco noches más para nuestra cita en Berlín.*

Nebulosa: *Habrá que pensar en los preparativos.*

Mantis: *Ya tengo una casa donde podremos quedarnos todas durante los días que decidamos. Os gustará, estoy segura.*

Cabeza de bruja: *Me pido dormir contigo, jejeje.*

Bailarina: *¿Por qué no dejas de convertirlo todo en una broma? Mantis tiene un cáncer en la cabeza, ¿o es que no te has enterado todavía?*

Cabeza de bruja: *Lo he dicho en serio.*

Mantis: *No os preocupéis por mí, sé que Cabeza de bruja no intenta hacerme daño.*

Nebulosa: *Quiero deciros algo.*

Luna negra: *Qué.*

Nebulosa: *Sois muy importantes para mí.*

Bailarina: *Ahora todas nos necesitamos más que nunca.*

Manzana P: *Espero que hagamos una fiesta para celebrarlo.*

Mantis: *¿Lo de mi cáncer? Jejejeje.*

Manzana P: *No, no, perdona, quería decir lo de nuestro encuentro.*

Mantis: *Propongo que nos riarnos de la vida, ella ya se ha reído bastante de nosotras.*

Cabeza de bruja: *Me gusta la idea.*

Luna negra: ¿Y si alguna de nosotras no fuera quien dice?

Nebulosa: No entiendo.

Luna negra: Cualquiera de las seis podría haber estado mintiendo desde el principio. En cualquier chat es fácil hacerlo, creando un perfil falso.

Manzana P: ¡No me jodas! ¿A qué viene esto ahora?

Hay un momento de bloqueo en nuestra mente. En la mía y en la de ellas. Ni yo misma sé muy bien adónde lleva mi pregunta, pero he sentido la necesidad de hacerla.

Bailarina: Yo tampoco te entiendo, Luna negra, todas superamos tus pruebas antes de que nos eligieras para tu proyecto. Dijiste que no había posibilidad de error.

Cabeza de bruja: ¿Hay algún chico en la sala?

Manzana P: ¡Dejaros de bromas con esto!

Mantis: Nuestro encuentro en Berlín será como una cita a ciegas. Eso lo hace más emocionante... y misterioso.

Nebulosa: A mí no me divierte lo que estáis diciendo.

Luna negra: Pues deberías hacerlo, mi proyecto sólo es un juego. No puedes tomarlo de otro modo. Riámonos de la vida, como ha propuesto Mantis.

Nebulosa: Antes de conoceros había intentado suicidarme.

Manzana P: ¿De verdad? ¿Con pastillas?

Nebulosa: Me corté las venas. Tengo las cicatrices en las muñecas.

Cabeza de bruja: Odio la sangre, me mareo cuando la veo.

Nebulosa: Una de mis hermanas me encontró en la bañera.

Bailarina: ¿Y por qué no lo has dicho hasta ahora?

Nebulosa: Porque ni siquiera ahora estoy segura de qué va todo esto.

Luna negra: Es muy sencillo, Nebulosa: de confesiones y secretos, sólo eso. Y aún no lo hemos confesado todo.

También a Susana le hubiera gustado conocer a Lessi. Durante el tiempo que Bruno pasó con los compañeros de su grupo en el escenario, ecualizando los instrumentos y los micros, Helga von Mayer no dejó de hablarle a Susana de la chica serbia. Le dijo que Lessi se definía a sí misma como una aurora boreal que reservaba todo el esplendor de sus brillos y luminiscencias para los cielos nocturnos. Lo había dejado escrito en una carta que le escribió a Bruno para que la dejara en paz.

—No podía amar a nadie —concluyó.

Susana miró a Helga y se atrevió a hacerle una pregunta que le rondaba en la cabeza desde antes de hacer el amor con Bruno.

—¿Él estaba enamorado de Lessi?

—No estoy muy segura de que se le pueda llamar amor.

—¿Qué quieres decir?

—Bruno se lo tomó como un desafío. Ella nunca le hizo ni puto caso, y él acabó odiándola.

El camarero les sirvió otro licor de hierbas, y antes de que Susana se diera cuenta de que estaba empezando a emborracharse, el local se había llenado de gente de todo tipo de tribus urbanas. Una exótica mezcla de luces de color se extendió por la sala, y comenzó el concierto.

Todo se movía a su alrededor. Saltos, gritos de entusiasmo, silbidos, aplausos. Una marea de brazos levantados al aire le impedía ver el escenario. Era imposible seguir hablando. Helga la cogió de la mano y se fue abriendo paso entre la agitada multitud hasta llegar a uno de los laterales más despejados del escenario.

—Aquí podremos bailar —gritó al oído de Susana.

Sólo la percusión sonaba en ese instante. Bruno hacía invisibles sus baquetas sobre la batería, mientras golpeaba los tambores y los platillos a una velocidad vertiginosa. Cada golpe parecía la secuencia suspendida en el aire de un primitivo ritual, que hacía enloquecer a la gente sudorosa que lo rodeaba.

Susana observaba todos los movimientos de Bruno como si los sintiera en su propio cuerpo. Miró a su lado y vio a Helga bailando con los ojos cerrados, arrastrada por la fuerza de la música hacia algún lugar delirante. Su cabeza se movía de un lado a otro, y su pelo rubio trazaba estelas doradas bajo el constante parpadeo de los focos.

Cuando la banda de Bruno terminó su repertorio, Helga y Susana lo acompañaron a otra zona de copas de BimboTown, más tranquila. Bruno estaba empapado en sudor. El pelo largo mojado le caía a ambos lados de la cara, dándole un aspecto de palidez enfermiza. Dijo que iba al baño a asearse un poco y volvió a dejarlas solas. Era una sala de butacas y sillones, con un pequeño bar en una esquina.

—No dejes que Bruno te haga daño —dijo Helga.

—¿Por qué me dices eso?

—Te veo muy embobada con él.

—Apenas le conozco. No me hago ilusiones de nada.

—Mejor así. Bruno es difícil de prever.

—Él ha sido muy amable conmigo.

—Su horóscopo es Géminis, un signo de mutación y dualidad. Cuando le conozcas mejor, tendrás que decidir con cuál de los dos Brunos te quedas: el del pelo recogido en la nuca, o el del pelo suelto a los lados de la cara.

—No creo en los astros, pero si quieres saber el mío, soy Libra.

—Una eterna lucha por el equilibrio —dijo Helga.

—¿Y tú?

—Yo soy Cáncer..., el cangrejo. Ya sabes, anda para atrás y tiene pinzas: huida y ataque —explicó Helga con una sonrisa mientras unía los dedos de las dos manos y daba pellizcos al aire.

Era la primera vez que Susana escuchaba hablar de Bruno y de la dualidad de su temperamento. Pero ella también había observado que la expresión de Bruno cambiaba según los momentos del día, o según la forma en que llevaba el pelo, o según la intensidad con que la luz se reflejaba en sus ojos. Pero no estaba dispuesta a dejarse influir por nadie en sus percepciones personales sobre Bruno. Lo que fuera que él escondiera detrás de su mirada lo descubriría ella sola. Además, a Helga acababa de conocerla, no tenía por qué confiar en sus consejos.

Bruno se había duchado y se había cambiado la camiseta del grupo. Sobre la barra del bar había una botella verde de licor de hierbas Jägermeister, dos copas con hielo y una Coca-Cola, que Helga acababa de pedir.

—¿De dónde has sacado esa camisa? Te queda grande —dijo Helga en un tono divertido.

—La he cogido de un armario del camerino de músicos, no sé de quién es.

Helga se acercó a él y olió la camisa.

—Al menos no huele a sudor.

Detrás de ellos, Helga vio a un hombre y a una mujer de unos cuarenta años que los miraban con curiosidad.

—Creo que alguien quiere saludarte —dijo.

Bruno se giró. Las caras le eran desconocidas.

La pareja se acercó hasta ellos.

—No queremos interrumpirlos —se excusó el hombre.

Bruno Weiss se apartó a un lado con expresión de sorpresa.

—¡Oh, perdón, olvidaba presentarme, señor Weiss! Tenía una cita con usted hace unos días en comisaría, pero tuve que cancelarla. ¿Lo recuerda? Le atendió la inspectora Mirtha Hogg.

—¡Claro, claro que lo recuerdo! —exclamó Bruno, ofreciéndole la mano al policía.

—Mi nombre es Klaus Bauman, inspector jefe de homicidios, y ella es Margaritte Clodel, agente de Europol. Sólo hemos pasado a saludarle.

—Nos ha encantado el concierto de su banda. Son todos unos músicos fantásticos —afirmó Margaritte Clodel.

—Somos profesores del conservatorio, no tenemos mucho mérito. Pero también nos gusta el rock duro. Jeckyll y Hyde, ¿comprende?

Klaus Bauman sonrió.

—La fusión de estilos que ha conseguido su banda es muy original. Beethoven y rock and roll: una genialidad para unos y una blasfemia para otros —opinó.

—Bueno, la verdad es que no esperaba tenerles entre el público. Me alegra que se hayan divertido. Pero, por favor, tomen una copa con nosotros —dijo Bruno.

Llamó al camarero y luego les presentó a Helga y a Susana, que se habían quedado detrás de él, en un segundo plano visual.

—Es el inspector jefe de homicidios que investiga la muerte de las chicas del monumento. Y ella es...

—titubeó Bruno, sin saber qué decir.

Margaritte Clodel se anticipó al inspector Bauman.

—Soy analista de Europol. Supongo que ya saben que las chicas pertenecían a distintos países de la Unión Europea —dijo.

Helga se mostró interesada en hablar.

—Sí, es algo que las televisiones no dejan de repetir.

Pero Klaus Bauman volvió a dirigirse a Bruno.

—¿Y su amiga serbia? ¿Ha podido localizarla ya?

La sangre de Susana comenzó a hervir en sus venas, a causa del licor de hierbas y de la pregunta que el policía le acababa de hacer a Bruno.

—No, sigue sin contestar al móvil. De todas formas ya he dejado de llamarla, imagino que habrá cambiado de número de teléfono —dijo él.

Helga volvió a intervenir.

—Lessi me dijo al despedirse que en Serbia había muchas zonas sin cobertura, y que le sería difícil seguir manteniendo contacto con nosotros.

—Por lo que dice, usted también la conocía —murmuró la agente de Europol.

—Éramos amigas.

—Bien, entonces todo está en orden —dijo el inspector.

Margaritte Clodel dio un trago a su copa de licor y miró a Susana. Era la más joven del grupo.

—¿Estudiante? —preguntó.

—Sí, tengo una beca Erasmus —respondió Susana, sobreponiéndose a su nerviosismo.

Bruno completó la respuesta.

—Le he alquilado la habitación del apartamento que Lessi Milovac dejó. Es española, estudia traducción e interpretación, y, como pueden ver, es algo tímida.

Los ojos de Susana contemplaron a Bruno con un brillo de enfado. Luego, miraron a Klaus Bauman.

—¿Puedo hacerle una pregunta sobre esas chicas?

El inspector terminó su copa de un trago.

—Si no afecta al secreto de la investigación, le responderé con mucho gusto.

—¿Sufrieron al morir?

Klaus Bauman volvió la cabeza hasta encontrar los ojos de Margaritte Clodel frente a los suyos. Le pidió con un gesto que contestara a ella.

—Creemos que no, pero no podemos decirle nada más.

Klaus Bauman y Margaritte Clodel se despidieron y se marcharon. Cuando salían del local, vieron que Gustav Lastoon también estaba allí, bebiendo una enorme jarra de cerveza cerca de la puerta. Hablaba con tres tipos de unos treinta y tantos años, y se reía a carcajadas. Al ver a los policías, les guiñó un ojo y siguió riendo.

Se metió en la cama y se abrazó a Ingrid. Las hijas dormían en sus cuartos. Ingrid se movió perezosamente. Había estado leyendo mientras le esperaba, pero el sueño acabó vencéndola. Tenía puesto un camisón de seda negra. A Klaus le excitaba verla así. Sin embargo, una noche más, ella tuvo que acostarse sola.

—¿Qué hora es? —preguntó sin abrir los ojos.

—Las dos de la madrugada. He tenido trabajo.

—Te llamé para saber si vendrías, porque Carla quería esperar a que llegaras, pero tenías el móvil desconectado. En comisaría me dijeron que no estabas, que te habías marchado sobre las nueve.

—Tenía que hacer algunas averiguaciones antes de ir a hablar con unos jóvenes músicos en Spinnerei. He estado con ellos hasta ahora, tomando unas copas en BimboTown.

Ingrid se había vuelto a quedar dormida escuchando la voz de Klaus. Él cerró los ojos e intentó no pensar en Margaritte Clodel. Cuando la acompañó al hotel, lo invitó a tomar una última copa en la terraza de su habitación.

—No tienes de qué preocuparte, no va a pasar nada.

Pero a Klaus Bauman no le pareció una buena idea.

—Será mejor que me vaya a casa, es tarde —había dicho sin más. A pesar de todo, sus sentidos seguían dormidos.

Por la mañana, la inspectora Mirtha Hogg entró en el despacho del inspector jefe sin llamar a la puerta ni decir nada. Sus ojos expresaban su entusiasmo. Dejó una carpeta sobre la mesa, la abrió y comenzó a mostrarle a Klaus Bauman las copias impresas de unos cuerpos de chicas desnudas, pintados de tal modo que, por su hiperrealismo, parecían fotografías. Todas las chicas aparecían en poses provocativas, vestidas con prendas de lencería erótica negra, muy parecidas a las que estaban pintadas en los cuerpos de los cinco cadáveres.

—Es un artista de pintura erótica. Su nombre es Maximilian Louch. Hay cientos de páginas sobre él en internet. Pero sólo vende sus obras a coleccionistas, a través de una galería de arte de Nuremberg, donde tiene su estudio.

—¿Cómo lo has averiguado? —quiso saber Klaus Bauman.

La inspectora Mirtha Hogg se mostraba con una arrogancia contenida.

—Siguiendo pistas en las imágenes de Google de otro pintor de arte erótico que fue su discípulo. Se llama Theodor Gerz, y actualmente reside en Londres —explicó—. Dejó de ir al estudio de Maximilian Louch cuando descubrió que las chicas desnudas que pintaba tenían que mantener relaciones íntimas durante una noche con el cliente que compraba el cuadro, en una especie de ceremonia pagana. Las modelos las conseguía a través de una mujer de Berlín, pero no tenemos ningún dato de ella. El arte, el erotismo y los ritos esotéricos empiezan a mezclarse —concluyó la inspectora Mirtha Hogg, orgullosa de su hallazgo.

La mirada de Klaus Bauman se clavó en la chica pintada en uno de los cuadros. No era la primera vez

que la veía.

No se puede huir de uno mismo. Mi primera reacción después de matar a Milos Utko fue entregarme a la policía y confesar mi crimen. Estaba temblando junto al cadáver, y lo miraba con los ojos desorbitados de una niña aterrada por la visión de la sangre. En mi mano aún tenía la navaja, la afilada garra que le abrió el cuello de un solo golpe.

La mente se colapsa ante la muerte. Todo el valor necesario para acabar con la vida de un hombre monstruo se transforma en miedo y culpa cuando ya no hay latidos que escuchar. Yo también acababa de morir en ese instante. Había muerto la víctima de un malvado sin límites, y había nacido la heroína de mi propia salvación.

Grité hasta expulsar toda la podredumbre que aquel hombre monstruo había inoculado en mí, con cada uno de sus cortes en mi espalda. Sólo entonces me sentí libre de mi esclavitud, del dolor, del odio, de la rabia, de la culpa, de la tristeza, del deseo de que fuera él quien acabara de una vez con mi vida.

Cuando dejé la navaja junto al cadáver, pensé que, si huía de Belgrado, la policía no podría encontrarme. Entonces no sabía que sería yo la que me juzgaría a mí misma. Lo supe durante mi largo y furtivo viaje a Leipzig.

Mi proyecto sería mi propia condena. Ahora me paso las mañanas durmiendo, los días se acortan, y las horas transcurren sin que pueda darme cuenta de que el tiempo nunca se detiene.

Vuelven a ser las doce de la noche.

Luna negra: ¡Hola! Esta noche no me siento bien.

Nebulosa: ¿Te ocurre algo?

Luna negra: Hoy he pensado demasiado en las cosas que hice y en las que he dejado de hacer.

Cabeza de bruja: A mí tampoco me apetece sonreír.

Bailarina: A todas nos domina el pasado.

Manzana P: ¡Estamos muertas desde hace mucho tiempo, joder!

Nebulosa: No digas eso, aún no. Yo sé muy bien lo que es sentir que la muerte se va apoderando lentamente de ti.

Mantis: ¿Qué se siente?

Nebulosa: Abandono. Es como dejarse llevar por un sopor irresistible. Tan fácil como dormir. Sólo eso.

Bailarina: ¿Por qué lo hiciste, Nebulosa?

Nebulosa: La vida no me preguntó si quería vivirla.

Mantis: A nadie le pregunta. Sería absurdo.

Manzana P: Yo elegí vivir, pero mi única vida desde hace dos años son las drogas. Ellas deciden por mí.

Cabeza de bruja: ¿Sabéis lo que hizo mi madre?

Bailarina: No vayas a reírte de nosotras ahora, no es el momento.

Cabeza de bruja: Nunca he dicho nada más en serio.

Nebulosa: Dijiste que tú la querías, ¿verdad?

Cabeza de bruja: Ella era mi motivo para vivir, y yo era el suyo. O eso creía yo. Tenía un precioso pelo rizado, de color rojizo. Decían que parecía una diosa celta. Un día de niebla, en pleno invierno, fue a un lago y ya no volvió.

Las palabras de Cabeza de Bruja se interrumpen.

Mantis: ¿Qué le pasó?

Cabeza de bruja: Encontraron sus ropas dobladas sobre sus botas, en la orilla del lago. El agua estaba helada. La policía dijo que se habría ahogado.

Manzana P: ¿Se metió en el agua helada?

Cabeza de bruja: Eso pensamos todos, pero su cuerpo no se encontró.

Nebulosa: Es muy triste, Cabeza de Bruja.

Cabeza de bruja: No, no, te equivocas: es de risa.

Bailarina: ¿Qué coño estás diciendo?

Cabeza de bruja: Hace un mes recibí una llamada en el móvil. Era ella, quería volver a verme. Se había fugado con su amante y había representado su suicidio para que ni mi padre ni yo pensáramos que nos había traicionado. Desde ese día, voy a la orilla del lago siempre que hay niebla, y me quedo desnuda sin dejar de mirar el agua.

Manzana P: ¡No soporto estas historias! ¡No puedo más! ¿Entendéis? ¡Marchaos todas al infierno!

No recordaba lo que pasó después de que los dos policías se marcharan de BimboTown. Cuando Susana despertó, estaba acostada en una cama que no era la suya. Se restregó los ojos hasta que consiguió ver con nitidez. Un zumbido sordo retumbaba en su cabeza. Estaba desnuda, pero no sintió ningún pudor. Miró alrededor para buscar su ropa. Una luz cálida entraba por los grandes ventanales que daban a un pequeño jardín. Se levantó de la cama y se envolvió en la sábana para cubrir su cuerpo. Afuera, en el jardín, se oía un leve rumor de agua. La casa estaba junto al río. En la orilla del otro lado había un edificio blanco con terrazas escalonadas y flores. El cielo tenía un pálido color gris que se reflejaba en el agua.

Fue al baño descalza. Allí encontró su ropa, lavada y planchada sobre una banqueta. También estaban sus zapatos. Entonces recordó que había vomitado en la calle, al salir de BimboTown. Se sintió avergonzada. Hacía mucho tiempo que no se emborrachaba. Lamentó haber bebido tanto licor sin estar acostumbrada. No volvería a pasarle. Le preocupó que Bruno y Helga pensarán que aún era una adolescente mimada.

Pegada al espejo había una nota escrita. Era de Bruno. Le decía que se había marchado a Italia con la Orquesta de la Gewandhaus. Tenían una gira por las ciudades de Milán y Verona. «Llámame cuando despiertes.»

Susana cayó en la cuenta de que era viernes. Se reprochó no haber asistido a las clases de iniciación en la universidad. Ya era mediodía. Llamó a Bruno, pero el móvil estaba desactivado. Pensó que en ese momento podía estar volando hacia Italia.

Mientras se vestía sonó su teléfono. Susana no conocía el número de la llamada entrante.

—¿Te sigue dando vueltas la cabeza?

Era la voz de Helga.

—Estoy bien, pero me siento ridícula.

—Si te sirve de algo, yo también me cogí un buen ciego, pero en mí no es nada raro cuando vengo a Leipzig.

—Me he despertado en la cama de Bruno —dijo Susana.

—Anoche no quiso dejarte sola en tu apartamento. Se preocupa por ti. Es algo que no hace con todo el mundo. Normalmente, es él quien se despierta en otras camas que no son la suya.

Susana se arregló el pelo con los dedos, no tenía nada que añadir a las indiscreciones de Helga.

—Pero no sé qué hacer ahora. No tengo llave de la casa para cerrarla al salir.

—Bruno me envió un wasap esta mañana con algunas instrucciones, por eso te he llamado.

—También me ha dejado una nota en el espejo del baño, pero sólo dice que se marchaba de gira a Italia durante el fin de semana.

—Por la llave no te preocupes. Está en la puerta, por dentro, claro. Cógela y cierra con ella cuando salgas.

—De acuerdo, dejaré su habitación en orden antes de irme.

—Además, me ha pedido que no te deje sola estos días.

Durante unos segundos, Susana se quedó en silencio.

—Gracias, pero no necesito que nadie me cuide.

—No se trata de eso. Iba a proponerte que hiciéramos un poco de turismo juntas este fin de semana.

Podrías venir conmigo a Berlín. Yo vivo allí. ¿Lo conoces?

Susana tuvo la tentación de explicarle que todos los veranos pasaba un mes con sus padres y sus abuelos en el sur de Alemania, en Ingolstadt, aunque nunca había viajado sola hasta que voló a Berlín.

—No, no lo conozco. Sólo he estado en el aeropuerto y en la estación —dijo al fin.

—Entonces tienes que venir conmigo, ¡será estupendo! Te recogeré a las cuatro en tu apartamento.

Los instrumentos musicales eran el principal elemento decorativo del gran salón de la casa de Bruno. El suelo estaba cubierto de madera y alfombras. Había un piano de cola, varios chelos, violines, un trombón, un clarinete, un oboe, un par de trompetas, un saxo, flautas, congas cubanas, una batería de rock... De las paredes colgaban cuadros con pósters de pinturas abstractas del MoMA de Nueva York.

Susana cruzó el salón y salió a un amplio pasillo. Una escalera subía a la planta superior de la casa. La curiosidad fue una tentación irresistible. Arriba había dos puertas cerradas. Una era de un baño sin luz exterior. Abrió la otra y entró en una amplia buhardilla con pequeñas ventanas, cubiertas por visillos. Había muchos muebles cubiertos con sábanas polvorientas. Susana pensó que serían de los padres de Bruno. Sobre un viejo aparador vio algunas fotografías antiguas. Eran de la abuela de Bruno, posando en distintos teatros de ópera. Una mujer elegante, con una confusa expresión de severidad y dulzura en sus ojos.

Miró en los cajones. Todo eran recuerdos: cartas, partituras de música, pequeños cofres vacíos, relojes rotos, broches, plumas, velas usadas. Una preciosa caja de madera llamó su atención.

Las manos le temblaron al abrirla. En el interior había algo envuelto en una tela de terciopelo rojo. Susana retiró el tejido con los dedos y dejó al descubierto una pistola. Junto al arma había una nota escrita. Parecía la misma caligrafía del pósit que había encontrado en uno de los libros de Lessi:

Quédatela como recuerdo, ya no la necesito

Pero en la nota no había dibujada ninguna calavera.

Aunque era viernes y las clases no comenzarían hasta el lunes, algunos estudiantes dispersos ocupaban distintas mesas de la sala principal de la Biblioteca Albertina de la universidad. Gustav Lastoon estaba sentado en una de las más alejadas de la entrada. Desde su posición podía ver el extenso lucernario que se elevaba veinte metros desde el suelo enmoquetado de color gris. Esperaba impaciente a Klaus Bauman.

Delante de él, sobre la mesa, tenía un pequeño libro editado en el año 1979 por la Universidad de Leipzig. Se titulaba *Los Guardianes de la Muerte*. El autor de la tesis doctoral había sido Hengel Tonvenger, un profesor de la Facultad de Historia, fallecido en la época de la antigua Alemania comunista.

—¡Ahí tiene lo que quería! Espero que a partir de ahora me deje en paz —expresó con rabia Gustav Lastoon, empujando el libro sobre la mesa, tan pronto Klaus Bauman se sentó frente a él en la biblioteca.

—Así que lo ha encontrado —dijo el inspector, que cogió el libro y lo hojeó.

—Si piensa llevárselo, debe decirlo en la secretaría de la biblioteca, no quiero que me acusen de haberlo robado.

Pasando las hojas del libro, Klaus Bauman repasó en silencio algunas de las antiguas fotografías en blanco y negro que ilustraban el texto. Eran doscientas veinte páginas, con un índice de capítulos ordenados cronológicamente desde los años previos al inicio de la Segunda Guerra Mundial hasta la derrota del ejército alemán en 1945. También contenía un apéndice sobre las actividades de la sociedad secreta desde 1947 hasta el año 1979, en que fue concluida la tesis doctoral.

Cuando encontró la fotografía de un sarcófago negro, con el mismo símbolo del puñal dentro de un círculo blanco, tatuado en el hombro desnudo de un hombre cuyo rostro no era visible, se detuvo y miró a Gustav Lastoon.

—Nunca le he mentado, inspector.

La sensación de estar dentro de un laberinto, perdido entre los oscuros pasadizos de la teoría que sostenía con tanta convicción la agente de Europol, y la que Gustav Lastoon le había transmitido desde el comienzo de la investigación, se transformó en la mente de Klaus Bauman en una claustrofóbica y confusa ceguera, que le hacía dudar de la realidad. Pensó que tratar con tipos tan misteriosos como el guía de turismo fúnebre, tras cuya aparente inocencia podía esconderse un asesino, no era fácil para él, aunque estuviera habituado a desenmascarar lobos disfrazados de corderos. Gustav Lastoon no le parecía un lobo, pero sin duda era un zorro.

—¿Y qué hacía usted anoche en BimboTown, señor Lastoon? —preguntó a la vez que cerraba el libro de la tesis doctoral. Ya lo leería con calma en su casa durante el fin de semana.

El guía de turismo fúnebre esbozó una sonrisa.

—Es curioso, iba a preguntarle lo mismo —replicó—. Yo voy mucho por allí, pero es la primera vez que le he visto a usted en Spinnerei. No lo imaginaba escuchando un concierto de rock. Pensé que usted y la agente de Europol me estaban siguiendo a mí, y llegué a sentirme importante.

Antes de entrar en el local del concierto, ni Klaus Bauman ni Margarithte Clodel pudieron imaginar que se encontrarían con Gustav Lastoon en BimboTown. De haberlo pensado, habrían evitado que él los viera. Al salir del local, el inspector llamó al policía que hacía el seguimiento del testigo y habló con él. El agente le dijo que los tipos con los que Gustav Lastoon se reía tanto no parecían conflictivos. Los había fotografiado y había enviado las caras de cada uno a la comisaría para que hicieran algunas comprobaciones en los ficheros de grupos neonazis. Por la mañana, Klaus Bauman también le había preguntado a un inspector de la unidad de delitos xenófobos. Ninguno de ellos estaba fichado.

El inspector volvió a hacerle la pregunta a Gustav Lastoon de otro modo:

—¿Con quién estaba usted anoche en BimboTown?

—Estaba trabajando para usted. Esos tipos pertenecen a la nueva organización neonazi de la que le hablé.

Klaus Bauman volvió a dejar la tesis doctoral sobre la mesa. En las pupilas de sus ojos se reflejaba la cabeza barbuda y pelirroja de Gustav Lastoon.

—¿De qué nueva organización me está hablando ahora? —preguntó.

—Es gente que no tiene aspecto de cabezas rapadas, ni de fascistas o ultras, como ya le dije. Hasta podrían parecer gente antisistema. Han comenzado a infiltrarse en todos los sectores sociales, visten como la gente corriente, incluso llevan el pelo largo y barbas de estilo *hipster*... Aplican la disciplina secreta de parecerse a los demás, para que nadie sepa realmente lo que son. ¿Recuerda la nota que le di?

—Usted también lleva barba —lo interrumpió Klaus Bauman sin hacer caso a su pregunta.

El último estudiante que quedaba en la biblioteca se levantó de su mesa y se marchó.

—No creo que eso importe mucho ahora. Le hablo de otra cosa, de verdaderos movimientos secretos que se fundan y crecen de forma geométrica. Cada miembro incorpora a cinco nuevos individuos. Y a cada grupo de seis, formado por hombres y mujeres, la mayoría de ellos jóvenes, le llaman «UH», que significa «Unidad Hexagonal». A las unidades de una ciudad las llaman «Panal», como los de las abejas. Su ideología es aún más radical que la de cualquier otro grupo neonazi conocido, pero hace tiempo que no participan en manifestaciones patrióticas ni provocaciones callejeras. Además, rechazan sin decirlo públicamente a cualquier extranjero que viva en Alemania, sea o no de la Unión Europea. Pero su particularidad es otra.

Klaus Bauman sabía que los servicios secretos alemanes estaban alertas ante cualquier dato que significara una nueva forma de organización delictiva, pero no pensaba que la muerte de las cinco chicas pudiera estar relacionada con el hecho de que cada una de ellas fuese extranjera. Tampoco podía ignorar que al menos tres de ellas ni siquiera vivían en Alemania, y que habían llegado a Leipzig el día anterior a su muerte. El motivo xenófobo del crimen no se encontraba entre las dos líneas de investigación abiertas, una de las cuales tenía como principal sospechoso al guía turístico que le hablaba.

—¿Qué tiene de particular esa organización? —preguntó Klaus Bauman, intentando encauzar de manera razonable la verborrea de Gustav Lastoon.

—Es una perfecta organización paramilitar. Cada miembro de una UH dispone de un arsenal de armas de todo tipo: pistolas, rifles, granadas, munición...

Klaus Bauman no esperó a que Gustav Lastoon continuara.

—¿Por qué no me ha facilitado antes los detalles de esa organización?

—Hasta anoche no pude encontrar a los miembros de una UH del Panal de Leipzig, a los que conocí a través de Fly. Me propusieron que me uniera a ellos.

—Ya me dijo en su declaración que dejaron de hablarle hace tiempo porque usted hacía demasiadas preguntas, ¿lo ha olvidado? —razonó el inspector Bauman, apreciando una clara contradicción en el relato, hasta entonces coherente, de Gustav Lastoon.

—Fue Fly quien dejó de relacionarse conmigo, pero esta gente que le digo ni siquiera recuerdan que yo les había visto entonces. Creen que soy un buen amigo de Fly, y que comparto sus ideas. Podría infiltrarme en esa organización y transmitirle información, si usted me lo pide. Sería la mejor manera de llegar a identificar a sus líderes secretos. Son los seis Guardianes de la Muerte que está buscando.

El comportamiento de Gustav Lastoon no dejaba de sorprender a Klaus Bauman.

—Cuando he llegado, lo primero que me ha pedido al darme este libro es que le dejara en paz, y ahora se ofrece para ser mi confidente...

—Me refería a que dejara usted de verme como un sospechoso de la muerte de esas chicas. Yo soy el primer interesado en saber quién es Cabeza de bruja, y por qué me llamó al móvil para visitar el cementerio de Südfriedhof al amanecer de aquel maldito día.

Klaus Bauman cogió de nuevo el libro de la mesa y no dijo nada sobre la propuesta del guía turístico.

—¿Qué hay en este libro que no me haya dicho todavía?

—Léalo usted, inspector; si yo se lo contara, no me creería.

Nadie debería morir solo. No hay evidencia más nítida de la insignificancia humana que la de aquel que se enfrenta a la muerte en soledad. Hasta los ajusticiados gozan del alivio de tener a alguien al lado, aunque sea su verdugo. Para que el momento del abandono de la vida tenga algún sentido, es necesario que otro ser inteligente, distinto a nosotros mismos, sepa que hemos muerto. Vivimos para nosotros, pero sólo se muere para los demás. Es la única forma de eternidad. Sin los otros no somos más que cadáveres abandonados en medio del desierto, pedazos de carne y hueso como los de un camello o la coraza de un escorpión, que acabarán enterrados por las tempestades de arena como si nunca hubieran existido. Siempre me ha sorprendido la tranquilidad con que vuelven a pastar las gacelas, apenas unos segundos después de que un guepardo haya matado a una de ellas, mientras todas corrían despavoridas. Al menos, los humanos podemos percibir el horror que causa el vacío de la muerte a nuestro alrededor.

Desde que leía novelas en el orfanato de Belgrado, me han fascinado las biografías de escritores marcados por su terrible deseo de morir. Y todos ellos murieron sin nadie que los acompañara en su agonía: brutal como un disparo, o dulce como un baño de agua templada. De la mayoría de ellos se dice que enloquecieron, pero la verdad es que muy pocos locos se han quitado la vida. La locura, como la de la madre de Mantis, crea en la mente una realidad tan distorsionada que en ella no existe la muerte. Es el sano juicio el que la pone ante nuestros ojos para que nunca nos olvidemos de ella.

Yo tampoco me olvido del chat, son las doce de la noche.

Luna negra: ¡Hola! Especialmente para Manzana P.

Cabeza de bruja: Parece tu niña mimada, jejeje. No comprendo por qué se enfadó anoche.

Nebulosa: Yo tampoco, las historias que ella no soporta son la parte de nuestras vidas por la que estamos aquí.

Mantis: Ojalá fuese de otra manera, y pudiéramos hablar de la moda de París.

Manzana P: ¡No me toméis por gilipollas!

Bailarina: Nadie lo hace, te queremos demasiado. ¿Nunca has intentado desengancharte de las drogas?

Manzana P: ¡Putá mierda de chat! ¿Es que ahora vais a convertirnos en mis salvadoras?

Luna negra: Eres la más joven de las chicas de las cloacas. Deberías darte una nueva oportunidad.

Manzana P: ¿Estáis más colgadas que yo y pensáis que podéis ayudarme a rehacer mi vida? ¡Esto sí que es divertido!

Nebulosa: No comprendo qué te parece divertido.

Manzana P: Vuestra preocupación por mí. ¿Cuándo coño vamos a hablar claro de una puta vez?

Luna negra: Ninguna de nosotras te ha atado las manos para que no puedas escribir lo que te dé la gana.

Cabeza de bruja: Vamos, dilo, Manzana P. ¿Cuántas veces has pensado en meterte una sobredosis para quedarte colgada en el otro mundo?

Manzana P: Lo pienso cada día y cada noche, por eso no entiendo a qué viene tanta palabrería conmigo. ¿Sabéis a qué me dedico, cuál es mi trabajo para conseguir mis dosis diarias de lo que sea?

Mantis: Lo dijiste tú misma, dejas que te folle cualquier tío.

Manzana P: Eso era antes de llegar a Amsterdam. Ahora no tengo que aguantar a ningún baboso en mi cama.

Nebulosa: ¡Puaj, qué asco!

Manzana P: ¿Nunca le has chupado la polla a un hombre, Nebulosa?

Nebulosa: No, me repugna pensarlo. Y te aseguro que nunca lo haré.

Luna negra: Me parece muy bien que Manzana P no tenga que vender su cuerpo a tíos sin escrúpulos.

Cabeza de bruja: ¡Cabrones hijos de puta!

Manzana P: Ahora vendo mi cuerpo de otra manera.

Bailarina: ¿Qué estás haciendo, Manzana P?

Mantis: ¿No estarás vendiendo tus órganos?

Manzana P: No. Cuando muera quiero estar completa.

Cabeza de bruja: Yo lo sé, vas a hospitales «vampiro» a vender tu sangre.

Manzana P: Primero quise ser una top model, luego me convertí en una puta, y ahora soy un conejillo de Indias.

Bailarina: ¿Están realizando ensayos científicos con tu cuerpo?

Manzana P: Frío, frío.

Nebulosa: ¿Por qué os gusta tanto jugar con esto?

Luna negra: Es preferible hacer del drama una comedia.

Manzana P: Pruebo drogas experimentales. Me tomo todo lo que unos traficantes me ofrecen, y ellos analizan mis reacciones. Una verdadera locura.

Cabeza de bruja: Es algo alucinante, jejeje.

Mantis: ¿Has probado la droga caníbal?

Manzana P: Sí, pura mierda. Muy apropiada para zombis.

Bailarina: ¡Joder, estás chiflada!

Manzana P: Tengo una sorpresa para cuando nos veamos en Berlín. Estoy segura de que os gustará a todas.

Mantis: Dinos algo más ahora.

Manzana P: Se llama Perséfone.

La autopista tenía un trazado recto, que cruzaba extensos campos de cultivo con tonalidades verdes y terrosas. Un *collage* monótono e infinito que Susana contemplaba como único paisaje, mientras conversaba con Helga en el interior del coche: un deportivo de color negro que se deslizaba veloz sobre el asfalto, sin hacer ruido. El cielo se había oscurecido y densas masas de nubes se apelmazaban en el horizonte.

Hacía una hora que habían salido de Leipzig. Helga no había dejado de hablar mientras conducía. Le contó a Susana que su relación con Bruno era entrañable. Habían estudiado en el mismo colegio, y siguieron viéndose cada día cuando ella comenzó el instituto y Bruno se matriculó en el conservatorio. Era un niño prodigio. Tampoco tenían secretos entre ellos. Cuando eran adolescentes firmaron un pacto de sangre: siempre serían como hermanos.

Susana se preguntó si Bruno le habría hablado a Helga de la nota que ella había encontrado en uno de los libros de Lessi, y si Helga también sabría que Bruno escondía una pistola en la buhardilla de su casa, junto a otra nota escrita con la misma caligrafía.

—¿Y a qué te dedicas? —preguntó Susana, aunque su mente seguía enredada en sus dudas. Si había aceptado pasar el fin de semana con Helga en Berlín, no fue sólo por hacer turismo. Quería conocerla mejor, para saber más de las vidas de Bruno y de Lessi a través de ella.

—Estudié bellas artes en Berlín, a veces pinto y expongo mis cuadros. Pero a lo que realmente me dedico es al diseño de moda y de objetos vanguardistas. Me apasiona investigar en las formas, las texturas y los colores. Cosas nuevas, diferentes, qué sé yo... Busco la originalidad, la verdadera creación de algo que no existe. Berlín es la capital de las vanguardias en Europa. Algo así como Nueva York en Estados Unidos.

—Pensaba que la capital del arte seguía siendo París —comentó Susana, por decir algo de lo que no tenía ni la menor idea. Nunca le había interesado el arte, ni la música, ni el teatro. Su vida había sido el deporte del esquí en invierno, y el estudio durante el resto del año.

Algunos bosques empezaron a formar parte del paisaje. Helga aprovechó el momento para explicarle a Susana que durante su larga estancia en Leipzig podía elegir entre dos opciones: ser una estudiante más junto a sus compañeros universitarios de Erasmus, o vivir una experiencia única e inolvidable junto a ella y Bruno Weiss. Ninguno de los dos era estudiante y había un mundo distinto por descubrir, fuera de la universidad.

Susana asintió en silencio. Se dijo a sí misma que podría ser excitante ver cómo transcurría la vida en el este del país, junto a dos auténticos alemanes.

—Berlín te sorprenderá, estoy segura —concluyó Helga. Luego cogió el teléfono, hizo una llamada, pero volvió a colgar sin hablar con nadie.

Al llegar a los alrededores de la gran metrópolis berlinesa, el deportivo de Helga dejó la autopista por la salida de Nikolassee: un distrito de ostentosas mansiones, casitas bajas y árboles gigantes, situado al sudoeste.

Susana no sabía hacia dónde iban.

—¿Estamos llegando a Berlín? —preguntó.

—Aún no, quiero que veas un lugar maravilloso antes de que anochezca.

El coche recorrió unas calles despobladas hasta que se adentró en una estrecha carretera rodeada de bosque. En un par de minutos salió de las arboledas y se dirigió a la orilla de un lago.

Helga aparcó delante de una frágil caseta de madera, rodeada de barcos de vela varados. Cuando Susana se bajó del vehículo, creyó que habían llegado al mar.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

Estaba cautivada por la belleza de la playa de arena y el gran espejo de agua que se extendía ante ellas.

—En el lago Wannsee.

—¡Es un lugar increíble! —exclamó Susana.

—Suelo venirme a la casa de una amiga en primavera. Berlín está a veinte minutos. Para pintar prefiero este lugar al bullicio de la ciudad. Aquí, la inspiración no necesita alas para volar.

Alguien se acercaba caminando por la orilla. Era una mujer de unos cincuenta años, vestida con unos vaqueros, un chaquetón azul de marinero y un gorro de lana negro del que sobresalían largos mechones de pelo rubio. Su rostro poseía una serenidad que a Susana le hizo envidiar su agradable paseo por la playa. La mujer sonrió al llegar junto a ellas.

—Te presento a mi amiga Ursula Keilen —dijo Helga.

La mujer las invitó a tomar un café en su casa. Helga había quedado con ella antes de salir de Leipzig, pero no le dijo a Susana que harían una parada antes de llegar a Berlín para darle una sorpresa. La llamada perdida que Helga había hecho desde el coche era sólo para que su amiga supiera que llegarían al lago en pocos minutos. Por eso Ursula Keilen las estaba esperando cerca de la caseta de la playa. Su casa estaba a sólo unos pasos de la orilla, al otro lado de los barcos varados.

Comenzó a llover, cayó la noche y sopló el viento.

El vuelo de Margaritte Clodel desde Berlín hacia París salía a las cinco de la tarde. Klaus Bauman la llevó en su coche hasta la Estación Central de Leipzig. Numerosos taxis estaban alineados frente a los comercios exteriores del edificio neoclásico de la estación, considerada la más grande de Europa por sus veintisiete vías y sus extensos andenes, cubiertos por celosías abovedadas y traslúcidas.

La gente entraba y salía de la estación protegiéndose de la llovizna y del viento frío que había comenzado a soplar con fuerza desde el norte.

Margaritte Clodel bajó del coche, se arrebujó en su gabardina beige, recorrió con un bolso de viaje en la mano los escasos metros que la separaban de la puerta principal, y desapareció en el interior de la estación sin mirar atrás. Se había despedido de Klaus Bauman dentro del coche, con un beso en la mejilla que rozó con levedad la comisura de sus labios.

—Nos veremos el lunes —había dicho él, aspirando el perfume que se había quedado flotando en el aire.

Esa tarde desapacible, Klaus Bauman no volvió a la comisaría. Desde la estación se dirigió con el coche hacia su casa, en Gohlis-Mitte. Mientras conducía llamó con el manos libres al móvil de Margaritte Clodel. Quería decirle algo.

—Acabo de subir al tren —murmuró ella al responder.

—Sólo quería decirte que ha sido fantástico conocerte.

No esperó a que Margaritte pudiera añadir nada más. Colgó la llamada y aceleró el vehículo bajo la débil lluvia que caía desde un cielo gris.

En su casa no le esperaban tan pronto. Al verlo entrar en el salón, su hija Carla se levantó del sofá y corrió a abrazarlo. Ingrid estaba sentada en una butaca junto a la chimenea, con la pequeña Bertha dormida en sus brazos. La sonrisa de Ingrid iluminó su rostro. Tener a Klaus en casa un viernes por la tarde le hizo feliz. Para ella, la felicidad sólo era eso: estar juntos los cuatro, alrededor del fuego.

—Lo he encendido hace un rato, ha empezado a hacer frío —dijo.

Klaus se acercó a Ingrid y la besó en los labios. Apenas un contacto fugaz. Su mano pasó con suavidad sobre el pelo de Bertha. La pequeña era igual que su madre. Los mismos ojos grises. Él decía que parecían de agua.

Se sentó en el sofá, al lado de Carla. La televisión estaba encendida: una presentadora comentaba las noticias de actualidad sobre algunos actores famosos de Hollywood, que esa tarde de viernes estrenaban películas en los cines alemanes. Pero Carla estaba concentrada en la pantalla de su móvil y en los wasaps que recibía de su pandilla de amigos adolescentes.

Durante un rato, Klaus habló con Ingrid sobre algunos asuntos domésticos que debían resolver durante el fin de semana. Luego, Carla se levantó y dijo que se marchaba a un centro comercial con unas amigas. Volvería a la hora de la cena.

Sólo cuando en el salón se escuchó el sonido de la puerta de la calle al cerrarse, Klaus le contó a Ingrid los detalles de la investigación del crimen de las chicas. La puso en antecedentes de las distintas

hipótesis que manejaba y de los progresos alcanzados en las tres vertientes del caso: el sexo, las drogas y los ritos esotéricos. Una analista de Europol estaba colaborando con ellos. Además, ahora tenían a otro sospechoso: un pintor de Leipzig llamado Maximilian Louch.

—El fiscal ha autorizado la intervención de sus teléfonos. Quiero estar seguro de quién se trata.

Por los programas matinales de televisión que seguían el caso, Ingrid sabía que una agente de Europol, especializada en crímenes sexuales, se había incorporado con su oficina móvil a la comisaría de Leipzig, para ayudar al esclarecimiento de la muerte de las chicas extranjeras. Sin embargo, no le preguntó nada a Klaus sobre ella. Prefería no conocer detalles de cómo era.

La pequeña Bertha se despertó y Klaus la cogió en sus brazos. Jugó con su hija unos minutos, mientras Ingrid iba a la cocina a preparar un café y la merienda de la niña.

Luego, Klaus Bauman se sentó en su butaca, frente al fuego que ardía en la chimenea, se colocó los auriculares del móvil, eligió en Spotify una selección de melodías de cine y comenzó a leer la tesis doctoral. Ingrid lo miraba de reojo mientras le daba una papilla de leche y frutas a la pequeña Bertha. No estaba segura de que siguiera enamorada de su marido.

Perséfone es el mito moderno de la vida, la muerte y la resurrección. Podría ser también la deidad de «Las chicas de las cloacas». Es lo que desea cualquiera de nosotras: vivir, morir y renacer siendo otra distinta, olvidada de todo y de todos. Nunca he creído en la reencarnación. Me parece una idea absurda. Una vez leí que cuando te mueres, te mueres como se muere un mosquito. No hay nada más. Pero la posibilidad de morir y resucitar es algo que pronto estará al alcance de la ciencia, si es que no lo han conseguido ya, y los científicos no dicen nada para ser sólo ellos quienes gocen del codiciado don de la inmortalidad. Creo que alguna película ya abordó ese tema con un soldado que cada vez que lo mataban resucitaba y tenía que comenzar de nuevo hasta que volvían a matarlo. Así iba avanzando hasta lograr su objetivo y rectificar el pasado. Algo parecido a lo que ocurre en los videojuegos de acción y aventuras. A cada una de nosotras también le gustaría viajar en el tiempo para cambiar nuestra trágica existencia. Ojalá la sorpresa que Manzana P nos anunció anoche nos ayude a darle un nuevo sentido a nuestras vidas, aunque sea a través de la muerte y una imaginaria resurrección. Yo deseo morir, sé que pronto moriré. Nadie podrá evitarlo. Cuando pensé en el nombre del chat no elegí «Las damas de la Luna Negra» por azar, había una razón. Ahora todo es distinto, ya nada es igual.

A las doce en punto de la noche, introduzco mi clave en el chat.

Luna negra: ¡Hola! Ésta es nuestra penúltima noche.

Manzana P: Tengo que preparar el viaje.

Cabeza de bruja: Sí, el viaje. Yo ya tengo mi vuelo a Berlín.

Bailarina: Habrá que decidir un punto de encuentro.

Mantis: Yo me encargo de eso. Os iré recogiendo a cada una. Sólo necesito que me digáis la hora de vuestra llegada.

Nebulosa: Estoy nerviosa. Nunca he salido de Polonia. Creo que iré en coche.

Luna negra: ¿Estás segura de que sabrás llegar a Berlín?

Mantis: Sería mejor que viajaras en tren, de ese modo te esperaré en la estación, como a Manzana P y a Luna negra. Berlín es complicado para moverse en coche sin conocer la ciudad.

Nebulosa: El tren tarda casi diez horas desde Cracovia, es mucho tiempo, pero creo que tenéis razón. Además, soy muy despistada cuando conduzco.

Mantis: Entonces mañana concretamos las horas en las que debo estar en el aeropuerto y en la estación. Os esperaré con vuestros nicks pintados en un cartel de bienvenida. Serán sencillas acuarelas con una luna, una manzana, una bailarina y una nebulosa. Así sabréis que soy yo quien está esperando.

Cabeza de bruja: Te has olvidado de mí, jejeje.

Mantis: ¡Oh, sí, perdona! Para ti pintaré una escoba.

Luna negra: Ahora hablemos de algo más importante.

Todas saben a qué me refiero. Sé que nadie dirá nada hasta que yo exponga cuál es la última fase de mi proyecto.

Luna negra: Decidí renunciar a mi vida después de huir desde Belgrado hasta Leipzig. Al principio pensaba que podría sobrevivir si pasaba desapercibida con mi pasaporte falso, y cambiaba cada pocos meses de domicilio, yendo de una ciudad a otra de Alemania. Mi dominio del idioma me permitía resolver situaciones de vivienda y comida con facilidad, y mi especialidad en literatura de los países del Este era una buena razón para inscribirme como colaboradora de la universidad, sin tener problemas con el permiso de residencia. Pero pasadas las primeras semanas en Leipzig me di cuenta de que no podía seguir viviendo con la sombra del asesinato de Milos Utka sobre mi conciencia. No podía dormir ni tomando los somníferos que Mantis me conseguía en las farmacias, falsificando recetas que le robaba a su padre. No recuerdo si Mantis ya dijo en el chat que su padre era psiquiatra. Además del fantasma de Milos Utka, la idea obsesiva de que tarde o temprano la policía me encontraría se convirtió en una psicosis persecutoria que no podía soportar por más tiempo. Me estaba volviendo una paranoica que creía que cualquier persona que me miraba era un policía.

La noche en que Mantis y yo paseamos por un parque de Leipzig y hablamos sobre nuestros problemas, ella me confesó que iba a morir pronto a causa de su enfermedad incurable, y yo le dije que mi sufrimiento era distinto al suyo pero tampoco tenía ningún remedio. Yo también iba a morir. No sabía cuándo ni cómo, pero ya estaba decidida a no pasarme el resto de la vida huyendo del fantasma de Milos Utka, de mí misma y de la policía. Tampoco iba a permitir que me detuvieran y me encerraran en una prisión para siempre. Ni Mantis ni yo teníamos otra alternativa. La diferencia entre nosotras dos estaba en que ella deseaba vivir intensamente el tiempo que le quedara de vida, mientras que yo estaba dispuesta a renunciar al tiempo durante el que aún podría sobrevivir escondida. Le pregunté a Mantis que si sabía cómo podía comprar una pistola. Aún tengo todo el dinero que Milos Utka guardaba en la casa. Mi único miedo era morir sola. Fue entonces cuando ideé crear un chat secreto en la Deep Web. Sabía que en muchas páginas de internet se reunía gente que no quería seguir viviendo y os busqué a cada una de vosotras en distintos chats sobre suicidas. Mantis me dijo que me ayudaría. Un día me trajo la pistola que yo le había pedido, sin decirme cómo la había conseguido. Os confieso, os juro, que mi intención en el chat era animaros a todas a seguir viviendo. Y sigo pensando que debéis vivir, que tenéis mil motivos para hacerlo. Lo único que yo necesitaba era vuestra compañía la noche de mi despedida. Nadie debería morir sin tener a alguien a su lado. Si llamé al chat «Las damas de la Luna Negra», fue porque yo sería esa luna que desaparece, que se vuelve invisible en medio de la noche, acompañada por las cinco damas que celebran a su alrededor la continuidad de la vida. Algo así como un ritual sagrado. No sabía si el chat llegaría hasta el final ni lo que pasaría cuando habláramos de nuestro secreto, de nuestro común deseo de morir, pero sentí que todo cambió cuando decidisteis que el chat se llamara «Las chicas de las cloacas». Cada una de vosotras podía tener motivos tan fuertes e insalvables como los míos para cambiar mi proyecto y tomar la decisión de morir todas juntas. Una última celebración de la vida, sabiendo que la muerte estaba tan cerca de todas nosotras. Mi decisión es definitiva. Durante muchas de estas noches he pensado en terminar yo sola de una vez, sin esperar a nadie. Un disparo en la boca es inhumano, y no he tenido el valor de hacerlo. Mi proyecto era morir en calma. Tenía que esperar a que llegara el momento. Y el momento ha llegado.

Ahora, vosotras debéis decidir. Sólo nos queda una noche para encontrarnos en Berlín, pero antes es necesario que tengamos muy claro quiénes, cuándo, dónde y cómo moriremos.

La intensa luz de los relámpagos parpadeaba tras los ventanales alargados del salón. Unos segundos después, los truenos hacían vibrar los cristales, envolviendo con un eco sordo la mansión de Ursula Keilen: una lujosa casa de piedra blanca, con dos plantas y una torre circular, tejados de pizarra con grandes salientes abuhardillados en distintos planos, y un amplio jardín de césped y abetos centenarios que se extendía hasta el embarcadero del lago.

En la decoración interior predominaba el color blanco de las paredes, las cortinas, las alfombras y los muebles, combinado con el beige de los sofás, los sillones de estilo clásico y las lámparas.

Sentada en uno de los sillones, Susana miraba ensimismada las llamas de los troncos que ardían en la chimenea.

—Las tormentas son agradables en otoño, ¿no crees? —le preguntó Ursula, a la vez que le ofrecía una taza de café y un pastel de fresas.

—Sí, me gusta la lluvia —respondió.

A pesar de la amabilidad de la amiga de Helga, Susana se sentía cohibida. Pensó que podía tener la misma edad que su madre, aunque era más atractiva. No se le ocurría qué decir para disimular la tensión de los músculos de su cara.

Tampoco conocía la relación que Ursula y Helga tenían, y esa incertidumbre le incomodaba. Pero no fue necesario que ella les preguntara. Como si Helga le hubiera adivinado el pensamiento, dio un sorbo a su taza de café y comenzó a hablar.

Dijo que Ursula era muy amiga de sus padres, que tenía una famosa agencia de azafatas en Berlín, que viajaba constantemente de un país a otro, que conocía a gente importante en todo el mundo, y que no había nada que ella no pudiera conseguir.

—Es como una diosa —dijo Helga.

Al escuchar esto, Susana recordó la conversación que había tenido con Bruno en la antigua fábrica de Spinnerei, cuando le pidió que le ayudara a encontrar un trabajo por horas en Leipzig. Por un instante, dudó si hablar de ello y decirles a Helga y a su amiga que la beca Erasmus era una miseria, y que pronto tendría apuros económicos a menos que trabajara por las tardes, después de salir de clase. Pero no tuvo la decisión de plantear el problema. Era su problema, y debía solucionarlo ella. Además, todavía no tenía confianza con Helga, y menos aún con Ursula, para andar pidiendo favores por ahí a la menor oportunidad de hacerlo. Pero por encima de todo, estaba su propia dignidad. Lo que había ido a buscar a Leipzig no era un curso de grado en la licenciatura de traducción e interpretación de alemán. Había ido a buscarse a sí misma.

La lluvia seguía golpeando las cristaleras del salón.

Ursula le quitó importancia a todas las virtudes que Helga había destacado de ella.

—También tengo mi lado oscuro —dijo sonriendo.

—Todo el mundo lo tiene —afirmó Helga—. Bueno, es muy posible que Susana no —añadió, mirándola con curiosidad.

—Creo que soy una persona normal —dijo Susana, más relajada, aunque no fuera lo que realmente pensara sobre sí misma.

—Helga me ha hablado muy bien de ti.

Ursula abrió una cajita de plata de la mesa y le ofreció a Susana un cigarrillo.

—Gracias, no fumo.

—Yo sí —se apresuró a decir Helga, alargando su mano hasta la pitillera.

En la cajita de plata también había un encendedor. Ursula se lo ofreció a Helga y luego encendió ella su cigarro.

—¿Y qué tienes pensado hacer cuando termines en la universidad?

—Me gustaría trabajar en algún organismo de la Unión Europea. No sé..., ahora hay muchas plazas para traductores e intérpretes en Bruselas, Luxemburgo o Estrasburgo. Mi intención es irme el próximo curso a Londres para perfeccionar mi inglés —explicó Susana. Sin darse cuenta, se había olvidado de su timidez.

Helga apagó el cigarrillo sin terminar de fumárselo y se puso en pie.

—Ven, las sorpresas no han terminado —dijo, cogiendo a Susana de la mano para que se levantara del sillón.

Ursula también aplastó su cigarro en el cenicero y las siguió.

Junto al salón estaba el comedor, otra amplia estancia del mismo estilo decorativo. Las luces encendidas eran tenues y cálidas. Sobre la gran mesa del centro destellaban las llamas de unas velas.

Todo estaba preparado para la cena, con la vajilla y los cubiertos simétricamente colocados en tres lados de la mesa.

Susana miró los platos de salmón y las bandejitas de caviar. Hasta que levantó la cabeza, miró a un lado y vio la gran pintura que presidía la estancia: una chica desnuda, que tenía una gorra militar de cuero negro sobre el pelo y fumaba un cigarrillo en actitud indolente, estaba tumbada sobre un diván cubierto de sedas blancas.

—¡Eres tú! —exclamó incrédula—. Estás preciosa, Helga.

Ursula Keilen le apartó a Susana el pelo de la cara.

—¿Te atreverías a posar desnuda?

Susana volvió a contemplar el hermoso cuerpo de Helga: la gorra militar negra que le cubría el cabello, los pechos coronados por unos pezones rosados, el vello rubio del pubis, las botas de cuero..., pero no supo qué responder.

Cuando miró de nuevo a Ursula, vio que estaba besando a Helga en la boca. Los ojos de Ursula se clavaron en los de Susana mientras sus labios seguían unidos a los de Helga. Luego, Ursula sonrió.

—Espero que no te hayas sentido incómoda —dijo—. Hacía mucho tiempo que Helga y yo no nos veíamos.

Antes de la hora de la cena, Klaus Bauman había terminado de leer la tesis doctoral del profesor Hengel Tonvenger. En la introducción, el texto abordaba desde una perspectiva histórica la importancia que la lucha política del partido nazi había tenido en las grandes ciudades alemanas, entre ellas Leipzig y, especialmente, Berlín, para la conquista definitiva del poder en toda Alemania, desde que Hitler comenzara a pronunciar sus primeros discursos en las bodegas de las cervecerías de Munich en el año 1919, hasta la marcha triunfal de las antorchas, que cruzó la Puerta de Brandeburgo el 30 de enero de 1933. Un par de fotografías en blanco y negro, intercaladas en las páginas iniciales, mostraban «el desfile de miles de soldados, encabezados por las tropas de las SS y sus uniformes de gala, cuyas botas golpeaban estrepitosamente el asfalto, entre el clamor de una multitud enfervorecida, que los saludaba con el brazo derecho extendido en alto».

En los capítulos siguientes, el profesor Tonvenger analizaba la financiación del Partido Nacionalsocialista de Leipzig por parte de importantes mecenas de la ciudad, y cómo las SS se hicieron rápidamente con el control político, encarcelando a sus opositores: «La violencia se había apoderado de las calles de Leipzig, la tortura se aplicaba en cualquier sótano, y el asesinato impune era un acto de patriotismo heroico cotidiano y encomiable. Intelectuales, escritores, músicos, artistas y líderes políticos y sindicales fueron perseguidos y silenciados por las SS. El terror sobrevolaba la ciudad como una siniestra sombra apocalíptica...».

Era el inicio de la dictadura nazi en Leipzig durante los meses de marzo y abril del año 1933. Fueron también los días del comienzo de la persecución de los judíos, cuya mayoría vivía en el barrio de Brühl. Y, como en Berlín, los estudiantes nazis quemaron delante de la universidad los libros considerados peligrosos por el régimen nacionalsocialista.

Los siguientes capítulos desarrollaban las investigaciones del profesor sobre los años de la dictadura nazi en la ciudad desde 1933 hasta el comienzo de la invasión de Polonia por el ejército alemán el 1 de septiembre de 1939.

Después, el profesor Hengel Tonvenger desplegaba una teoría, que Klaus Bauman ya conocía, sobre el fundamental protagonismo que el líder de las SS, Heinrich Himmler, había tenido en la creación de determinados grupos secretos de las SS, en el seno de la propia organización nazi: «Los delirios psicóticos y ocultistas de Heinrich Himmler estaban en el origen del centro ideológico fundado por él en 1934 en el castillo de Wewelsburg (Renania del Norte) para la investigación esotérica y arqueológica de la pureza ancestral de la raza aria. El castillo fue un núcleo de formación y reunión de los líderes de las SS, celebrándose en su cripta sagrada las ceremonias de iniciación y nombramiento de los cadetes aspirantes a ingresar en la élite de la Orden Negra, de la que Heinrich Himmler era el Gran Maestre».

El interés de Klaus Bauman en continuar leyendo creció al concluir esta parte del libro. Estaba ansioso por descubrir qué más podría aportarle la tesis doctoral que leía, distinto a lo que el guía turístico ya le había contado.

Fue al leer el siguiente capítulo cuando Klaus Bauman pensó que las dos versiones del crimen de las

chicas, planteadas por Margaritte Clodel y por el enigmático guía de turismo fúnebre, tal vez no fueran contradictorias sino complementarias, y pudieran integrarse en una sola interpretación de lo realmente acontecido aquella noche. Ambos tenían parte de razón.

Para convencerse a sí mismo de que su razonamiento no era absurdo, Klaus Bauman volvió a releer esas páginas: «En 1938, un año antes del comienzo de la guerra, una mujer de Hannover llamada Helena Maitner, que desde su juventud había mostrado un enfermizo interés por el ocultismo, y había sido secretaria del comandante del campo de concentración de Sachsenhausen, se trasladó a vivir a Leipzig junto a su esposo, el capitán de las SS Hans Struth, adscrito a la División Totenkopf, al que había conocido durante un baile de gala de oficiales de la región de Brandeburgo.

»De una belleza exuberante, Helena Maitner cautivaba a los amigos de su marido celebrando sesiones de espiritismo en su nueva casa de Leipzig, haciéndoles creer que los golpes, ruidos y voces que oían en la oscura sala donde se reunían eran manifestaciones de atormentados fantasmas, que obedecían fielmente a sus poderosas invocaciones.

»Según los testimonios de personas que la conocieron, tales argucias le sirvieron para granjearse la admiración y la confianza de otros oficiales de las SS, que aspiraban a cortejarla y a convertirse en sus amantes, animados por la pasividad del propio capitán Struth, quien, lejos de ofenderse por los atrevidos coqueteos de su bella esposa, parecía sentirse halagado y dichoso.

»Siete años más tarde, tras la entrada en Leipzig de las tropas de Estados Unidos el 12 de abril de 1945, dos de las criadas polacas que Helena Maitner había tenido como esclavas en su casa —y que habían sobrevivido a los numerosos bombardeos de la ciudad— manifestaron ante los soldados americanos las atrocidades cometidas por cinco oficiales de las SS, entre ellos el capitán Struth, y la esposa de éste, a la que todos llamaban Helen.

»Las dos criadas coincidieron en definir a Helena Maitner como una mujer de apariencia amable pero malvada, a la que todos temían por sus íntimas relaciones con altos mandos de las Waffen-SS. También explicaron que, al menos una vez al año, la esposa del capitán Struth viajaba en un lujoso coche negro hasta la estación de Berlín para encontrarse con otra mujer mayor que ella: una guardiana supervisora del campo de concentración de Sachsenhausen, hasta el comienzo de la guerra. En la entrada a la estación, la guardiana nazi esperaba la llegada de Helena Maitner acompañada por seis muchachas de no más de quince años, que llevaban vestidos viejos y calzaban botas desgastadas. Todas eran alemanas, y habían sido elegidas por la mujer desconocida entre las muchachas huérfanas y desamparadas que buscaban trabajo o refugio en Berlín.

»Cuando las criadas fueron preguntadas por los soldados americanos sobre las atrocidades de las que les hablaban, dijeron que Helena Maitner organizaba orgías en su casa con las muchachas, a las que vestía con lencería de cabaret y les pintaba en las espaldas un símbolo extraño. Y contaron que durante años habían presenciado cómo Helena Maitner se ponía un uniforme nazi, y junto a su esposo y los cinco oficiales de las SS, se emborrachaban y abusaban sexualmente de las muchachas, incluso después de que ella las matara con una daga y les arrancara la piel de las espaldas.

»Realizada una batida de reconocimiento entre las ruinas de la casa de Helena Maitner y Hans Struth por los mismos soldados estadounidenses que liberaron a las dos criadas polacas, hallaron entre los escombros de los bombardeos un deteriorado sarcófago hexagonal de madera negra, con el símbolo de un triskelion de marfil.»

Al pasar la página del libro, Klaus Bauman vio la fotografía tomada por uno de los soldados americanos, en la que tres de sus compañeros aparecían de pie tras el sarcófago, con las culatas de los fusiles apoyadas sobre la tapa abierta. Dentro estaba el cadáver momificado de una muchacha.

Quien no guarde un secreto nunca podrá ser feliz. No recuerdo qué escritora dijo algo así. Tal vez, incluso sea una estúpida reflexión que yo misma escribí. Mi memoria tiene profundos agujeros sin fondo, imposibles de rellenar con vivencias de lo que alguna vez fui, o de lo que alguna vez soñé.

Nosotras ya no tenemos secretos que guardar. Nuestras vidas están agotadas. Somos seis chicas que agonizan, seis moribundas a punto de exhalar el último aliento. Toda historia tiene un final. El último acto del drama de nuestra existencia se representará pronto, en el momento, en el modo y en el lugar que decidamos. De ello debemos hablar esta noche.

Escribo por última vez mi clave a las doce en punto. Mi mente se siente afortunada, pero mi corazón palpita con tristeza.

Luna negra: *Hola. Última noche de chat.*

Cabeza de bruja: *Uf, me parece increíble. La próxima vez que hablemos será en persona, viéndonos por fin las caras.*

Nebulosa: *Yo viajaré esta misma noche. Una hora después del chat iré de Cracovia a Varsovia en autobús, y desde allí saldré en el tren de las 6 de la madrugada hasta Berlín. Llegaré a la estación a las 11.15 de la mañana.*

Bailarina: *Yo tengo vuelo directo a las 9.45 desde Estocolmo. Llego a las 10.20.*

Manzana P: *He decidido ir también en avión desde Amsterdam. Salida 9.10. Llegada 10.30.*

Cabeza de bruja: *¡Mágica casualidad! Mi escoba voladora despegará de Dublín a las 7.10 y aterrizará en Berlín a las 10.20, sólo diez minutos antes que tú.*

Mantis: *¡¡¡Genial!!! Bailarina, Manzana P y Cabeza de bruja llegan al aeropuerto a la misma hora, sobre las 10.30. Allí estaré esperando.*

Luna negra: *Entonces, todos nuestros horarios están perfectamente encajados. Desde Leipzig hay trenes hacia Berlín cada hora. Cogeré el de las 10.15 y llegaré a las 11.30, casi al mismo tiempo que Nebulosa. Podéis recogernos juntas en la estación.*

Cabeza de bruja: *¿Y dónde iremos después?*

Mantis: *He alquilado una limusina para la ocasión.*

Dejo que transcurran unos segundos por si alguna quiere decir algo más sobre las horas de llegada a Berlín. Creo que todas estamos alteradas por la necesidad de coordinar los tiempos. Una vez que termine esta última sesión del chat, no tendremos otra forma de comunicarnos entre nosotras.

Luna negra: *Antes de hablar de otros temas, recordad que todas debemos llevar a Berlín nuestros móviles y nuestros portátiles para destruirlos sin dejar ningún rastro de ellos. Y ahora tratemos de lo que más importa. Si os parece, yo iré haciendo las preguntas y cada una irá respondiendo lo que*

quiera. Si alguna tiene algo más que añadir sobre las horas de llegada a Berlín, que lo diga antes de seguir.

Nadie escribe.

Luna negra: ¿Quién está decidida a morir? Mi respuesta ya la conocéis.

Nebulosa: Yo.

Cabeza de bruja: Y yo.

Bailarina: Yo también.

Manzana P: Ok.

Mantis: Yo no, aún tengo una misión que cumplir, y he de concluirla antes de que mi enfermedad acabe conmigo.

Luna negra: Entonces sólo seremos 5. ¿Algo más que decir a esta pregunta?

Bailarina: Me gustaría que Mantis nos explicara qué misión es ésa de la que habla ahora por primera vez.

Mantis: Es algo personal, pero no me importa decirlo aquí. Tengo que averiguar de quiénes son las seis calaveras que encontré en el sótano de la casa de campo de mi padre.

Nebulosa: ¿Y si no lo averiguas?

Mantis: Lloraré por quienes quiera que fuesen cuando vivían.

Cabeza de bruja: ¿También llorarás por nosotras?

Mantis: No, por vosotras sonreiré, como lo haces tú.

Parece que ninguna desea añadir nada más. Todas respetamos la decisión de Mantis. Los motivos que cada una de nosotras tenía para estar aquí eran sólo suyos, aunque los hayamos compartido durante estas noches. La decisión de vivir o morir también es de cada una, y no es necesario dar más explicaciones.

Luna negra: ¿Cuándo lo haremos?

Cabeza de bruja: Mañana, a las doce de la noche.

Nebulosa: Sí, a la misma hora del chat.

Bailarina: Me parece bien.

Manzana P: Estoy de acuerdo, no hay mucho más que hablar.

Mantis: Yo no tengo nada que decir, pero estaré a vuestro lado hasta el final.

Los segundos pasan y decido continuar.

Luna negra: ¿Cómo moriremos?

Bailarina: Hablemos primero de cómo pensábamos morir cada una cuando nos conocimos en las webs de suicidas de internet.

Luna negra: No me gusta esa palabra. Para mí es una renuncia a la vida, ante la imposibilidad de vivirla por los motivos que sean.

Bailarina: Pero eso es lo que somos, ¿no? Unas suicidas.

Cabeza de bruja: Todavía podríamos volver a cambiar el nombre del chat.

Nebulosa: ¿Y cómo lo llamaríamos?

Cabeza de bruja: «Las chicas suicidas de las cloacas».

Bailarina: ¿Es que vas a seguir riéndote hasta que estés muerta?

Cabeza de bruja: Claro, yo creo en los fantasmas, jejeje.

Manzana P: ¡Déjate de risitas por una puta vez!

Cabeza de bruja: No estoy bromeando, es mi manera de ser. ¿Habéis oído hablar de Ofelia?

Luna negra: Es un personaje creado por William Shakespeare, en su obra de teatro Hamlet.

Cabeza de bruja: Pues yo deseaba morir como ella. Cuando mi madre desapareció en el lago hice un viaje a Londres, quería ver el maravilloso cementerio de Highgate. ¡Es un sitio genial! Pero también visité la Tate Gallery, y allí descubrí mi pintura favorita desde entonces. Luna negra podrá describirnos mejor que yo ese cuadro, seguro que lo conoce.

Luna negra: La bella y desdichada Ofelia flota sobre el agua de un arroyo, con la cara y las manos fuera del agua, mientras canta hermosas canciones, y espera que el peso de su vestido la arrastre al fondo cenagoso de la muerte, con una guirnalda de flores entre sus dedos.

Nebulosa: Es muy bonito, ¿se metió andando en el agua para morir?

Cabeza de bruja: No, y no es broma, se cayó de la rama de un árbol. Pero yo sí pensaba en entrar caminando desnuda en el agua helada, donde siempre creí que había desaparecido mi madre. Quería encontrarme con ella en el fondo del lago, como Ofelia se encontró con la muerte.

Manzana P: ¡Hay formas más sencillas para desaparecer del mundo! A mí me habría bastado con meterme un chute de heroína, ya lo sabéis.

Luna negra: Antes de conoceros, yo deseaba morir de un disparo, como Hemingway, pero con una pistola y una bala de plata.

Nebulosa: Después de mi primer intento, yo seguía pensando en suicidarme. Estaba guardando pastillas de las que tomaba para la depresión y la ansiedad.

Bailarina: Cuando comencé a pensar en mi muerte, quería hacerlo volando hasta el final.

Manzana P: ¿Sin abrir el paracaídas?

Bailarina: No, lanzándome sin él. Así no podría arrepentirme.

Manzana P: ¿Por qué no dejáis que mañana me ocupe yo de preparar un sueño dulce y celestial?

Luna negra: ¿Perséfone?

Manzana P: Sí, es algo especial.

Cabeza de bruja: Si tú lo tienes claro, yo también.

Bailarina: Asegúrate de que no haya fallos, Manzana P.

Nebulosa: Si estamos juntas, de acuerdo.

Sólo queda una última pregunta.

Luna negra: ¿Dónde?

Mantis: Quizá no debería opinar, pero conozco el lugar ideal. Mañana os explicaré por qué. Estoy convencida de que podéis darle un significado a vuestra muerte, un sentido escénico que os convierta en parte de una historia, de una gran obra de arte que yo misma crearía. Es difícil decirlo aquí.

Bailarina: ¿De qué estás hablando?

Mantis: De darle una utilidad a vuestra destrucción.

Luna negra: Creo que sé lo que Mantis intenta decirnos.

Nebulosa: Estoy confusa, ¿por qué no habláis más claro?

Luna negra: El tiempo se termina. Nos veremos mañana en Berlín.

Ya nadie volverá a escribir en este chat. Desde este momento, nuestro silencio será eterno.

TERCERA PARTE

SARCÓFAGO

Ante la persistencia de la tormenta, Ursula les propuso que se quedaran a dormir en su casa, pero Helga prefirió seguir el viaje y llegar a Berlín esa misma noche.

Entraron en la ciudad desde el sur, dejaron el coche en el parking abierto de Oranienburger Straße y dieron un breve paseo bajo el paraguas hasta un club subterráneo.

Helga le dijo a Susana que la esperara delante de un gran mural de colores terrizos y figuras apenas esbozadas en unas líneas, como un bajo relieve prehistórico. La luz era muy tenue. El local estaba lleno de gente y dentro sonaba música *underground*. Susana no dejaba de sentirse impresionada. Todo era tan distinto a lo que ella había conocido hasta entonces, que pensó en pasarse la vida viajando de un lugar a otro, trabajando en cualquier cosa, o mendigando si era necesario. Ahora era libre.

Unos minutos después, la voz de Helga la sacó de sus ensoñaciones.

—Vámonos, ya tengo lo que necesitaba.

En la calle, de nuevo bajo el paraguas, Susana acercó sus labios al oído de Helga.

—¿Has comprado alguna droga?

—Cristal, es de un tío de confianza. Nada de mierda. ¿Has probado la metanfetamina alguna vez?

—No, nunca he tomado drogas.

—Esta noche tendrás la oportunidad de hacerlo. Dormir en Berlín es perder el tiempo.

En el interior del coche, Helga pidió a Susana que enrollara un billete de diez euros mientras ella preparaba dos dosis de metanfetamina sobre una tarjeta de crédito.

—Sólo tienes que hacer lo mismo que yo —dijo Helga, y esnifó el polvo de cristal con una inspiración breve y profunda.

Luego le pasó el billete enrollado a Susana, y ella mantuvo la tarjeta con la droga en la palma de su mano. Susana se tapó una fosa nasal, introdujo un extremo de los diez euros en el otro, acercó su cara a la mano de Helga y aspiró con fuerza. El hielo blanco entró en su nariz como la punta de un hierro candente. En apenas unos segundos, Susana deseó que la noche de Berlín no terminara nunca.

—Te llevaré a una fiesta que no olvidarás jamás —dijo Helga, poniendo en marcha el motor de su deportivo. Lo hizo rugir y salió del parking.

Cerca de la estación de Ostbahnhof estaba Berghain Panorama Bar, una antigua central térmica de la época soviética reconvertida en un club de varios pisos y múltiples salas de música. La fachada estaba iluminada en colores azules, rojos, amarillos y verdes, y la gente se agolpaba ante la puerta en largas colas, esperando turno para entrar.

Helga cogió a Susana de la mano, pasó entre la gente, saludó a un portero con la cara tatuada y dientes de oro, y las dos entraron sin ningún problema en el templo sagrado de la paranoia urbana de Berlín.

Durante horas bailaron sin parar en la gran sala del techno, entre luces sicodélicas, rayos láser, altas naves de hormigón y un sonido capaz de hacer estallar sus tímpanos. Susana estaba eufórica, empapada en sudor. Ya no era ella misma. Era otra. Su cuerpo se contorsionaba y vibraba con el ritmo repetitivo de la música que retumbaba dentro de su alma, robándole el aire.

—¡Baila, baila, baila...! —le gritaba Helga sin que ella pudiera oírlo.

Antes del amanecer, subieron a la tercera planta. Comieron unas hamburguesas en el Panorama Bar y volvieron a bajar hasta la entrada. Aún había gente haciendo cola para entrar.

Descendieron por una escalera metálica para acceder a una sala muy especial. Cuando entraron, un ambiente sórdido y oscuro las envolvió.

Los ojos de Helga miraron a los de Susana.

—Tranquila, no pasará nada que tú no desees —dijo.

Alrededor de ellas, entre penumbras, una chica hacía una felación a dos hombres que se besaban entre ellos, un tipo musculoso le chupaba los pechos a una mujer madura, y otras dos chicas se masturbaban una a otra en un sofá. Susana creyó que alucinaba a causa de la metanfetamina. Mujeres muy atractivas pasaban desnudas junto a ellas. Las miraban, les sacaban la lengua en un gesto obsceno y provocador, o le mostraban desde unos asientos sus sexos depilados, invitándolas a saborearlos con los impacientes movimientos de sus piernas abiertas.

Helga buscó un rincón más solitario en la oscuridad. Susana apenas veía sus ojos. Sintió los labios de Helga mordisqueando los suyos, cerró los ojos y se dejó arrastrar por un desconocido deseo de placer. El tiempo se había detenido en las neuronas de su cerebro.

No supo cómo ocurrió, pero cuando Susana volvió a abrir los ojos, Ursula también estaba allí, junto a ella y a Helga, y se besaban las tres.

La familia de Ingrid se reunía los sábados en la casa de sus padres para comer juntos. No siempre estaban todos. Klaus era el que más faltaba a la cita por razones de trabajo, pero también Stefan, el hermano menor de Ingrid, se ausentaba algunos fines de semana para visitar a su hijo de dos años en Frankfurt. Estaba separado, y en paro desde que cerrara la fábrica de acero en la que trabajaba. Hacía unos meses que había vuelto a vivir en la casa de los padres. Pero ese fin de semana, Stefan estaba allí, sentado a la mesa de la cocina mientras su madre preparaba la comida y Carla le explicaba el funcionamiento de su nuevo móvil.

Ingrid se hubiera sentido feliz, de no haber sido porque una angustiada inquietud la atormentaba desde la noche anterior, y necesitaba hablar a solas con Klaus.

Con una jarra de cerveza en la mano, los dos salieron de la cocina y se sentaron en el jardín, protegiéndose del frío bajo el porche acristalado. La bruma cubría los tejados de las casas cercanas, convirtiendo el cielo en un limbo gris que se podía tocar con las manos.

—Hay algo de lo que debemos hablar, antes de volver a casa —dijo, arrebujándose en su largo jersey de lana.

—¿Qué ocurre?

Klaus sintió que el corazón le saltaba dentro del pecho. No sabía de qué podía tratarse pero, por la preocupada expresión de Ingrid, intuyó que no hablarían de nada agradable.

—Es Carla, esta mañana he encontrado en la terraza de su cuarto la boquilla de un porro.

—¿Sólo es eso? —exclamó Klaus—. Pensé que había ocurrido algo realmente grave —añadió.

—¿Te parece que no tiene importancia? —murmuró Ingrid en voz baja para evitar que su hija la escuchara. Miró dentro de la cocina por el ventanal y vio que Carla los observaba. Sin duda, sabía que sus padres hablaban de ella.

—Quiero decir que no tienes que preocuparte tanto por Carla. Las chicas de su edad fuman esas cosas. Nosotros también lo hicimos.

—¡Sólo tiene catorce años, por el amor de Dios!

—Hablaré con ella esta noche, ¿de acuerdo?

Ingrid se apartó el pelo de la cara.

—Tienes que prestarle más atención, Klaus. Comprueba las cosas que hace en internet, con quién sale realmente, adónde va, con quién habla por el móvil...

—¿Quieres que espíe a mi propia hija?

—Me da mucho miedo que pueda ocurrirle algo y que no hayamos hecho lo suficiente para evitarlo. Mira esas pobres chicas. ¿Imaginas la culpa que sentirán sus padres ahora?

—Es posible que ni siquiera fuese un porro —dijo Klaus, sin responder a la pregunta que Ingrid le había hecho. Le horrorizaba pensar en ello—. Mucha gente fuma picadura de tabaco y lía sus propios cigarrillos con boquillas de cartón. Es algo que está de moda —explicó.

Klaus se puso en pie y le ofreció la mano a Ingrid para que se levantara de la butaca de plástico blanco

del jardín. Luego la abrazó.

—Anda, vamos adentro. Tu madre tendrá lista la comida.

La pantalla del móvil de Klaus parpadeó y recibió un mensaje entrante. Era de Margeritte Clodel.

—¿Ocurre algo? —preguntó Ingrid, recordando el día en que descubrió las traiciones de su marido.

—Europol acaba de identificar a la quinta chica.

Volvieron a casa antes del atardecer. Carla había salido con unas amigas. Ingrid parecía más tranquila, y Klaus se tumbó en el sofá, encendió el televisor y se puso a ver un partido de fútbol. No era algo que le apasionara.

Mientras tanto, esperó a que su hija regresara para hablar con ella. Pero pasaron las horas y Carla no volvió esa noche a casa.

Por la mañana había dejado de llover, pero el cielo de Berlín seguía dominado por el color negruzco de unos nubarrones amenazantes. Desde el ático abuhardillado de Helga en Markgrafenstraße, Susana podía ver las cúpulas semiesféricas de las dos iglesias gemelas de Gendarmenmarkt, y el frontispicio del gran edificio neoclásico de la Orquesta Sinfónica de Berlín. Helga le dijo que Bruno había tocado muchas veces su chelo en la Konzerthaus, una de las salas de conciertos más bellas del mundo.

Se dieron una ducha, se cambiaron de ropa, esnifaron otra dosis de metanfetamina y volvieron a salir a la calle sin haber dormido. Ninguna de las dos dijo nada sobre lo ocurrido durante la noche. Susana no parecía sentirse mal, pero tampoco se atrevía a hablar abiertamente de ese asunto. Ni siquiera estaba segura de que todo hubiese sucedido realmente como ella creía. Incluso podía haber sido un delirio o un espejismo, una desenfadada fantasía sexual creada en su imaginación por las drogas que Helga le había dado en Berghain Panorama Bar. No podía recordar cuántas veces esnifó el polvo de cristal, ni si había bebido alcohol o tomado otras pastillas.

—¿Estás preparada para andar? —le preguntó Helga.

—Podría ir andando al fin del mundo.

Antes de salir de Leipzig, Helga había prometido mostrarle a Susana la noche y el día de Berlín. Y lo hizo.

—Empezaremos por visitar la catedral. Desde la cúpula podrás hacerte una idea de cómo es toda la ciudad.

Comenzaron a caminar por Französische Straße. Hacía frío. Susana cerró la cremallera de su plumón y metió las manos en los bolsillos. En la espalda llevaba una pequeña mochila con un par de botellas de agua. Tenía sed, mucha sed.

—¿Ursula estuvo anoche con nosotras en aquella sala oscura de Berghain? —se atrevió a decir.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Lo sabes muy bien.

—¿Tú qué crees que pasó? —siguió inquiriendo Helga, sin responderle.

—Yo creo que sí —afirmó Susana.

—Entonces ¿qué más da lo que te diga yo?

—No estoy segura de si lo de anoche fue real o si fue una alucinación mía.

Helga sonrió.

—Creo que disfrutaste mucho, sólo eso.

—¿Por qué no me dices la verdad?

—Porque esas verdades sólo puedes sentir las tú. A veces pienso que no hay tanta diferencia entre una realidad vivida y otra soñada. Yo tampoco estoy muy segura de lo que hice anoche. Mi única verdad es que me importa una mierda lo que pasara. Lo que hice anoche lo olvidé anoche. Intento vivir intensamente el presente.

—Estoy segura de que tu amiga Ursula estuvo anoche en Berlín —afirmó Susana más convencida—.

¿Dónde está ahora?

—Ursula aparece y desaparece sin avisar. Ahora puede estar en cualquier parte.

Una ambulancia pasó a su lado con la sirena encendida. Dejaron que se alejara, antes de cruzar la avenida Unter den Linden. No había mucho tráfico y no esperaron a que la luz del semáforo cambiara a verde.

Helga señaló a su izquierda, a lo lejos.

—Al fondo de la avenida está la Puerta de Brandeburgo. Si quieres, podemos ir esta tarde, después de comer.

—Como tú prefieras, supongo que hay muchos monumentos que ver en Berlín —comentó Susana.

Su interés por conocer la ciudad había disminuido. Le importaba más conversar con Helga, hablarle de ella, de Bruno, de sus dudas y sus miedos.

Después de visitar la catedral y de recrearse durante un buen rato con las vistas panorámicas de la cúpula, siguieron paseando por la orilla del río. Muchos grupos de estudiantes se movían por los alrededores de Museumsinsel.

Mientras contemplaban los pórticos neoclásicos del Museo de Pérgamo, Susana pensó en Ilian Volky y se preguntó si habría dejado la residencia de estudiantes y qué haría en ese momento. Imaginó que estaría bebiendo cerveza con sus amigos de la universidad en alguna taberna de Leipzig, riéndose de su propia tartamudez, y sin echarla a ella de menos. También era posible que Ilian hubiera aprovechado el fin de semana para hacer uno de los viajes culturales programados para estudiantes Erasmus.

Pero Susana no lamentaba estar en Berlín, acompañada por Helga, y con una dosis de metanfetamina nublándole el pensamiento.

Entraron en Bebelplatz. Susana seguía ensimismada mientras caminaba junto a Helga hasta el centro de la plaza adoquinada. Helga se detuvo ante un grueso cristal que cubría un hueco cuadrado abierto en el suelo. Dentro del insólito espacio subterráneo había unas estanterías blancas vacías.

—¿Qué es esto? —preguntó Susana.

—Los nazis quemaron aquí miles de libros, una noche de primavera. Por eso los estantes de ahí abajo están vacíos.

—¿Te habló Bruno de la nota? —preguntó de pronto.

La expresión de Helga fue de sorpresa.

—¿De la nota?

—Sí, de la calavera y las chicas de las cloacas.

—Ah, te refieres al título de la obra de teatro que Lessi estaba escribiendo.

—Bueno, no sé nada de esa obra. La nota la encontré en uno de los libros que Lessi dejó en el apartamento.

—Bruno me envió un wasap la tarde que le dijiste que habías encontrado el pósit de Lessi. No sé por qué pensaste que pudiera tener alguna relación con las cinco chicas muertas en el monumento de Leipzig.

—No sé, me asustó ver la calavera dibujada junto a esas palabras.

Helga hizo una mueca de asentimiento.

—¿Tienes alguna idea de cuántas obras publicadas y sin publicar tienen la palabra «chica» o «chicas» en su título?

—Nunca lo he pensado.

—Pues busca en Google, hay muchas. La primera idea de Lessi era que su obra de teatro se titulara *Las damas de la Luna Negra*, luego pensó que sonaba demasiado empalagoso, como pasado de moda, y que las chicas protagonistas de su obra eran mucho más viscerales y trágicas. Por eso la tituló *Las chicas de las cloacas*. Ya sabes, porquería emocional. Me dijo que los personajes de la historia se lo habían

pedido y que ella había aceptado a regañadientes. Lessi ni siquiera estaba segura de si su obra de teatro sería una comedia o un drama.

—¿Ella te hablaba de lo que hacía?

—Pocas veces, era bastante reservada.

—¿No sabes si terminó de escribirla?

—Una vez me confesó que no la acabaría hasta que los personajes decidieran su final. Pero también me dijo que nunca la representaría ni la publicaría. No quería que nadie conociera lo que ocurría en esa historia. Fue poco tiempo antes de marcharse del apartamento de Bruno.

Oír el nombre de Bruno en boca de Helga animó a Susana a seguir hablando:

—¿Puedo confesarte un secreto? —preguntó.

—Si me lo cuentas, dejará de ser tu secreto.

Las palabras de Helga la hicieron dudar.

—Necesito hablarlo contigo. Me siento muy mal cuando pienso en ello —dijo al fin.

—De Bruno no hay nada que pueda sorprenderme, si es eso lo que te preocupa.

—Encontré una pistola en su casa.

Helga se detuvo y miró a Susana con severidad.

—¿Registraste sus cosas aprovechando que estabas sola en la casa? ¡Joder, eras su invitada!

—Fue una situación extraña, como si algo o alguien me llamara desde arriba de la casa.

—¡Déjate de rollos conmigo!

—Lo siento, pero no pude resistir la curiosidad. Al ver la escalera subí a la buhardilla. No buscaba nada, sólo quería ver qué había allí.

—Esa pistola era de Lessi, yo misma se la di.

—Había otra nota manuscrita.

—Lo sé, ya te dije que entre Bruno y yo no hay ningún secreto.

Susana empezaba a sentirse agotada. El efecto eufórico de la metanfetamina estaba desapareciendo de su torrente sanguíneo y comenzaba a bloquear su cerebro. La caída al abismo no tardaría en llegar, a menos que esnifara una nueva dosis. Miraba a Helga y percibía sus movimientos difuminados, como envueltos por la bruma. Su voz le sonaba con el eco de un tonel endemoniado. Por un momento creyó que tenía arañas recorriendo su cara, y pasó su mano por la mejilla. Sintió ganas de abrir la boca y gritar. Luego miró su reloj de pulsera y comprobó que sólo eran las tres de la tarde.

—Necesito dormir —dijo angustiada.

—Estamos muy cerca de mi apartamento, pero no cierres los ojos hasta que llegemos, te des una ducha de agua fría y te metas en la cama, antes de que sufras alucinaciones.

Un sudor helado recorrió la frente de Susana. Miró a Helga y lo que vio fue una cara monstruosa.

A las dos de la madrugada del domingo, todas las unidades disponibles de la policía de Leipzig buscaban por la ciudad y los alrededores a Carla Bauman: una adolescente de catorce años, pelo largo y ondulado de color castaño, ojos marrones, vestida con unos leggings burdeos, un suéter malva, unas botas bajas negras con gruesas suelas de goma y hebillas de metal a los lados, y una cazadora de cuero negro.

El comisario Clemens Eisembag se había ocupado directamente de organizar el dispositivo de emergencia desde la casa de Klaus Bauman, después de que Ingrid descartara que su hija pudiese estar con alguna amiga de las que ellos conocían. Todas habían vuelto con sus familias sobre las diez de la noche, y ninguna había visto a Carla. El último wasap enviado desde su móvil al grupo de compañeras del instituto con las que salía los fines de semana había sido recibido por ellas después de salir del cine, a las 18.30 horas. Les decía que estaba llegando a casa. No había vuelto a conectarse a la red social después de esa hora. Tampoco los chicos con los que a veces se veían en los alrededores de Augustusplatz sabían nada de ella. Ni había ingresado en ningún hospital, ni la policía tenía conocimiento de que se hubiera producido algún accidente.

Ingrid estaba deshecha, no dejaba de repetirle a Klaus que Carla la había visto hablar con él en la casa de los abuelos, y que estaría asustada por el asunto del porro.

—La mayoría de las adolescentes que no vuelven a casa un sábado por la noche lo hacen al día siguiente —dijo el comisario en un vano intento de tranquilizarla.

Stefan, el hermano de Ingrid, estaba sentado junto a ella en el sofá. Sus padres no sabían nada.

El sonido del móvil del comisario los alarmó. Contestó con monosílabos y volvió a colgar.

—La orden de detención y registro ha llegado a la comisaría, acaba de enviarla el juzgado de guardia por fax. Una unidad de operaciones especiales ya se dirige a la casa de Gustav Lastoon —dijo.

La mirada del comisario se detuvo un instante sobre la mesa situada entre dos sillones de lectura, junto a la chimenea. Cogió un libro y volvió a mirar a Klaus.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Me lo dio Gustav Lastoon en la biblioteca de la universidad.

—¿Aún sigues creyendo en las historias de ese chiflado pervertido?

—No descarto ninguna línea de investigación, sólo es eso.

Clemens Eisembag dejó el libro sobre la mesa.

—Será mejor que te quedes con Ingrid en casa, te mantendré informado de lo que pase —dijo el comisario.

Klaus Bauman no hizo caso a la sugerencia de su superior. Se puso un chaquetón sobre la camisa y ajustó la pistola en su costado izquierdo.

—Si ese hijo de puta le ha hecho algún daño a Carla, lo mataré yo mismo, puedes jurarlo.

Los ojos del inspector eran los de un perturbado que no aparta su mirada de un punto invisible en el infinito.

—Está bien, iremos en mi coche —dijo el comisario.

La bruma expandía los destellos azules de la sirena sobre las calles mojadas de Leipzig. Mientras conducía, Clemens Eisembag hablaba para que Klaus no pensara. Le dijo que se trataría de una falsa alarma, de un acto de rebeldía muy común entre adolescentes, o de una simple travesura de Carla por miedo a que él la reprendiera por fumar porros. Estaba seguro de que volvería cuando se calmara. Podía estar en compañía de alguna amiga o de algún chico que ni Ingrid ni él conocían.

—Tú nunca has tenido hijos, no puedes entender el dolor que siento —dijo Klaus.

La idea de que Gustav Lastoon tuviera algo que ver con la desaparición de Carla no dejaba de girar vertiginosamente en su cabeza. El guía de turismo fúnebre se había convertido en el principal sospechoso del crimen de las cinco chicas y él lo había dejado en libertad, en contra de la opinión de su propio jefe. No podía aceptar de ningún modo que Gustav Lastoon hubiera traicionado su confianza, ni que se hubiera burlado de él asegurándole que era inocente, para mostrarle ahora la atrocidad de su propia estupidez al no haberlo encerrado en una cárcel para siempre, cuando tuvo la oportunidad de hacerlo. Sería un acto demasiado perverso, demasiado atroz incluso para un psicópata necrófilo, pensó.

—Deja de atormentarte a ti mismo con lo que estás pensando, sólo se trata de una medida de seguridad. Ese tipo no tiene ningún motivo para querer hacerle daño a tu hija. Incluso apostarí a que te está agradecido. Si está libre es sólo porque tú confiaste en él —dijo el comisario sin apartar los ojos de los coches que adelantaba.

Klaus Bauman se cubrió la cara con las manos. Luego apretó los dientes y golpeó la guantera del coche con el puño.

—¡Maldita sea, ya sé que debí haberte hecho caso!

—Ahora es inútil lamentar que no lo detuvieras.

Tenía el presentimiento de que algo no iba bien. Una sombra negra le nublabla la razón, a pesar de que el policía que vigilaba a Gustav Lastoon esa noche le había asegurado que el sospechoso entró solo en su casa a las 22.00 horas y no había vuelto a salir. También el agente del turno de día lo había seguido durante la mañana y la tarde, sin que le hubiera perdido de vista ni un solo instante, mientras el guía hacía distintas rutas turísticas por la ciudad con el minibús de la empresa para la que trabajaba.

Pero esa información no lo tranquilizaba. Carla podía haber sido raptada por alguno de sus cómplices necrófilos, para que Gustav Lastoon tuviera como coartada que había estado trabajando hasta tarde, vigilado por la policía. Sabía que lo seguían desde el día en que descubrió los cadáveres.

Cinco miembros de la unidad de operaciones especiales esperaban ocultos junto a la puerta de la casa. Cuando el comisario llegó, les dio la orden de que entraran. Rompieron la puerta con un ariete de acero y se precipitaron al interior de la vivienda con las pistolas y los fusiles de asalto en las manos. Lo registraron todo en unos minutos.

En la casa no había nadie.

Cuando Susana despertó, Bruno Weiss estaba sentado al borde de la cama. Al verlo sonrió, se incorporó y se cubrió con el edredón hasta el cuello. Tenía puesto un pijama, pero no recordaba cómo se lo puso ni cuándo se acostó.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, feliz de que Bruno estuviera a su lado. Al menos, en ese momento no le preocupó que se tratara de una alucinación.

—He llegado del aeropuerto hace un rato, no he querido despertarte. Me gusta verte dormir.

—¿Qué hora es?

—Las dos de la tarde.

—Tengo hambre —dijo Susana.

Bruno tenía su móvil en las manos.

—Helga me ha dicho que llevas más de veinte horas durmiendo.

—¿Y qué más te ha contado?

—Nada de lo que debas preocuparte. Berlín es tentador: cielo e infierno. Ahora ya lo sabes.

La mente de Susana buscó en su memoria los recuerdos de lo que había hecho desde la noche del viernes, pero sólo encontró retazos de imágenes confusas y remotas. Apartó el edredón a un lado de la cama y se levantó.

—¿Dónde está Helga?

—Nos espera en un restaurante, cerca de aquí.

Una llovizna perezosa caía sobre ellos mientras caminaban. Volver a estar junto a Bruno le aportó a Susana una agradable sensación de calma.

Bruno le habló de Milán, del gran teatro de la Scala y de la emoción indescriptible que habían provocado en él los aplausos del público en la apoteosis final del concierto para chelo y orquesta de Dvorak, del que él había sido solista.

—Nada comparable a ninguna droga —dijo.

La palabra «droga» se clavó en el cerebro de Susana como si hubiera vuelto a esnifar polvo de cristal. No era su conciencia la que le reprochaba los excesos de la noche del viernes, que ella se resistía a recordar. Era otra voz más lejana, perdida en su memoria, la que le decía que ya nada sería igual.

—¿Por qué eres tan distinto? —preguntó.

Bruno deslizó su mirada sobre los ojos de Susana.

—¿Tan distinto a qué?

—A ti mismo.

—¿Eso crees?

—Ahora pareces otro, alguien diferente al día en que te conocí en la estación de Leipzig, o a la noche del jueves pasado, cuando tocaste la batería con tu banda en BimboTown. Con el pelo suelto eres..., no sé, más misterioso.

—Si lo prefieres, puedo quitarme la cola.

—No, no, me gustas más así. Es sólo una sensación mía.

Helga estaba sentada en la galería acristalada de un restaurante situado junto a la Puerta de Brandeburgo. Sobre la mesa había una botella de cerveza y una copa. Muchos turistas ocupaban las mesas de alrededor.

—No podías irte de Berlín sin conocer Pariser Platz. Espero que Bruno te haya contado alguna historia de la plaza mientras veníais hacia aquí —dijo Helga, después de que Susana y Bruno se sentaran a la mesa.

—Sólo hemos comentado mi viaje a Italia —aclaró Bruno. Cogió la carta y se la pasó a Susana para que eligiera su menú. Luego, un camarero les tomó nota y se retiró.

—¿Se lo dices tú? —preguntó Helga.

La cara de Susana expresó su desconcierto.

—Cuando Lessi se marchó del apartamento, yo también encontré algo en su habitación relacionado con la nota de las chicas de las cloacas.

—No os entiendo —dijo Susana.

—Lessi no se llevó la obra de teatro que había escrito.

—¿La tienes tú?

—Sí, la tengo escondida en un lugar seguro.

—¿Qué significa «escondida»?

—Lessi no quería que nadie leyera el manuscrito de su obra —respondió Helga.

—¿Y lo habéis leído?

—Sí, muy interesante —dijo Bruno.

—Pero ¿por qué me habláis de esto?

—En el libro se explica lo del pósito amarillo que tú encontraste y lo de la pistola —aclaró Bruno.

Los ojos de Susana parpadearon antes de mirar a Helga. Pero Bruno continuó:

—Helga me ha dicho que registraste la buhardilla de mi casa.

—Lo siento, siento haber hecho algo así —dijo Susana.

—Eso ya no importa.

—No sé lo que puedo hacer para disculparme.

El camarero les sirvió la comida: carne asada con patatas. Helga cogió el cuchillo de la mesa y señaló con él a Susana.

—Bastará con que no digas nada si alguien te pregunta.

—¿Alguien como quién? No os entiendo.

—El inspector Klaus Bauman, por ejemplo —dijo Bruno.

—¿El que investiga la muerte de las cinco chicas?

—Sí, nosotros sabemos lo que ocurrió.

—¿Y no se lo habéis dicho a la policía?

—La policía lo sabrá a su debido tiempo.

No podía volver a su casa sin Carla. Ingrid se lo había suplicado con lágrimas de reproche en los ojos, cuando Klaus y el comisario se marcharon para detener a Gustav Lastoon y registrar su casa.

Cómo podría decirle a Ingrid que el guía de turismo fúnebre había huido por un túnel secreto, detectado en el sótano de su casa con técnicas de georradar utilizadas por la unidad de operaciones especiales de la policía. Le partiría el corazón en dos, como se lo había partido a él confirmar que no era casualidad que su hija desapareciera y, pocas horas después, Gustav Lastoon se escabullera por las alcantarillas de Leipzig como una rata. Habían encontrado el móvil de Carla manchado de barro en ese túnel.

Muchas casas de Leipzig y otras ciudades del este de Alemania estaban minadas por túneles excavados para los refugios antiaéreos durante la guerra, o como pasadizos por los que escapar de la persecución de la Stasi, la antigua policía secreta de la era comunista.

Para Klaus Bauman no había ninguna duda: si la policía había hallado el móvil de Carla en el túnel secreto de la casa, Gustav Lastoon sabía dónde estaba su hija y si aún seguía viva. Sólo encontraría a Carla si antes encontraba al maldito guía turístico que se la había llevado a algún otro lugar, situado en cualquier parte de Leipzig o de Alemania. Él tenía que descubrirlo, antes de volverse loco.

A las diez de la mañana, un grupo de tres hombres vestidos con gabardinas entró en el despacho del comisario Clemens Eisembag.

Klaus Bauman estaba sentado en uno de los sillones, sin dejar de remover sus manos. Sabía quiénes eran esos tipos y a qué habían venido a Leipzig desde Berlín. Eran agentes de la policía federal. Iban a hacerse cargo del caso. El comisario le había explicado a Klaus la decisión que habían tomado en el ministerio, poco después de conocer durante la madrugada la noticia de la desaparición de Carla, y de la huida del único sospechoso del crimen de las cinco chicas extranjeras.

Los tres agentes se quitaron las gabardinas, las colgaron de una percha junto a la entrada del despacho y se sentaron: dos en el sofá y otro en una de las butacas junto a la mesa, como si vigilara la puerta cerrada. El comisario se acomodó en el sillón situado frente a Klaus Bauman.

El mayor de los tres agentes, un hombre de unos cincuenta años, con el pelo y una cuidada barba gris, fue el primero en hablar. Había algo que Klaus no sabía aún.

—El caso de su hija no es el único —dijo, mirando al inspector, que sintió un mazazo en el pecho—. Otras cinco chicas más no regresaron a sus casas durante las noches del viernes al domingo. Todas son adolescentes alemanas.

El cuerpo de Klaus Bauman tembló bajo su propia piel, con una convulsión imperceptible fuera de ella. La historia de depravación y muerte de Helena Maitner, su marido, el capitán Struth, y los cuatro oficiales nazis, que el propio Gustav Lastoon le dijo que encontraría en la tesis doctoral, parecía repetirse, como una pesadilla de terror, con la desaparición de Carla y otras muchachas de su edad.

—¿Cinco chicas alemanas? —preguntó incrédulo, a la vez que pasaba los dedos de su mano por sus cabellos, con un movimiento insistente y desesperado. Él era el único responsable de esas

desapariciones, escuchaba a gritos en su conciencia.

El agente federal se puso en pie, se acercó a un gran mapa de los estados de Alemania, que colgaba en una pared del despacho, y cogió unos marcadores rojos. Fue hablando a medida que los clavaba sobre la superficie del mapa.

—Las adolescentes desaparecidas, incluida su hija Carla, vivían en distintas ciudades de seis estados: dos de ellas al norte, una al este, otra al oeste y las dos últimas al sur.

Klaus Bauman unió con unas líneas imaginarias los seis puntos rojos clavados en el mapa.

—Ésa es la silueta de un sarcófago hexagonal invertido —dijo en un tono tan neutro como apagado.

El agente federal que seguía sentado en el sofá, más joven y con gafas grandes de moda, lo miró con simpatía.

—Así es, inspector Bauman. En nuestra opinión, una vez analizados los antecedentes del caso de las cinco chicas extranjeras, y sus propios informes sobre Gustav Lastoon, todo apunta a que fue él, con la ayuda de otros cómplices, quien cometió el crimen del monumento, y quien podría cometer otro siguiendo algún ritual necrófilo con la lencería erótica, las heridas y el puñal pintado en la espalda.

El comisario permanecía en silencio.

—Pero todo lo que decía era tan real, tan verosímil, tan coherente... —lamentó Klaus Bauman.

—No se engañe usted mismo, inspector; la historia de una conspiración neonazi sólo ha sido una patraña creada por el propio Gustav Lastoon, para desorientarlo a usted con ella. Suponemos que anoche debió de raptar a su hija cuando regresaba sola a su casa, sabiendo que usted iría a buscarlo, y decidió huir a otro escondrijo. Pero le encontraremos, no lo dude.

Klaus Bauman repasó visualmente cada momento que había estado junto a Gustav Lastoon, y en su mente volvió a escuchar su voz cuando le dijo que temía que lo mataran también a él. Era como si una parte desdoblada de sí mismo siguiera resistiéndose a creer que el guía de turismo fúnebre tuviese algo que ver con la desaparición de Carla, a pesar de la prueba concluyente de que el móvil de su hija había sido encontrado dentro del túnel secreto por el que Gustav Lastoon había escapado la pasada noche. Una percepción distorsionada de un hecho que el inspector Bauman se negaba a aceptar ante los agentes de la policía federal, como si la voz de Gustav Lastoon le gritara que siguiera confiando en él.

—Si las adolescentes han desaparecido en seis estados distintos, no puede tratarse de simples psicópatas guiados por un loco iluminado como Gustav Lastoon. Detrás de él tiene que haber una organización delictiva con una sólida estructura en todo el país —dijo, haciendo un gran esfuerzo por concentrarse en encontrar las palabras que buscaba para expresar una idea tan simple.

—Para eso estamos aquí, inspector, para averiguar qué demonios está pasando.

El lunes por la mañana, fue Bruno Weiss quien llevó a Susana en su coche a la universidad. Regresaron de Berlín en el último tren de la noche, y Susana se quedó a dormir con Bruno en su casa. La bruma flotaba sobre el agua negra del río.

En la cama, Bruno comenzó a acariciar el cuerpo desnudo de Susana mientras le relataba al oído la historia que Helga le había contado sobre la relación lésbica que las dos habían tenido con Ursula en las cavernas de Berghain Panorama Bar. La excitación de Susana crecía al escuchar las palabras susurradas por Bruno, y no tardó en alcanzar un orgasmo cuando él se adentró en su sexo, primero con los dedos y luego con la lengua.

Dentro de clase, Susana aún sentía cosquillas en su estómago. Había sido un fin de semana fantástico y miraba a sus compañeras de clase con un aire de sutil superioridad. No sólo había disfrutado libremente de su sexualidad, sino que había conseguido que Helga y Bruno confiaran en ella. De otro modo, ninguno de los dos le habría confesado que sabían lo que les había ocurrido a las chicas de las cloacas. Y aunque no le dijeron mucho más, pronto lo sabría todo.

Bruno le había contado en el tren de vuelta a Leipzig que una noche, de madrugada, llegó al apartamento de su abuela después de haber estado con otros amigos celebrando un cumpleaños por las tabernas de Karli. Lessi no estaba en su habitación. Había salido a dar uno de sus solitarios paseos nocturnos, pero había olvidado apagar el portátil, que seguía encendido sobre la mesa del gabinete. Bruno aprovechó la oportunidad para curiosear en los archivos de Lessi, y al activar la pantalla encontró abierta una página de un chat con el nombre de «Las chicas de las cloacas». Pulsó «Entrar» en el teclado, pero la página le pidió una clave de acceso. Miró por la mesa sin encontrar ninguna relación de números o letras anotados en alguna parte. Entonces introdujo una serie de números iguales y otra de números y letras consecutivos: 1a2b3c4d5e6f. La página parpadeó durante unos instantes, y otra ventana le advirtió de que la contraseña introducida era incorrecta, y que se había activado el sistema de seguridad contra intrusos. Cerró la nueva ventana y dejó el portátil, sin atreverse a seguir mirando, cuando se dio cuenta de que el chat en el que hablaba Lessi por las noches no estaba en una dirección normal de internet, sino en la Deep Web.

Susana no tenía ni la menor idea de lo que era eso, aunque lo tradujo como la «internet profunda», y Bruno le explicó que Lessi debía de estar metida en algún asunto extraño, para ocultar su identidad entre las rarezas, las ilegalidades y las oscuras perversiones de la Deep Web. Desde entonces había desconfiado de ella, hasta que un día habló con Helga y le dijo que no se preocupara, que Lessi era inofensiva y sólo buscaba en la Deep Web la historia de su obra de teatro.

—¿Y por qué le dio Helga una pistola?

—Porque Lessi deseaba suicidarse.

—Pero en la nota decía que ya no la necesitaba, por eso te dejaba a ti la pistola como recuerdo —dijo Susana.

—Lessi era imprevisible. Decidió marcharse y cambió de planes, no hay nada más.

En presencia de los agentes federales, el comisario le había dicho a Klaus Bauman que, desde ese momento, quedaba apartado del caso, advirtiéndole de las consecuencias que tendrían para él, y para su carrera policial, la desobediencia de la orden del ministerio, que le entregó personalmente por escrito. Luego, en una breve conversación a solas, mantenida mientras el inspector Bauman recogía sus efectos personales y los metía en un viejo maletín, Clemens Eisembag le dijo que lamentaba mucho lo ocurrido y que comprendía por lo que estaba pasando.

—No, no lo comprendes, nadie puede comprenderlo.

—Tienes que aceptar la situación por muy dura que sea, no hay otra alternativa. Las cosas son como son.

—Buscaré a mi hija, nadie va a impedirme que lo haga.

—Creo que deberías entregarme la pistola —dijo el comisario.

Klaus Bauman se quitó el arma del costado y se la dio.

—Será mejor que te vayas a casa con Ingrid, y esperes allí a que yo te llame. Todo saldrá bien, si no vuelves a equivocarte. Hazme caso.

Pero él no estaba dispuesto a quedarse escuchando los sollozos de Ingrid, mientras esperaba frente al televisor a que los agentes federales aparecieran en los informativos de toda la nación dando la trágica noticia de que habían encontrado los cadáveres de las seis adolescentes desaparecidas, presuntamente asesinadas por el sospechoso Gustav Lastoon, a quien el inspector Klaus Bauman, padre de una de las nuevas chicas muertas, había dejado en libertad tras descubrirse el crimen del monumento a la Batalla de las Naciones de Leipzig.

Cuando salió de la comisaría, Klaus Bauman se dirigió a la biblioteca de la universidad. Mientras conducía, el número seis se había convertido para él en una obsesión. Recordó la teoría de la agente de Europol sobre Gustav Lastoon y sus clientes necrófilos, y lo que le había dicho en el mirador de la torre sobre la asimetría de los cadáveres que aparecían en las fotografías, respecto del eje central de la fachada del monumento. Según el gráfico que le mostró entonces en su iPad, debían ser seis y no cinco. Y, ahora, las conclusiones de Margaritte Clodel, que aquella tarde le parecieron absurdas, adquirirían para él un nuevo significado: seis adolescentes desaparecidas.

Entró en la biblioteca después de asegurarse de que nadie lo seguía. Pasó a secretaría y se identificó como inspector de la unidad de homicidios de la policía. Una mujer de carácter esquivo lo atendió. Klaus le preguntó que si alguien había preguntado el viernes pasado por la tesis doctoral del profesor Hengel Tonvenger. La secretaria miró en el ordenador y le dijo que ese libro se lo había llevado él mismo, según constaba en la ficha de salidas para libros en préstamo. Nadie se había interesado por esa tesis doctoral desde hacía muchos años. Klaus asintió.

—También necesito revisar las cámaras de seguridad de la entrada y de la sala principal —dijo.

—Me temo que en eso no podré ayudarle. Afecta a la intimidad de los estudiantes, es información protegida.

—¡Vamos, no me venga ahora con ésas! Yo mismo estaba sentado a una mesa. Bastará con mi autorización firmada.

—Lo siento, pero debe traer usted una orden judicial.

Klaus Bauman movió la cabeza y salió de la secretaría. En la entrada habló con el vigilante de la biblioteca, un hombre demasiado delgado para poder defenderse a sí mismo de un eventual agresor. Le explicó lo que deseaba ver y le mostró su placa.

—Sígame —dijo el vigilante.

Bajaron al primer sótano de la biblioteca. Detrás de una puerta con cristales reforzados había otros dos vigilantes uniformados, rodeados de pequeños monitores de televisión a color.

El hombre delgado abrió la puerta para que entrara el inspector, la cerró de nuevo y regresó a su puesto.

Dentro de la oficina de seguridad, Klaus Bauman volvió a explicar el motivo de su visita. Uno de los dos vigilantes buscó las grabaciones del día y la hora que le indicó.

La imagen de la entrada del edificio permanecía fija en la pantalla. Aparecieron varios estudiantes que entraron juntos, luego una chica con libros en el brazo. Al poco, surgió en el monitor la figura corpulenta de Gustav Lastoon, con su gorro negro de lana y su barba pelirroja. Abrió la puerta de la biblioteca y entró. En la acera de enfrente, apoyado en una pared, el policía que lo vigilaba apenas era visible en la pantalla. Unos segundos después, otro estudiante con una mochila colgada del hombro se detuvo ante la puerta, miró hacia los lados y entró.

—¡Rebobina! —dijo el inspector Bauman como si diera una orden.

—Ahí tiene de nuevo la imagen.

—¿Puedes acercar la cara?

—Claro, un segundo.

—Perfecto.

—¿Quiere que le imprima una copia?

—Sería estupendo.

El otro guardia jurado ya había localizado la grabación de la sala principal de la biblioteca. Gustav Lastoon se veía de espaldas después de entrar, fue a una zona apartada y se sentó. Tenía un libro en la mano que dejó sobre la mesa. Después entró el mismo estudiante de la mochila. Sacó una carpeta con apuntes y se dispuso a estudiar. Todo normal. En la pantalla apareció el inspector. Se sentó frente al guía turístico. En ese momento, el estudiante de la mochila sacó su móvil.

—Páralo ahí. ¿Puedes ralentizar los movimientos de la cámara?

—Sin problema.

De nuevo en la pantalla, el estudiante puso el móvil horizontalmente sobre la mesa, enfocó su cámara hacia la mesa en la que estaba sentado Gustav Lastoon con el inspector, y activó la grabación. Luego, antes de que él se levantara, volvió a pulsar sobre el móvil, recogió sus cosas y se marchó.

Dos horas antes de que Klaus Bauman llegara a la Estación Central para recoger a la agente de Europol, que regresaba a Leipzig después de haber pasado el fin de semana con su hija en París, la inspectora Mirtha Hogg había salido en un tren con dirección a Nuremberg para interrogar al pintor de arte erótico, cuyos cuadros de mujeres jóvenes vestidas con lencería tenían apreciables semejanzas con las prendas pintadas en los cuerpos de las chicas muertas.

Klaus Bauman apoyó la cara sobre el hombro de Margeritte Clodel y contuvo las lágrimas que se le escapaban de los ojos.

—Todo se resolverá —dijo la agente de Europol, pasando la palma de su mano por la barba abandonada de Klaus para mostrarle su afecto.

Entraron en la cafetería de la estación. Klaus le contó a Margaritte el horror que había vivido al intuir que Carla no volvería a casa la madrugada del domingo. Sabía que tenía que haber sucedido algo grave. El asunto del porro sólo era una anécdota. Klaus hablaba a menudo con su hija sobre las drogas sin que Ingrid lo supiera. Era difícil evitar que las adolescentes como Carla no bebieran alcohol, o fumaran marihuana o hachís, cuando la mayoría de los chicos de su edad lo hacían. Pero Carla jamás habría abandonado a su familia por ese motivo.

—Carla no podría vivir sin su madre ni la pequeña Bertha —dijo Klaus.

La agente de Europol también había sido informada por sus jefes de la situación, antes de que su avión despegara esa mañana de París hacia Berlín. Las directrices eran que no se inmiscuyera en el caso de la desaparición de las seis adolescentes de nacionalidad alemana, por ser una cuestión criminal de exclusiva competencia de las autoridades policiales y judiciales del país. Su misión en Berlín debía limitarse a concluir las investigaciones sobre la muerte de las cuatro chicas de la Unión Europea ya identificadas, dejando también en manos de las autoridades de Serbia y Alemania la cuestión relativa al último de los cadáveres identificados: una chica de veintiocho años llamada Vericka Ludovic.

—Estaba buscada internacionalmente desde comienzos del verano por la policía serbia como presunta asesina de un sádico depravado que colgaba vídeos *snuff* en la Deep Web, llamado Milos Utko. Las huellas dactilares de la chica estaban por toda la casa, y en una de las habitaciones había mordazas, cadenas con grilletes junto a una cama, y múltiples manchas de sangre en el colchón, en el suelo y en las paredes, que se correspondían con su ADN. Además, en el ordenador de Milos Utko, la policía serbia había encontrado numerosos archivos informáticos repletos de vídeos y fotografías en los que aparecía Vericka Ludovic desnuda, con profundos cortes de cuchillo en su espalda, y ese hijo de puta torturándola y abusando de ella ante una webcam de pago, creada en la internet profunda. La policía serbia cree que se trataba de una esclava sexual, sometida a todo tipo de aberraciones por el mismo hombre al que ella mató, cortándole el cuello con una navaja —dijo la agente de Europol.

—A esa chica deberían haberle concedido una medalla al valor —murmuró Klaus Bauman con desprecio.

—Ya no podrán hacerlo. Tampoco creo que les fastidie haberla encontrado muerta. Por lo que sé, sólo quieren recuperar el cadáver de la chica para cerrar el caso de Milos Utko en Serbia.

—Pero esos datos abren aquí otras posibilidades de investigación. Al menos, tenemos un vínculo directo de esa chica con Leipzig.

Klaus Bauman miraba la taza de su café sobre la mesa de la cafetería, pero elevó bruscamente la cabeza y fijó sus ojos en los de Margaritte.

—¿Qué te pasa?, te has puesto pálido.

—¿Has traído fotos de ella?

—Sólo tengo las que me han enviado desde La Haya esta mañana. También hay algunas del hombre al que mató. ¿En qué estás pensando?

—Esa chica podría ser la misma a la que el profesor del conservatorio le había alquilado un apartamento. Era serbia, ¿recuerdas?

—¡Te han apartado del caso, Klaus! No puedes seguir investigando por tu cuenta —dijo Margaritte.

En ese momento, el inspector Bauman volvió a mirarla a los ojos y le contó todo lo que había leído en la tesis doctoral sobre las perversiones necrófilas de Helena Maitner, su marido, el capitán Struth, y cuatro oficiales de las SS nazis durante la guerra.

—La foto en blanco y negro del sarcófago abierto entre las ruinas de la casa, y el cadáver momificado de una muchacha en su interior, era espeluznante. Me horroriza pensar que a mi hija y a las otras cinco chicas desaparecidas pueda ocurrirles algo así —dijo.

—Esos crímenes se cometieron hace más de setenta años, Klaus. Nadie haría hoy algo tan horrible en un país civilizado y pacífico. Lo que Gustav Lastoon hizo con las chicas fue sólo una recreación artística de esas muertes para sus clientes necrófilos, y se excedió con la droga paralizante que les suministró. Por eso sólo fallecieron cinco de las seis chicas, y tuvo que adaptar toda esa historia que se analiza en la tesis doctoral, y que él ya conocía desde hace años —razonó la agente de Europol.

—El profesor Tonvenger también asegura que fue Helena Maitner quien tuvo la idea de fundar, junto a su marido y los oficiales de las SS que participaban en sus orgías necrófilas, la sociedad secreta nazi de los seis Guardianes de la Muerte, con los símbolos del sarcófago hexagonal y el triskelion. Después de la guerra, otra mujer y otros hombres se incorporaron a la orden, y siguieron reuniéndose para realizar sus ritos macabros en el interior de la cripta del monumento a la Batalla de las Naciones. Cuando algún miembro de la sociedad fallecía, era sustituido por otro iniciado en el esoterismo nazi, y así deberían seguir generación tras generación hasta que ellos volvieran a dominar el mundo. La única norma escrita de la sociedad era que siempre habría una mujer entre los seis Guardianes de la Muerte.

Margaritte Clodel sabía que en su teoría sobre Gustav Lastoon aún había demasiadas preguntas sin respuesta.

—¿La mujer que perdió un trozo de uña en una de las esteras de los sarcófagos pintados? —dijo.

—Sí, pero ¿quién?

—No lo sé.

—¿Qué me está pasando, Margaritte? Ni siquiera sé por dónde empezar a deshacer esta tela de araña.

A veces, Klaus creía que se estaba volviendo loco. Nunca se había sentido tan perdido ni tan indefenso. Chicas y muerte, sarcófagos, pinturas en tres dimensiones, lencería erótica, dagas de las SS, drogas catalépticas, simbología esotérica, grupos paramilitares neonazis, adolescentes desaparecidas, y su propia hija en manos de un psicópata como Gustav Lastoon, que podría ser el cabecilla de una secta necrófila implantada en toda Alemania.

También la agente de Europol estaba inquieta esa mañana, mientras volaba de París a Berlín, y durante su viaje en tren hasta Leipzig. A pesar de haberle encontrado una explicación verosímil a lo sucedido con Gustav Lastoon y las chicas en el monumento, se sentía completamente desbordada por los nuevos acontecimientos.

—Necesitamos un plan concreto con una estructura muy definida. Recomponerlo todo de nuevo, darle otros enfoques a las líneas de investigación, delimitar las conexiones que existen entre cada uno de los hechos demostrados sobre los que no tenemos dudas —dijo.

—Lo único que tengo claro es que las desapariciones de Carla y las cinco adolescentes alemanas están conectadas con el caso de las chicas muertas, y con los brutales asesinatos de esa sociedad secreta sobre los que Gustav Lastoon tanto insistía que leyera, antes de huir de su casa.

—Gustav Lastoon y los Guardianes de la Muerte son la misma cosa. Pero me da la impresión de que tú todavía no te has convencido de algo tan evidente —apostilló Margaritte Clodel.

—He estado esta mañana en la biblioteca de la universidad y he revisado las grabaciones de seguridad del viernes. Un estudiante entró antes que yo en la sala de estudio, siguiendo a Gustav Lastoon. Grabó en su móvil el momento en que me daba la tesis doctoral del profesor Hengel Tonvenger.

—¿No era el policía que lo vigilaba?

—El policía estaba esperando en la calle a que Gustav Lastoon volviera a salir. Sabía que yo lo iba a controlar dentro de la biblioteca.

—Entonces ¿quién pudo ser? —preguntó Margaritte.

—Alguien que también seguía los pasos de Gustav.

—O sabía que tú ibas a entrevistarte con él en la biblioteca —añadió Margaritte.

—Le he enviado una imagen a la inspectora Mirtha Hogg. Intentará averiguar algo cuando regrese de Nuremberg. Está dispuesta a ayudarme a seguir con nuestra investigación.

—¿Nuestra?

—De Mirtha y mía. A ti no quiero involucrarte en esto. Comprendo que tengas que estar al lado de los federales.

—Deja de preocuparte por mí. Vamos a ver al profesor de música.

Las llamadas perdidas seguían acumulándose en el móvil de Susana. Era su madre. Había visto lo sucedido en las televisiones españolas y en internet y estaba preocupada. La respuesta de Susana fue tan lacónica y fría como acostumbrada:

*Sigo viva, mamá, no os preocupéis por mí
Dejé de ser una adolescente hace años*

Susana había visto las noticias de la segunda cadena de la televisión pública alemana después de salir de clase, en un bar cercano a la universidad. Tomaba un sándwich y un zumo de tomate frente a una de las pantallas que colgaban de las paredes. Los rumores sobre el misterio que envolvía a los nuevos sucesos investigados por la policía federal habían comenzado a circular por las aulas antes del mediodía. Ilian Volky también la había llamado por teléfono para saber cómo le iba desde la última vez que hablaron. Él había dejado la residencia de estudiantes y se había mudado a un piso cerca de la Facultad de Ciencias con un peruano y una chica griega. Le contó que habían tenido un serio problema con unos *skinheads* al salir de una taberna, porque su amigo peruano se había puesto a tocar una flauta andina en una plaza, muy cerca de Karli. Lo insultaron, le robaron la flauta y le dieron un puñetazo en el ojo derecho. Nadie hizo nada para evitarlo. Su amigo tampoco quiso denunciar la agresión, estaba asustado.

—Al... algo extraño está pasando en Leipzig, o en toda Alemania —le dijo sin poder ocultar su tartamudeo.

Luego le preguntó si podían quedar en verse al día siguiente para tomar un café, pero Susana le dijo que iba a empezar a trabajar esa misma tarde en un pub del centro, y apenas le quedaría tiempo para cenar y ponerse a estudiar en su apartamento. Tenía traducciones que hacer.

—Lo siento mucho, Ilian, creo que será mejor que no nos veamos. Cuídate, ¿vale? —dijo Susana antes de colgar.

Había quedado con Bruno en la puerta principal de la universidad. Después de quince minutos, lo llamó al móvil y le dejó un mensaje en el buzón de voz diciéndole que se marchaba al apartamento. Lo esperaba allí.

Mientras conducía el coche, Klaus Bauman parecía ido, perdido en algún lugar fuera del espacio y del tiempo. El mismo lugar invisible y remoto en el que imaginaba que debía de encontrarse su hija, viva o muerta.

Cuando entraron en la clase de chelo del conservatorio, los alumnos dejaron de deslizar el arco sobre las tensas cuerdas de sus instrumentos. Bruno también dejó caer el brazo que movía una batuta en el aire y miró hacia atrás, a la puerta que alguien acababa de abrir. Él sí conocía a los recién llegados.

—El silencio es la nota más importante de toda composición musical, incluso cuando es forzado. Seguiremos mañana con la misma partitura —dijo, mirando a sus jóvenes músicos con una sonrisa.

Klaus Bauman se disculpó por haberlo interrumpido de nuevo.

—Sólo hemos venido para mostrarle unas fotografías. Es urgente que las vea y nos diga si reconoce a unas personas.

Le pidió a la agente de Europol que le dejara su iPad y le mostró al profesor de música una foto de Vericka Ludovic cuando estaba viva.

—¿Conoce a esta mujer?

La exclamación de Bruno Weiss fue inmediata.

—¡Es Lessi, Lessi Milovac!

—¿La reconoce ahora?

—No le entiendo...

—Es una de las chicas muertas que la inspectora Mirtha Hogg le mostró hace días, cuando fue usted a comisaría.

—¿Cómo es posible? Entonces no la reconocí, tenía el pelo muy distinto y los ojos cerrados. No era Lessi, estaba seguro.

El inspector Bauman le mostró otras fotografías.

—Sí, esa chica es Lessi, sin ninguna duda —dijo Bruno Weiss—. ¿Está muerta? —preguntó angustiado.

Klaus Bauman asintió.

—Al parecer, Lessi Milovac debía de tener un pasaporte serbio falso. Lo entregó en la universidad y se lo dio a usted cuando firmó el contrato de alquiler del piso para conseguir un permiso de residencia. Su verdadero nombre era Vericka Ludovic.

—¡Joder, no puedo creerlo, es terrible!

El dedo de Klaus Bauman se deslizó por la pantalla del iPad y le mostró otra foto. Esta vez de un hombre con barba y bigote pelirrojos.

—¿Le conoce? Se llama Gustav Lastoon.

—No, no sé..., quizá le haya visto alguna vez, pero no tengo la menor idea de dónde.

—Estaba en BimboTown la noche de su concierto.

—Por Spinnerei hay siempre mucha gente, usted lo sabe.

—Sí, demasiada gente...

Klaus Bauman le dijo que tendría que acompañarlos al apartamento que alquiló a la chica serbia. Margeritte Clodel carraspeó, miró al inspector y luego a Bruno Weiss.

—A menos que prefiera que le retengamos con nosotros hasta que recibamos una orden judicial. Está en su derecho —aclaró.

—Lo entiendo, sí, claro... Pero no será necesaria esa orden. Recojo mis cosas y los acompaño.

Usó su llave para entrar. La pareja de estudiantes italianos no estaba en sus habitaciones, y Susana aún no había vuelto de clase.

—¿Por dónde quieren empezar? —preguntó Bruno Weiss después de abrir la puerta.

El inspector echó un rápido vistazo al pasillo. Le pidió que les mostrara la cocina.

Sobre la mesa había un par de platos con restos de comida, paquetes de cereales, vasos sucios, una cafetera... Bruno explicó que sus inquilinos eran a veces un poco descuidados, aunque ese desorden no tenía nada que ver con la Erasmus española que había alquilado la habitación que dejó libre Lessi Milovac.

—Bueno, Lessi... o como se llamara —rectificó.

El inspector se sentó en una de las sillas e hizo un gesto a Bruno Weiss para que lo imitara. Margeritte Clodel salió de la cocina sin decir nada.

Klaus Bauman se atusó la barba antes de hablar. No tenía muy claro por dónde empezar.

—Así que su inquilina serbia se marchó de este mismo apartamento dos días antes de que apareciera muerta junto a otras cuatro chicas —afirmó con un trasfondo inquisitivo.

—Sí, tenía que regresar a su país.

—Un asunto familiar grave, ¿no es cierto?

—Eso fue lo que me dijo. Pero me sorprendió que ése fuese el motivo. Como le comenté a la inspectora que me atendió en la comisaría, cuando conocí a Lessi me aseguró exactamente lo contrario. Era huérfana, no tenía a nadie en Serbia, y quería empezar una nueva vida en Leipzig. Le gustaba nuestra universidad y estaba escribiendo una obra de teatro.

—¿Una obra de teatro?

—Sí, historias de gente que había conocido.

El inspector se inclinó hacia delante y apoyó los codos en sus rodillas.

—¿Le habló alguna vez de esa gente?

—Lessi apenas hablaba, ni de ella misma ni de nadie.

—Supongo que tendría amigos.

—Bueno, ya conoció usted a Helga en BimboTown.

—¿La chica rubia que bebía licor de hierbas?

—Sí, Helga y yo éramos sus únicos amigos, al menos que yo supiera.

Klaus Bauman visualizó mentalmente uno de los cuadros con chicas desnudas en poses exhibicionistas, que Mirtha Hogg averiguó que había pintado un artista de Nuremberg.

—¿Dónde podríamos hablar con Helga?

—Vive en Berlín, aunque viene con mucha frecuencia a visitar a su madre: está internada en el sanatorio mental de Leipzig desde hace años. También es posible que usted haya oído hablar de su padre: Otto von Mayer.

—Otto von Mayer, ¿el psiquiatra?

—Sí.

La agente de Europol regresó a la cocina.

—¿Los libros rusos de las estanterías eran de la chica serbia? —preguntó.

—Fue lo único que Lessi no se llevó al marcharse —dijo Bruno, quedándose pensativo unos segundos. Luego añadió—: No puedo imaginarla con una personalidad distinta y, menos aún, sin vida. Era tan dulce, tan equilibrada... Me cuesta creer que alguien la haya matado junto a las otras chicas.

Klaus Bauman se puso en pie. Se sentía agotado y le ardían los ojos. No había dormido en toda la noche, y el dolor que sentía en su corazón era demasiado punzante para seguir soportándolo mucho más tiempo.

—Estaba acusada de asesinato en Serbia —dijo.

—¿Qué?

—Vea las noticias en televisión, no tenemos tiempo de explicarle los detalles... Y si habla usted con su amiga Helga, dígame que me llame a este número lo antes posible —aclaró Margaritte Clodel, entregándole una tarjeta.

Cuando los dos policías se disponían a salir se abrió la puerta del apartamento. Era Susana. Se asustó al ver que había otras personas dentro.

—Creo que ya nos conocemos —dijo Margaritte Clodel con una sonrisa, antes de que ella y Klaus Bauman se marcharan.

Susana corrió hasta su dormitorio sin mirar a Bruno. Todo parecía en orden. Entró en el gabinete y encontró los libros de Lessi esparcidos sobre su mesa de estudio. Detrás de ella estaba Bruno, apoyado en el marco de la puerta.

—¿Y el pósit de las chicas de las cloacas? —preguntó.

—¿No está donde lo dejaste?

—Yo lo dejé en el mismo sitio donde lo encontré. ¿En qué lío estás metido? —inquirió Susana agobiada.

—¿Por qué no me preguntas en qué lío estaba Lessi?

Era la primera vez que Susana se echaba a llorar en brazos de Bruno. Escuchar que quien iba a ser su tutora Erasmus no se llamaba Lessi Milovac sino Vericka Ludovic, buscada internacionalmente por la policía de Serbia como asesina de un hombre, y que, además, era una de las cinco chicas encontradas muertas ante el monumento de Leipzig, le provocó una crisis de ansiedad que sólo pudo afrontar llorando tristemente. Lo que ella había imaginado como un sueño de libertad personal se iba transformando a su alrededor, con el sigilo mudo de la niebla, en una espantosa pesadilla.

Susana dejó de abrazar a Bruno, se limpió las lágrimas con la manga de la camiseta que vestía, y lo miró fijamente a los ojos.

—Tú lo sabías, ¿verdad? La noche que salimos juntos por primera vez tú ya sabías que Lessi estaba muerta —dijo Susana entre sollozos.

—No es tan sencillo como crees.

—¿Por qué no me hablas de una vez sin mentiras? Helga y tú sabéis lo que pasó con esas chicas, me lo dijisteis vosotros mismos en Berlín. Tienes que confiar en mí.

Bruno llevaba el pelo suelto y se lo apartó de la cara. Se acercó a una de las estanterías y se arrodilló.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Susana.

—Abrir una trampilla.

Retiró el marco de uno de los lados de la estantería, sacó unos libros del mueble y quitó un pequeño panel de madera. Detrás había un hueco horizontal, del tamaño de dos cajas de zapatos.

—Mi abuela guardaba aquí un cofre con sus joyas —dijo.

—¿Y tú qué escondes?

Lo que Bruno sacó del interior del agujero fue un mazo de folios impresos, que dejó caer con un golpe seco sobre la mesa de estudio.

—El manuscrito de *Las chicas de las cloacas*.

—¿Es la obra de teatro de Lessi?

Susana miró la primera página como si contemplara una vieja reliquia. El título de la obra estaba escrito en el centro del folio blanco, con el nombre de Lessi Milovac en la siguiente línea. Al pie, anotados a mano con un lápiz, había una relación de letras y números, bajo la palabra «calavera». Y antes de que Susana le preguntara, Bruno dijo:

—Son la dirección y la clave para entrar en un chat de la Deep Web.

Mientras Bruno copiaba la relación de letras y números en el bloc de notas de su móvil, Susana comenzó a leer en voz alta el manuscrito:

—«Todas guardamos un mismo secreto...»

Pero antes de que pudiera continuar, Bruno cogió el mazo de folios y se lo quitó de las manos.

—No, aquí no, tendrás que leerlo en internet.

—¿Por qué no puedo leerlo en papel? —preguntó Susana, sin comprender la brusca actitud de Bruno.

—Porque voy a quemarlo en la chimenea, antes de que la policía pueda encontrarlo.

Bruno salió del gabinete y se dirigió al salón con el manuscrito en la mano.

—No puedes hacer eso. Lessi está muerta, ¿a quién puede importarle lo que escribiera? —protestó Susana mientras lo seguía por el pasillo.

—A Helga y a mí.

—¿Es que tenéis algo que temer de la policía?

—Cuando leas el chat, sacarás tus propias conclusiones.

Junto a la chimenea había una caja con pastillas de gasolina y un encendedor. Sin que Susana le viera, Bruno pegó en la primera página del manuscrito el pósito amarillo de Lessi que ella había encontrado, luego depositó el mazo de folios encima de la base de hierro fundido, colocó un trozo de combustible encima de las hojas de papel, y lo prendió.

En apenas unos segundos, el fuego devoró las palabras.

Al salir a la calle, las manos de Klaus Bauman sacaron un cigarrillo de la cajetilla. El temblor de sus dedos no le pasó desapercibido a Margarithte. Ante ella no estaba el inspector atractivo y seguro de sí mismo que conoció al llegar a Leipzig, sino un hombre envejecido, deshecho y humillado.

—No te había visto fumar hasta ahora.

—Lo dejé hace unos meses. Soy adicto a la nicotina.

Una pregunta surgió de los labios de Margarithte.

—¿No vas a decirle nada de todo esto a los federales? Ellos deberían saber que Bruno Weiss y Helga von Mayer eran amigos de la chica serbia.

—Creo que sería mejor esperar un poco, antes de que los federales los interroguen. Apenas tenemos un par de indicios sobre su relación con el crimen de las chicas extranjeras, y nada que los relacione con la desaparición de mi hija y de las adolescentes alemanas. No sería buena idea que aparecieran como nuevos sospechosos ante los medios de comunicación del país, desviando la atención sobre Gustav Lastoon. Además, el padre de Helga es Otto von Mayer, un psiquiatra muy influyente en las esferas de poder. Fue el presidente más joven de la Academia Nacional de Psiquiatría.

—¿Y qué me dices de la foto del cuadro en que aparecía pintada su hija, desnuda y con una gorra de las SS? —quiso saber la agente de Europol.

—La inspectora Mirtha Hogg me ha comentado esta mañana que los federales no van a continuar esa línea de investigación, pero ahora ella debe de estar camino de Nuremberg para interrogar a ese pintor de arte erótico.

—Yo tengo que ir a la comisaría para hablar con los federales. Si te parece, nos podemos ver esta noche.

Klaus Bauman asintió, pero sus intenciones eran otras.

El pub inglés del amigo de Bruno era un local clásico y selecto, con las paredes forradas de maderas nobles, grandes tapices con escenas de caza, abundantes palmeras de interior y confortables butacas de terciopelo azul.

Bruno acompañó a Susana para que comenzara a trabajar esa misma tarde, como le había anunciado en el tren a su regreso de Berlín. El propietario, un hombre de mirada desconfiada, pero amable y sonriente al hablar, se llamaba Dieter Brand. Tenía unos cincuenta años, pelo negro corto y una pequeña mancha de nacimiento en la cara, debajo del ojo derecho. Se mostró educado con Susana cuando Bruno los presentó. Luego le entregó una camisa blanca y un delantal azul con el logotipo del pub en el peto.

Cuando Susana se cambió en el vestuario del personal, Bruno seguía hablando con su nuevo jefe.

—No te queda mal ese uniforme —bromeó.

Dieter Brand le dio instrucciones para que empezara a limpiar las mesas que se quedaran libres. Detrás de la barra encontraría las bayetas y los detergentes. Después debía fregar los aseos, y si había demasiados clientes, ayudaría a los camareros a preparar los cafés, servir copas o preparar sándwiches de jamón dulce. Susana se despidió de Bruno con una sonrisa y se puso a trabajar.

Dos horas más tarde, Susana fue a retirar el servicio de una mesa. Al pasar entre unas butacas, alguien le cogió la mano.

Susana se sobresaltó.

—¡Me has asustado! —exclamó, intentando contener los latidos desbocados de su corazón.

Ursula Keilen estaba sentada junto a una de las grandes cristaleras del pub, de espaldas a la barra.

—Lo siento, no quería asustarte.

—¿Siempre apareces como un fantasma?

—Sólo cuando alguien me espera sin saberlo.

—No te he visto entrar.

—Estabas muy ocupada limpiando mesas.

La indiferencia de Susana le hizo fingir una sonrisa. La amiga de Helga no le caía bien, a pesar de lo amable que había sido con ella en su casa del lago, y del trío lésbico de Berghain Panorama Bar. Ni siquiera ahora estaba segura de que Ursula Keilen hubiera estado aquella noche allí, besando sus labios y buscando su lengua, pellizcando sus pezones, lamiendo su húmedo sexo en la oscuridad. Pero, en ese momento, Susana no tenía la más mínima duda de que Ursula Keilen estaba ante sus ojos, sin que los nublaran las confusas alucinaciones de la metanfetamina.

—¿Puedo servirte algo mientras esperas? —preguntó, dejando que esos remotos recuerdos se alejaran de su mente.

—He venido a verte a ti.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Helga me comentó que Bruno te había conseguido este trabajo y que empezarías esta tarde.

—Me dijeron que no debía hablar con los clientes. No quiero que me despidan.

—Por eso no te preocupes, el dueño es amigo mío.

—Pero debo seguir limpiando esas mesas, hay mucha gente ahora —insistió Susana.

—¿A qué hora terminas?

—Sobre las siete, luego he de irme a estudiar.

—¿Cuánto te pagan por limpiar mesas?

Susana dudó si responder o no a esa pregunta. Eso era asunto suyo, algo que sólo le incumbía a ella.

Pero tampoco quería mostrarse desconfiada con la amiga de Helga.

—Quinientos cincuenta euros al mes. Sólo trabajaré cuatro horas por las tardes, con un día libre a la semana.

—No está mal, si es esto lo que quieres.

—Las oportunidades de trabajo para una estudiante Erasmus española son muy pocas. Necesito el dinero.

—Hablas alemán perfectamente, podrías aspirar a algo más cómodo y rentable.

—No sé qué otra cosa podría hacer.

—Te dije algo en mi casa, cuando Helga te enseñó su cuadro. Podrías posar para un pintor que conozco bien. Hace retratos de muchas modelos y artistas de cine alemanas.

Susana se esforzó por parecer animada.

—Creo que para eso no hace falta hablar alemán.

—Los compradores de esos grandes cuadros son clientes muy especiales. Adoran la belleza femenina y saben valorar una conversación agradable.

—No quiero desnudarme por dinero.

—La pintura erótica es un arte, como el cine. Sólo tendrías que representar bien tu papel de diosa. Eres muy bella y atractiva. Ganarías mucho dinero si dejaras que yo me ocupase de tus asuntos económicos. Piénsalo.

—Sí..., lo pensaré —dijo Susana, confundida. En su cabeza aún ardía el manuscrito de la obra teatral de Lessi.

Ursula Keilen se levantó de la mesa, se puso su chaquetón de piel, sacó una tarjeta de su bolso y se la dio a Susana.

—Esta noche tengo una importante reunión de negocios aquí, en Leipzig, pero mañana iré a Nuremberg. Saldré sobre las dos de la tarde. Si quieres cambiar tu vida, llámame al móvil antes de esa hora. Ahí tienes mi número —dijo.

Susana miró la pequeña tarjeta de cartulina satinada en negro. Impreso con letras doradas, estaba el nombre de una empresa, escrito en inglés: UK Film Agency. Luego, observó la elegancia con la que Ursula Keilen caminaba al marcharse. Se restregó los ojos para comprobar que estaba bien despierta, y siguió limpiando mesas: era el precio de su independencia.

Sólo conocía a una persona que podría ayudarle a encontrar a Carla. Esperó dentro del coche, frente a un campo de césped rodeado por una pista de atletismo, en las proximidades del estadio Red Bull Arena. Nathan Weber entrenaba a un equipo de fútbol juvenil. Klaus Bauman podía ver sus movimientos inquietos desde el aparcamiento. Tenía el mismo aspecto de jugador de rugby que cuando eran amigos: un cuerpo demasiado robusto y una cabeza algo pequeña.

Lo que no sabía Klaus Bauman era cómo reaccionaría su antiguo amigo al verlo. Hacía más de tres años que no se hablaban y, probablemente, Nathan Weber seguiría odiándolo. Fue Klaus Bauman quien declaró ante asuntos internos en contra de Nathan, cuando eran compañeros en la unidad de estupefacientes, por haberse guardado en un bolsillo unas dosis de éxtasis durante la redada de un alijo de quince mil pastillas, introducido en Leipzig por una red de traficantes checos. Nathan Weber fue expulsado de la policía por esos hechos, denunciados por otro inspector que también los había presenciado. Nathan Weber le había pedido entonces a Klaus que negara haberlo visto coger la droga. Sería la palabra del otro inspector contra la suya. Pero Klaus no aceptó mentir.

Tocó el claxon cuando lo vio acercarse a los aparcamientos. Nathan Weber miró hacia el coche y se detuvo. Una gran bolsa de deporte le colgaba del hombro.

En la mente de Klaus Bauman retumbó la pregunta que su amigo aún no le había hecho: «¿Qué cojones haces aquí?». Bajó del coche y se acercó a Nathan Weber hasta quedarse a un metro de distancia. Durante unos segundos ninguno dijo nada, pero sus miradas expresaban la tensa incomodidad de ese instante.

—Carla ha desaparecido —soltó Klaus al fin.

—Lo sé, aún tengo amigos en la policía. Ahora trabajo para la empresa de seguridad del Red Bull Arena, sigo en contacto con algunos jefes aficionados al fútbol.

—Pensaba que me llamarías. Tú apadrinaste a Carla al nacer.

—Han pasado muchas cosas desde la última vez que nos vimos en la comisión de asuntos internos. Incluso tienes otra hija a la que ni siquiera conozco, y ni tú ni yo somos los mismos.

—¡Vamos, Nathan! ¡Fuiste tú quien se negó a hablarme! ¡Ni siquiera me diste la oportunidad de explicarte por qué lo hice!

Nathan Weber descolgó la mochila de su hombro y la dejó caer en el suelo.

—Habría sido muy fácil decir que no viste nada.

—¡Pero lo vi, maldita sea! Vi cómo cogías las putas pastillas y te las guardabas delante de mí y de aquel cabronazo como si te importara una mierda que todos fuésemos policías. No podía decir que otro compañero de la unidad mentía, cuando estaba diciendo la pura verdad. Lo habrían expulsado a él por denunciarte, y no habría sido justo.

Nathan Weber miró la neblina que comenzaba a cubrir las torres de Leipzig por el este. Luego esbozó una sonrisa despectiva.

—¡Sigues siendo un hipócrita hijo de puta! Siempre te importó una mierda ser justo cuando engañabas a Ingrid y me utilizabas a mí para encubrirte. Así que puedes meterte tus escrúpulos de policía honesto en

los huevos. ¿Por esa idea de la justicia dejaste libre al tipo que se ha llevado a tu hija? Vamos, Klaus, mírate; ese necrófilo del que todos hablan se ha reído de ti en tus mismísimas narices, y te ha robado lo que más querías. ¿Eso te parece justo?

Los puños de Klaus Bauman se crisparon.

—No he venido a pelear contigo, no tengo fuerzas para hacerlo. Si no fuera por mi hija pequeña y por Ingrid, yo mismo me pagaría un tiro si a Carla le ocurriera algo.

—Déjate de chantajes emocionales conmigo, no los necesitas —dijo Nathan Weber, sacudiendo el aire con su enorme mano. Luego miró a los ojos de Klaus y añadió—: ¿Por qué no me dices de una puta vez qué quieres de mí?

—¿Has visto las fotos publicadas de Gustav Lastoon?

—Sí, claro que las he visto.

—¿Le conocías?

—Tuve ocasión de hablar con él, meses antes del asunto de las chicas extranjeras. Un tipo misterioso.

Klaus Bauman se acercó más a Nathan Weber. La barricada invisible que durante los últimos dos años los había separado comenzaba a desmoronarse.

—¿Qué sabes de él? —preguntó.

Nathan Weber le contó que conoció a Gustav Lastoon con motivo de un partido de fútbol en el Red Bull Arena. Unos *hooligans* ingleses, que durante la mañana habían visitado el cementerio con él, intentaron entrar borrachos en el estadio con unos huesos de fémures humanos que habían cogido de un osario de Südfriedhof. Los guardias de seguridad los retuvieron hasta que el guía turístico aclaró el asunto personalmente con él. No era amigo de Gustav Lastoon, le dijo, pero volvieron a coincidir en un par de ocasiones por la zona de Karli, tomaron algunas copas juntos y se contaron algunas anécdotas insólitas sobre sus negocios. A Gustav Lastoon, como a él, le apasionaban el fútbol y las armas.

—Los federales están jodidos si creen que ese tipo es el guía espiritual de una secta que sacrifica mujeres jóvenes y adolescentes, adornándolas con lencería negra pintada en tres dimensiones, y durmiéndolas con una nueva droga en rituales necrófilos —concluyó.

—Ésa es la línea de investigación que han declarado oficialmente. Yo no la compartía, pero el móvil de Carla se encontró en el túnel secreto de la casa de Gustav Lastoon. Él siempre me habló de un grupo secreto de neonazis llamado los Guardianes de la Muerte. Llevan un sarcófago con un símbolo circular, un triskelion, tatuado en el hombro. Lo vi en un libro que él mismo me dio en la biblioteca de la universidad, dos días antes de la desaparición de Carla.

—Cuando trabajábamos juntos pensaba que tú eras de los mejores, y hasta llegué a admirarte, pero en el fondo eres como todos los policías que conozco: sólo creen en las pruebas falsas cuando son ellos quienes las colocan.

Klaus Bauman sacó un cigarro y lo encendió.

—¿De qué pruebas falsas me estás hablando?

—¿Te has preguntado por qué iba Gustav Lastoon a llevarse a Carla, a la vez que desaparecían otras cinco adolescentes alemanas en diferentes estados federados?

—No hago otra cosa desde que hablé con los federales esta mañana, y aún no puedo comprender por qué Gustav Lastoon podría haber secuestrado a mi hija. ¿Lo sabes tú?

—He seguido todas las noticias por televisión y he leído la información de varios periódicos mientras comía. Tampoco encuentro ningún motivo, pero conozco varias razones por las que no creo que ese tipo se llevara a tu hija.

—Dime la primera.

—No le gustan las chicas, es gay, aunque nunca ha salido del armario.

—¿Y qué más? —preguntó Klaus, como hacía siempre que una respuesta le impacientaba.

—Su verdadero negocio no es el turismo fúnebre. Trafica con armas. Yo mismo le compré un fusil de francotirador con munición para un amigo hace unos meses.

—Él me habló de una organización paramilitar dirigida por los Guardianes de la Muerte. Me dijo que todos tenían armas.

—¿Cuándo vais a abrir los ojos?

—¿A qué te refieres?

—Cada vez hay más neonazis armados en Alemania. Algún día demostrarán su fuerza.

—¿Conoces a un tal Fly? He oído que estaba haciendo negocios por Rusia.

Nathan Weber se pasó una mano por la cara afeitada.

—Ahora está aquí, en Leipzig. Le conozco bastante bien, colaboraba con nosotros controlando a los hinchas ultras más violentos de los equipos que visitan nuestro campo. Te llevaré yo mismo a verlo con una condición.

—Dila.

—Esta vez tendrás que guardar silencio.

A las siete, Bruno recogió a Susana en el pub. Las calles del centro seguían animadas por numerosos grupos de estudiantes: sombras difuminadas por las brumas que seguían envolviendo la ciudad.

Susana respiró el aire al salir, y no tardó en hacerle una pregunta a Bruno.

—¿Sabías que Ursula vendría a verme?

—Sí, Helga me comentó algo cuando hablé por teléfono con ella esta mañana.

—¿Y por qué no me lo dijiste antes? Contigo y con Helga todo son misterios y sorpresas.

—Lo siento, en serio, con todo el lío de la policía y el apartamento se me olvidó. No creo que tenga importancia.

—Pues la tiene, Ursula sólo ha venido para proponerme que pose desnuda para el artista de Nuremberg que pintó el cuadro de Helga.

Que Susana estaba molesta con él era algo que Bruno no dudó.

—Es un gran pintor, ya viste tú misma lo que hace. Helga está maravillosa en ese cuadro.

—No es eso lo que me preocupa. Ursula me ha dicho que podría ganar mucho dinero si dejo que ella se ocupe de mi economía —dijo, representando unas comillas con los dedos.

Bruno se detuvo ante el escaparate de una sastrería.

—No quiero influir en tus decisiones. El trabajo que puedes tener aquí ya lo conoces. Mientras te cambiabas de ropa, Dieter me ha dicho que estarás unos días limpiando las mesas, hasta que conozcas un poco el funcionamiento del negocio. Pronto serás camarera.

—Ursula insinuó algo sobre los compradores de los cuadros. Dijo que eran coleccionistas muy generosos.

—¿Insinuó?

—Bueno, casi me dijo que tendría que hablar con ellos en algún momento. Pero nadie paga mucho dinero por charlar contigo a menos que seas una puta.

Bruno se echó a reír.

—¿En serio crees que Ursula quiere convertirte en una puta de lujo?

—Ésa es la impresión que me ha dado, te lo digo como lo pienso.

—Tienes demasiadas fantasías en la cabeza.

—Después de conoceros a ti y a Helga puedo creerme cualquier cosa.

—Estamos en otro mundo, Susana, sólo se trata de eso.

Susana veía pasar las luces de los coches a su lado mientras caminaba por la acera de las calles sin saber hacia dónde iban. Los edificios desaparecían en la bruma.

—Una puta se acuesta con cualquier tío que le pague; tú sólo tendrías que follarte a uno. ¿Tienes idea de cuánto ganó Helga por un cuadro distinto al que tiene Ursula en su casa?

—Prefiero no saberlo.

—¿De dónde creías que Helga saca el dinero para pagar su coche, el ático de Berlín, sus modelitos y sus drogas?

—Me dijo que era diseñadora.

—Y lo es, pero sólo diseña y pinta cuando le apetece. Por el cuadro le pagaron suficiente dinero para vivir dos vidas.

—¿No te importaría que yo también lo hiciera?

La mirada de Bruno se posó sobre los ojos de Susana tan etérea como la bruma que la rodeaba.

—Me gustas, y me preocupo por ti. Además, el sexo te divierte tanto como a mí... o como a Helga y a Ursula: «*Do ut des*». ¿Sabes lo que significa?

Susana no contestó. Entendía muy bien lo que Bruno le estaba diciendo en latín. «Doy para que me des», pensó. Era algo que no volvería a olvidar.

—No quiero dormir más en la habitación de Lessi —dijo.

—Puedes seguir quedándote en mi casa si quieres. Así podrás leer esta noche el verdadero chat de «Las chicas de las cloacas», que Lessi convirtió en su obra de teatro.

El hombre que hablaba por teléfono con Nathan Weber le dijo que se verían en media hora, en la entrada trasera del cementerio de Südfriedhof.

—¿Por qué nos ha citado allí? —preguntó Klaus.

—Quiere que veamos algo sobre Gustav Lastoon.

Klaus Bauman había acompañado a su antiguo amigo hasta su casa para que se duchara y se cambiara de ropa, antes de acudir a la cita. Hablaron de los viejos tiempos, de los casos que compartieron en la unidad de estupefacientes, de las veces en que sus vidas estuvieron en peligro, de las aventuras de Klaus con las mujeres, y de la complicidad de Nathan inventando vigilancias y detenciones nocturnas para justificarlo ante Ingrid.

—Sabía que no me equivocaba al venir hoy a verte —dijo Klaus.

Nathan Weber volvió a sonreír con la boca torcida.

—Siempre he pensado que los verdaderos amigos nunca te fallan —dijo sin ocultar su sarcasmo—, aunque te confieso que en estos tres años he pensado muchas veces en matarte. Fueron tiempos duros para mí. La separación, las putas, el paro, el alcohol, las drogas... El infierno. De no haber sido por Clemens Eisembag, ahora estaría hundido en la puta miseria.

—¿El comisario?

—¿Quién si no? ¿Conoces a alguien mejor que él?

—No, no hay otro como Clemens. También ha sido como un padre para mí, lo sabes de sobra.

—Él me sacó del infierno y me ayudó con su dinero a sobrevivir hasta que conseguí rehabilitarme.

—Nunca me comentó nada sobre ti —destacó Klaus.

—Le prohibí que lo hiciera. Me enfurecía la idea de que pudieras compadecerme, después de lo que pasó.

—¿Estás completamente limpio?

—No del todo, una cerveza de vez en cuando y alguna raya de coca. Pero controlo, no te alarmes.

La mano de Klaus Bauman pasó por su frente. No sudaba, pero le ardía la piel.

—Siento mucho todo lo que pasó, Nathan. Ahora no lo habría hecho, créeme. Mentiría por ti. He cometido muchos errores en mi vida. El último ha sido dejar que alguien se llevara a mi hija.

—Clemens me dijo que te estabas equivocando en la investigación. Yo hablo con él casi todos los días. La empresa de seguridad del estadio es de un conocido suyo que le debía algunos favores.

—El comisario siempre me reprochó que no hubiera detenido al guía de turismo fúnebre después de su declaración. Decía que estaba implicado en el crimen hasta los huesos.

Nathan Weber sacó de su bolsillo una papelina de coca.

—Hay algo que no te he dicho aún —murmuró Klaus.

—Pues habla mientras yo preparo unas rayas.

—El ministerio me ha apartado del caso por lo del sospechoso y lo de Carla. Creen que no es conveniente que siga implicado en la investigación con esas circunstancias personales. He tenido que

entregarle mi arma al comisario esta mañana.

—Los de Berlín no se andan con remilgos.

—Ni Clemens ni los de la Oficina Federal deben saber que he hablado contigo. Ellos ven el asunto de otro modo.

—Yo pienso como tú, hay algo mucho más misterioso detrás de todo esto. En cuanto a tu pistola, no te preocupes, Fly te conseguirá una.

El sonido triste del chelo acompañó a Susana mientras leía el chat secreto de las chicas de las cloacas. Bruno había introducido la dirección de la Deep Web en el navegador anónimo TOR de su portátil. Luego escribió en la página de entrada al chat la contraseña: calavera, seguida de una larga serie de números.

—En el historial tienes los textos que Lessi escribía y el contenido de las conversaciones de las chicas de las cloacas en cada una de las noches que estuvieron conectadas al chat —explicó.

Susana se sentó en uno de los sillones del salón para leer más cómoda. Bruno le dio el portátil, después cogió su chelo y comenzó a tocar una triste composición musical.

A las once de la noche, Susana terminó de leer el chat. Su incrédula mirada se quedó atrapada en la pantalla del portátil.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

Se llevó las manos a la cara y comenzó a llorar. Bruno dejó de tocar el chelo. Se levantó de su banqueta, se acercó a Susana, se agachó frente a ella y la abrazó.

—Nadie mató a las cinco chicas. Se suicidaron —dijo.

—Pero sólo es una obra de teatro, una historia inventada por Lessi —susurró Susana entre sollozos.

—No, es una historia real. Ninguna de las chicas de las cloacas deseaba seguir viviendo. Ellas eligieron su final: una forma dulce de morir aquí, en Leipzig.

Susana se calmó, se pasó la manga de su jersey por los ojos para limpiarse las lágrimas, y dejó un rastro de rímel por su cara. La voz aún le temblaba.

—Pero Mantis no murió. Ella no quiso suicidarse.

—Mantis ama la vida, y aún tiene una importante misión que cumplir —dijo Bruno.

—Mantis es Helga, ¿verdad?

—Sí, es ella.

—¿Y tiene un tumor en la cabeza?

Bruno asintió.

—No le queda mucho tiempo de vida.

—¡Es una putada, joder!

—Helga es fuerte.

—Pero... ¿qué pasó cuando todas se reunieron en Berlín?

—Eso debes preguntárselo a Helga. Yo no sabría contarte qué fue exactamente lo que pasó.

Un torbellino de pensamientos giraba en la mente de Susana. Había muchas cosas que seguía sin comprender.

—En las noticias de televisión escuché que el único sospechoso de haber matado a las cinco chicas, y de la desaparición de las seis adolescentes alemanas, había escapado de la policía.

—Sí, han surgido complicaciones que Helga no esperaba.

Para llegar al cementerio había que pasar junto al estanque y la gran torre del monumento a la Batalla de las Naciones. Klaus Bauman recordó el amanecer en que voló en helicóptero hasta allí y vio los cinco sarcófagos con las chicas muertas en su interior. Fue la primera vez que se encontró con Gustav Lastoon cara a cara. Entonces no pudo imaginar que una semana después habría dado su vida por volver a tenerlo tan cerca. Sin embargo, el guía de turismo fúnebre se había vuelto tan invisible como la torre del monumento bajo la bruma.

En el cruce de Prager Straße con Südfriedhof Osttor, el coche giró a la derecha. Una estrecha carretera, rodeada de bosque y de tumbas con lápidas de piedra que sobresalían de la tierra, terminaba en el gran edificio del cementerio.

Fly los esperaba en la entrada trasera, con las luces de una Harley encendidas. Era un hombre de unos cuarenta años, musculado, con el pelo largo hasta los hombros. Llevaba botas altas con puntera de metal, pantalones y chupa de cuero negro, y un cuello de piel de cordero levantado hasta las orejas. En la espalda de la cazadora brillaba una gran águila imperial y la palabra «Fly» bordadas con letras doradas. Tenía un casco de soldado alemán, como el de Gustav Lastoon.

Cuando el coche se detuvo a su lado, paró el motor de la Harley, se quitó el casco y se acercó a la puerta del copiloto. Nathan Weber le dijo a Klaus que esperara dentro del coche, abrió la puerta y se bajó.

Klaus Bauman no podía escuchar lo que hablaban. Tampoco podía verles las caras desde el interior de su vehículo, pero no dejaba de pensar en lo que Gustav Lastoon y el confidente que había hablado con Mirtha Hogg dijeron sobre Fly.

La puerta del copiloto volvió a abrirse, luego se abrió la de atrás. Los dos hombres subieron al coche.

—Si quieres, me quedo fuera y hablas con Fly a solas —dijo Nathan.

—Prefiero que escuches lo que hablemos.

El cuerpo de Klaus se giró en el asiento para poder mirar hacia atrás. El hombre al que acababa de conocer habló antes de que él dijera nada. Tenía una voz grave que parecía retumbar en sus pulmones.

—No quiero tener problemas con la policía. Si he aceptado hablar con usted es porque confío en Nathan, y sé que usted también confiaba en Gustav.

—¿Sabe dónde está él? —preguntó Klaus Bauman.

—No tengo la más mínima idea. Me enteré esta mañana de las noticias que dicen que ha huido.

—¿Cuándo le vio por última vez?

—El sábado por la noche, en el club Phoenix. No estuvo mucho tiempo allí. Al día siguiente tenía que madrugar.

—¿Le dijo lo que pensaba hacer el domingo?

—Tenía un tour temprano por la ciudad con un grupo de japoneses, y otro por la tarde.

Klaus miró a Nathan y asintió. El amigo de Gustav no mentía. Había repasado toda la información de los partes de seguimiento policial, y confirmaban esos datos.

—¿Gustav le habló de que fue él quien encontró los cadáveres de las cinco chicas?

—Me dijo que alguien lo había metido en ese lío, pero que no tenía nada que ver con ese asunto.

—¿Le dio algún detalle de la escena del crimen?

—Sólo de lo que todo el mundo sabía por la prensa.

Klaus Bauman sacó de su cazadora una copia doblada del sarcófago y el símbolo del puñal.

—¿Ha visto usted esto alguna vez?

—Es el tatuaje de los Guardianes de la Muerte.

—¿Por qué lo sabe?

—A Gustav le apasionan las leyendas urbanas de cualquier parte del mundo, pero sobre todo de las ciudades en las que trabaja habitualmente: Leipzig, Dresde y Berlín. Alguna vez me habló de la historia de esa sociedad secreta de nazis.

—¿Le creyó usted?

—¿Por qué no iba a hacerlo? He oído historias verdaderas mucho más absurdas.

—¿En qué trabaja usted?

—Tenía un taller de tuneado de motos. Ahora las vendo en Rusia.

Nathan permanecía sentado sin decir nada, echado hacia atrás y con el cuello reclinado en el reposacabezas.

—¿Apreció usted el sábado si Gustav estaba asustado?

—No especialmente. Él sabía que estaba vigilado por la policía. Eso le daba cierta tranquilidad, aunque en el club no dejaba de mirar a su alrededor.

—¿Usted conoce su casa?

—Sí, una vez le acompañé. Pero no sabía nada del túnel secreto del que hoy hablan tanto en la televisión.

Klaus bajó la ventanilla y encendió un cigarro. Lo que Fly decía sobre su relación con Gustav Lastoon no coincidía exactamente con lo que éste le había contado, pero decidió no mencionar las supuestas ideas neonazis del motero.

—El móvil de mi hija fue encontrado la madrugada del lunes en ese túnel.

—No lo sabía.

—¿Tiene alguna idea de por qué Gustav podría desear hacerle daño a mi hija?

—Lo único que sé es que le apreciaba a usted mucho por haber creído en él. Me comentó que le estaba ayudando con el asunto de los sarcófagos. Los temas esotéricos eran su especialidad, ya lo sabe.

—¿Pertenece a alguna secta diabólica o alguna sociedad secreta?

—Ésa es la mayor gilipollez que he oído en mi vida. Nathan ya le ha dicho cuál es el verdadero negocio de Gustav.

—¿Es usted su socio?

—Tenemos algunos asuntos en común. Yo tengo clientes que buscan sus productos.

—¿Le venden armas a grupos neonazis?

—El negocio de Gustav es al por menor. Gente que quiere tener algo con lo que protegerse si se ve en algún apuro. Los grupos paramilitares neonazis de verdad tienen otras vías más sofisticadas para conseguir armamento.

—¿Sabe algo sobre las seis adolescentes alemanas desaparecidas?

—No, pero me parece un asunto extraño, y no me creo que Gustav haya tenido nada que ver con éstas ni con las otras chicas. Todo es un puto montaje de la misma gente que le tendió la trampa para que él encontrara los cadáveres.

—¿Tenía enemigos?

—Todos tenemos enemigos. Y, por lo que veo, usted también los tiene.

—¿Me ayudará usted a encontrar a Gustav Lastoon? —preguntó Klaus Bauman, angustiado.

—No lo haré por usted sino por Nathan.

Nathan Weber bostezó y extendió los brazos.

—Mi amigo también necesita una pistola —dijo.

Klaus lo miró de reojo.

—No llevo dinero encima.

—Eso no será ningún problema. Arranque el coche y entre por ese camino de ahí enfrente. El arsenal de Gustav está muy cerca de aquí. Nathan me ha pedido que se lo enseñe, para que usted compruebe que no le he mentado sobre el negocio de Gustav. Además, podrá elegir la pistola que prefiera.

La bruma se tragó el coche por un camino de tierra. Un laberinto de estrechos senderos se abría a los lados, trazado sobre la hierba húmeda del cementerio. Klaus Bauman creyó estar en medio de la nada. Un limbo iluminado por los faros del coche como una luna débil que se estremece en la oscuridad del firmamento.

—Pare aquí y deje los faros encendidos —dijo Fly al entrar en una curva del camino.

Klaus Bauman hizo lo que le pidió. Luego, los tres salieron del coche y avanzaron hasta unas tumbas de mármol grisáceo que apenas sobresalían veinte centímetros de la tierra. La luz de los faros le permitió a Klaus comprobar que eran sepulturas muy antiguas, con las inscripciones de las lápidas borradas por la intemperie.

El amigo de Gustav se detuvo ante una de ellas y pidió a Nathan que le ayudara. Entre los dos deslizaron la losa de piedra que las cubría hasta dejar una abertura suficiente para mirar en su interior. Dentro no había ningún ataúd ni ninguna mortaja. Klaus se acercó y vio unas cajas de madera. Fly abrió una de ellas y sacó un arma.

—Todas son pistolas de fabricación rusa —dijo.

—Ésa es una Strizh —afirmó Nathan Weber.

Fly se la ofreció a Klaus.

—Tenga cuidado, está cargada.

Klaus cogió el arma y la observó con detenimiento.

—Déjame verla —dijo Nathan. Cuando Klaus se la dio, añadió—: Muéstrale los fusiles de asalto y de precisión.

—Están en esa otra sepultura, ayúdeme a abrirla —pidió al inspector.

Klaus miró dentro. Un segundo después, la bala disparada por la pistola que Nathan Weber tenía en la mano hizo caer el cuerpo de Klaus en la oscuridad de la tumba.

CUARTA PARTE

EL FUEGO PURIFICADOR

El viento que soplaba del norte disipó la bruma, dejando que un sol dorado se apoderara del cielo. Los pasos de un jardinero del cementerio de Südfriedhof crepitaron sobre la hojarasca de las malezas que debía limpiar esa mañana. Mientras caminaba, el jardinero creyó escuchar el lejano timbre de un teléfono. Miró a su alrededor y no vio a nadie entre los árboles. El sonido cesó de pronto, y el jardinero continuó su trabajo sin darle más importancia.

Sentada ante la pantalla del Mac en su oficina móvil de la Comisaría Central, Margeritte Clodel aún tenía el teléfono en la mano cuando Mirtha Hogg abrió la puerta y entró en su despacho, preguntándole si sabía dónde estaba Klaus. Lo había estado llamando durante toda la mañana y no contestaba al móvil, le explicó.

La inspectora Mirtha Hogg cogió la única silla del despacho y se sentó delante de la mesa. Luego, se atusó el pelo.

—También he llamado a su mujer, está destrozada —dijo.

—Puedo imaginarlo.

—Ingrid me ha dicho que, en las dos últimas noches, Klaus no ha dormido en su casa. Tampoco ha hablado con él por teléfono desde que desapareció su hija el domingo. No quiere hacerlo hasta que encuentre a Carla. Lo culpa de lo sucedido por haber dejado en libertad al guía de turismo fúnebre.

—Pobre Klaus. Ayer estuvimos echando un vistazo juntos al apartamento que tuvo alquilado la chica serbia y le vi muy nervioso y deshecho. Yo tampoco he vuelto a hablar con él desde entonces. Me dijo que nos veríamos por la noche, pero no me llamó. Estoy preocupada.

Mirtha Hogg cruzó las piernas.

—Le conozco bien, y temo que haya decidido hacer las cosas a su manera.

—¿Cuál es su manera?

—Buscar caminos que no debería seguir ningún policía.

—¿Te refieres a infringir la ley?

—Llámalo como quieras. Klaus no descansará hasta que encuentre a su hija, y nosotras ya no le servimos.

La agente de Europol se levantó y conectó la cafetera.

—¿Te apetece un café?

—No, gracias, ya he tomado.

—Tengo que decirte algo, antes de que sigamos hablando.

Mirtha Hogg no parpadeó durante los segundos en que Margeritte se servía el café y volvía a sentarse a la mesa.

—Entre Klaus y yo no ha habido nada —dijo Margeritte con una mirada de lealtad—. Las dos somos mujeres y sabemos a qué me refiero.

—¿Por qué me hablas de eso?

—Porque tú le sigues amando.

—Te equivocas, entre Klaus y yo sólo hubo sexo.

—No tienes por qué ser sincera conmigo si no quieres, pero sé que no te caigo nada bien, Mirtha.

—En eso has acertado. Eres analista, juegas con mucha ventaja.

—He fallado en mi primera conclusión. Acertar en la segunda era demasiado fácil. Lo supe desde que nos vimos por primera vez y observé la pasión con que mirabas a Klaus. Él nos separaba. Una de nosotras tenía que vencer a la otra.

—Entonces hemos terminado en un empate —dijo Mirtha con una sonrisa.

Las dos pensaron que su combate dialéctico debía concluir si querían resolver el caso y ayudar a Klaus.

—Prefiero que seamos amigas —dijo Margaritte.

—Podemos intentarlo.

—Klaus me comentó ayer que tú ibas a ayudarlo de una manera extraoficial.

—Me envió la foto de alguien por el móvil y me pidió que intentara identificarlo sin decirle nada al comisario ni a los federales —explicó Mirtha.

—¿El estudiante de la biblioteca?

—Sí, por eso he estado llamando a Klaus, he averiguado quién es ese estudiante y creo que él también debería saberlo cuanto antes.

—¿Algo importante?

—Creo que sí.

La indecisión de Mirtha hizo que Margaritte insistiera.

—Sabes que puedes confiar en mí, no diré nada a nadie.

—Ese estudiante no grababa a Gustav Lastoon en la biblioteca, sino a Klaus.

—¡No es posible! —exclamó Margaritte.

—Es un universitario neonazi.

—¿Cómo has podido saber eso?

—Está fichado por repartir entre los estudiantes una revista prohibida que hace apología del nacionalsocialismo más radical. Alguien de ese movimiento político debe de estar interesado en seguir los pasos de Klaus.

El aire que Margaritte Clodel acababa de respirar se quedó atrapado en sus pulmones.

Al llegar a la universidad, Susana marcó en su móvil el número que Ursula Keilen le había dado. Había pasado la noche releendo el chat de «Las chicas de las cloacas», y dándole vueltas a la tentadora propuesta de la amiga de Helga.

En clase, tampoco pudo concentrarse en las explicaciones de los profesores. Pensó en Manzana P y en la podredumbre emocional a que la llevaron las drogas y sus excesos sexuales por dinero. Pero ella no tenía por qué ser igual que la chica suicida del chat. Sólo tenía que hacerlo una sola vez: aceptar que un artista la pintara desnuda y hacer lo que Ursula le pidiera después. Si todo era como Bruno le había explicado, tendría dinero suficiente para vivir de manera independiente durante varios años. No volvería a la casa de sus padres, podría trasladarse a Londres el próximo curso, o estudiar en cualquier otro país de la Unión Europea que eligiera. Sólo habían pasado ocho días desde que llegó a Leipzig, pero los había vivido con más intensidad que los veintitrés años que ya había cumplido. Las oportunidades no surgen detrás de cada esquina. Las chicas de las cloacas le habían demostrado que ella también podía ser la única dueña de su destino. Luna negra, Bailarina, Nebulosa, Cabeza de bruja y Manzana P habían elegido abandonar, pero Mantis decidió seguir adelante sola a pesar de su enfermedad terminal. Ella sería como Mantis, o mejor aún, como Helga, que era su verdadero nombre: exprimiría intensamente cada segundo, cada instante, cada momento de su vida. Había dejado de temerle a todo y de odiarse a sí misma. «La muerte sólo importa a los cobardes», pensó.

Los estudiantes que salían de la universidad miraron con estupefacción la limusina negra de cristales tintados que se paró en la puerta del edificio, recogió a una chica y continuó veloz hacia Augustusplatz.

—Pensaba que no me llamarías —dijo Ursula Keilen una vez que Susana subió a la limusina.

—No quiero seguir limpiando mesas.

—Me alegro por ti.

Un cristal tintado separaba los dos compartimentos interiores de la limusina, aislando al conductor de la zona vip. Susana se había sentado dándole la espalda al cristal, en un sofá de cuero negro situado frente al que ocupaba Ursula Keilen. En el centro había una mesita de acero envejecido, como los cromados de las puertas.

Ursula pulsó un botón del reposabrazos y del interior de la mesa surgieron dos copas aflautadas con champán frío ya servido. Cogió una copa y se la ofreció a Susana. Ella cogió la otra.

—¡Brindemos por tu futuro! —dijo.

Las copas chocaron con un delicado tintineo y Susana tomó un sorbo de champán.

—Quiero darte las gracias por tu ayuda.

—Oh, vamos, no tienes que agradecerme nada.

Ursula Keilen dejó su copa en el hueco de la mesita por el que había salido. Junto a sus pies había tres lujosas bolsas de boutique. Las cogió y se las mostró a Susana.

—Todo es para ti —dijo.

La expresión de Susana fue de asombro. No sabía qué decir. Pero Ursula le evitó la incomodidad del

silencio.

—Antes deberías tomarte esta pastilla con un poco de champán, evitará que te marees si vas viendo pasar el paisaje desde detrás de ti. La autopista hasta Nuremberg es muy monótona.

—Nunca me mareo.

—Sólo bromeaba, es una pastilla de éxtasis especial para gente vip, como esta limusina.

—No creo que deba tomarla —dijo Susana.

—Te sentirás más cómoda. Es algo muy distinto a la porquería que tomaste con Helga en Berlín.

Susana dudó un instante. Luego extendió su mano, cogió la pastilla, se la llevó a la boca y tomó un sorbo de champán. La piel se le erizó, sintió que el estómago le hormigueaba, y su mente experimentó una sensación de vértigo que ya no le era desconocida.

—Ahora puedes ver tus regalos —dijo Ursula Keilen con una sonrisa.

Las manos de Susana sacaron un vestido de una bolsa.

—¡Es precioso! —exclamó.

En la segunda bolsa había un conjunto de lencería negra, con ligero y medias de seda, y en la última caja, unos zapatos de tacón alto.

—Puedes probártelo todo ahora —dijo Ursula.

—¿Aquí? —preguntó Susana, riendo de forma contenida. Notaba que la droga empezaba a hacerle efecto dentro de su cabeza, como una pluma de ave que le hiciera cosquillas en el cerebro.

—¿Por qué no? El chófer no puede vernos ni oírnos.

Las manos de Susana se movieron con lentitud. Se quitó el jersey de punto, removió su cabello con los dedos para volver a peinarlo, y desabrochó la camisa hasta dejar sus pequeños pechos al aire. No llevaba sujetador. Se agachó para quitarse las botas y los calcetines. Abrió la hebilla del cinturón de sus pantalones y los bajó junto con las bragas de algodón blanco, hasta sacarlos por sus pies.

Cuando Susana se quedó desnuda, su cálida mirada se focalizó en los ojos grises de la mujer que la observaba sin parpadear. Era muchos años mayor que ella, pero no sabría decir cuántos más. Su pelo tenía el delicado color de la miel, su nariz era perfecta y su boca pintada le pareció a Susana tan sabrosa como una fresa endulzada.

Susana cogió el vestido nuevo y se dispuso a ponérselo. Deseaba que la seda del tejido acariciara su piel desnuda. Deseaba ser tocada y tocar, ser besada y besar.

—Espera, no te pongas el vestido aún. Ven, siéntate aquí, a mi lado —dijo Ursula, dando unos leves golpes con su mano sobre el asiento de cuero.

El pacto entre Margaritte Clodel y Mirtha Hogg fue que cada una de ellas cumpliría con sus obligaciones y sus responsabilidades en la investigación de los casos abiertos sobre las cinco chicas extranjeras muertas y las seis adolescentes alemanas desaparecidas, pero ambas se informarían mutuamente de cada hecho relevante del que tuvieran conocimiento, en especial respecto a la localización de Klaus Bauman.

Antes de que Mirtha Hogg saliera de su despacho, Margaritte Clodel le dijo que ella también sabía algo de lo que quería hablarle a Klaus con urgencia. Sus compañeros de La Haya le habían enviado un email en el que le explicaban que una joven holandesa había ingresado la noche del pasado sábado en un hospital de Amsterdam sumida en un misterioso estado cataléptico, por haber ingerido una píldora muy peligrosa, hasta ahora desconocida en los Países Bajos. Los componentes tóxicos de la nueva droga eran el curare amazónico y algunos hongos alucinógenos, mezclados con barbitúricos sedantes, exactamente idénticos a los hallados por los patólogos de Leipzig en las vísceras de las cinco chicas muertas. Los pulmones y el corazón se paran, pero el cerebro sigue inmerso en una intensa actividad neuronal, creadora de imágenes y pensamientos que los médicos holandeses no han podido determinar. Hasta ahora, ni el Ministerio de Sanidad ni el Centro de Inteligencia Contra el Tráfico de Estupefacientes tenían noticias de que una droga mortal de esa naturaleza pudiera estar introduciéndose en Alemania.

La chica hospitalizada en Amsterdam, de veinte años de edad, parecía estar clínicamente muerta, sin signos de latido cardíaco ni respiración, ni ninguna otra función orgánica. Sin embargo, el electroencefalograma que le realizaron los médicos de urgencias que la asistieron indicaba una intensa actividad cerebral, que se mantuvo hasta que, pasada una hora, la chica recuperó el pulso, la respiración y la consciencia como si no hubiera ocurrido nada. En su declaración ante los agentes de policía que la habían trasladado al hospital, la joven dijo que un camello al que conocía de comprarle drogas de diseño le había ofrecido una píldora a la que llamaba Perséfone, asegurándole que, si la tomaba, experimentaría una verdadera sensación de estar muerta en este mundo, y seguir viviendo en otro paralelo. Debía colocársela debajo de la lengua. El efecto era inmediato. La chica dijo que había sentido una gran felicidad, como una forma de muerte muy dulce con visiones fantásticas que no se podían explicar con palabras.

—Entonces ¿esa droga podría estar relacionada con una experiencia paranormal de la muerte? — especuló Mirtha Hogg.

—Según la policía holandesa, la chica la describió como estar dentro de una película celestial o de ciencia ficción, pero muy distinta a las que ella había visto hasta ahora.

Margaritte continuó contándole a la inspectora que la policía holandesa había conseguido detener al camello que le vendió la píldora, y que le habían mostrado las fotos de las chicas muertas en Leipzig después de haber tomado esa misma droga.

—Ninguna de ellas era holandesa —dijo Mirtha Hogg.

—Pero reconoció a Ivet Ledoux.

—¿La chica drogadicta belga?

—Sí, la más joven de las cinco. Al parecer se quedó a vivir en Amsterdam, después de entrar en territorio de la Unión Europea desde Nueva York. El camello detenido le confesó a la policía holandesa que le había dado a esa chica doce pastillas de una droga experimental. También dijo que la llaman Perséfone porque es la droga de la muerte y de la resurrección.

—¡Joder! —exclamó Mirtha Hogg—. Entonces fue Ivet Ledoux la que trajo desde Holanda la droga que la mató a ella y a las otras chicas.

—Eso es para mí lo más extraño. Yo estaba convencida de que fue Gustav Lastoon quien les facilitó la droga a las chicas. Los federales que se han hecho cargo del caso ya están informados sobre las investigaciones de la policía de Amsterdam. Están buscando a los responsables del laboratorio que produce la droga, y a los traficantes que la venden. Creen que se trata de una organización holandesa con ramificaciones en toda Europa.

—¿Eso significaría que no hay relación entre el guía de turismo fúnebre y la muerte de las chicas? —razonó Mirtha Hogg.

—No lo sé. El comisario y yo tendremos una reunión esta tarde con los federales para evaluar la situación.

—También me lo ha comunicado a mí hace un momento, quiere que yo asista en sustitución de Klaus.

—Entonces volveremos a vernos pronto.

—Una cosa más. Nadie debe saber qué hemos hablado entre nosotras —le advirtió Mirtha Hogg.

—Puedes estar tranquila, sé guardar un secreto.

Mirtha Hogg se puso en pie.

—Me pregunto qué demonios estará haciendo Klaus ahora.

—Ayer me dijo que tú estabas en Nuremberg. Es posible que también él haya ido hasta allí buscando alguna pista sobre Carla —apuntó Margaritte.

—Los federales han descartado esa línea de investigación.

—Klaus me comentó algo al respecto, pero no me dijo por qué.

—Las escuchas telefónicas de Maximilian Louch no han dado ningún resultado, y el fiscal del caso no ha aceptado prorrogarlas —aclaró Mirtha.

—Pero tú hablaste con ese pintor, ¿no?

Mirtha Hogg volvió a sentarse.

—Sí, es un artista importante. Sus cuadros valen una fortuna. Ha pintado a actrices y modelos famosas. Al principio me soltó un discurso sobre la historia del erotismo en el arte, y las obras de grandes genios que se ocuparon de mostrar la belleza de la mujer desde la intimidad de su cuerpo. Luego me dejó ver su catálogo de pinturas eróticas y me dijo que si alguna vez encontraba asesinada a alguna de las chicas que posan para él en su estudio, lo llamara por teléfono. La quitaría inmediatamente del catálogo para no alarmar a sus clientes de todo el mundo.

—¿Hablaste de lo que te dijo su discípulo?

—Cuando le planteé que había ciertos rumores por ahí sobre las modelos de sus cuadros y la noche que debían pasar con los compradores, se echó a reír. Entre risas me dijo que, si me atrevía, podía posar para él y comprobar yo misma hasta dónde alcanzaba la cotización de mi cuerpo, en un lienzo y en la cama.

—Deberías haber aceptado —dijo Margaritte con humor.

—Tal vez lo haga, pero antes intentaré rastrear el móvil de Klaus.

El taller del pintor Maximilian Louch estaba situado en la planta alta de una casa con amplios ventanales, desde los que se veían los tejados rojizos de la ciudad, las torres verdes y puntiagudas de las iglesias y la pequeña colina sobre la que se alzaba el castillo de Nuremberg.

Cuando abrió la puerta de su taller, Maximilian Louch se sintió fascinado por la dulzura que expresaban los ojos de la chica que acompañaba a Ursula Keilen.

—Ésta es Susana, la estudiante Erasmus de la que te hablé anoche.

El pintor ni siquiera saludó a Ursula. Cogió con delicadeza la mano de la chica, hizo una reverencia protocolaria y acercó los labios al dorso de su mano.

Era la primera vez que alguien la saludaba de ese modo, pensó Susana, con la seguridad en sí misma que le aportaban los efectos estimulantes y sensuales del éxtasis.

—Ven, acércate a la luz, quiero ver de cerca el mágico color verde de tus ojos —dijo sin soltarla de la mano.

Maximilian Louch era un hombre apuesto. A pesar de sus sesenta años, conservaba todo el pelo en una corta melena completamente blanca, peinada hacia atrás. Vestía una camiseta negra, manchada con pintura de todos los colores, como los pantalones vaqueros que llevaba puestos.

Los rayos de sol del atardecer entraban sesgados en la amplia estancia del estudio, creando en el rostro de Susana una insólita luz crepuscular.

—Será el cuadro de una deidad —dijo Maximilian Louch, alejándose de nuevo de Susana y entornando los ojos.

Ella se limitó a esbozar una sonrisa seductora y desinhibida. Sentía viva su propia perversidad, la maldad que se había negado desde niña a sí misma, sabiendo que algún día escaparía de su control.

Ursula Keilen la miraba junto a un caballete con un gran lienzo enmarcado, del tamaño de una persona arrodillada.

—Ya lo has oído, serás una diosa para la eternidad.

El pintor volvió a coger con delicadeza la mano de Susana.

—Ven, mira este cuadro —dijo—. Así podrás imaginar cómo puede quedar el tuyo.

—¿Lo has terminado? —preguntó Ursula.

—Sólo faltan algunos retoques finales.

Susana se situó frente al gran lienzo pintado. Ya había visto el de Helga en casa de Ursula, pero el que ahora miraba era distinto, más perturbador: una chica de pelo castaño, recogido en la nuca por un moño del que escapaban algunos mechones, estaba arrodillada de espaldas con las piernas separadas y la columna muy recta, resaltando sus glúteos redondos. Tenía la cabeza levemente agachada y vuelta un poco hacia atrás, como si mirara de reojo al observador del cuadro, desafiándolo. En los pies llevaba unos zapatos con tacones de aguja, vistos desde la perspectiva de las suelas limpias y brillantes. Unas medias de malla tupida le cubrían las piernas hasta los muslos, que impedían verle las manos. Un corsé de cuero negro atado en la espalda le ceñía la cintura, y un tanga de seda negra con encaje cubría su sexo.

Pero lo que más asombraba a Susana del realismo de la pintura era la cadena de acero que pasaba entre las piernas de la chica, y la serpiente verdosa que se enroscaba en ella.

—Tendré que hacerte unas fotos desnuda en distintas poses —dijo el pintor.

—¿Usted sólo pinta chicas? —preguntó Susana.

—No, querida, más aún que la piel humana de una belleza como tú, me gusta pintar la piel de las piedras de antiguas ruinas. Todos los cuadros que cuelgan de estas paredes hasta el techo los he pintado yo: desde Grecia hasta Roma. Los dos grandes imperios de la historia, sin contar Alemania, claro está.

Ursula Keilen acarició el pelo de Susana para que no se inquietara.

—Puedes pasar a ese vestidor a cambiarte. Hay una bata para que te sientas más cómoda —dijo.

Susana entró en el vestidor y cerró la puerta.

—El nuevo mecenas desea una pintura muy exclusiva. Algo distinto a todas. Llegará esta noche para conocer a Susana.

—Lo tendrá.

En la pizarra blanca que colgaba de una de las paredes de la sala de reuniones había un esquema gráfico, dibujado con rotulador negro. El título central, en la parte superior, contenía dos palabras escritas con mayúsculas: CASOS INVESTIGADOS. Desde ese enunciado general partían dos flechas hacia ambos lados de la pizarra. A la izquierda, también en mayúsculas: CHICAS EXTRANJERAS. A la derecha: ADOLESCENTES ALEMANAS. Debajo de cada epígrafe se desplegaban distintos niveles de ideas.

Margaritte Clodel fue la última en entrar en la sala de reuniones. Cuando vio al jefe de los federales de pie, al final de la mesa y junto a una pizarra, pensó que le habían copiado la tabla de vínculos que le mostró a Klaus Bauman en su Mac, la última vez que habló con él. Se sentó a la derecha del comisario, junto a los inspectores Karl Lein y Hans Basteck. Frente a ella estaban Mirtha Hogg y los otros dos policías de Berlín.

El jefe de los federales carraspeó, cogió el rotulador de la pizarra y comenzó a hablar.

—Bien, ahora que estamos todos, creo que podemos empezar —dijo, mirando su reloj de pulsera y a Margaritte Clodel—. Antes de analizar la situación, quiero decir que siento mucho que Klaus Bauman no esté aquí, pero después de lo sucedido con su hija y con el sospechoso huido, no era aconsejable que él continuara con la investigación del grave asunto por el que los federales hemos venido hasta aquí. Como todos saben, el inspector Bauman ha cometido errores injustificables en cualquier policía de homicidios, y mucho menos admisibles en alguien con su experiencia. Desde sus primeras pesquisas, el inspector Bauman olvidó la premisa que aprende cualquier estudiante de policía al poco tiempo de entrar en la academia: «Nunca descartes como sospechoso a un colaborador que tenga la más mínima relación con el crimen».

Margaritte Clodel se removió en su asiento. Le habría gustado decir algo en favor del inspector Bauman, pero prefirió no aportar nada hasta escuchar todo lo que el jefe de los federales tenía que explicarles.

—Sin embargo —prosiguió el agente federal—, después de interrogar personalmente a Gustav Lastoon, el inspector Bauman creyó en la absurda historia que le contó sobre una imaginaria sociedad secreta de origen nazi, en la que ni el más novato de los investigadores de homicidios creería en la actualidad.

»Como verán a continuación en el esquema de la pizarra, las pruebas de los dos sucesos investigados demuestran que el inspector Bauman se equivocó al basar sus deducciones en la teoría conspirativa del sospechoso, llegando a conclusiones falsas a partir de premisas absolutamente erróneas.

»Por el contrario, las averiguaciones llevadas a cabo desde Berlín por nuestra Oficina Federal de Investigación Criminal, nos permiten establecer en este sencillo esquema —dijo, señalando con su dedo índice hacia la pizarra— una clara relación entre las cinco chicas extranjeras muertas y las seis chicas alemanas desaparecidas.

El jefe de los federales hizo una breve pausa, subrayó los epígrafes de los dos casos con el rotulador que tenía en la mano, y continuó:

—Lo primero que deben saber es que al fin hemos conseguido imágenes nítidas de la llegada a Berlín de cuatro de las cinco chicas extranjeras, durante la mañana del día anterior a su muerte. Tres de ellas aterrizaron en el aeropuerto entre las 9.30 y las 10.30: Ivet Ledoux, la chica belga drogadicta, llegó en un vuelo procedente de Amsterdam; Kristel Olsen, la chica sueca paracaidista, lo hizo desde Estocolmo, y Dorothy O'Neill, la chica gótica irlandesa, desde Dublín. Ninguna de ellas llevaba más equipaje que una mochila. Pero lo más importante —destacó el jefe de los federales— es que las tres fueron recibidas en el aeropuerto por la chica serbia buscada internacionalmente por asesinato, y cuyo verdadero nombre era Ludovic, aunque, como ya saben ustedes, tenía un pasaporte falso con la identidad de Lessi Milovac.

El jefe de los federales bebió agua de un vaso.

—Aquí haré un breve paréntesis para señalar que la chica serbia usó el pasaporte falso para alquilar el día antes en Leipzig una furgoneta Volkswagen California de color blanco, que no fue devuelta en el plazo del contrato, y que unos agentes de tráfico encontraron unos días después en un aparcamiento sin vigilancia del norte de la ciudad. Las únicas huellas dactilares encontradas en el interior del vehículo son de las cinco chicas muertas.

»Continúo aquí con las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad del aeropuerto, que nos han aportado otro dato esencial para la investigación: Vericka Ludovic, o la falsa Lessi Milovac, si lo prefieren, recibió a cada una de las tres chicas en la salida de pasajeros procedentes de la Unión Europea, con un cartel en el que no había escrito un nombre sino unos dibujos coloreados con acuarelas: una manzana para la chica belga que llegó desde Amsterdam, una bailarina para la sueca y una escoba para la irlandesa. En su momento analizaré la importancia de estos detalles.

»Lo esencial, ahora, es decir que las tres chicas se abrazaron entre ellas y también abrazaron a Vericka Ludovic al encontrarse, lo que nos permite afirmar que había una relación afectiva entre ellas. Las cuatro salieron juntas de la terminal hacia el aparcamiento del aeropuerto, donde las esperaba la misma furgoneta Volkswagen blanca que captaron las cámaras de vídeo en las cercanías del monumento, durante la madrugada en que Gustav Lastoon encontró los cadáveres. Es importante subrayar aquí —dijo el jefe de los federales girando su cuerpo hacia la pizarra— que ninguna de las cuatro chicas subió al vehículo por la puerta del conductor, lo que nos hace pensar que dentro las esperaba alguien al volante, pues la furgoneta se puso en marcha de inmediato. Lamentablemente, las cámaras de seguridad del aeropuerto no pudieron captar imágenes del interior de la Volkswagen.

»Podría pensarse que quien conducía el coche era la quinta chica muerta, pero no fue así porque, media hora más tarde, la misma furgoneta fue grabada por una cámara de los aparcamientos de la estación de Berlín. Vericka Ludovic se bajó de ella por la puerta derecha, como había hecho en el aeropuerto, y se dirigió a la zona de los andenes. Allí, otra cámara grabó la llegada de Evelyn Wicka, la chica suicida polaca, en un tren procedente de Varsovia, y su encuentro con la chica serbia, que la esperaba con otro cartel pintado en el que sólo podía verse una mancha difuminada de color grisáceo. Las dos chicas salieron de la estación y fueron caminando hasta la furgoneta, Vericka Ludovic se subió junto a quien fuera que conducía, y la chica polaca en la parte trasera. Lo que nos permite concluir que en la Volkswagen viajaban al menos seis personas. Las cinco chicas muertas y la que conducía la furgoneta.

»Indudablemente, la pregunta inmediata que todos nos hemos hecho en la Oficina Federal, y se harán también ustedes ahora, es quién conducía la furgoneta, y por qué lo hacía. Pero antes de responder a esa pregunta tengo que hablar de otro aspecto trascendental de la investigación.

El jefe de los federales volvió a mirar la pizarra.

—Es el relativo al historial virtual e individualizado —dijo, subrayando la idea en la pizarra— de las páginas webs visitadas por las cinco chicas extranjeras en el mes anterior al día de su muerte. No ha sido fácil rastrear las conexiones realizadas desde cada uno de los países en los que vivían, pero las primeras

investigaciones de la policía de cada estado de la Unión Europea ya permitieron comprobar que al menos las dos chicas inicialmente identificadas, en Irlanda y Suecia, habían buscado en Google páginas de foros sobre suicidio y formas de realizarlo. Por ello, pensamos que Dorothy O'Neill sentía fascinación por la muerte a causa de su ideología gótica y su entusiasmo por los cementerios, y que Kristel Olsen podría haber pensado en quitarse la vida a causa de la depresión que sufría desde su aborto y la trágica muerte del marido junto a la amante.

»Sobre Evelyn Wicka, la chica polaca, no hemos podido rastrear ningún contrato de conexión a internet a su nombre. Es posible que lo hiciera desde algún cibercafé de Cracovia, pero la circunstancia demostrada por la autopsia de su cadáver de un intento frustrado de suicidio, unido al trastorno bipolar que padecía desde su infancia, confirman que pudo entrar en contacto con las dos chicas anteriores en uno de los foros que fomentan el suicidio y la autodestrucción en internet, como la mejor solución a los problemas de la vida de muchos jóvenes.

»En este punto es importante resaltar que estamos intentando comprobar si Vericka Ludovic realizó en Leipzig algún contrato falso de telefonía o conexión a internet con el nombre de Lessi Milovac, entregando su pasaporte falso. Pero pensamos que utilizó la red wifi del apartamento en el que tenía alquilada una habitación al profesor de música Bruno Weiss.

Al decir esto, el jefe de los federales miró directamente a Margaritte Clodel. Ella les había facilitado esa información en la tarde del día anterior. Luego continuó:

—Aunque pronto citaremos al señor Weiss para conocer su relación con Vericka Ludovic, el rastreo del servidor de red de su apartamento ha revelado otro dato importante para la investigación. Me refiero a que, desde esa conexión a internet, también se realizaron visitas frecuentes a webs suicidas a través de Google.

»Sin embargo, el hecho más relevante de nuestra investigación se produce cuando comprobamos que dos semanas antes de que los cadáveres fueran encontrados por Gustav Lastoon, los servidores de las conexiones a internet de las cinco chicas comenzaron a utilizar el programa de encriptación TOR para acceder a alguna página ilegal de la Deep Web, que nuestros ciberagentes no han podido determinar, y no creen que puedan llegar a hacerlo por el anonimato protegido en capas de cebolla que caracteriza a la internet profunda. No obstante, sí sabemos que todas las chicas se conectaban a la misma hora, las doce de la noche, y que dejaron de hacerlo la noche anterior a la de su muerte.

»Por ello, creemos que en esa página de la Deep Web, las cinco chicas debieron de pactar una quedada en Leipzig con el fin de realizar algún ritual esotérico o alguna ceremonia mágica de renovación espiritual, relacionada con el suicidio en el que, por distintos conflictos emocionales, todas pensaban.

La agente de Europol no pudo contener su asombro. Si los hechos habían ocurrido como el jefe de los federales exponía, su teoría sobre una orgía necrófila preparada para sus clientes por Gustav Lastoon carecería de fundamento.

—¿Nos está hablando de que se ha confirmado que fue un suicidio colectivo? —preguntó.

Los demás policías volvieron sus miradas hacia ella.

—Contestaré a su pregunta en unos minutos, Margaritte, pero antes déjeme exponer otros detalles que nos ayudarán a todos a comprender lo que está sucediendo —dijo el jefe de los federales, sin perder la inexpresividad de su rostro. Luego volvió a beber un trago de agua del vaso que tenía en la mesa, y continuó—: Como les decía, si la intención de las chicas era morir juntas, siguiendo algún tipo de ritual macabro para llevar a cabo su suicidio pactado, debieron de elegir como escenario el cementerio de Südfriedhof, internacionalmente conocido por los miles de visitantes que se reúnen allí una vez al año durante el Festival Gótico de Leipzig. Para tener una muerte dulce utilizaron la droga experimental Perséfone, que la chica belga trajo de Amsterdam, según los informes de la policía holandesa, recibidos

por Europol. Con ese decidido fin, debieron de contactar a través de la Deep Web con Gustav Lastoon como guía de turismo fúnebre, que podría ayudarlas a llevar a cabo el suicidio colectivo, previamente pactado entre ellas.

»Esta deducción es lógica, si consideramos que la chica gótica irlandesa, que se hacía llamar Cabeza de bruja, como él mismo reconoció en su declaración, y que ya había estado en el Festival Gótico de Leipzig en el año 2014, momento en que pudo haberlo conocido personalmente, lo llamó al móvil a las once de la mañana del día anterior para reunirse con él en el monumento a la Batalla de las Naciones. Suponemos que Gustav Lastoon aceptó ayudarlas a consumir el suicidio pactado, e ideó contratar a un artista urbano que creara la escenografía del crimen con las pinturas en tres dimensiones de los sarcófagos, la lencería, las heridas y el puñal clavado en la espalda de cada chica, convenciéndolas para ello con alguna motivación estética o artística de la muerte ritual que ellas tanto deseaban.

El jefe de los federales volvió a mirar a Margeritte Clodel, y realizó una leve reverencia de admiración.

—En este punto debo destacar especialmente las valiosas aportaciones a la investigación de la analista de Europol, Margeritte Clodel, pues su teoría sobre las perversas desviaciones sexuales del propio Gustav Lastoon, y de algunos de los visitantes habituales de los cementerios que él enseñaba, nos permite deducir que el sospechoso aprovechó la ocasión de saber que aquella madrugada tendría en sus manos los bellos cuerpos sin vida de las cinco chicas suicidas, para ofrecer a sus clientes más selectos la más macabra orgía necrófila que pudieran haber soñado nunca.

Los ojos de Margeritte Clodel tenían un brillo acuoso. Ella había aportado la teoría necrófila a la investigación, pero había muchas incógnitas en su versión que el jefe de los federales acababa de despejar con una coherencia que no admitía discusión, aunque tampoco ella estaba equivocada, como había llegado a pensar al comienzo de la reunión. Estos pensamientos la distrajeron durante unos segundos, y enseguida volvió a prestar atención.

—Para conseguir ante la policía el impacto disuasorio de su implicación en el suicidio colectivo de las cinco chicas, Gustav Lastoon utilizó los conocimientos que tenía sobre la historia conspirativa relatada en la tesis doctoral de un profesor de la Universidad de Leipzig llamado Hengel Tonvenger, ya fallecido, y que fue publicada en el año 1979, durante la época soviética de Alemania del Este. El libro de este profesor, que afortunadamente recogió ayer de la casa del inspector Bauman el comisario Clemens Eisembag —aclaró, mirando hacia él—, trata sobre una imaginaria sociedad secreta nazi, fundada en 1939 por una mujer espiritista, su esposo, un capitán de las SS, y cuatro oficiales más, cuyo nombre era los Guardianes de la Muerte. Según el profesor, esos nazis celebraban oscuros rituales ocultistas y orgías necrófilas con chicas alemanas vírgenes, a las que mataban brutalmente sacándoles el corazón por la espalda con una daga, en el mismo monumento donde, casualmente, Gustav Lastoon halló los cuerpos sin vida de las cinco chicas.

Mirtha Hogg alzó su mano para intervenir:

—Lo que no comprendo es por qué han desechado ustedes la línea de investigación que yo había iniciado sobre el pintor de Nuremberg. Alguien tuvo que pintar en tres dimensiones los sarcófagos y los cuerpos de las chicas.

La mirada del comisario se clavó en su subordinada como un mordisco.

—Por el prestigio internacional de Maximilian Louch, como maestro alemán de la pintura erótica. Sería imperdonable que involucráramos su nombre en un asunto tan tenebroso, cuando lo más razonable es pensar que Gustav Lastoon pudo contratar a cualquiera de los pintores que se ganan la vida exhibiendo sus creaciones en tres dimensiones en las calles y plazas de Leipzig, de Berlín o de cualquier lugar. La posibilidad que estamos considerando es que el autor de esas pinturas ni siquiera sabría la finalidad que

tenían.

Otra duda bullía en la mente de Mirtha Hogg.

—¿Y qué hay de las muestras de ADN que se le tomaron a Gustav Lastoon, y los cabellos blancos y el trozo de uña de mujer encontrados en las esteras sobre las que se pintaron los sarcófagos?

—El ADN encontrado no pertenece a Gustav Lastoon.

Margaritte Clodel estaba muy impresionada por todo lo que acababa de escuchar. La investigación de la Oficina Federal se sustentaba en pruebas que no era fácil contradecir. Sin embargo, ella seguía pensando que podía haber una sexta chica en la escena del crimen que no murió aquella madrugada.

Carraspeó como si pidiera permiso para hablar, y preguntó:

—¿Y qué relación han establecido entre Gustav Lastoon y las adolescentes desaparecidas, incluida Carla, la hija del inspector Bauman?

—Aún es pronto para decirlo, pero nos inclinamos por pensar que el sospechoso se asustó por algún motivo que desconocemos. Tal vez se convenciera de que su teoría sobre la sociedad secreta de nazis necrófilos y asesinos de chicas estaba agotada, con todo lo que ya le había contado al inspector Bauman. Si no tenía más información que darle a su protector, su coartada se desvanecería pronto.

»Pero respondiendo a su interesante pregunta, creemos que la psicopatía de Gustav Lastoon lo ha arrastrado a seguir creyendo en su propia historia inventada sobre el crimen, y decidió convertirse él mismo en uno de los Guardianes de la Muerte, huyendo de Leipzig para no ser detenido. Sólo tenía que continuar representando una escenografía similar a la de las cinco chicas suicidas, secuestrando con la complicidad de algunos de sus clientes necrófilos a seis adolescentes vírgenes alemanas. Pensamos que ésa es la razón por la que han desaparecido de ciudades de distintos estados, conectadas por la línea imaginaria de un sarcófago hexagonal.

El gesto de Margaritte Clodel fue de duda.

—Pero ¿por qué iba Gustav Lastoon a hacerle daño a la hija de Klaus? Él había confiado en todo lo que le decía.

—Quizá porque de ese modo es Gustav Lastoon el que ha pasado a tener el control sobre el inspector Bauman, y no al revés.

Después de una larga sesión fotográfica en el estudio de Maximilian Louch, el chófer de la limusina llevó a Ursula Keilen y a Susana hasta las afueras de Nuremberg. Hacía algunas horas que había anochecido. A veces, una luna creciente se ocultaba entre sedosos cúmulos de nubes.

Tardaron diez minutos en llegar a un lujoso palacete medieval, situado en el centro de un exuberante jardín botánico. La fachada de piedra rojiza estaba iluminada por focos disimulados entre los parterres de flores.

El chófer le entregó a Ursula Keilen su bolso de viaje y se despidió. Susana vio cómo volvía a la limusina, abría la puerta, se sentaba dentro, arrancaba y se marchaba por un camino de grava bordeado por esbeltos cipreses.

Bajo el arco de la puerta de la mansión las recibió una mujer de unos sesenta años, que llevaba el pelo gris recogido en un moño. Vestía un uniforme negro con cuello blanco, de ama de llaves.

—El nuevo mecenas ya ha llegado, la está esperando en el salón de las columnas —dijo la mujer a la vez que cogía de la mano de Ursula Keilen su equipaje.

—Dile que iré a verle enseguida, tan pronto deje a la chica en su habitación.

La mujer asintió con un gesto de servidumbre.

Cruzaron el amplio hall de la mansión, circular y con altos techos abovedados. Susana llevaba las bolsas con la ropa que Ursula le había regalado.

Al fondo se abría una escalera de piedra con un gran tramo central, que se dividía en el primer rellano en otros dos, situados a ambos lados. Las paredes de piedra de la escalera estaban repletas de viejos retratos de caballeros decimonónicos. Susana creyó estar en un castillo encantado. Todos sus sentidos vibraban dentro de su cuerpo mientras subía en silencio cada uno de los peldaños.

Sobre la cama de su habitación estaba extendida una larga capa negra.

—Date una ducha, sécate el pelo, maquíllate bien y ponte los tacones de aguja y el conjunto de lencería negra. Subiré a recogerte en media hora —dijo Ursula Keilen con su voz amable. Fue hacia la puerta de la habitación y se detuvo antes de abrirla. Miró a Susana y añadió—: En el joyero que está en la mesita de noche hay algo para ti. Puedes cogerlo —dijo, y esperó.

La curiosidad impulsó a Susana a comprobar de qué se trataba. Pensó en un precioso collar de perlas, o en un brazalete de oro. Se acercó a la mesita, cogió el joyero y lo abrió. Dentro había un fajo de billetes nuevos de quinientos euros. Susana apartó su mirada del dinero y la dirigió hacia Ursula. No podía hablar, a pesar de la locuacidad que provocaba en ella el éxtasis.

—En total serán cincuenta mil, el dinero que ahora tienes en tus manos es sólo un anticipo.

—¿Por una noche? —consiguió preguntar Susana, después de salir de su estupor.

—No, Susana, no sólo por esta noche. También por tu silencio. Deberías tomarte otra pastilla de éxtasis. Han pasado muchas horas desde la primera, y tienes que estar muy sensible al placer con tu mecenas —dijo Ursula Keilen, ofreciéndole la píldora en la palma de su mano abierta.

Susana la cogió. Lo deseaba, deseaba seguir inmersa perpetuamente en el estado de éxtasis sensorial

que fluía por cada neurona de su cerebro, por cada fibra de sus músculos, por cada poro de su piel. Se sentía poderosa y afortunada. Era feliz así.

La voz de Ursula la devolvió a la realidad.

—Hay algo que deberás tener muy en cuenta a partir de esta noche.

—Haré todo lo que tú decidas por mí.

—Es algo muy fácil de entender, y sólo te lo advertiré una vez. Si le hablas a alguien de lo que hagas, veas o escuches aquí, ellos te matarán —dijo Ursula Keilen antes de salir de la habitación y cerrar la puerta con llave.

A las nueve de la noche salieron de la comisaría. Margaritte le propuso a Mirtha que tomaran una cerveza en alguna taberna tranquila del centro. Mirtha le preguntó si no le gustaba el whisky, y ella contestó con una sonrisa:

—Lo que más me apetece es un vino blanco, bien frío.

—Entonces te llevaré a degustar un exquisito Riesling alemán —dijo Mirtha.

Fueron andando a una vinoteca que estaba cerca de la estación. Dejaron el coche de Mirtha aparcado frente a la entrada y se sentaron en la terraza vacía de la calle. La noche era agradable y podrían hablar entre ellas sin que nadie las escuchara. Aunque las tabernas del centro estaban tan animadas por los estudiantes como en un fin de semana, en los alrededores de la Estación Central apenas había gente.

El camarero les sirvió dos copas de vino y dejó la botella en una cubitera. De vez en cuando, un tranvía se detenía durante unos segundos en una parada cercana.

Mirtha sacó de su bolso un paquete de cigarrillos. Encendió uno y soltó lentamente el humo.

—¿Te importa si fumo?

—No.

—Soy un poco adictiva, ¿sabes?

—Yo también tengo algún vicio insano: como demasiado chocolate —dijo Margaritte, sonriendo.

Mirtha le devolvió una mirada comprensiva, pero cambió el rumbo de su diálogo hacia aguas más profundas y oscuras.

—He vuelto a llamar a Klaus después de la reunión, pero tiene el móvil apagado. Ni siquiera ha dejado conectado el contestador.

—No comprendo cómo puede estar incomunicado. En su situación, cualquier noticia puede ser importante para él.

—El comisario también me ha preguntado si Klaus se había puesto en contacto conmigo. Ni siquiera he tenido que mentirle. Le he dicho que no sé nada de él desde ayer, y además es cierto —dijo Mirtha.

—Espero que Klaus no siga equivocándose, y nos llame pronto a alguna de las dos.

—No sé, algo me dice que no es normal lo que Klaus está haciendo en este caso desde el principio.

—¿Qué quieres decir?

—Nunca le había visto confiar a ciegas en un testigo.

Margaritte dio un sorbo lento a su copa de vino y lo mantuvo en la boca para saborear la acidez en su paladar.

—¿Qué te ha parecido el largo discurso del jefe de los federales? —preguntó.

—Ha sido una sorpresa para mí la conexión del suicidio pactado de las cinco chicas y tu teoría sobre la orgía necrófila de Gustav Lastoon y sus clientes selectos.

La agente de Europol se mordió la lengua para no confesarle a Mirtha Hogg que ella creía que había una sexta chica que podía estar viva.

—A mí también me ha sorprendido que todas se reunieran para llevar a cabo un pacto o ritual suicida

en Leipzig, a pesar de que los forenses ya advirtieran de esa posibilidad. Pero la verdad es que las piezas del puzle de los federales encajan por completo con mi teoría sobre lo ocurrido. Además, ellos le han dado sentido a lo que yo no acababa de entender, sobre todo a por qué las chicas vinieron desde países europeos tan distintos —se limitó a decir.

—Para que el caso esté cerrado aún hay que encontrar a Gustav Lastoon y a las seis adolescentes desaparecidas. Yo tampoco veo muy claros los motivos que podría tener ese hombre para secuestrar a Carla.

Los labios de Margaritte Clodel se entretuvieron en el borde de la copa después de beber un poco de vino.

—La respuesta del jefe de los federales a mi pregunta ha sido bastante razonable. Gustav Lastoon controla ahora a Klaus, y eso le proporciona un margen de actuación que necesita para escapar. Tiene en sus manos la vida de Carla, y la de las otras adolescentes.

Mirtha Hogg se mantuvo en silencio unos segundos, como si pensara en algo y no supiera expresarlo.

—Las explicaciones que me ha dado el jefe de los federales sobre el pintor de Nuremberg tampoco me convencen. Algo apesta a podrido en todo esto —dijo al fin.

—Si te soy sincera, a mí tampoco. La información sobre la que ha hablado, relativa a las investigaciones de las policías de cada país europeo, debería haberla recibido yo antes que ellos. No comprendo por qué en La Haya han prescindido de mí en la cadena del protocolo oficial.

—Tú y yo podríamos seguir el rastro de Klaus —dijo Mirtha.

—Tendremos que hacerlo sólo con nuestro olfato femenino. Mis jefes me prohibieron expresamente que investigara la desaparición de las adolescentes. Es un asunto policial interno del estado alemán, que no le corresponde analizar a Europol.

Mirtha Hogg volvió a llenar las copas de vino, y encendió otro cigarrillo.

—¿Y vas a obedecer a tus jefes?

—Nadie tiene por qué saber lo que hago en Leipzig.

Mirtha Hogg terminó su última copa con un solo trago.

—¿Qué tal si empezamos por emborracharnos un poco esta noche?

—Pediré otra botella de Riesling —dijo Margaritte.

El sonido de la llave girando de nuevo en la cerradura provocó en Susana una tensión expectante. Estaba de pie, junto a la cama. Ni siquiera la advertencia de que si hablaba «ellos» la matarían le causó la más mínima inquietud. El miedo había desaparecido de sus emociones, como si nunca lo hubiera conocido. Supuso que al decir «ellos», Ursula se refería a los mecenas que pagaban miles de euros por poseer el cuadro pintado de una chica desnuda, con la que pasarían una noche de sexo y drogas, sometiéndola a su voluntad. Pero si sólo se trataba de ser discreta, ella no tenía nada que temer. Helga y Bruno ya sabían lo que pasaba en esa misteriosa mansión, y no había nadie más en su vida con quien pudiera hablar de su intimidad.

Tenía puestos los zapatos de tacón de aguja. Las medias de seda dejaban al descubierto la mitad de sus muslos. Bajo el ligero y las braguitas con transparencias se adivinaba el pubis, y el sujetador con encajes oprimía sus pechos pequeños y firmes. El color negro de la lencería realzaba la tonalidad rosada de su piel. El pelo le caía con levedad sobre los hombros, enmarcando su hermoso rostro maquillado. Ojos verdes con luminosas sombras malvas, labios muy rojos y perfilados.

—¡Estás maravillosa! —exclamó Ursula al verla.

Se acercó a Susana y le besó suavemente el cuello.

—¿De verdad crees que le gustaré?

—Tu sensualidad es asombrosa.

—Me siento como una puta, pero me atrae conocer a mi mecenas. Has sido muy generosa conmigo.

Ursula se acercó a Susana y le apartó un mechón de pelo de la frente.

—No eres una puta, eres una diosa —dijo.

—Dime lo que debo hacer cuando le vea.

—Comportarte con inocencia.

—No sé cómo hacerlo.

—Cerrando los ojos y dejando que sea él quien te guíe. No hables si él no habla, no le toques si él no te toca, no lo beses sin que él te haya pedido que lo hagas. Cuando te pregunte, responde «sí, señor» o «no, señor», y gime de placer lo más alto que puedas mientras esté follándote.

—Puedes estar tranquila, con el éxtasis que he tomado no será necesario que finja ninguno de mis orgasmos —dijo Susana sonriendo. Se sentía tan desinhibida que esa noche podría haberse acostado con varios hombres o mujeres a la vez.

Cogió la capa negra de la cama, se la colocó sobre los hombros desnudos y se cubrió la cabeza con la capucha. Luego ató las cintas del cuello con una lazada para que la capa no se deslizara de su cuerpo.

Ursula llevaba un estuche de plata que abrió delante de Susana. Dentro, en un molde de terciopelo negro, había una daga con la hoja de acero y un símbolo circular en la empuñadura.

—Muéstrame las palmas de tus manos —dijo.

Ursula sacó la daga del estuche y la colocó sobre los rectos dedos de Susana. Debía llevar la daga en esa posición hasta que entrara en el salón de las columnas y esperar a que el mecenas se la pidiera.

—Ahora sal de la habitación, baja la escalera y sigue las llamas de las velas.

—¿Y tú dónde estarás?

—Estaré muy cerca.

Susana hizo lo que Ursula Keilen le dijo. Sus pasos eran lentos y solemnes sobre los tacones de aguja. Bajó la escalera siguiendo la débil luz de los candelabros encendidos en los muros de piedra. En el hall abovedado, una línea de diminutas llamas trazaba sobre el suelo el camino que debía seguir hasta llegar ante dos grandes puertas abiertas.

Al entrar en el salón, Susana se detuvo. Creyó que había cruzado a otra dimensión sin espacio ni tiempo a causa del éxtasis. Todas las paredes y el suelo eran columnas que se multiplicaban en las penumbras hasta un inaccesible infinito. Una inmensa lámpara de araña colgaba del techo, pero su luz era muy tenue. En el centro del salón había una gran mesa negra con la forma de un sarcófago hexagonal. Dos altos sillones de terciopelo negro estaban colocados en los extremos.

Un hombre sentado en el sillón más alejado de Susana la miraba sin pestañear. Vestía un elegante esmoquin negro, con pajarita del mismo color sobre la camisa blanca. No tenía pelo. Su edad tampoco era definida.

A Susana le pareció un poco más joven que el pintor, pero quizá sólo fuese una impresión subjetiva causada por el brillo de su cráneo afeitado.

Las manos del hombre reposaban sobre la mesa.

—Acércate —dijo.

Susana obedeció, se aproximó al mecenas, le entregó la daga y cerró los ojos.

—Mírame.

Cuando Susana volvió a abrir los ojos, comprobó que el hombre podía ser mayor de lo que ella había pensado, pero sus manos eran fuertes y no tenía arrugas en el rostro.

—¿Tienes miedo?

—No, señor —dijo Susana sin titubear.

—Estás temblando.

—Sólo tengo un poco de frío.

El hombre se puso en pie, se acercó a Susana y le echó hacia atrás la capucha de la capa. Era más alto que ella, a pesar de los tacones de aguja.

Elevó la mano en la que tenía la daga hasta el cuello de Susana, y mantuvo la hoja de acero en contacto con la piel. Con un movimiento seco cortó la cinta, sin que ella dejara de mirarlo a los ojos. La capa se deslizó por los hombros desnudos de Susana y cayó al suelo.

Llamó a la sede de Europol en La Haya a primera hora de la mañana, cuando aún estaba desayunando un cruasán con mantequilla y un café en la habitación del hotel.

Las explicaciones telefónicas de su compañero, sobre por qué fue informada del resultado final de las investigaciones cibernéticas realizadas por la policía de cada uno de los países de origen de las chicas extranjeras, después de que La Haya se las remitiera directamente al jefe de los federales alemanes, no le convencían.

—¡Ésa era mi misión aquí! ¡Me correspondía a mí analizar y coordinar con la unidad de homicidios de Leipzig los informes policiales de los estados miembros de la Unión Europea sobre las víctimas del crimen! —replicó enfadada.

No podía ver la expresión de su compañero de Europol, pero imaginó que no sería muy distinta a la que tendría ella si estuviera en su lugar. Las decisiones las tomaban otros, él sólo era el portador de las malas noticias.

—Los jefes creen que estás contaminada.

—¿Contaminada? —gritó.

—Sí. Los jefes creen que piensas que el sospechoso es inocente, como el inspector Bauman.

—Pero eso no es cierto, nunca estuve de acuerdo con él. Mis informes del caso han sido muy claros al respecto.

Al otro lado del teléfono se hizo un hondo silencio.

—¿Sigues ahí? —preguntó Margaritte.

—Yo no te he dicho nada, pero creo que van a ordenar tu regreso a La Haya.

—¡Maldita sea, no puedo volver ahora!

El sobre llegó a la comisaría a media mañana. Un agente de guardia lo subió a la primera planta y se lo entregó en mano a Margaritte Clodel en su oficina.

—¿Quién lo ha traído? —preguntó la agente de Europol al comprobar que era ella la destinataria.

El agente uniformado le respondió que un empleado de correos, junto al resto de la correspondencia oficial. Margaritte le dio las gracias al agente y cerró la puerta de su despacho. Se sentó a la mesa y volvió a leer su nombre. Debajo estaban la palabra «Europol» y la dirección de la Comisaría Central de Leipzig, escritas con un programa de tratamiento de textos. El sobre, de tamaño folio, no tenía remite, aunque el sello era de una oficina postal de Berlín.

Margaritte pensó que podía tratarse de los documentos que ella estaba esperando recibir de La Haya por asuntos del pago de las facturas del hotel, pero también barajó la posibilidad de que fuese una comunicación de Klaus Bauman.

Improvisó un abrecartas con una lima de uñas que siempre llevaba en su bolso, y rasgó el sobre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó al ver las crudas imágenes que había dentro.

Era una serie de nueve fotografías en blanco y negro y a color, ampliadas con alguna impresora doméstica. En ocho de ellas aparecían ocho grupos reales de seis mujeres muy jóvenes, distintas en cada

foto, vestidas con lencería negra y tacones altos, que estaban tumbadas boca abajo en un suelo de tierra. Todas tenían el mismo tipo de puñal clavado en el centro de una extensa herida, abierta en la espalda, pero a ninguna de ellas se le veía la cara. Estaban muertas. En total eran cuarenta y ocho cadáveres.

Aturdida por el horror, Margaritte pensó que no sólo no eran pinturas en tres dimensiones, como las de las cinco chicas extranjeras, sino que las fotografías tenían el aspecto de haber sido hechas en años y épocas muy distintas, aunque las copias que había recibido en el sobre parecían recientes.

En la novena fotografía vio a seis personas con las caras parcialmente cubiertas hasta debajo de los ojos por unos pañuelos negros, que vestían uniformes y botas militares del mismo color. En sus cabezas llevaban unas gorras iguales a las que utilizaban los oficiales nazis de las SS durante la Segunda Guerra Mundial. Delante del grupo había una mesa con forma de sarcófago hexagonal, y un símbolo circular incrustado en el centro de la parte superior.

Margaritte Clodel buscó dentro del sobre alguna nota que le aclarara por qué era ella la receptora de esas escenas de terror, pero no encontró nada. De lo que no le cupo duda fue de que su idea sobre que las chicas del monumento de Leipzig debían ser seis, y no cinco, era acertada. Pero ya no se trataba de un solo crimen ni de un único asesino. El principio de esa macabra historia debía de remontarse a más de medio siglo atrás, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando ni siquiera ella ni Klaus Bauman habían nacido.

Llamó al móvil de la inspectora Mirtha Hogg y le dijo que tenían que verse urgentemente. Había ocurrido algo terrible, de lo que no podía hablarle por teléfono.

—Estoy saliendo ahora de casa —respondió Mirtha.

—¿Cuánto tardarás en llegar?

—Unos quince minutos, pero dime, ¿se trata de Klaus?

—No, Klaus sigue desconectado —dijo Margaritte.

—Eso lo sé. La última señal de su móvil fue captada en la mañana de ayer por una antena de telefonía, muy cercana al cementerio de Südfriedhof.

—¿Qué pudo hacer allí?

—Ésa sería una buena pregunta para hacérsela a Gustav Lastoon, ¿no crees? —dijo Mirtha.

Margaritte bajó la voz al contestar.

—Hay muchas preguntas que siguen sin respuesta. Pero será mejor que no hablemos en la comisaría sobre ello.

—Podrías ir andando hasta Schillerstraße. Te recogeré en quince minutos —propuso Mirtha.

Estaba lloviendo sobre Leipzig. Margaritte Clodel se puso la gabardina, guardó el Mac y el sobre con las fotografías en su bolso, se lo colgó del hombro y salió a la calle. Miró al cielo gris y abrió el paraguas.

Caminaba sobre la acera mojada con la inconsciencia de un autómata. Sus circuitos neuronales guiaban sus pasos sin que ella los controlara. Las gotas de agua estallaban al caer sobre los coches aparcados y refrescaban su cara al pasar junto a ellos, a la vez que, con un rápido movimiento de su brazo, esquivaba otros paraguas que se cruzaban en su camino. A pesar de la lluvia, muchos estudiantes circulaban por la calle con sus viejas bicicletas, embutidos en largos impermeables de plástico amarillos, rojos, azules o verdes. Eran los únicos colores que aportaban una chispa de alegría a la melancólica atmósfera gris de la mañana.

La mente de Margaritte Clodel volvía a ser como una computadora que intentaba procesar un sinfín de datos confusos y contradictorios. Las fotografías que había recibido desbarataban de un plumazo el discurso del jefe de los federales, que ella compartía salvo en algunos matices poco relevantes. Sin embargo, la teoría conspirativa nazi de Gustav Lastoon volvía a resurgir de sus cenizas. La agente de

Europol se preguntó si acaso no habría sido él mismo quien le enviara las terribles imágenes de esos crímenes. Pero, si no había sido el guía turístico, ¿quién lo había hecho?

Aunque no tenían fechas, las nueve fotografías parecían estar ordenadas por su antigüedad, pasando del blanco y negro al color. Partiendo de la hipotética idea de que esos crímenes se hubieran cometido en épocas distintas, a Margeritte Clodel le pareció obvio pensar que los asesinos no podían ser las mismas personas. Sin embargo, aunque los asesinos hubieran sido distintos en cada crimen, la agente de Europol pensó que el vínculo ideológico o esotérico que los unía seguía estando vivo, más allá del tiempo transcurrido entre cada una de las nueve fotografías. Y esa especie de intemporalidad colectiva sólo la poseían los estados, los gobiernos, las instituciones, las empresas internacionales, las religiones o las sociedades secretas.

En la casa de Bruno Weiss había alguien que no era él. Se escuchaba música desde el exterior, una música techno pesada y dura como la de Berghain Panorama Bar, en Berlín. Había empezado a llover. Susana se bajó de la limusina de Ursula, cruzó un pequeño jardín por un sendero empedrado, y abrió la puerta de la casa con la copia de la llave que Bruno le había dejado. Susana no quería volver a dormir en su apartamento hasta que apartara de su cabeza la obsesiva idea de que la chica serbia, que vivió en su misma habitación antes que ella, se había suicidado.

Helga estaba tumbada en uno de los sofás del salón, con un cigarro en la mano y un cenicero de cerámica en el suelo. Al ver entrar a Susana, apagó la música con un mando a distancia.

—Parece que no te ha ido mal por Nuremberg.

Susana dejó sobre un sillón las bolsas que llevaba en la mano.

—Supongo que mejor de lo que te fue a ti —dijo Susana.

—No te hagas la arrogante conmigo, yo te presenté a Ursula.

El gesto de Susana expresó su resignación.

—Lo siento, no quería decirlo así. Es que estoy un poco cansada, y no esperaba encontrarte aquí.

—He venido a ver a mi madre, sufre una nueva crisis de ansiedad. Podrías venir conmigo. A mi madre le gustará conocerte. Las visitas la tranquilizan. Luego comeríamos en casa de mi padre.

—Había pensado descansar un poco y ponerme a estudiar. Ya he faltado a clase dos días. Estoy perdiendo el tiempo.

Helga se incorporó y apoyó el codo en los cojines del sofá.

—Con el dinero que has ganado no tendrás problemas para vivir algunos años. Y siempre puedes volver a hablar con Ursula. Es lo que yo hago cada vez que necesito pasta.

—¿Sabes? No me gusta todo esto.

—Nadie te obliga a hacerlo.

—Ursula me dijo que si hablaba con alguien de lo que estaba haciendo, «ellos» me matarían.

—No te pasará nada si mantienes la boca cerrada. Es la única manera de no tener problemas con los mecenas.

Susana volvió a coger las bolsas, las puso en el suelo y se dejó caer en el sillón.

—Estoy agotada, necesito una ducha y dormir un poco.

—Si quieres, puedo prepararte una raya de cristal.

—Tengo un par de pastillas de éxtasis, me las regaló Ursula. Podemos compartirlas.

Los dedos de Susana buscaron en el bolsillo de sus vaqueros. Sacó un pequeño envoltorio de papel y lo desdobló con cuidado. Helga se puso en pie de un salto.

—Iré a por un poco de agua —dijo.

Entró en la cocina y no tardó en regresar con un vaso. Se tomaron las pastillas de éxtasis y Helga volvió a echarse en los cojines, con las piernas dobladas sobre el sofá.

—¿Sabes una cosa? Yo odio a Ursula.

—Creía que erais...

—¿Pareja? —preguntó Helga conteniendo una carcajada.

—Bueno, cuando vi que te besaba en su casa pensé que erais amantes.

El brillo de los ojos de Helga no era de cristal.

—Ursula estaba enamorada de mi madre, antes de que enloqueciera. Yo tenía entonces quince años.

—No podía imaginarme algo así —dijo Susana.

—Ella me enseñó todo lo que sé sobre el sexo lésbico. Soy promiscua porque ella lo era, y lo sigue siendo a pesar de su edad —dijo Helga. Luego cambió el tono de su voz—: Lo que no entiendo es de qué vas tú sexualmente.

Susana nunca había tenido clara su verdadera condición sexual, ni jamás le había hablado a nadie de ello. Le gustaba algún amigo, pero no lo deseaba como hombre. Tampoco sabía si era o no lesbiana. A veces, en la universidad, se había sentido atraída por alguna compañera de clase, aunque fue incapaz de dar un solo paso para conquistarla. Por eso había decidido alejarse de sus padres y buscarse a sí misma lejos de ellos, en Leipzig, con la excusa de haber obtenido una beca Erasmus para estudiar en su universidad.

—La verdad es que aún no lo sé. Tú me gustaste tanto como Bruno cuando te vi, pero no sabría decirte por qué.

—¿Y sabes ya en qué lado te quedas?

Susana sonrió con una expresión de orgullo.

—Intentaré descubrir el amor. Él decidirá por mí.

—El amor no es fácil de encontrar, te lo aseguro.

—Sí, supongo que sí. Bruno me dejó claro que el amor para él es un intercambio de intereses —dijo Susana.

Helga se incorporó en el sofá, se sentó con la espalda recta y cruzó las piernas en posición de yoga.

—¿Y qué tal lo pasaste con el mecenas?

—Con el éxtasis fue más fácil de lo que esperaba.

—¿Fácil? La mayoría de los mecenas son unos babosos podridos de dinero, que dan asco al verlos. ¿Por qué crees que Ursula les ofrece chicas como nosotras?

—Anoche pensé que sería desagradable, en serio. Pero al final resultó ser un hombre fuerte y educado.

—¿Te folló bien?

—Lo hizo varias veces sobre la mesa del salón de las columnas. Después me llevó a su habitación y volvió a hacerlo en la cama, con otras posturas.

—¿Le chupaste tú?

—Hice todo lo que me pidió, hasta que se quedó dormido a mi lado. Yo tardé en conciliar el sueño, pero cuando me desperté, él ya no estaba en la cama. Creo que tuve mucha suerte.

Durante el regreso a Leipzig, Ursula le había contado algunos casos de mecenas bastante anormales. Susana no dijo nada sobre ellos, pero Helga adivinó lo que pensaba.

—Todos son unos hijos de puta pervertidos. Yo conocí a una mecenas que no fue muy agradable conmigo.

Susana pensó que el éxtasis había provocado en Helga un error de léxico al hablar de su mecenas en femenino.

—¿Has dicho «una»?

—Sí, entre los mecenas también hay mujeres muy ricas. A ésa le gustaba ponerse un cinturón con un consolador para follarme como un hombre.

—¿En serio? —preguntó Susana abriendo los ojos, a punto de echarse a reír.

—No sé por qué te hace gracia lo que he dicho. Algunas lesbianas millonarias también pagan miles de euros por cuadros de chicas desnudas pintadas por Maximilian Louch, y por pasar después una noche loca con ellas.

—Es que es algo que no había pensado nunca, de verdad.

—Mejor que no lo hagas. Deberías olvidarte pronto de que estuviste en Nuremberg y conociste a ese mecenas.

La hiperactividad que el éxtasis provocó en Helga la hacía moverse y hablar con vehemencia. No podía controlar su excitación neuronal. Se levantó del sofá y fue hacia la cocina a por más agua. Tenía mucha sed.

El silencio que Helga encontró al volver al salón le desagradó. Ella prefería hablar a estar callada.

—Bruno me ha dicho que leíste el chat de «Las chicas de las cloacas» —dijo, sentándose de nuevo en el sofá.

—Me pareció una historia muy dura y triste.

—Sí, imagino cómo te sentiste, pero cada una tomó sus propias decisiones.

—¿Cómo pudieron hacerlo? Todas eran muy jóvenes y simpáticas.

—¿Hacer qué?

—Suicidarse. Tenían una vida entera por vivir.

—A Lessi le repugnaba escuchar la palabra «suicidio», y a mí también me repele. No vuelvas a pronunciarla.

—Entonces ¿cómo debería llamar a lo que hicieron?

—Llámalo «renunciar», como hacía Lessi. Fue una renuncia a la vida muy pensada por todas durante muchas noches. Ninguna le encontraba sentido a seguir en este puto mundo de mierda.

—Pero todas estaban deprimidas, podrían haber salido de esa crisis con ayuda. Hay muchas páginas en internet que lo hacen. Nadie que esté bien de la cabeza piensa en... en renunciar a seguir viviendo. Tú no lo hiciste.

Helga elevó la voz:

—¡Yo sé que moriré pronto desde hace meses! No tienes ni puta idea de lo que es vivir con ese maldito fantasma, repitiéndote día y noche al oído que tienes un tumor cerebral incurable.

Susana no quiso seguir hablando de la enfermedad de Helga. Era doloroso ver la desesperación en sus ojos.

—Cuéntame lo que pasó cuando os visteis en Berlín.

Helga se bebió el agua que quedaba en su vaso.

—Hubo algún cambio de planes, sólo eso.

—¿No vas a decirme si sufrieron al morir? —insistió Susana.

—Abandonaron la vida como si se hubiesen dormido. No hay mucho más que contar.

—¡Joder! ¡Estás loca, Helga! ¡A todas os enloqueció ese maldito chat! —soltó Susana. Necesitaba decirlo.

Helga no se sintió ofendida por las duras palabras de Susana. Podía entender que ella no compartiera la decisión que las chicas de las cloacas tomaron de morir juntas, de renunciar a sus vidas para siempre, sin sufrir la soledad de los suicidas. No era algo fácil de asimilar. Además, las dos estaban muy alteradas por la acción estimulante del éxtasis, y lo que a Helga le preocupaba eran otras cosas.

—No quiero discutir contigo ahora. Anda, acompáñame a visitar a mis padres —respondió, poniéndose bruscamente en pie. Estaba triste, inquieta, atormentada por la claustrofóbica visión de seis adolescentes enjauladas.

El gerente del cementerio de Südfriedhof, un hombre con el aspecto de un ejecutivo obsesionado por el brillo de sus zapatos negros, les dijo que ningún policía había ido a verle para hablar con él de las cinco chicas extranjeras, ni del guía de turismo fúnebre que encontró sus cadáveres. Conocía a Gustav Lastoon desde hacía años, y siempre lo había considerado un hombre correcto y tranquilo. Si acaso, un poco reservado con sus asuntos, pero nada que ver con el arquetipo de personaje siniestro que se atribuye popularmente a cualquiera que tenga un trabajo relacionado con la muerte.

—Hay demasiadas leyendas urbanas sobre nosotros, los cementerios y la necrofilia, ya saben de qué les hablo. Pura fantasía humana, si me permiten decirlo así. ¿Imaginan a un médico forense abusando del cadáver que está diseccionando sobre la mesa de autopsias? Seguro que no, sería un disparate, ¿verdad? Pues después de escuchar las noticias que hablan de Gustav Lastoon como un psicópata necrófilo, asesino de chicas, yo no he dejado de hacerme la misma pregunta: ¿por qué iba alguien como él, que trabajaba diariamente como guía de turismo fúnebre, a llamar a la policía para decirles que había encontrado cinco sarcófagos pintados, con cinco chicas muertas depositadas sobre ellos en un monumento funerario situado junto a este cementerio, sin pensar que le detendrían inmediatamente como principal sospechoso del crimen? Cualquiera sabría que era inocente... o un lunático. Y, créanme, Gustav Lastoon era un hombre sensato y amable con sus clientes. Nunca tuvimos la más mínima queja de ninguno de los miles de turistas que visitaron Südfriedhof durante años, guiados por él. Si Gustav tenía alguna fama en nuestro entorno profesional no era otra que la gran cultura sobre historia funeraria y esotérica con que sorprendía a los turistas —explicó el gerente a Margeritte Clodel y a Mirtha Hogg, mientras les enseñaba las dependencias más visitadas del monumento situado en el centro del cementerio de Südfriedhof: un conjunto arquitectónico de estilo medieval, con zonas amuralladas, doce torres, iglesias y claustros.

También estaba informado de la desaparición de seis adolescentes alemanas, y de que las policías de todos los estados federales estaban buscando a Gustav Lastoon.

—Francamente, me sorprendía que nadie hubiera venido hasta ahora a hablar conmigo —dijo el gerente, satisfecho de haber tenido la oportunidad de dar su opinión en un asunto tan misterioso y trágico.

Luego acompañó a las dos mujeres hasta la parte trasera del edificio, donde estaba el aparcamiento. Pasaron junto a unas naves de mantenimiento en las que había algunos empleados trabajando. Mirtha Hogg le preguntó al gerente si le importaba que hablaran un momento con ellos.

—No, desde luego que no. Los días de lluvia trabajan aquí, a cubierto —dijo.

Entraron en la nave de mantenimiento, atestada de viejas lápidas de piedra partidas en pedazos, viejos ataúdes almacenados y un sinfín de sacos de tierra, cemento y yeso, junto a las máquinas y herramientas de obra y jardinería. De una pared colgaban numerosas coronas de flores de plástico. Olía a humedad y a hierba.

El gerente anunció a sus empleados la visita de las dos mujeres policías, y les pidió que las atendieran.

—Ahora tendrán que disculparme, tengo que encargarme de otros asuntos. Ya saben dónde está la

salida —dijo.

Les estrechó la mano y se marchó.

Mirtha Hogg se acercó a los empleados, les preguntó sobre Gustav Lastoon y no tardó en darse cuenta de que ninguno de ellos quería hablar sobre el guía de turismo fúnebre. Hacía días que no le veían por allí, y nunca pudieron imaginar que hiciera algo como lo que decían en los programas de televisión. Para ellos era una pesadilla pensarlo, y esperaban que todo se aclarara lo antes posible. La gente de sus barrios también los miraban a ellos como si tuvieran algo que ver con lo que estaba ocurriendo. Hasta había rumores de que las seis adolescentes desaparecidas podían estar muertas y sepultadas por Gustav Lastoon en el cementerio de Südfriedhof, porque él conocía los lugares más seguros donde enterrarlas en el inmenso parque arbolado y abierto del recinto mortuario, y para buscarlas habría que exhumar los cadáveres de miles de tumbas.

Los empleados coincidieron en que ningún policía había hablado con ellos hasta ahora, pero uno de los jardineros levantó tímidamente la mano para decir algo. Era un hombre joven, de estatura normal y una cara pálida y redondeada.

—No sé si debería decirles esto...

Margaritte y Mirtha lo miraron con curiosidad.

—Puede estar tranquilo —dijo Mirtha.

—Ayer martes, sobre las once de la mañana, estaba limpiando de maleza una zona de tumbas al sur del cementerio.

»Había cerca algunos pájaros, y durante un momento me pareció oír el tono lejano de un móvil, pero con el sonido de timbre de los teléfonos antiguos. Intenté orientarme hacia ese lugar pero de pronto dejé de oírlo. Como no veía a nadie entre los árboles de alrededor, pensé que habrían sido imaginaciones mías, y seguí trabajando.

Mirtha miró a Margaritte para decirle con los ojos que la dejara preguntar a ella.

—Entonces ¿no puede usted asegurar qué fue lo que oyó realmente?

El jardinero titubeó.

—Bueno, creo que lo que oí fue un móvil, pero si no había nadie allí tengo que pensar que me había confundido. A menos que los muertos usen teléfono —dijo el jardinero, sin intención alguna de hacer un chiste.

—¿Podría llevarnos hasta ese lugar? —preguntó Mirtha.

—Sí, hay un camino hasta allí, pero con la lluvia estará un poco embarrado para su coche. Podríamos ir en el todoterreno de mantenimiento, si no les importa que esté sucio.

El jardinero condujo el vehículo por un camino de tierra blanduzca, con turbios charcos de agua producidos por la fuerte lluvia de la mañana. Se detuvo al llegar a una zona boscosa y acercó el coche a la hierba para que las dos policías no mancharan sus botas de barro. Se bajó del todoterreno y señaló hacia un claro del bosque de coníferas.

Margaritte y Mirtha lo siguieron durante algunos pasos. La intensidad del aguacero había disminuido hasta quedar reducido a una llovizna.

—El sonido vino de allí —dijo el jardinero, señalando a un conjunto de sepulturas de piedra.

Margaritte dejó que Mirtha dirigiera el interrogatorio del jardinero. Ella era la inspectora de homicidios.

—¿Cuántas tumbas calcula usted que podría haber en esa zona? —preguntó Mirtha.

—No sabría decirle exactamente, pero supongo que unas doscientas. Tal vez más. El sonido era débil, podía venir desde más lejos. Es difícil saber desde dónde.

—¿Está usted seguro de que, de haber habido alguna persona con un móvil por los alrededores, la

habría visto? Quizá fuera algún compañero suyo.

—Bueno, alguien podía estar detrás de uno de los árboles, pero le hubiera visto moverse en otro momento. Estuve toda la mañana trabajando aquí.

Margaritte se disculpó con el jardinero y pidió a Mirtha que se alejaran un poco para decirle algo en voz baja.

—No es probable que le haya ocurrido algo a Klaus simplemente porque un empleado del cementerio haya creído oír el tono de un móvil, sin que viera a nadie a su alrededor. Creo que no tenemos mucho más que hacer aquí —le comentó.

Aunque a Mirtha Hogg le aterrorizaba pensarlo, la idea de que Klaus pudiera estar muerto debajo de alguna lápida de piedra no le pareció tan disparatada. Klaus había estado muy cerca del cementerio, de eso estaba segura. La señal captada por la antena de telefonía lo confirmaba, y el tono de las llamadas que Klaus recibía en su móvil era el timbre de un teléfono antiguo. Gustav Lastoon podía haberle tendido una trampa para que fuese hasta allí para hablarle de Carla, matarlo y ocultar su cadáver en una de aquellas tumbas, olvidando llevarse su móvil. Pero había algo que no encajaba en la mente deductiva de la inspectora de homicidios: ningún asesino abandonaría los móviles de Carla y de Klaus en el escenario de sus crímenes, a menos que quisiera que la policía los encontrara.

La residencia para enfermos mentales en la que estaba internada la madre de Helga no se parecía en nada al manicomio que Susana había imaginado, después de leer el chat de «Las chicas de las cloacas». Helga se había referido a la locura de su madre como incurable, y al lugar en que vivía como si fuese un siniestro psiquiátrico del que jamás volvería a salir. Sin embargo, el amplio recinto de la residencia en la que Helga y ella entraron estaba distribuido en pequeños jardines, repletos de plantas y flores. El edificio era moderno, tenía cuatro pisos de altura, una fachada sencilla, de un color ligeramente asalmonado, y grandes ventanas horizontales.

Antes de pasar al interior, Susana pudo ver las caras inexpresivas de algunas mujeres, pegadas a los cristales. Se preguntó qué mirarían, y si acaso las verían a ella y a Helga caminar bajo la llovizna hacia el edificio.

Cuando Helga entró en la habitación, su madre no se movió. Estaba sentada en una butaca, junto a la ventana. Mantenía la cabeza erguida, como si esperara la llegada de alguien, pero sus ojos parecían entornados. La enfermera les había dicho que estaba tranquila. Le acababa de inyectar un sedante.

Susana se quedó detrás de Helga, como una sombra.

La mujer que veía ante ella debió de ser muy guapa alguna vez, pensó. Tenía el pelo grisáceo y un cutis muy pálido. Parecía maquillada, con colores tenues.

De pronto, la madre de Helga abrió los ojos. Un azul de cielo entre nubes.

—¡Has venido! —exclamó.

—Sí, mamá, estoy aquí.

Antes de que Helga se acercara, la madre se puso en pie, apoyando las manos con dificultad en los brazos de la butaca. Avanzó hacia su hija, pero la dejó a un lado, como si Helga fuese invisible y no hubiera reparado en su presencia al pasar.

Se detuvo delante de Susana y le pasó las yemas de sus dedos por la cara, acariciándola.

—Mi niña, mi pequeña niña...

Repitió las mismas palabras una y otra vez. Luego se abrazó a Susana y comenzó a sollozar.

Susana también la estrechó entre sus brazos, mientras miraba a Helga sin comprender.

—Cree que eres una hija suya que nunca llegó a nacer.

El jefe de los federales no había prestado atención a la posible desaparición de Klaus Bauman, de la que le hablaba por teléfono la inspectora Mirtha Hogg, hasta que no le explicó que un jardinero del cementerio había oído el sonido de un móvil dentro de una tumba, a la misma hora de la mañana en que una antena de telefonía, muy cercana a Südfriedhof, captó la señal de la llamada que la agente de Europol le acababa de hacer a su número, sin tener ninguna respuesta de Klaus Bauman.

Mientras esperaban la llegada del jefe de los federales y del comisario, Margeritte le habló a Mirtha del sobre anónimo que había recibido antes de salir de la comisaría, y le mostró las nueve fotografías. Mirtha las fue pasando una detrás de otra en silencio. Todas las imágenes eran distintas, pero con la misma escena de seis mujeres jóvenes tendidas boca abajo en el suelo, con una gran herida en la espalda y una daga clavada en ella. La reacción de Mirtha Hogg fue de intrigada frialdad, y se preguntó cómo podía coincidir la escena de un suicidio colectivo con la de esas fotos, si parecían hechas en tiempos tan distintos.

Convinieron en que debía de haber algún vínculo macabro entre cada una de esas fotos históricas, una especie de tradición criminal que se había transmitido de unas generaciones a otras, igual que se perpetúa un título nobiliario o una herencia genética. Quien le había enviado esas fotografías a Margeritte Clodel estaba poniendo ante sus ojos las imágenes que demostraban que una organización de psicópatas nazis, fundada durante la Segunda Guerra Mundial, había asesinado desde entonces a cuarenta y ocho mujeres jóvenes, abarcando distintos períodos históricos, en un ritual ocultista con claras evocaciones necrófilas.

Varios agentes de la policía científica se desplegaron en un radio de doscientos metros, alrededor del área acordonada que les había delimitado previamente el jardinero del cementerio. Cada uno de los agentes llevaba un detector de metales, que comenzaron a deslizar lentamente sobre las lápidas de piedra y la hierba que rodeaba las tumbas.

Margeritte y Mirtha temblaban ante la expectativa de que alguna de aquellas máquinas lanzara su sonido de alarma.

Junto a ellas, el gerente del cementerio no dejaba de gesticular mientras hablaba sobre Gustav Lastoon con el comisario Clemens Eisembag y el jefe de los federales.

El zumbido agudo de uno de los detectores de metales hizo que todos enmudecieran. Los agentes se acercaron al que había detectado el pitido del metal bajo una lápida de piedra. Los aparatos comenzaron a gemir al unísono, como un llanto de plañideras. Ni Mirtha Hogg ni la agente de Europol se atrevían a mirar hacia la tumba.

Aún tenían que esperar a que el juzgado de guardia le comunicara al comisario la autorización judicial para abrir aquella sepultura sin nombre.

Cuando Clemens Eisembag recibió el mensaje del juez, todos se acercaron a la tumba señalada por los detectores de metales. Luego, el comisario ordenó a los policías de la científica que procedieran a retirar la lápida de piedra.

—¡Dentro sólo hay un arsenal de pistolas! —gritó uno de los agentes.

Las dos mujeres policías se acercaron, mientras los de la científica sacaban las armas del interior de la tumba. Las cogían de una en una con sus blancos guantes de látex, cuidando de que no se borraran las huellas dactilares que pudiera haber en ellas.

Clemens Eisembag y el jefe de los federales examinaron las armas.

—Sin duda, son pistolas Strizh de fabricación rusa. Parece que todas están cargadas y listas para ser usadas —dijo el comisario.

Fue entonces cuando otro de los detectores de metales comenzó a emitir nuevos pitidos. Primero de forma intermitente; después, muy continuada.

—Hay algo más en esta tumba —dijo el agente que manejaba el detector.

Todas las miradas se volvieron hacia él.

No fue necesario que el comisario ordenara a los demás agentes que abrieran esa tumba. Cogieron la pesada lápida de piedra entre varios de ellos y la desplazaron a un lado.

El nauseabundo olor de la putrefacción de un cadáver precedió a la visión de un teléfono móvil de la marca iPhone, depositado sobre la espalda de Klaus Bauman.

—¡Que nadie toque nada! —gritó el comisario.

A unos metros de él, Margaritte Clodel se llevó las manos a la cara, y Mirtha Hogg cayó al suelo, desmayada.

La metanfetamina y el éxtasis se estaban apoderando de su mente. Susana lo supo al salir de la residencia psiquiátrica. Por un momento volvió a creer que tenía arañas en la cara. Pensó que estaba enloqueciendo, como la madre de Helga, y se imaginó a sí misma mirando por la ventana de un manicomio, sin poder ver más que tinieblas. Algo mucho más sutil que su débil voluntad la arrastraba sin remedio hacia una penetrante y mórbida ceguera. La misma ceguera que había empujado a las chicas de las cloacas a renunciar a sus vidas, una noche de luna negra.

—¿Por qué me has pedido que te acompañara a visitar a tus padres? —preguntó mientras caminaban hacia el coche de Helga.

—Quiero que conozcas la verdad sobre mi familia.

—Ya la contaste en el chat.

—Esa no es toda la verdad.

—¿Vas a contármela ahora?

—Antes necesito que veas a mi padre.

—Si te soy sincera, no me apetece conocerle. Notará que yo sé que es un nazi y que tu madre está en esa residencia psiquiátrica por su culpa. Además, me dará miedo mirarlo.

—Ya sabe que voy acompañada de una amiga.

—¿Le has dicho que yo iría contigo?

—Llamé a mi padre mientras te cambiabas de ropa en casa de Bruno, antes de salir. La cocinera ya habrá preparado comida para ti.

—Pero ¿por qué me estás metiendo en todo esto?

Helga se detuvo en la entrada del aparcamiento, delante de una valla publicitaria.

—Necesitaré que tú estés a mi lado cuando cumpla mi misión. Han pasado muchas cosas que ni Lessi ni yo pudimos imaginar.

Llegaron al coche y se subieron en él. Dentro, Helga comenzó a contarle a Susana el plan que Lessi y ella elaboraron, antes de que todas las chicas de las cloacas se reunieran en Berlín.

—Al principio, la idea de Lessi era alquilar una casita solitaria de los alrededores de la ciudad y celebrar juntas una despedida de la vida, antes de tomar una sobredosis de la droga Perséfone que Manzana P traería desde Amsterdam. Pero en esos días Ursula estaba de viaje en Estados Unidos, así que le propuse a Lessi llevarlas a todas a su casa. Allí podríamos decidir juntas sobre el plan que Lessi y yo habíamos preparado desde días antes a nuestro encuentro en Berlín.

»Pensé que sería peligroso para mí que fuese yo quien alquilara una Volkswagen a mi nombre para desplazarnos, pues tendría que proporcionar mis datos personales para hacer el papeleo. Tampoco era conveniente que yo me bajara de la furgoneta para recoger a las demás chicas en el aeropuerto y en la estación. Las cámaras de seguridad grabarían la llegada de cada avión y de cada tren, y dejarían un rastro que no le sería difícil seguir a la policía. Por esos motivos, Lessi y yo decidimos que debía ser ella la que alquilara la furgoneta un día antes en Dresde, y se la llevara luego hasta Berlín, donde yo la esperaba

para recoger a las demás chicas de las cloacas a la mañana siguiente. Lessi se quedó esa noche a dormir conmigo, en mi apartamento. Hablamos mucho entonces sobre la idea de darle una utilidad a la renuncia a la vida de las chicas de las cloacas. Yo tenía muy claro cómo lo haríamos, y me había anticipado a la decisión del grupo, diseñando en tres dimensiones las pinturas de cinco sarcófagos hexagonales, sobre lienzos de tamaño natural, que podían enrollarse como esteras una vez terminados. También pinté la lencería y las heridas con la daga de las SS en el cuerpo de Lessi para que todas pudieran ver al día siguiente de qué se trataba exactamente. Lessi estaba entusiasmada con la idea de que las muertes de las chicas de las cloacas no fueran ignoradas ni olvidadas, sino que formaran parte de la historia de una obra de arte que yo necesitaba crear para vengarme de mi padre y de sus amigos nazis.

»Yo había oído hablar de un guía de turismo fúnebre llamado Gustav Lastoon, que era experto en temas relacionados con el nazismo, además de ser un estudioso de la simbología esotérica relacionada con la historia de las sociedades secretas de las SS, y sus rituales en la cripta del monumento a la Batalla de las Naciones.

»En el sótano de la casa de campo de mi padre no sólo encontré las seis calaveras de ojos dorados de las que hablé en el chat que tú leíste —dijo Helga, mirando a Susana con cara de horror—. También vi unas fotos terribles de cuarenta y ocho chicas jóvenes asesinadas con una daga en la espalda. Esas fotos tenían mucho que ver con las orgías secretas de mi padre y sus amigos.

»Cuando las demás chicas de las cloacas llegaron a Berlín, fui yo quien condujo la furgoneta hasta el aeropuerto y la estación, pero fue Lessi la que las recogió en las salidas y las llevó hasta los aparcamientos, sin que yo me bajara en ningún momento del vehículo, para no ser captada por las cámaras de seguridad.

»En mis planes estaba la idea de que, una vez que todas se hubieran subido a la furgoneta, Dorothy O'Neill llamara por teléfono al guía de turismo fúnebre, cuyo número aparecía en internet, y le dijera que deseaba contratar sus servicios para hacer una visita especial al cementerio de Leipzig al amanecer del día siguiente, por un motivo relacionado con la luna negra. Dorothy O'Neill le dijo al guía que le pagaría por la visita mil quinientos euros, que le dejaría por adelantado bajo una piedra en la entrada de la torre del monumento a la Batalla de las Naciones, donde podrían quedar a las cinco de la madrugada, antes de ir al cementerio. También le dijo que la llamara Cabeza de bruja.

»Al principio, el guía se negó porque a esa hora era difícil para él hacer la visita al cementerio, pero acabó aceptando la petición de Cabeza de bruja.

»Una vez que fuimos desde Berlín hasta la casa del lago de Ursula, les hablé del plan que había ideado para vengarme de mi padre y de sus amigos. Todas estuvieron de acuerdo en seguir adelante con su renuncia a la vida, de la manera que yo les había propuesto.

»Empecé a pintar cada uno de los cuerpos de las cinco chicas de las cloacas, excepto el de Luna negra. Yo tenía preparados los zapatos de tacón y las pinturas desde hacía días y, en menos de diez horas, realicé mi mejor obra de arte en la piel de cada una de ellas mientras nos hacíamos confesiones inacabadas del chat entre abrazos, alguna risa y muchas lágrimas.

»A las doce de la noche, envueltas en cinco abrigos negros y con las esteras de los sarcófagos en las manos, salimos de la casa de Ursula. Yo conducía la furgoneta. Ninguna de las chicas de las cloacas habló durante el viaje. Todas sabíamos que su tiempo en este mundo se agotaba, como se había agotado el tiempo del chat en la Deep Web.

»Llegamos al monumento a la Batalla de las Naciones de Leipzig a las dos de la madrugada. Nos bajamos de la Volkswagen en silencio. No había nada más que decir. Ninguna se sentía triste o sola. Les dije dónde tenían que colocarse, entre el estanque y la fachada del monumento que yo había elegido para que la renuncia a sus vidas no fuera inútil ni quedara en el olvido. No había luna, y la oscuridad las

envolvió al apagarse las luces de la furgoneta.

»Cada una extendió la estera pintada con un sarcófago que llevaba enrollada. Permanecieron mucho tiempo tumbadas. La última en hacerlo fue Manzana P, después de darle a cada una dos píldoras de Perséfone para que se las colocaran debajo de la lengua. “No tengáis ningún miedo, será como un sueño”, dijo.

»Unos minutos después, todas parecían dormidas. Yo fui la única que lloró mientras retiraba los abrigos que hasta ese momento cubrían sus cuerpos desnudos. Los metí en la furgoneta, arranqué y me marché.

Las nueve fotos que Margaritte Clodel había recibido seguían guardadas en el sobre, dentro de su bolso. Los sucesos de la mañana le habían impedido hablarles de ellas al comisario Clemens Eisembag y al jefe de los federales, pero tampoco deseaba hacerlo todavía. Antes tenía que ocuparse de redactar su informe a La Haya sobre la aparición del cadáver del inspector Klaus Bauman en el interior de una de las dos tumbas del cementerio de Südfriedhof, que en realidad escondían un importante arsenal de armas fabricadas en Rusia: rifles de precisión Lobáyev, fusiles de asalto Dragunov, pistolas Strizh, granadas de mano Efka y munición de distintos calibres. Sin duda, la delicada información que se disponía a remitir por correo electrónico, antes del mediodía, causaría una profunda inquietud en las autoridades policiales de la Unión Europea.

Además, Margaritte Clodel supuso que su detallado informe sobre el estado de la investigación de la muerte de las cinco chicas extranjeras, y la desaparición de las seis adolescentes, justificaba suficientemente que ella continuara en Leipzig como agente analista y de enlace entre la policía alemana y Europol. A ello se sumaba el asesinato del inspector Klaus Bauman, muerto de un disparo por la espalda, en el centro del corazón.

Todas las televisiones informaban en sus noticias que el guía de turismo fúnebre era un peligroso psicópata sin escrúpulos, que estaba implicado en el suicidio de las cinco chicas extranjeras y el asesinato del policía de homicidios que investigaba sus crímenes. Había un generalizado temor a que Gustav Lastoon no dudaría en asesinar a las seis adolescentes desaparecidas, si es que no lo había hecho ya. Muchos periodistas criticaban al ministro del Interior y ponían en duda la eficacia de la policía federal, mientras la gente de la calle se preguntaba cuánto tiempo más tendría que pasar hasta que lo encontraran.

Margaritte Clodel comió sola en un restaurante, muy cerca de su hotel. La tristeza por la muerte de Klaus Bauman había congelado el brillo de sus ojos grises. Una televisión estaba encendida en un rincón del comedor, colgada de la pared. El comisario Clemens Eisembag y el jefe de los federales aparecieron en la pantalla. Eran imágenes grabadas durante la rueda de prensa que habían dado al regresar del cementerio. La mirada de la agente de Europol se mantuvo inexpresiva ante las palabras de los dos policías que hablaban para las cámaras.

Pocos minutos después sonó su móvil. Se puso en pie y salió a la calle para hablar.

La llamada era del jefe de su departamento en Europol. Le dijo que tenía que regresar esa misma noche a su puesto en La Haya. No tenía nada más que hacer en Leipzig. Los informes de la policía federal alemana insistían en asegurar que las cinco chicas extranjeras no habían sido asesinadas por el guía de turismo fúnebre ni por ninguna sociedad secreta de psicópatas neonazis. Las pruebas evidenciaban que había sido un suicidio colectivo pactado, y Europol carecía de competencia para que una de sus agentes siguiera actuando como analista del caso y agente de enlace con las policías de los estados de los que eran nacionales cada una de las cinco chicas.

—De la repatriación de los cadáveres se ocuparán las embajadas diplomáticas desde Berlín. Tu

misión oficial en Leipzig como agente de Europol ha terminado, Margaritte. Tanto la desaparición de las seis adolescentes, como el asesinato del inspector Bauman y el tráfico de armas de guerra, son asuntos internos del estado alemán, en los que no puedes volver a intervenir de ninguna manera —dijo la voz del móvil.

—No puedo abandonar ahora. Aún tengo que aclarar un asunto importante, señor.

—La decisión está tomada, Margaritte; es inútil que te empeñes en seguir ahí. Comprendo tu afán por ayudar al esclarecimiento de lo ocurrido, pero el ministerio alemán podría elevar una queja ante el director de Europol si investigas por tu cuenta con esa inspectora de homicidios llamada Mirtha Hogg, como ya lo has hecho.

Margaritte Clodel se quedó pensativa un instante.

—Entonces se trata de eso, ¿no?, de un castigo por haber ido al cementerio sin el permiso del comisario ni del jefe de los federales.

—No estás autorizada para actuar como agente de acción directa. Eres analista y enlace. Te has excedido en tus funciones al acompañar a la inspectora alemana sin conocimiento de sus superiores. Ella va a ser expedientada por indisciplina y ocultación de información relevante para la investigación de un delito de asesinato y otro de tráfico de armas. Es una conducta muy grave, que será sancionada.

—¡Pero gracias a Mirtha Hogg se pudieron encontrar las armas y el cadáver del inspector Bauman! ¡No ocultó nada!

—Tú sabes tan bien como yo que cualquier investigación policial, por muy importantes que sean sus resultados, está sometida a normas legales que es necesario respetar. Nadie en la comisaría de Leipzig fue advertido de vuestra visita al cementerio ni de vuestro interrogatorio al gerente y a los empleados. Tampoco informasteis al comisario ni al jefe de los federales de vuestras sospechas sobre la desaparición de Klaus Bauman, y de la última localización de su móvil por una antena de telefonía cercana al cementerio.

—Este asunto es mucho más que un misterioso crimen, señor. Hay cosas que no encajan en la versión oficial.

—Margaritte, escúchame bien porque no te lo repetiré otra vez: olvídate para siempre de las paranoias conspirativas del inspector Bauman.

La agente de Europol estaba a punto de perder el control sobre sí misma y gritar de rabia. Era inaudito que le ordenaran regresar a La Haya.

—Eso que usted llama paranoias conspirativas le han costado a Klaus Bauman la pérdida de su hija y de su propia vida, señor.

—Es doloroso, sí. Pero te enviamos a Leipzig porque confiábamos en ti, y aún lo seguimos haciendo, a pesar del incidente del cementerio en el que te has implicado innecesariamente. No nos obligues a lamentar haberte elegido.

Margaritte iba a decirle a su jefe que desde hacía años habían muerto hasta cuarenta y ocho mujeres jóvenes, del mismo modo que representaron las chicas extranjeras en la escenografía de su suicidio pactado. Pero se dijo a sí misma que estaría más segura si no le hablaba a nadie de las fotografías que le había remitido esa mañana un comunicante anónimo.

—¡Deme sólo dos días más, por favor! —suplicó—. Le informaré a usted personalmente de los resultados de mi investigación.

—Lo siento, Margaritte, no puedo acceder a lo que me pides. Espero verte mañana en tu despacho de La Haya. Avísame cuando llegues.

El aspecto amable de Otto von Mayer también le hizo dudar a Susana de que la historia contada por Helga sobre su padre en el chat de «Las chicas de las cloacas» fuese cierta. Era un hombre de unos sesenta años, con facciones duras pero equilibradas. Tenía el pelo abundante y gris. Un jersey de medio cuello en color negro resaltaba el tono pálido de su cara. Los ojos eran azules, como los de su hija. Helga se parecía más a él que a la madre.

Estaba sentado a la mesa del comedor, con un periódico abierto en las manos. Cuando vio entrar a Helga y a su amiga, dobló el diario y lo dejó en un lujoso aparador, junto a unos candelabros de plata. Se puso en pie y saludó a su hija con dos besos en las mejillas. Luego, cuando Helga le presentó a Susana, sonrió y elogió la dulzura de su belleza.

—Sentaos, por favor —dijo, indicando con la mano a ambos lados de la mesa.

Helga pasó por detrás de su padre y se sentó a su derecha.

—Nos hemos retrasado un poco a causa del tráfico. Cada vez es más difícil conducir por el centro de Leipzig. Prefiero las amplias avenidas de Berlín —se quejó con un gesto de frivolidad.

La comida estaba servida sobre la mesa: una sopera con crema de calabaza, una fuente con ensalada de salmón y arenques, y una bandeja de roastbeef marinado con salsa agria.

—¿Un poco de vino? —preguntó el señor Otto, mirando a su hija y luego a Susana.

Durante el almuerzo, el padre de Helga le preguntó qué tal había encontrado a la madre.

—Algo más desmejorada. Creo que cada día que vuelvo a verla está más envejecida. Hoy ni siquiera me ha mirado, ha sido como si yo no existiera.

—La medicación que ha comenzado a tomar la mantendrá más tranquila y estable. Me ocupo de ella todos los días, deja de preocuparte.

Luego, el padre de Helga se interesó por el origen español y alemán de la familia de Susana, del que su hija le había hablado esa mañana al decirle que iría a comer con una estudiante Erasmus amiga suya. Él conocía bien Granada. Hacía muchos años, antes de que Helga naciera, había pasado una semana con su mujer en la Costa Tropical, porque un colega suyo tenía una casa en Salobreña y los invitó a visitarlos durante el verano. Luego preguntó a Susana por sus estudios y los motivos de haber elegido la Universidad de Leipzig, teniendo a sus abuelos en el sur de Alemania. Helga intervenía de vez en cuando para que Susana no se cohibiera en sus respuestas, y hasta decía cosas que ella misma inventaba para animar a su padre a seguir hablando de su juventud en la Facultad de Psiquiatría, y lo mucho que había cambiado Leipzig desde la época del régimen comunista que los oprimió durante décadas, hasta la caída del Muro de Berlín. Ahora todo era distinto, más libre y divertido, a pesar de los refugiados que estaban invadiendo las ciudades alemanas.

Después de que la cocinera entrara en el comedor y dejara sobre la mesa unas tazas de café y una dulcera con pastelitos de nata, Helga miró a Susana y le lanzó un guiño de complicidad.

—Le he pedido a Susana que viniera conmigo porque está un poco deprimida. Yo creo que no acaba de adaptarse a nuestro estilo de vida, y echa de menos a sus padres y a sus amigos, pero me gustaría que

hablaras con ella y le recetaras algo que la ayude a sonreír y a superar el insomnio que sufre desde que llegó a Leipzig —dijo.

La sorpresa de Susana al escuchar a Helga convirtió sus ojos verdes en una llamarada de fuego.

—A ver, tendrás que contarme lo que te pasa —dijo el señor Otto, frunciendo el ceño al mirar a Susana.

Helga se puso en pie.

—Mientras habláis de vuestras cosas, yo iré al baño, dudo mucho que Susana sea sincera contigo si estoy delante.

«Pero ¡qué putas ideas te pasan por la cabeza!», pensó en gritarle Susana, antes de que su amiga saliera del comedor.

Helga cerró la puerta tras ella y fue hacia el gabinete de su padre, situado al final del pasillo. Entró sin hacer ruido y se dirigió sin dudar hacia los estantes de su biblioteca. Buscó entre una antigua colección de cedés con documentales de la Segunda Guerra Mundial en blanco y negro, pero después de mirar entre las fundas encontró lo que buscaba.

Se acercó nerviosa al escritorio. La calavera que estaba sobre la mesa desde que ella tenía memoria, y que tanto la asustaba de niña, la miraba con sus ojos vacíos.

Abrió uno de los cajones y sacó la llave de la caja fuerte empotrada en la pared. Estaba oculta detrás de un cuadro con un retrato a lápiz de Freud, que ella misma había dibujado para su padre cuando estudiaba en la Escuela de Bellas Artes. Apartó el cuadro, introdujo la llave y marcó la clave que había cogido de una de las fundas. Dentro de la caja fuerte había algunos fajos con distintos billetes de euros, documentos y un estuche con joyas. Pero lo que Helga buscaba era algo distinto, que ya había visto antes. Revolvió los papeles y al fin lo encontró. Era un simple CD. Temblando, lo guardó en su bolso, volvió a echar la llave de la caja fuerte y colocó el cuadro.

Después fue al baño, hizo una llamada con su móvil, y esperó el tiempo suficiente para que su padre terminara de hablar con Susana de una imaginaria depresión psicológica.

Al volver al salón, encontró a Susana más animada. Hasta sonreía con las divertidas curiosidades que su padre le estaba contando, algo sobre falsos psicóticos que fingían su locura para obtener una pensión estatal vitalicia.

—Te recetaré unas pastillas de Duloxetina que harán que vuelvas a tener ganas de reír y divertirse. A tu edad, la melancolía no es una enfermedad, sino un pasajero estado emocional. Para dormir será suficiente con una infusión relajante, después de la cena. Y, sobre todo, no te angusties por los estudios, todo irá bien en la universidad cuando te sientas un poco más animada —dijo.

Helga volvió a sentarse en su silla. El padre la miró como si al verla de nuevo frente a él hubiera recordado algo.

—Mientras venía hacia aquí en el coche, la radio ha dado la noticia de que el inspector de policía que investigaba el caso de las chicas había sido asesinado.

—¡Oh, Dios mío, no sabíamos nada! —exclamó Helga, sintiendo que el corazón le dejaba de latir.

Susana se quedó en silencio. El padre de Helga cruzó las manos sobre la mesa.

—Es terrible lo que está sucediendo en Leipzig desde que aparecieron esas chicas muertas. Nunca había pasado nada parecido. La policía ha dado una rueda de prensa hace un rato. Dicen que pronto detendrán a ese guía turístico al que están buscando por toda Alemania, y que liberarán a las adolescentes desaparecidas.

Helga se removió en la silla, antes de hablar.

—¿Por qué haría alguien una cosa así? Quiero decir, que todo lo que está ocurriendo en Leipzig es muy extraño. Siempre me he preguntado qué pasará por la mente de un asesino. ¿Recuerdas, papá? Cuando

estudiaba en el instituto solía preguntarte por lo que piensan las personas que hacen algo malo.

El señor Otto von Mayer miró a Susana.

—Helga fue una niña muy inteligente y traviesa —dijo sonriendo. Luego, como si respondiera a la pregunta de su hija, añadió—: En la mente siempre hay una causa, una razón consciente o inconsciente, que explica todo lo que hacemos o dejamos de hacer. El problema es cómo entrar en ella para comprender los misteriosos mecanismos de un comportamiento humano malvado.

—Todos dicen que el guía turístico es un psicópata muy peligroso —se atrevió a afirmar Susana.

La mirada del padre de Helga fue afectuosa.

—Sin duda que lo es. Un psicópata es como el diablo: su maldad es invisible. Habría que ejecutarlo sin compasión cuando le detengan.

Helga tocó con cariño la mano de su padre, y miró a su amiga.

—No le hagas caso, ya te dije que sus ideas son un poco radicales.

Susana dudó si debía hacer la pregunta en la que estaba pensando, pero después de unos segundos de silencio se decidió a hablar:

—¿Es usted partidario de la pena de muerte?

—Yo soy de los que creen que la violencia es legítima cuando se intenta evitar un daño mayor que el que se causa con ella. Volvemos a vivir malos tiempos. Es una cuestión de supervivencia: o ellos o nosotros. Ellos son los malos; nosotros, los buenos. No hay más opciones para el futuro del mundo.

Helga se levantó de la silla, se acercó a su padre y le besó en la mejilla.

—No te preocupes por mi futuro, ya no soy una niña, ¿sabes? Voy a quedarme un par de días contigo, hasta que mamá mejore un poco. Así podré verla otra vez mañana.

—Me agrada que vuelvas a casa de vez en cuando, no es necesario que te lo diga.

—Es que siempre estoy muy liada, pero hoy he visto a mamá tan postrada y triste en su butaca, que no me quedaré tranquila si regreso esta tarde a Berlín.

—Tu habitación está siempre lista. Lo que lamento es que mañana no podré estar contigo para cenar. Tengo una junta en Berlín con los antiguos miembros honorarios de la Academia de Psiquiatría, y probablemente vuelva a casa bastante tarde, si es que no decido quedarme a pasar la noche allí.

A Helga se le erizó el vello de la piel. No tenía ni un segundo que perder si quería cumplir su misión a tiempo.

—Podrías quedarte en mi apartamento —dijo.

—Siempre he respetado tu independencia y tu intimidad; si mañana decido quedarme en Berlín, lo haré en el hotel de siempre.

En la cafetería del hotel apenas había algunos clientes sentados a unas mesas decoradas con pequeñas flores silvestres. Una pareja de jubilados consultaba un plano de Leipzig; unos jóvenes con aspecto de trotamundos acomodados miraban abstraídos la pantalla de sus *smartphones*, y un hombre solo se bebía una gran jarra de cerveza sin dejar de comer frutos secos.

Margaritte había preparado su equipaje, lo había dejado en recepción y había pedido la cuenta de su habitación. Estaba esperando a Mirtha Hogg, sentada a una de las mesas más aisladas de la cafetería. Las grandes cristaleras le permitían ver la fachada de la universidad, iluminada en color azul.

Cuando sonó su móvil, no reconoció el número. Sintió un palpito en el pecho.

—*Dites-moi?* —dijo en francés.

La voz del móvil desconocido le habló en alemán. Era una mujer.

—¿Es usted Margaritte Clodel?

—Sí, ¿quién es?

—¿Está usted sola?

—Sí.

—Me ha dado su número Bruno Weiss...

La agente de Europol iba a decir que sí, que sabía de quién le hablaba. El inspector Bauman y ella le habían dejado los números de sus móviles al profesor de música por si deseaba decirles algo sobre el asunto de Vericka Ludovic que no les hubiera dicho la tarde en que registraron su apartamento.

—¿Dígame quién es usted, por favor? —preguntó.

—He oído que han asesinado al inspector Bauman. Creo que usted y él querían hablar conmigo. Nos conocimos en el concierto de Bruno, en Spinnerei. Soy Helga von Mayer.

—¡Sí, sí, claro, sé quién es usted! Precisamente tenía la intención de llamar a Bruno Weiss para pedirle el número de su móvil, pero he estado muy ocupada estos días. Él nos dijo que usted vivía en Berlín —explicó.

—Ahora estoy en Leipzig, por eso la he llamado. Si quiere, podríamos vernos en algún sitio.

Margaritte intentaba pensar con rapidez. Con todo lo sucedido, se había olvidado del asunto de la amiga rubia de Bruno Weiss, la misma que aparecía desnuda y con una gorra militar, parecida a la de las SS, en uno de los cuadros del pintor de Nuremberg que Mirtha Hogg le mostró durante una reunión en la comisaría.

—Yo estoy ahora en la cafetería del hotel Radisson Blu, podríamos hablar aquí. ¿Sabe la dirección? —dijo al fin, como si dejara flotar en el aire su pregunta.

—Creo que está en Augustusplatz.

—Así es. ¿Qué le parece si quedamos en una hora?

Durante varios segundos, Margaritte pudo escuchar la respiración agitada de Helga, pero no tuvo respuesta a su pregunta.

El enfado de Susana estalló tan pronto se alejaron de la casa del padre de Helga. Había gente por la calle. Gente desconocida, ajena a lo que en ese momento pasaba por la cabeza cabizbaja de una chica que cogía del brazo a otra que caminaba a su lado y le hablaba a gritos, sin importarle las miradas sorprendidas de las personas que la rodeaban.

—¿Por qué has tenido que decirle a tu padre que yo estaba deprimida?

—Baja la voz, ¿quieres? No estamos solas —dijo Helga, aturdida. No esperaba una reacción de Susana tan fuera de lugar, y en un tono tan colérico.

—¡No voy a dejar de gritar! ¡Me importa una mierda que la gente me oiga!

Helga miró a Susana con severidad y le habló entre dientes, para que nadie más pudiera escucharla.

—Necesitaba que distrajeras a mi padre durante unos minutos, ¿vale? Tenía que coger algo importante de su gabinete.

—¿Y por qué no me lo advertiste antes?

—Te habrías puesto más nerviosa.

—¡Joder, cuando me dejaste a solas con él me temblaba la voz!

—Eso son imaginaciones tuyas. Yo te vi muy tranquila.

La enfurecida expresión de Susana se fue suavizando.

—Estoy segura de que tu padre se dio cuenta de todo. Por eso me habló de los falsos psicóticos y de sus mentiras para conseguir dinero del estado. Sentí como si pensara que era una estúpida al creer que podría engañar a un psiquiatra de su prestigio.

—Olvídalo, no tiene ninguna importancia. Las drogas te ponen muy excitada. No deberías tomar más pastillas, ni siquiera las que mi padre te ha recetado —dijo Helga con calma.

La exaltada expresión de Susana se fue suavizando. Sacó una tarjeta de su bolso y se la mostró a Helga.

—Tu padre me dio su número de móvil. Me dijo que le llamara para saber qué tal me iba con la medicación.

—Ya te advertí que mi padre es un hombre monstruo, como los llamaba Lessi en el chat. Lo que quiere es follar contigo. No te acerques más a él.

El edificio de cristal estaba iluminado desde dentro. Un cubo de luz situado en Augustusplatz. Los pasos de Susana y Helga eran amortiguados por la silenciosa acústica del hall. Bruno ensayaba con la Orquesta de la Gewandhaus el concierto programado para la noche siguiente, en la que interpretarían una selección de obras de los genios de la música que habían vivido o nacido en Leipzig: Bach, Wagner, Mendelssohn, Schumann. Ni a Susana ni a Helga les apasionaba la música clásica, pero Susana deseaba ver a Bruno en uno de sus ensayos con la orquesta, y Helga aún dudaba si asistiría a una cita con la agente de Europol en el hotel Radisson Blu, situado a sólo unos pasos de allí.

Entraron en el auditorio vacío y se sentaron en la platea, lejos del escenario, para que Bruno no las viera. Nada ni nadie debía distraer a un músico durante el ensayo de una orquesta en la Gewandhaus. Era

una regla sagrada.

La intensidad de la música creció a su alrededor, hasta envolverlas con el turbulento prelude de la *Cabalgata de las Valquirias*, de Richard Wagner.

Al rato, Helga se marchó.

Aunque la luna brillaba en el cielo de la noche, los ojos de la inspectora Mirtha Hogg estaban ocultos tras unas gafas de sol. Su llanto por la muerte de Klaus había alcanzado los límites del dolor. Tenía los ojos enrojecidos.

Se sentó en la cafetería del hotel frente a Margaritte y, después de saludarla con un «hola» entristecido, se quitó las gafas. Sacó una ampolla de colirio y se puso un par de gotas en los ojos.

—No me quedan lágrimas... Tú tenías razón: seguía muy enamorada de Klaus —dijo.

Margaritte la miró en silencio unos segundos, entendía el sufrimiento inconsolable de Mirtha. Luego cerró la tapa del Mac que estaba sobre la mesa.

—Tengo que regresar a La Haya esta misma noche. Son órdenes de mis superiores.

—Dijiste que las desobedecerías.

—Eso fue antes de saber que Klaus estaba muerto. No puedo enterrar con él toda mi carrera policial en Europol.

—No tienes que darme explicaciones. A mí van a expedientarme por haber rastreado su móvil sin una autorización judicial —dijo Mirtha.

Margaritte asintió.

—Me lo ha dicho mi jefe. Lo sabe todo.

—Pero ni tu jefe ni el mío saben que voy a continuar la línea de investigación iniciada por Klaus.

Margaritte le dijo que ésa era una buena noticia. Si le había pedido que viniera al hotel a verla era porque quería despedirse de ella personalmente antes de marcharse, y proponerle que continuaran en contacto a través del móvil y de sus correos electrónicos. Había aspectos de la investigación que Margaritte seguía sin comprender.

—Como tú dijiste, algo huele a podrido en todo esto.

—El comisario y el jefe de los federales han lanzado la noticia a la prensa de que detendrán a Gustav Lastoon muy pronto. Aseguran que lo tienen controlado.

—¿Y a qué están esperando?

—Supongo que esperan a que dé algún paso en falso. La vida de las adolescentes puede estar en peligro. Les asusta que ellos puedan aparecer como responsables de lo que ocurra a partir de ahora.

Margaritte le pidió al camarero una botella de agua.

—¿Recuerdas a la chica que Klaus y yo reconocimos en uno de los cuadros del pintor de Nuremberg, que tú misma nos mostraste en mi primera reunión con el comisario?

—No sé de cuál me hablas. Ninguna de ellas ha sido identificada todavía. ¿Por qué me lo preguntas?

—Se llama Helga von Mayer, y me ha llamado al móvil hace un rato. Me ha dicho que quería hablar conmigo, pero cuando le he propuesto que nos viéramos aquí, en una hora, se he cortado la comunicación. La he llamado a su móvil y salta el contestador.

La agente de Europol le explicó a Mirtha los detalles del registro que había hecho sin ningún resultado en el apartamento que Vericka Ludovic le había alquilado al profesor de música, y la relación de amistad

que Helga von Mayer tenía con la chica serbia. También le comentó que Helga era hija de un psiquiatra muy influyente, y que no la habían citado aún a declarar en la comisaría porque Klaus pensó que era mejor esperar un poco hasta averiguar algo más sobre el pintor de Nuremberg.

—Creo que tú también deberías escuchar lo que esa chica pueda decirnos. Además, mientras te esperaba he estado consultando vuestros archivos...

Mirtha la interrumpió.

—¿Has dicho vuestros archivos? ¿Te refieres a los de la policía de Leipzig?

—Sí, claro. Klaus me dio su contraseña para que yo pudiera trabajar desde París durante el pasado fin de semana.

—¿Y has encontrado algo ahora?

Las facciones de Margaritte expresaron su inquietud al responder.

—Esa chica, Helga von Mayer, fue detenida hace un par de meses aquí, en Leipzig.

—¿Drogas?

—No, nada de eso. Fue durante una manifestación de grupos neonazis, que acabó en un violento enfrentamiento con los antidisturbios. Tenía puesta una camiseta con la cruz gamada y llevaba una bandera con una calavera negra.

Los edificios acristalados de Augustusplatz proyectaban su intensa luz interior hacia la oscuridad de la noche: colosales geometrías de color transparente.

El hotel en el que se alojaba la agente de Europol estaba a sólo unos pasos de la Gewandhaus. Helga salió del auditorio y giró a la derecha de la plaza. Un tranvía pasó delante de ella. Esperó a que se alejara y, después, cruzó la avenida mojada por la lluvia. Delante de sus ojos tenía las puertas del hotel Radisson Blu.

Buscó en la cafetería a Margeritte Clodel. No recordaba la fisonomía de su cara, pero confiaba en reconocerla cuando la viera. Tardó en darse cuenta de que no estaba ella sola sentada en uno de los sofás del fondo de la sala. Junto a la agente de Europol había otra mujer a la que ella no había visto nunca. Hablaban mientras observaban la pantalla de un ordenador portátil, colocado sobre la mesa. Helga miró la fachada iluminada de la universidad como si pudiera atravesar la cristalera de la cafetería y salir de nuevo a la calle. Entonces escuchó su nombre y vio la mano levantada de Margeritte Clodel haciendo un gesto para que se acercara. Sin duda era la misma mujer que había conocido en Spinnerei, cuando tomaba un licor de hierbas con Susana y Bruno en la barra de BimboTown.

—Lo siento, pensaba que estaría usted sola —dijo Helga al llegar a la mesa.

Margeritte se puso en pie y le ofreció su mano.

—Hola, Helga. Gracias por venir. Le presento a Mirtha Hogg, de la unidad de homicidios de Leipzig. Trabajaba con el inspector Bauman.

Una leve inclinación de cabeza le bastó a Helga como saludo. Luego, la agente de Europol la invitó a sentarse en el sofá situado frente a ella y a la mujer que le acababa de presentar. Helga se sentó y miró a los ojos de la policía más joven. Vio que los tenía enrojecidos, como de haber bebido, haberse fumado un porro o haber llorado. Supuso que sería esto último. Sobre la mesa había unas gafas de sol, a pesar de que afuera comenzaba a llover y era de noche.

La mirada de Helga se deslizó de nuevo a la agente de Europol.

—¿Van a grabar lo que yo diga? —preguntó con frialdad.

Margeritte Clodel no se sentía cómoda hablándole a Helga de usted. Le respondió tuteándola:

—No, esto no es una declaración oficial. Sólo queremos hacerte algunas preguntas. Si no quieres, no tienes por qué contestarlas. Incluso podrías llamar a un abogado de tu confianza y preguntarle tus derechos. Tu padre es un hombre importante, según he oído.

—No necesito que nadie me ayude en esto. Sólo dígame qué quieren saber.

—¿No te ha dicho Bruno de qué se trata?

—Hace dos o tres días me llamó por teléfono y me dijo que ustedes registraron el apartamento y le hablaron del pasaporte falso de Lessi y todo lo demás.

—¿Te dijo que Lessi había matado a un hombre?

—Sí, pero ya había escuchado algo de eso en televisión. También fue él quien me dio la noticia de que Lessi era una de las chicas muertas.

Margaritte Clodel adoptó una actitud más relajada y menos inquisitiva.

—Verás, Helga, te propongo que las dos olvidemos ahora lo que somos. Yo olvidaré que soy policía, y tú que estás hablando conmigo.

—¿Y ella? —preguntó Helga, mirando a Mirtha Hogg.

—Imagina que ella y yo somos una sola mujer. Nosotras necesitamos tu ayuda para entender algunas cosas, y es posible que también podamos ayudarte a que no te compliques demasiado la vida. Ya han muerto cinco chicas, hay seis adolescentes desaparecidas, y el inspector Bauman ha sido asesinado. Esto no es un juego virtual, Helga. Sabemos quiénes eran cada una de las chicas, dónde vivían, los problemas que tenían y lo que hacían conectadas en la Deep Web a alguna página de suicidios colectivos. Las cámaras del aeropuerto y de la estación grabaron su llegada a Leipzig y su encuentro con Lessi, si prefieres que sigamos llamándola así para entendernos. Las cinco se subieron en una furgoneta Volkswagen, llamaron al guía de turismo fúnebre que todas las policías de Alemania están buscando ahora mismo, y fueron con él al monumento a la Batalla de las Naciones para realizar algún tipo de ritual esotérico relacionado con la muerte, tomando la droga Perséfone que la chica belga Ivet Ledoux había traído desde Amsterdam. Así que me gustaría que entendieras muy bien todo lo que estoy diciéndote, para que no perdamos el tiempo hablando de lo que nosotras y tú ya sabemos. ¿De acuerdo?

Helga asintió. Pensó que era el momento de hablar o de callarse para siempre. Pero si guardaba su secreto, la renuncia a la vida de las chicas de las cloacas habría sido inútil.

—Usted ha hablado de cosas que no son exactas —dijo.

Margaritte y Mirtha cruzaron una mirada de sorpresa y triunfo. Helga von Mayer parecía dispuesta a contarles la verdad. Pero antes de que continuara, la agente de Europol le hizo una pregunta, precedida de una afirmación.

—Tú eras quien conducía la furgoneta que recogió a las chicas en Berlín, ¿verdad?

La respuesta de Helga fue rápida y breve.

—Sí.

Mirtha Hogg había permanecido en silencio hasta ese momento.

—¿Sabes que podríamos detenerte ahora como sospechosa de haber cometido delitos muy graves, entre ellos, inducir y ayudar a esas chicas a suicidarse? —preguntó.

—No me preocupa lo que hagan conmigo. Pero si me detienen, cometerán un error —dijo Helga. Luego miró a la agente de Europol—. También fui yo quien le envió a usted las fotografías que ha debido de recibir esta mañana en la Comisaría Central. Son cuarenta y ocho chicas las que aparecen asesinadas en esas fotos. Si desean que ese número no siga subiendo, deberían escuchar lo que tengo que decirles.

Margaritte Clodel sacó el sobre del bolso que tenía al lado y lo dejó en la mesa, junto al portátil.

—Empieza, por favor —dijo.

El relato de Helga abarcó desde el día en que conoció a Lessi Milovac hasta la noche de la muerte de las chicas de las cloacas. No se detuvo en detalles ni en intimidades confesadas en el chat por cada una de ellas.

—¿Sabes la dirección de esa página de la Deep Web?

—Esa página ya no existe, Lessi la destruyó con un programa del navegador TOR —mintió Helga. El secreto del chat de «Las chicas de las cloacas» sólo les pertenecía a ellas.

Tampoco dijo nada sobre las emociones ni los porqués, ni habló del cáncer mortal que ella tenía en el cerebro, ni de su plan de culpar a otros de un crimen horrendo. Aún no era el momento. Dijo que todo fue meditado y aceptado por las chicas de las cloacas, y que ninguna, salvo ella, quiso darle a la vida una nueva oportunidad. Nadie más era responsable de la decisión que tomaron de marcharse juntas de este mundo, utilizando una droga que era una nueva forma de experimentar la muerte.

—Yo ni siquiera conocía al guía de turismo fúnebre. Lo utilicé para que él le diera un significado esotérico relacionado con los nazis a la muerte de las cinco chicas que encontraría en el monumento, cuando asistiera a la cita con Cabeza de bruja. La visita al amanecer al cementerio de Südfriedhof, y los mil quinientos euros que le dejé bajo una piedra en la entrada de la torre, fueron sólo una excusa para convencerlo de que aceptara. Al principio se negaba a trabajar a las cinco de la madrugada.

—Entonces ¿las chicas llegaron por su propio pie hasta la entrada del monumento? —quiso saber Mirtha Hogg.

—Sí, tomaron la droga Perséfone cuando ya estaban tumbadas en las esteras de los sarcófagos pintados.

La expresión hipnotizada de las dos mujeres policías pasó de la curiosidad a la intriga, de la sorpresa a la duda, de la certeza al espanto.

—¿Y Bruno Weiss? Él también era amigo de la chica serbia.

En ese momento, la voz de Helga adquirió un tono más áspero.

—Bruno no tenía ni la menor idea de todo esto. Déjelo en paz. Él sólo es un músico genial.

—¿No sabía que Lessi era una de las chicas muertas?

—Lo supo la tarde siguiente a que Gustav Lastoon encontrara a mis amigas. Yo estuve en la torre del monumento acompañándolas hasta que se quedaron dormidas para siempre. Después me fui a casa de Bruno a dormir un poco. Se lo dije cuando desperté. Él estaba enamorado de Lessi, tenía derecho a saber que no volvería a verla. Lessi le había dicho un par de días antes que iba a regresar a Serbia.

—¿Y qué hizo Bruno al saberlo? —preguntó Margaritte.

—Se puso muy nervioso. No me creía. Me aseguró que iría él mismo a la policía para comprobar si Lessi había muerto.

—Eres un monstruo, ¿lo sabías? —dijo Mirtha Hogg, como si acabara de escuchar una historia de terror.

—No, está usted equivocada, los monstruos son ellos.

Margaritte creyó que aquella chica, que parecía tener unos ojos de hielo, estaba delirando.

—¿Tomas drogas?

—A veces.

—¿De qué tipo?

—Metanfetamina y éxtasis.

—¿Quiénes son ellos? —quiso saber Mirtha Hogg.

Helga miró hacia el sobre que reposaba sobre la mesa.

—Están con la cara tapada en una de esas fotografías.

—La hemos visto. Están vestidos como militares nazis de las SS.

—Ellos son los verdaderos asesinos. No se aprecia bien en la foto, pero el símbolo de las gorras es el mismo que yo pinté en el puñal clavado en la espalda de las chicas de las cloacas. Aunque realmente no es un puñal sino una daga.

—¿Por qué dices una daga? —preguntó Margaritte.

Helga respondió que así llamaban ellos al arma de honor que llevaban los oficiales nazis de las SS. Era la misma daga que se veía en las fotografías, clavada en las espaldas de las cuarenta y ocho chicas. Y dijo que fueron asesinadas durante años, y que las orgías de aquellos nazis con jóvenes vírgenes comenzaron antes de la guerra, en la cripta de la torre del monumento. Después de la guerra, ese rito se había repetido cada diez años, como homenaje heroico a la mujer y los oficiales de las SS que crearon la sociedad secreta. En el reverso de las fotos originales estaba escrito el año de cada asesinato: 1945, 1955, 1965, 1975, 1985, 1995, 2005 y 2015.

—¿Cómo sabes tanto sobre esos crímenes? Hablas como si Gustav Lastoon te hubiera enseñado las mismas historias que él contaba.

—Ya le he dicho que ni siquiera conozco a ese hombre. Sólo sabía que era un gran estudioso de esos temas.

Mirtha Hogg sacó la fotografía de los seis nazis enmascarados que aparecían en ella.

—¿Y conoces a estos enmascarados? —preguntó.

—Sólo a uno de ellos.

—Dinos su nombre —exigió la inspectora de homicidios.

—Es mi padre.

Las miradas de Margaritte y de Mirtha volvieron a cruzarse. Fue Mirtha Hogg la que habló.

—¿A qué maldita intriga sigues jugando, después de la tragedia que ya has provocado? No sólo han muerto tus compañeras suicidas, el inspector Bauman era nuestro amigo y por tu culpa tampoco está con nosotras. Nada de esto hubiera ocurrido si hubieras hablado desde el principio con la policía —dijo.

—Siento mucho lo que ha pasado con su amigo.

—Ya es tarde para eso, ¿no crees? —dijo Margaritte.

Helga le respondió que deseaba llamarla desde que supo que habían desaparecido seis adolescentes alemanas. Pero no se atrevió a hablar de lo que ella sabía hasta que escuchó la noticia de que el inspector Bauman había sido asesinado por Gustav Lastoon. Además, tenía que esperar a que llegara el momento exacto para que nada fallara en sus planes de contar la verdad.

—Sólo estoy intentando evitar que sigan muriendo más chicas de un modo tan horrible. Miren otra vez las fotos, tienen la espalda destrozada por esa daga, no son fantasías mías —añadió.

—Sabemos que fuiste detenida hace dos meses —dijo la agente de Europol.

La expresión de Helga no se inmutó.

—La he llamado esta tarde a pesar de que suponía que conocían mis antecedentes.

Margaritte insistió en los motivos de su detención.

—Llevabas símbolos nazis en la manifestación. También intentaste atacar a un policía.

—¿Piensan que yo soy una de ellos? ¿De verdad creen que si tuviera algo que ver con esos monstruos estaría sentada aquí, hablando con ustedes de todo lo que sé sobre los horrores que se han cometido en Leipzig durante años, sin que nadie pudiera imaginarlo?

—Convéncenos tú de que no es así —dijo la agente de Europol.

—Siempre he obedecido a mi padre desde que mi madre enloqueció al descubrir lo que él y sus amigos hacían. Era la única manera de que no se diera cuenta del odio y el asco que siento hacia él. Hace aproximadamente un año, me pidió que me uniera a un grupo de jóvenes neonazis que formaban una UH, una Unidad Hexagonal, dentro del Panal de Leipzig. Es una organización paramilitar secreta, llamada los Guardianes de la Muerte. Los líderes que la dirigen llevan un sarcófago con un símbolo tatuado en el hombro derecho. Mi padre lo tiene.

Al decir esto, Helga miró a su alrededor. No había nadie más en la cafetería. Con un rápido movimiento de la mano izquierda se bajó el cuello de la camiseta que vestía hasta dejar visible su hombro derecho.

—Es un tatuaje como éste, aunque el de ellos tiene un símbolo dentro del círculo blanco —dijo, y volvió a cubrirse.

—¿Y por qué lo llevas tú? —inquirió Mirtha Hogg.

—Lo tengo desde que entré a formar parte de mi Unidad Hexagonal. Mi padre me llevó a un tatuador de Berlín para que me lo hiciera. Solía decirme que algún día yo sería una líder de los Guardianes de la Muerte, pero entonces yo no sabía lo que eso significaba. No lo he sabido realmente hasta que encontré

esas fotos.

La agente de Europol recordó lo que Klaus Bauman les contó sobre esos nuevos grupos neonazis. Algo había de cierto en ese testimonio, a menos que Helga y el guía de turismo fúnebre se hubieran puesto de acuerdo para mentir.

—¿Tienes armas? —inquirió.

—Yo no, pero todos las tienen. También mi padre.

Mirtha Hogg dejó esa cuestión y le dijo a Helga que habían visto las fotos de unos cuadros eróticos, pintados por Maximilian Louch.

—En uno de ellos estás tú, desnuda sobre un diván, y con una de esas gorras nazis en la cabeza —añadió.

—Me pagaron mucho dinero por posar para ese cuadro.

—¿Qué sabes sobre el pintor de Nuremberg?

—No estoy segura de que sea uno de los Guardianes de la Muerte, pero trabaja para la organización paramilitar que ellos dirigen. Con la venta de los cuadros eróticos consiguen dinero para financiar las armas de cada Panal. A los compradores de los cuadros los llaman «mecenas». Pagan medio millón de euros por cada pintura como la mía, y por pasar una noche follando con nosotras. A cada chica le dan cincuenta mil. Otros cincuenta mil son para la mujer que capta a las chicas, cincuenta mil para el pintor y el resto para la organización.

Mirtha Hogg siguió preguntando.

—¿Tú eres una de esas putas?

—Lámeme como quiera.

—Lo acabas de decir tú misma.

—Entonces no era necesario que volviera a preguntarme lo que ya sabía —replicó Helga.

La reacción de la joven hizo pensar a Mirtha que debía disculparse, pero no lo hizo.

—La mujer que capta a esas chicas es de Berlín, ¿verdad? —quiso saber.

—Sí, tiene un negocio de contactos sexuales de lujo, aunque se anuncia como agencia de actrices de cine. Busca a chicas que estén dispuestas a acompañar a clientes importantes. Entre ellas selecciona a las que van a ser pintadas en Nuremberg por Maximilian Louch, y ofrecidas como un regalo especial a los mecenas, por contribuir a la creación de una nueva Alemania.

—¿Y algunas de esas chicas pueden ser las que están muertas en estas fotografías?

—Las más antiguas no lo sé, pero las últimas las compró esa mujer a unos mafiosos rusos. Todas eran adolescentes de Ucrania. Las tuvo en su casa durante unos días; me decía que eran muchachas abandonadas, sin familia. Si ella no las ayudaba, las violarían y las matarían en su país. Ahora sé que las compraba porque nadie las echaría de menos, ni denunciaría su desaparición cuando las mataran. Murieron aquí, en Leipzig, entre las garras de unos seres monstruo. Lessi llamaba así a ese tipo de hombres. Ella tuvo el valor de matar a uno en Serbia.

—Dinos cómo se llama esa mujer y dónde podemos encontrarla —dijo Mirtha Hogg.

—No les diré su nombre.

Mirtha Hogg no esperaba esa respuesta.

—Entonces ¿cómo pretendes que creamos todo lo que nos estás contando?

—Confianza en mí como el inspector Bauman confió en Gustav Lastoon. Tendrán que hacer lo que yo les diga, si quieren encontrar vivas a esas seis adolescentes alemanas.

Margaritte Clodel estaba desconcertada. Lo que Helga les contaba podía parecer otra paranoia como la del guía de turismo fúnebre, o una continuación de su absurda teoría conspirativa, en la que Klaus Bauman había creído desde el principio. No les quedaba otra alternativa que seguir escuchando lo que

Helga von Mayer aún tuviera que decirles. Sin embargo, la agente de Europol tenía la misma duda que le había hecho pensar que Gustav Lastoon estaba detrás de la muerte de las chicas suicidas.

—Sigo sin comprender cómo puedes conocer tantos detalles de lo sucedido si de verdad no tienes nada que ver con esos crímenes —dijo.

—En los últimos meses he visto cosas horribles y he vivido muchos años con esa mujer, aunque ella es mayor que yo. No esconde su bisexualidad ante los hombres de la organización neonazi. El cuadro de mi desnudo está colgado en el comedor de su casa.

Helga no dijo nada de las calaveras de ojos dorados.

En ese momento, sacó de su bolso la cajita de un CD y lo dejó sobre la mesa.

—¿Qué hay ahí? —preguntó la agente de Europol, antes de coger la caja.

—Son unas imágenes reales de la época nazi.

—¿Más fotos?

—Es como una película muy corta, sobre el primer ritual de los Guardianes de la Muerte; no creo que nadie, que no sea una de ellos y yo, haya visto jamás esas espantosas imágenes. Están en blanco y negro, y sin voz.

Helga también les explicó que el único sonido de la película era una composición de Richard Wagner. El famoso músico alemán había nacido en Leipzig, y los ideólogos nazis adoptaron su música como expresión de los ideales nacionalsocialistas, explicó.

—Háblanos de esas imágenes —dijo Margaritte Clodel.

—Son muy duras, no sabría cómo explicarles con palabras lo que se ve en ellas.

La agente de Europol abrió su bolso, sacó un lector externo de cedés y devedés, y lo conectó a su Mac. Lo abrió, orientó el portátil para que Mirtha Hogg pudiera ver la pantalla y activó el CD.

El comienzo de una obertura de ópera de Wagner comenzó a oírse en los pequeños altavoces del portátil. Margaritte bajó el volumen hasta que la música fue casi inaudible. El título «Los Guardianes de la Muerte» apareció en blanco en la pantalla negra. La imagen de la monumental torre de Leipzig, de la que colgaban largas banderolas con la cruz gamada, parpadeó en la pantalla, entre rayas verticales y claroscuros que evidenciaban la antigüedad de la grabación. La cámara se acercaba con un zoom lento hacia la cúpula de la torre, centrando la secuencia en los colosales caballeros medievales de piedra. Luego descendía hasta la entrada del monumento, derivando hacia un fundido en negro que trasladaba la imagen al interior de la cripta circular. Otros gigantes de piedra rodeaban una gran mesa de mármol negro con forma de sarcófago hexagonal. Sobre ella, ardían las llamas de un pebetero dorado, y en cada uno de los seis lados de la mesa, dándole la espalda al fuego, estaban de pie seis muchachas muy bellas, con el pelo recogido en una trenza sobre la cabeza. Sus cuerpos desnudos eran visibles tras los largos velos de seda negra que las cubrían, como vírgenes paganas. Su quietud era de estatua. Detrás de cada una de ellas, colocadas en la mesa, había unas copas de oro.

Seis figuras humanas, vestidas con uniformes y gorras de las SS entraron en fila, golpeando el suelo con sus botas en cada paso seco y pausado. Llevaban una antorcha encendida en su mano derecha, y tenían los rostros descubiertos e inexpresivos, con la mirada vacía. Uno de esos oficiales nazis era una mujer. Lentamente fueron rodeando la cripta. Cada uno ocupó su posición en la mesa de mármol negro, realizando un solemne giro marcial, que lo situaba frente a cada una de las seis muchachas. La última en llegar a su lugar fue la mujer que presidía la ceremonia. Hizo un gesto leve con la cabeza y todos colocaron a la vez las antorchas dentro de un soporte de metal negro que colgaba de la mesa, junto a cada muchacha. Después dieron al unísono unos pasos atrás y volvieron a su posición dando un taconazo, seguido del saludo con el brazo en alto. Sus bocas se abrieron en un único grito.

La mujer vestida de oficial de las SS que dirigía el ritual comenzó a hablar. Sus facciones se

endurecían con cada gesto, y su mirada se deslizaba hacia los gigantes de piedra que rodeaban la cripta. Una especie de invocación fanática a los antiguos dioses de la raza aria.

Cuando terminó su exhortación, se acercó a la mesa y cogió la copa de oro. Los demás la imitaron. Como en un banquete solemne, todos ofrecieron sus copas a las muchachas situadas a su lado. Y ellas bebieron.

Margaritte Clodel pulsó la tecla de «Pausa» del teclado de su portátil. Dejó escapar un suspiro y miró a Helga.

—¿Qué pasa ahora en esa película? —preguntó.

—¿Por qué no lo ve usted?

—Porque quiero que me lo digas tú.

Helga pasó los dedos de la mano por su pelo para apartarlo de la cara.

—Las acarician y las besan —dijo.

—¿Y después? —insistió la agente de Europol.

—Les atan las muñecas y los tobillos y las dejan de pie, en la misma posición del principio. Luego les vendan los ojos a todas menos a una. El jefe de los oficiales de las SS coge la antorcha que había dejado en la mesa. La muchacha que está junto a él lo mira aterrada. Es la única que no tiene puesta la venda. La mujer nazi acerca la llama de la antorcha a sus ojos, lo va haciendo lentamente, hasta que las pestañas empiezan a arder y el fuego se refleja en los ojos dorados de la muchacha. Parece que grita de dolor y se desmaya. Las demás muchachas tiemblan y se encogen sobre sí mismas, horrorizadas. Entonces comienza la carnicería.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Margaritte.

La voz de Helga se apagó. Estaba a punto de echarse a llorar. Pero se sobrepuso y fingió no sentirse afectada por lo que contaba.

—Los otros oficiales cogen a la muchacha y la colocan tendida boca abajo sobre la mesa hexagonal. La mujer desenfunda su daga y la clava con fuerza, varias veces seguidas, en la espalda, hasta hacer un gran agujero ensangrentado en la piel de la muchacha. Luego introduce su mano en la herida, le arranca el corazón y lo devora a mordiscos como un animal, mientras los oficiales nazis violan el cadáver.

A la mañana siguiente, Susana se despertó temprano. Bruno dormía a su lado. Él había intentado besarla antes de acostarse, pero Susana se negó.

—No, ahora no, por favor. Necesito pensar —le dijo.

Bruno se dio la vuelta en la cama y no tardó en quedarse dormido, pero Susana no podía conciliar el sueño. Las drogas que había tomado desde el fin de semana de Berlín le estaban provocando una ansiedad insoportable, y un tortuoso insomnio.

Mientras se vestía para ir a la universidad, no podía dejar de recordar las alucinaciones que había tenido durante la madrugada, después de que al fin se quedara dormida. Se veía a sí misma dentro de una tumba, sin poder gritar ni mover su cuerpo. Tenía los ojos abiertos y podía ver los enormes gusanos que se movían a su alrededor. El olor a tierra putrefacta era insoportable. Los gusanos soltaban unas babas pegajosas al deslizarse en la oscuridad de la sepultura. Al principio sintió que algo húmedo y repugnante le rozaba toda la piel; luego, el dolor se hizo insufrible. Los gusanos la estaban devorando como a un cadáver, pero ella no estaba muerta. Su propio grito ahogado la despertó. Estaba temblando y sudaba. Fue al baño y se miró al espejo. Una araña le recorría la cara. Aterrada, volvió a la cama y se abrazó a Bruno.

De camino a la universidad, Susana llamó al estudiante checo Ilian Volky.

—¿Susana? ¿Eres tú? —preguntó Ilian sin tartamudear.

No podía creer que a esa hora de la mañana la chica española Erasmus, que nunca sabía adónde iba ni cuándo llegaba, como ella misma le dijo al poco de conocerla, deseara hablar con él.

—Sí, soy yo —dijo Susana—. Necesito preguntarte algo.

—Espero que no sea un problema matemático —dijo Ilian con humor.

—No, no es eso, aunque no estoy muy segura de que mi problema sea más fácil de resolver que una de tus ecuaciones.

—Entonces será más divertido buscar la solución. Me apasionan los desafíos, ya lo sabes.

Susana sonrió, pero Ilian no pudo ver los destellos húmedos de sus ojos.

—¿Podría quedarme en tu piso unos días, mientras encuentro algún lugar en el que hospedarme?

Ilian no le hizo ninguna pregunta, pero presintió que la voz de Susana era de tristeza.

—Bueno, no hay ninguna habitación libre, es un piso pequeño, pero en el salón hay un sofá cama.

—Me servirá, sólo serán un par de noches.

—Pero no puedes quedarte a dormir en ese sofá. Es demasiado duro e incómodo. Además, mis compañeros son noctámbulos y hacen demasiado ruido. Te despertarían de madrugada.

Ilian se quedó en silencio unos segundos, esperando que Susana le dijera algo.

—Tampoco quiero ponerte en un aprieto. No te preocupes por mí, buscaré otra solución.

—Creo que no me has entendido. Te quedarás en mi habitación. Yo... yo dormiré en el sofá. Dime dónde tienes tus cosas y cuándo quedamos para que te ayude a recogerlas.

—Eres un buen amigo, Ilian.

—Nunca encontrarás a otro como yo —dijo sonriendo.

—¿Nos podríamos ver después de clase?

—Estaré a la una en el bar de la universidad. Me hace feliz pensar que volveré a verte pronto.

—A mí también. Ahora sé quién soy.

A esa misma hora, Margeritte Clodel ya estaba sentada a la mesa de su despacho en la sede de Europol en La Haya. Había cogido el último tren de Leipzig a Berlín y, desde allí, un coche cama en el tren nocturno a Bruselas. Alquiló un vehículo en la estación, y en poco más de media hora llegó a su trabajo en la Agencia Europea de Policía.

Estaba cansada. No había dormido bien durante el viaje. A pesar del confort del vagón, las imágenes que había visto sobre el ritual de la mujer y los oficiales nazis de las SS seguían ardiendo en sus pupilas, como el fuego de las antorchas que quemaron los ojos de las muchachas brutalmente asesinadas.

Ni ella ni Mirtha Hogg dudaron de la autenticidad de la filmación grabada en el CD que Helga les había dejado. Lo que no tenían claro era que el padre de Helga fuese uno de los asesinos, y que ella no tuviera nada que ver con Gustav Lastoon ni con la desaparición de las seis adolescentes alemanas. Los interrogantes sobre la verdad de lo sucedido seguían sin una respuesta definitiva.

Después de todo lo que Helga les acababa de confesar, Margeritte Clodel se había resistido a regresar a La Haya esa misma noche, pero Mirtha Hogg no le permitió que se quedara en Leipzig, y hundiera ella misma su futuro en Europol. Si desobedecía la orden de su jefe, la inhabilitarían de inmediato. Ni siquiera podría actuar como analista, ni volver a la oficina móvil de la comisaría. Su obstinación por seguir investigando la veracidad de la teoría conspirativa nazi, que le había costado la vida a Klaus Bauman, ya no tenía ningún sentido para Europol. Helga les había pedido que confiaran en ella. Además, después de que Margeritte Clodel la informara de que Helga regresaría a La Haya en unas horas, le dio la llave de una cerradura a Mirtha Hogg, y le dijo que esperara a que ella la llamara al móvil a las ocho en punto de la noche del día siguiente. Hasta ese momento, no podían hacer nada que no fuera esperar. Si hablaban con alguien más de la policía sobre lo que ella les había contado, no sólo lo negaría todo, sino que las acusaría de haberla presionado para interrogarla ilegalmente.

—Jamás encontrarían vivas a las adolescentes alemanas —les había advertido Helga, antes de salir de la cafetería del hotel Radisson Blue.

Cuando Mirtha Hogg se despidió de Margeritte en la Estación Central, la abrazó. Le dijo que la tendría continuamente informada a través del móvil, y se marchó sin mirar atrás.

Helga pasó el día sentada en una butaca junto a su madre. Se sentía como un fantasma, invisible a los ojos de la mujer envejecida que miraba la lluvia que caía tras la ventana como si su hija no estuviera a su lado, como si nada ni nadie existiera más allá de las diminutas gotas de agua que resbalaban por el cristal empañado de la habitación. Su locura ya no conmovía a Helga. Hacía tiempo que había dejado de sentir lástima por su madre. A veces en calma, a veces iracunda. La imaginaba como una hermosa flor, única y frágil en la soledad de un jardín arrasado por una bestia. Vivía, pero no pensaba.

Llegó a la casa de su padre poco antes del anochecer. Dentro hacía frío. Subió a su cuarto y se desnudó. En el baño se miró fijamente frente al espejo. Traicionaría a su padre, pero sería fiel a las chicas de las cloacas. Sólo les había mentido en una cosa: no tenía ningún cáncer mortal en su cerebro. O sí. ¿Acaso no era un tumor maligno la ideología que su padre había metido en su cabeza desde que era una niña? ¿Acaso esas ideas inhumanas que le había repetido una y mil veces no eran una exacta representación de la muerte cerebral que se había apoderado de muchos jóvenes alemanes en los últimos años como un tumor maligno? Ella, como hizo Lessi Milovac, debía acabar con los monstruos que torturaban su mente.

Se duchó, se secó el pelo sin prisa y se maquilló ante el espejo. Antes de vestirse, llamó a Susana por teléfono. Escuchó su voz cuando estaba a punto de cortar el sonido repetido de la llamada.

—Hola, Helga —dijo Susana.

—¿Estás en casa de Bruno?

—No, me he cambiado de piso esta tarde.

—¿Te has mudado sin decir nada?

—Lo he pensado esta mañana. Me sentía un poco agobiada, con todo lo que ha pasado.

—¿Tan mal te hemos tratado?

—No es eso, pero estaba abandonando mis estudios de traducción en la universidad. Quiero volver a llevar una vida normal, como cualquier chica Erasmus. Bruno y tú sois de otro modo.

—¿Y no pensabas decirnos cómo somos?

—A Bruno le he dejado una nota con las llaves de su casa y del apartamento. A ti pensaba llamarte más tarde.

—¿Y dónde estás ahora?

—Un amigo me ha dejado su habitación durante un par de días. Algo provisional, aún tengo que buscar un piso para quedarme el resto del curso.

Hubo un silencio momentáneo.

—¿Recuerdas lo que te dije ayer?

—Ayer me dijiste muchas cosas.

—Necesito que me ayudes a cumplir mi misión.

—¿Por qué no hablas con Bruno?

—Olvídate de él ahora. Hoy tiene el concierto con la Orquesta de la Gewandhaus. Necesito que me

ayudes esta noche.

—¿Esta noche? Ya he quedado en salir a cenar.

—Pues anula la cita.

—No quiero meterme en uno de tus líos.

—Ya es tarde para que digas eso, Susana. Lo sabes todo sobre mí, no puedes dejarme tirada ahora.

Quedaron en que Helga la recogería en la parada del tranvía de Mainzer Straße a las ocho en punto. Helga terminó de vestirse como un joven cadete de las SS, se puso el largo abrigo negro que llevaban todos los miembros de las Unidades Hexagonales en sus reuniones clandestinas, cogió un bolso grande del mismo color y guardó dentro una gorra militar y una daga.

A las ocho de la noche no llovía sobre Leipzig. Los oscuros nubarrones de la mañana y de la tarde se habían desmoronado sobre la ciudad, cubriéndola de brumas.

Sentada a su mesa de trabajo, Mirtha Hogg esperaba la llamada de Helga von Mayer con una incertidumbre asfixiante que le aplastaba el corazón.

El móvil sonó en su mano.

—Hola —dijo.

—¿Inspectora?

Mirtha Hogg reconoció la voz áspera de Helga en esa pregunta.

—Sí, soy yo.

—Voy a darle una dirección y unas coordenadas para que no cometa ningún error. Si van ahora mismo allí, es posible que aún encuentren con vida a las adolescentes alemanas.

La inspectora de homicidios tomó nota de lo que Helga le decía, y luego repitió los datos en voz alta para comprobar que eran correctos.

Helga añadió algo más.

—Es una casa de campo, situada a unos treinta minutos del centro de Leipzig, hacia el este. Puede abrir la verja y la puerta con la misma llave que le di ayer. Baje al sótano sin hacer ruido. No vaya sola, sería peligroso para usted. —Y antes de que la inspectora pudiera decir algo, Helga colgó.

Mirtha Hogg cogió un chaleco antibalas, se lo puso y recorrió varios pasillos del edificio, ya vacíos de funcionarios y agentes de policía. La ayudante del comisario Clemens Eisembag también estaba a punto de marcharse. Cuando Mirtha le preguntó que si el jefe aún seguía en su despacho, le respondió que se había marchado hacía un rato.

—Iba al concierto de la Gewandhaus. ¿Ocurre algo?

El nerviosismo de la inspectora era visible en sus ojos.

—Tienes que localizarlo inmediatamente. A él y al jefe de los federales. Las adolescentes desaparecidas pueden encontrarse en esta dirección —dijo, dándole a la ayudante del comisario el folio en el que había anotado los datos—. Es muy urgente que una unidad de operaciones especiales vaya hacia allí sin dar señales de su presencia. Yo los esperaré en la casa.

—Pero ¿qué ha pasado? —preguntó la ayudante del comisario mientras cogía el teléfono y pulsaba una tecla de llamada directa.

Mirtha dejó sobre la mesa el folio que llevaba.

—He recibido esa información anónima hace un minuto, a través del móvil, no puedo explicártelo ahora.

—¿Es fiable? —preguntó la agente mientras copiaba la dirección.

—Creo que sí, pero no podemos perder tiempo ahora con comprobaciones telefónicas.

—El comisario no contesta —dijo la ayudante.

—Entonces ocúpate de avisar a los federales y pon tú en marcha el operativo de asalto a esa casa. Los

raptos de las chicas pueden ser varios y es muy probable que estén armados.

Antes de arrancar el coche, Mirtha Hogg introdujo la dirección de la casa de campo en el navegador, y la confirmó con las coordenadas geográficas. Luego marcó el número del móvil de la agente de Europol, giró la llave de contacto, pisó el acelerador y salió hacia el este de la ciudad por Dresdner Straße.

Mientras Mirtha Hogg hablaba desde el manos libres con Margaritte Clodel, las luces de unas urbanizaciones de casas diminutas por las que pasaba su coche a gran velocidad se dispersaban a ambos lados de Torgauer Straße.

—Estaba inquieta esperando tu llamada —dijo la agente de Europol.

—Helga ha cumplido su palabra. Tengo la dirección de una casa de campo. Voy para allá lo más rápido que puedo. No he podido localizar al comisario, pero su ayudante se está ocupando de todo para que los GSG9 lleguen lo antes posible —dijo.

La voz de Margaritte Clodel se escuchó por los altavoces del coche:

—El material filmográfico contenido en el CD que Helga nos dio anoche sobre los Guardianes de la Muerte es históricamente auténtico. Esta mañana he analizado las imágenes en movimiento con un experto de Europol en documentoscopia, y la conclusión de su informe pericial es que la grabación se hizo con alguna de las cámaras de cine que utilizaban los camarógrafos de guerra americanos, hechos prisioneros por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Podría tratarse de una cámara Eyemo de treinta y cinco milímetros.

—Yo también he averiguado algo esta mañana sobre la escenografía de las fotos con las cuarenta y ocho chicas asesinadas. En la Biblioteca Nacional había otra copia de la tesis doctoral del profesor Hengel Tonvenger —dijo Mirtha Hogg mientras conducía el coche al límite de su velocidad por las largas rectas de Permoserstraße—. No se trata de ninguna falsa recreación. Las muertes son reales, una verdadera carnicería, como dijo Helga. El ritual de los Guardianes de la Muerte podía ser una ofrenda a antiguos dioses de la mitología alemana. Probablemente a Tîwaz, el dios de la guerra, al que ofrecían el corazón de seis vírgenes que eran violadas y sacrificadas salvajemente en un aquelarre celebrado por algunas brujas germanas desde antes de la Edad Media. Ese ritual fue adaptado por la mujer nazi llamada Helena Maitner, para darle un sentido mítico y espiritista a sus brutales asesinatos y a sus ceremonias necrófilas y caníbales, tal como aparecen en la película. Klaus lo sabía desde que leyó el libro que le dio Gustav Lastoon sobre los Guardianes de la Muerte. Allí estaba todo, por ese motivo lo mataron —explicó.

El coche de Mirtha Hogg disminuyó la velocidad al llegar al pequeño pueblo de Lübschütz, apenas un centenar de casitas bajas con amplios jardines de césped.

—Estoy a sólo tres minutos de Dögnitz. Te llamaré en cuanto sepa si las adolescentes están vivas o muertas.

—No entres sola en esa casa, Mirtha. Espera a que lleguen los de operaciones especiales. Esos asesinos no dudarán en matarte.

—Entonces, reza por mí, si es que sabes hacerlo.

La carretera partía en dos un denso bosque de encinas, abetos, robles y abedules, cuyas ramas se apelmazaban unas contra otras: negras sombras que vagaban entre las brumas de la noche. La casa estaba aislada en el centro del bosque.

Una gran verja de hierro le cortó el paso al coche de Mirtha Hogg. Al final de un corto camino asfaltado, pudo ver una luz encendida, rodeada de una vegetación exuberante. Seis coches de alta gama estaban aparcados ante la puerta de la casa.

Un intenso escalofrío recorrió el cuerpo de Mirtha Hogg, de los pies a la cabeza. Aparcó a un lado de la carretera y llamó a la ayudante del comisario.

—El jefe sigue sin responder a mis llamadas, supongo que habrá desconectado el móvil durante el concierto, pero los federales y los GSG9 salieron para Dögnitzer Straße hace diez minutos.

Mirtha Hogg le quitó el sonido a su móvil, dejando sólo la vibración, y lo guardó en el bolsillo de la cazadora. Se bajó del coche, lo cerró sin hacer ruido y desenfundó su pistola. Antes de dirigirse hacia la verja, se aseguró de que el arma estaba cargada y lista para disparar. También llevaba suficiente munición de recarga. Abrió el portón de lanzas de hierro y entró sigilosamente, ocultándose entre la vegetación que rodeaba la casa. Se acercó desde un lado a una de las ventanas, pero en el interior todo estaba oscuro. La única luz estaba afuera, sobre la puerta de entrada.

Mirtha pensó regresar a la verja y esperar allí a los federales y a los GSG9, pero aún tardarían unos diez minutos en llegar, y las adolescentes desaparecidas podrían estar en peligro. Tenía que entrar sola en la casa, como lo habría hecho Klaus sin dudarlo, antes de que fuera demasiado tarde.

Mientras Bruno Weiss tocaba el chelo con la Orquesta de la Gewandhaus, Helga acababa de recoger a Susana en la parada del tranvía de Mainzer Straße, y Mirtha Hogg introducía la llave en la cerradura de la puerta de la casa de campo del psiquiatra Otto von Mayer, sin tener la menor idea de lo que podía encontrar dentro.

Helga no le había dicho a Mirtha Hogg dónde estaba la escalera del sótano. La oscuridad era profundamente negra ante los ojos de la inspectora.

Las manos le temblaban. Sacó el móvil de la cazadora y encendió la linterna. La luz sólo apuntaba al suelo. Entre las penumbras que surgían a su alrededor podía distinguir difusas formas espectrales sin movimiento: muebles antiguos, lámparas y sofás de cuero en el salón, delante de una chimenea de piedra.

Una puerta estaba abierta a pocos pasos de la entrada. La cocina era grande, con ventanas acristaladas y visillos recogidos en el centro por un lazo, como la silueta de un viejo reloj de arena en el que el tiempo se había detenido. Sólo el foco de la linterna de Mirtha Hogg se deslizaba por el espacio ennegrecido, abriendo fugaces agujeros de luz delante de ella.

Encontró el hueco de la escalera del sótano a la izquierda del pasillo. Los latidos de su corazón emitían un sonido sordo que traspasaba su pecho.

Antes de bajar los últimos peldaños apagó la linterna del móvil. El silencio era tan profundo como las tinieblas que la rodeaban. Continuó descendiendo al abismo sin ver nada. Con la mano derecha apuntaba la pistola hacia el oscuro vacío que tenía ante ella, y con la mano izquierda palpaba las rugosas paredes del sótano, hasta que una línea horizontal anaranjada apareció en el suelo. Era una luz del color del fuego, que escapaba por la ranura inferior de una puerta.

La respiración contenida de Mirtha Hogg la asfixiaba. El olor a humedad del sótano se mezclaba con el de parafina quemada. Mirtha Hogg pensó que detrás de aquella puerta podían estar encendidos un pebetero o unas antorchas. Aunque no escuchaba el más mínimo ruido, dentro había alguien. Pero ¿cómo podía saber si la puerta estaba abierta o cerrada por dentro? Sería demasiado arriesgado que ella se acercara a comprobarlo. Dentro podrían estar las seis adolescentes amordazadas. No le quedaba otra opción que esperar a que llegara la unidad de operaciones especiales.

Fue entonces cuando escuchó detrás de la puerta del sótano los golpes de unas botas militares en el suelo. Imaginó unos pasos secos y lentos de seis oficiales de las SS, como los que había visto en la breve película que Helga les dejó la noche anterior. El ritual de los Guardianes de la Muerte había comenzado, pensó horrorizada. Pero ella no podía hacer otra cosa que esperar inmóvil la llegada de los refuerzos.

Pasaron unos minutos, cuando Mirtha Hogg sintió que algo le rozaba el hombro. Contuvo un grito al tocar con su mano izquierda un casco y unas gafas de visión nocturna.

—Estamos aquí. No te muevas hasta que esté despejado el objetivo —escuchó que alguien le susurraba al oído.

Luego presintió cómo pasaban delante de ella algunos policías del comando especial. En segundos, escuchó el duro golpe de un ariete que hizo pedazos la puerta, a la vez que un intenso destello de luz salía

del interior, iluminando tenuemente su rostro.

Los gritos intimidatorios de los policías retumbaron en los oídos de Mirtha Hogg, antes de que escuchara el estruendo de un disparo, seguido inmediatamente de una segunda detonación.

En la confusión del asalto, Mirtha Hogg recorrió los escasos metros que la separaban de la entrada de luz, recortada como un rectángulo por el marco de la puerta abatida.

Se quedó paralizada y muda. Delante de ella, en una gran sala forrada de madera negra, colgaban largas banderas blancas con símbolos nazis. Seis adolescentes estaban sollozando de pie en un rincón, vestidas sólo con lencería de color negro. Los agentes de asalto les ponían las esposas a cinco militares uniformados como oficiales de las SS, que tenían la cara cubierta por un pañuelo hasta la altura de los ojos. En el centro de la estancia había una mesa hexagonal negra, con un símbolo circular incrustado en la parte superior, y seis calaveras con ojos dorados junto a seis antorchas encendidas en cada lado del hexágono.

Un retrato de Hitler presidía la sala. Bajo el cuadro, sobre un gran cajón negro, estaba sentado un hombre desnudo y corpulento. Tenía cadenas y grilletes en los tobillos y en las muñecas, y una mordaza. Mirtha Hogg reconoció a Gustav Lastoon en aquel rostro pecoso y barbudo, con mirada de estar agonizando. El agujero de una bala le sangraba a borbotones en el pecho. Se acercó a él, arrancó una banderola nazi que colgaba de la pared, hizo unos dobleces con rapidez y la usó como sábana para contener la hemorragia. La tela blanca se empapó de un torrente incontenible de sangre.

A los pies de la mesa yacía muerto uno de los oficiales de las SS. Los ojos de Mirtha Hogg se clavaron en el charco de sangre que seguía expandiéndose sobre el suelo.

—¡Le ha disparado al hombre encadenado al vernos entrar, y luego se ha volado él mismo la cabeza!
—le dijo el policía de los GSG9 que estaba más cerca de ella.

Mirtha se agachó y retiró el pañuelo que le cubría el rostro al cadáver.

—Hijo de puta —murmuró al ver la cara destrozada del comisario Clemens Eisembag.

En la escalera del sótano, Mirtha Hogg se cruzó con el jefe de los federales, pero siguió subiendo los peldaños sin detenerse a saludarlo. Al salir de la casa, respiró el aire impregnado de humedad y encendió un cigarro entre los giros de las sirenas de los coches de la policía y de las ambulancias, que seguían llegando desde la carretera de Dögnitz. Luego llamó con el móvil a la agente de Europol. Su relato sobre lo sucedido fue breve, tenía demasiado trabajo por delante esa noche. Le describió a grandes rasgos la escena que encontró al entrar en el sótano, y añadió:

—Antes de que Gustav Lastoon muriera junto a mí, le dije que no hablara, que pronto llegaría una ambulancia y le curarían la herida. Pero él insistió en hablar. Sabía que apenas le quedaban unos minutos de vida. Con la voz entrecortada, consiguió decirme que fue Fly quien raptó a la hija de Klaus. A él se lo llevaron esa misma noche unos encapuchados de su casa. Entraron y salieron por un túnel secreto, que sólo conocía Fly. Durante el fin de semana, otros nazis de la organización paramilitar habían secuestrado a las cinco adolescentes de distintos lugares de Alemania. Fly y un expolicía llamado Nathan metieron las armas en las tumbas del cementerio y mataron a Klaus. Incluso obligaron a Gustav Lastoon a coger la pistola con la que le dispararon por la espalda para que aparecieran sus huellas dactilares en el arma homicida —explicó Mirtha Hogg, con la sensación de que un nudo le apretaba cada vez más en la garganta. Hizo una pausa y continuó—: Esta noche, los Guardianes de la Muerte iban a violar y a matar a las seis adolescentes siguiendo el ritual necrófilo de la película nazi que vimos ayer en tu hotel. Gustav Lastoon había oído decir a Fly que pensaban llevarlas después a algún escondrijo, en el que también lo dejarían a él. Una llamada anónima informaría al comisario Clemens Eisembag de dónde podrían encontrar al psicópata necrófilo de Leipzig, y de ese modo culparían a Gustav Lastoon del asesinato de Klaus y de las adolescentes. Pero el comisario ya conocía toda la verdad sobre lo que iba a ocurrir, aunque no pudiera sospechar que Helga los delataría a ellos, antes de que consumaran otra macabra masacre con las adolescentes desaparecidas —explicó Mirtha.

Margaritte Clodel no entendió lo que la inspectora de homicidios le acababa de comentar.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

—El comisario era uno de los Guardianes de la Muerte. Al ver entrar en el sótano a los policías de asalto, disparó a Gustav Lastoon en el pecho y, unas décimas de segundo después, se pegó él mismo un tiro en la cabeza.

—¡Oh, Dios mío!

—Ese hijo de puta sí que nos engañó a todos. Siempre creí que era un hombre brusco, pero le admiraba como policía honesto. Es algo diabólico que él tuviera una mente tan perversa como los nazis necrófilos y caníbales que fundaron la sociedad secreta —dijo Mirtha.

A Margaritte Clodel también le repugnaba imaginar a Clemens Eisembag vestido con un uniforme de las SS.

—Ahora comprendo por qué el comisario se negaba a que Klaus confiara en Gustav Lastoon: era el único que podría explicar la escena de las chicas suicidas, tal como lo había imaginado Helga para

vengarse de su padre y de sus amigos nazis.

Un profundo silencio siguió a sus palabras. La inspectora pensó que toda la teoría de Margaritte sobre el caso de las chicas suicidas y las seis adolescentes desaparecidas, compartida y completada por el jefe de los federales, se había desvanecido en el aire como el último aliento expirado por Gustav Lastoon al morir a su lado, suplicándole que le creyera.

—Todos fuimos injustos con Gustav Lastoon porque era inimaginable que su teoría fuese cierta. Sólo Klaus creyó en él, hasta que desapareció Carla —reflexionó Margaritte Clodel, con un profundo sentimiento de culpa, añadido al de fracaso en la misión que Europol le había encomendado al enviarla a Leipzig, y al obligarla a regresar a La Haya antes de que descubriera la verdad sobre todo lo ocurrido.

Era como si la Unión Europea del siglo XXI volviese la mirada para otro lado ante la sola idea de que pudieran cometerse en su civilizado territorio las mismas atrocidades nazis de un tiempo ya lejano y, además, olvidado por la memoria colectiva e informatizada de la humanidad.

Margaritte suspiró al otro lado del teléfono, y continuó:

—Pero Helga no tuvo en cuenta que su venganza acabaría con las vidas de Klaus y de Gustav Lastoon, ni que pudo haber provocado la trágica muerte de seis adolescentes indefensas. Ella es también responsable de esas muertes —dijo.

—Tal vez eso era lo que menos le importaba.

—Deberías llamarla y preguntarle cómo sabía que todos los Guardianes de la Muerte se reunirían ahí esta noche. Es posible que ella tampoco sea tan inocente como nos hizo creer.

—Lo haré —dijo Mirtha Hogg, sin convicción.

Pero la agente de Europol quería saber más sobre lo sucedido esa noche.

—¿Has podido hablar con la hija de Klaus?

—Sólo un momento, antes de que la atendieran los médicos de las ambulancias junto a las otras muchachas. Todas estaban aterrorizadas: temblaban, sollozaban y eran incapaces de articular una sola palabra. Pero Carla tuvo el valor de acercarse a sus captores, y reconoció a Fly como el hombre que la obligó a subir a un coche y la encerró en ese sótano el pasado domingo. Me dijo que Gustav Lastoon estuvo encerrado con ellas desde aquel mismo día, atado y amordazado como todas, y en la más completa oscuridad. Fly y otro hombre llamado Nathan eran los que les llevaban comida una vez al día, iluminando el sótano con los focos de sus linternas. Fue la única luz que vieron hasta que, esta noche, una mujer vestida de nazi, y con la cara tapada, encendió unas antorchas y las obligó a desnudarse y a ponerse las prendas de lencería negra y los zapatos de tacón que les dio, mientras las tranquilizaba asegurándoles que si hacían todo lo que ella les decía, volverían al día siguiente a sus casas.

—A esas muchachas les costará mucho tiempo superar esta terrible vivencia, pero Carla tendrá también que afrontar la muerte de su padre, cuando lo sepa. Será un sufrimiento inhumano —dijo Margaritte Clodel.

—Sí, comprender y aceptar lo que ha pasado tampoco será fácil para Ingrid, ni para ninguna de nosotras —aceptó Mirtha Hogg.

La inspectora estaba deseosa de concluir su conversación, pero Margaritte Clodel volvió a preguntar, sin ninguna afectación en su voz:

—¿Y los otros detenidos?

—Después de que los agentes especiales los esposaran, se han identificado con su nombre y apellido ellos mismos, como si fuesen orgullosos prisioneros de una nueva guerra en la que acabaran de ser derrotados por sus enemigos. Se negaron a decir nada, ni siquiera quién de ellos era el Gran Maestro de su sociedad secreta. Pero no hay duda alguna de que, además del comisario Clemens Eisembag, los Guardianes de la Muerte eran Otto von Mayer, el padre de Helga; Maximilian Louch, el pintor de

Nuremberg; Nathan Weber, el expolicía de estupefacientes; Fly, el motero, y Ursula Keilen, la mujer que captaba a las chicas para los mecenas de la organización paramilitar neonazi.

—¿Esa mujer? —preguntó sorprendida Margeritte.

—Tendrías que haber visto la frialdad de su mirada cuando le quité el pañuelo que le cubría la cara.

Cuando Helga la recogió en la parada del tranvía le dijo que no quería morir sola, y le habló de lo que debía de estar pasando a esa misma hora en la casa de campo de su padre, mientras Bruno tocaba el chelo en la Gewandhaus. Había cumplido su misión y había llegado el final, su final y el de la historia de las chicas de las cloacas. Ella sería la última en tomar una sobredosis de la droga Perséfone de la muerte y la resurrección. Se reuniría de nuevo con Luna negra, con Cabeza de bruja, con Nebulosa, con Manzana P y con Bailarina, en cualquier otro lugar.

Susana tenía lágrimas en los ojos.

—Pero no tienes por qué morir tú también. Es posible que hayas salvado a esas seis adolescentes de sufrir las monstruosidades de tu padre y de esos asesinos nazis. La policía sabe que sin tu ayuda no habrían conocido nunca lo que pasó realmente con tantas otras mujeres jóvenes asesinadas en Leipzig durante años.

La palidez del rostro de Helga era cadavérica.

—Yo también me he convertido en una asesina, como Lessi, ¿recuerdas el chat? Las dos hemos pasado demasiado tiempo en silencio, calladas por miedo a los seres monstruo como su torturador y mi padre. El inspector Klaus Bauman ha muerto por mi culpa, y no sé qué ha podido pasarle al guía turístico del que todo el mundo sospechaba, pero yo seré también la única responsable de lo que pueda ocurrirle a él y a esas adolescentes. Yo sabía que esta noche mi padre y sus amigos pensaban matarlas porque él mismo me lo dijo ayer. Quería que yo le acompañara a la casa de campo para celebrar mi primer ritual de iniciación en la sociedad secreta de los Guardines de la Muerte. Después acusarían de los crímenes a Gustav Lastoon, y yo ocuparía en un futuro próximo el sillón de Ursula en la mesa del sarcófago hexagonal, que ella ocupa ahora. La sociedad secreta siempre ha sido dirigida por una mujer, y yo estaba destinada a ser la próxima Gran Maestre. Le dije a mi padre que aún no me sentía preparada para ser una de ellos, pero la verdad es que estaba decidida a traicionarlos desde el día en que descubrí sus horrores. Hasta dejé sobre los sarcófagos pintados unos cabellos de mi padre y un trozo de uña de Ursula, que yo misma le corté ofreciéndome a hacerle la manicura, para que la policía los culpara a ellos de la muerte de las chicas de las cloacas. Pero las cosas no salieron como yo pensaba. Ellos nunca me perdonarán que los haya entregado a sus enemigos, y no dejarán de buscarme hasta que me maten de una manera tan brutal como a sus víctimas. Antes de que eso ocurra, he elegido renunciar a la vida, como lo hicieron las chicas de las cloacas y yo misma les prometí que haría después de cumplir mi misión. Como ellas, yo también deseo morir dulcemente, y acompañada por alguien como tú.

Con la piel erizada por las palabras de Helga, Susana seguía sentada en el coche, a su lado.

—No puedo ayudarte a que te suicides..., no puedes pedirme algo tan horrible.

La mano de Helga se posó sobre la suya.

—Sólo tendrás que dejar sobre mi boca las dos pastillas que te he dado, y permanecer a mi lado hasta que me quede dormida. Luego puedes volver a Leipzig con el coche y dejarlo cerca de la casa de mi padre. Está alquilado a mi nombre, y con los guantes que te he dejado no encontrarán ninguna huella tuya.

Minutos después de llegar al monumento a la Batalla de las Naciones, Helga miró el centro exacto de la fachada de la torre envuelta en brumas. Dio unos pasos hacia su izquierda, dejando a un lado el espacio imaginario que una madrugada ocuparon las otras cinco chicas de las cloacas, se quitó el largo abrigo negro, y lo extendió sobre el suelo de piedra. Luego se puso la gorra de cadete de los Guardianes de la Muerte, se tumbó sobre el abrigo y acomodó a su posición el uniforme que vestía y las altas botas militares.

Susana estaba a su lado, en silencio. Helga cogió la daga con ambas manos y las posó sobre su pecho. Luego, Susana dejó sobre sus labios las dos píldoras que Helga le había entregado en el coche. Helga abrió la boca y las dejó bajo la lengua.

La mirada de Susana expresaba ternura y horror.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Nerviosa?

—Un poco.

—Es horrible todo esto.

—Lo sé.

—Me preocupa que sufras.

—Será agradable.

—Entonces, cierra los ojos y déjate llevar.

Margaritte Clodel aún redactaba el informe para el director de Europol. Su móvil vibró sobre la mesa de su despacho en La Haya. El nombre de Mirtha Hogg aparecía en la pantalla. Activó la llamada y escuchó la voz de la inspectora, antes de que ella la saludara.

—Helga von Mayer ha aparecido muerta esta mañana en parecidas circunstancias a las de las chicas suicidas.

—¿En el mismo lugar?

—Sí, delante de la torre, pero no estaba tumbada sobre un sarcófago pintado ni llevaba prendas de lencería erótica. Debajo de su cuerpo había un largo abrigo militar de color negro y vestía un uniforme de las SS, como los Guardianes de la Muerte. Entre las manos, apoyadas en el pecho, tenía una daga con el símbolo de la sociedad secreta.

—¿Puedes mandarme una foto del cadáver y de la escena?

La voz de la analista de Europol sonó en los oídos de Mirtha Hogg muy lejana, como si las separara una distancia infinita.

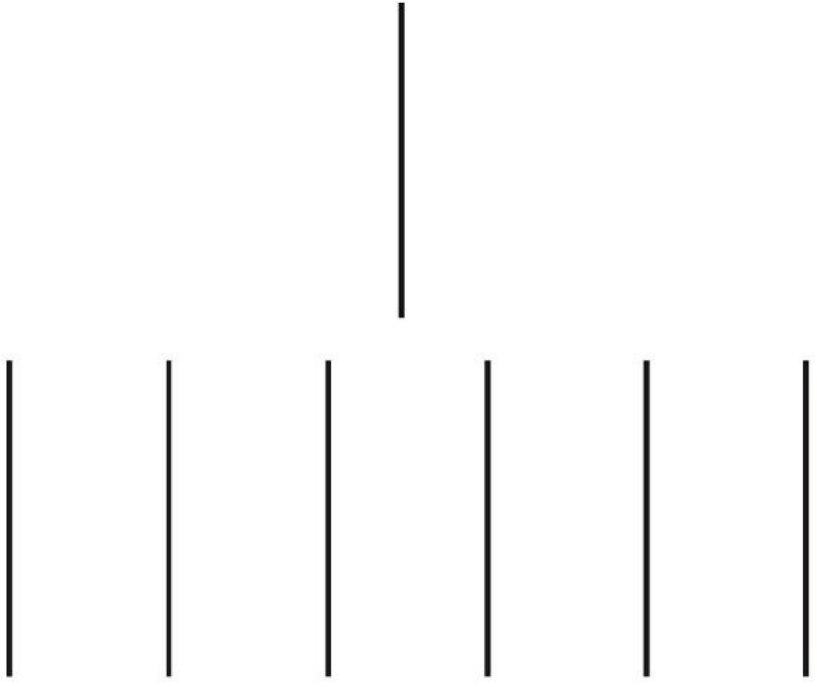
—Acabo de enviarte un email con algunas fotos hechas por la unidad científica, después de que uno de los conserjes del monumento encontrara el cuerpo a las ocho de la mañana.

Margaritte Clodel se giró hacia su ordenador portátil, abrió el buzón de correo y vio el email de Mirtha Hogg en la bandeja de entrada.

—Estoy abriéndolo —dijo.

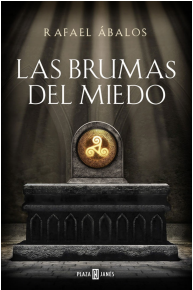
—En su cuerpo no había señales de violencia. Es posible que esa chica también se haya suicidado —especuló Mirtha Hogg.

Cuando Margaritte Clodel tuvo ante sus ojos la imagen del cadáver de Helga, la comparó con las fotos de la escena de la muerte de las cinco chicas suicidas, ante la fachada de la torre. Cogió un bolígrafo y trazó sobre un folio en blanco unas líneas rectas y verticales. La simetría era perfecta. Para ella, el caso de Leipzig se había cerrado.



«*Todas guardamos un mismo secreto, pero está prohibido hablar de él...*»

***Las brumas del miedo* es un escalofriante *thriller* policíaco con tintes históricos, repleto de intriga y acción, que refleja el macabro descenso a los rincones más oscuros del alma.**



-¿Estás segura?

-Sí.

-¿Nerviosa?

-Un poco.

-Es horrible todo esto.

-Lo sé.

-Me preocupa que sufras.

-Será agradable.

-Entonces cierra los ojos, y déjate llevar.

En Leipzig, Alemania, los cadáveres de cinco chicas desnudas han sido hallados en mitad de la noche a los pies del monumento a la Batalla de las Naciones, bajo las colosales estatuas de piedra conocidas como *Töttenwatcher*, los «Guardianes de la Muerte». Todo apunta a un asesinato ritual, el crimen más extraño al que Klaus Bauman, veterano inspector de la Policía Estatal, se ha enfrentado a lo largo de su carrera.

Mientras tanto, Susana Olmos, una estudiante española de Erasmus recién llegada a la ciudad, conoce a Bruno, un joven y fascinante profesor del Conservatorio de Música. De un modo inesperado, Susana se sumerge en los ambientes más desconocidos y misteriosos de Leipzig y Berlín relacionados con el arte erótico y el resurgir del nazismo en Europa.

La investigación del inspector Bauman y la entrada de Susana en un mundo de sexo, drogas, fanatismo y muerte, confluirán de forma sorprendente en un desenlace del que ninguno de los protagonistas saldrá indemne.

Rafael Ábalos (Archidona, Málaga, 1956) es abogado de profesión. Durante su dilatada carrera como escritor de literatura juvenil ha publicado las siguientes novelas: *Bufo soñador en la galaxia de la tristeza* (Debate, 2000), *El visitante del laberinto* (Debate, 2001), *Grimpow, el camino invisible* (Montena, 2005), *Kôt* (Montena, 2007), *Grimpow y la bruja de la estirpe* (Montena, 2009), *Poliedrum* (Viceversa, 2009) y *La canción del héroe* (Viceversa, 2010).

Con *Grimpow* vendió más de 150.000 ejemplares y la obra fue traducida a veinticinco idiomas. Con ella, ganó el premio de narrativa El Público, otorgado por la radiotelevisión de Andalucía en 2005, fue Libro Juvenil del Año 2007 en Holanda y recibió el premio Libro Notable del 2008, de la International Reading Association Children's Book Award, en Estados Unidos. Con *Poliedrum* ganó la primera edición del premio de literatura juvenil As de Picas en 2009, convocado por PlayStation España. También en 2009, *Grimpow* fue incluido en la selección histórica de los «1001 Libros infantiles que hay que leer». Y recientemente, en noviembre de 2016, la editorial holandesa De Fontain ha reeditado *Grimpow* en su colección Golden Classic (Clásicos de Oro). *El péndulo* (Plaza y Janés, 2011) fue su primera novela para adultos.

Edición en formato digital: abril de 2017

© 2017, Rafael Ábalos

© 2017, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: © Mario Arturo

Fotografía de portada: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-01947-0

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Las brumas del miedo

Primera parte. Ojos dorados

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Segunda parte. Destrucción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Tercera parte. Sarcófago

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Cuarta parte. El fuego purificador

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)